

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

LOS AMORES

DE

LITERATOS CÉLEBRES

Pascal, Voltaire, Corneille, Mirabeau, Chateaubriand, Lamartine,
Guizot, Merimée, Sainte-Beuve, Jorge Sand y Musset

POR

EMILIO FAGUET

de la Academia Francesa

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERÁN

Profesor del Ateneo de Madrid.

Precio: OCHO pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

LÓPEZ HOYOS, 6

MADRID

D

50

LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA,"
que se hallan de venta en su Administración,
calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

- Aguanoo.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos, 15 ptas.—La reforma integral de la legislación civil (segunda parte de la Génesis), 4 ptas.
- Amiel.** Diario íntimo, 9 pesetas.
- Andreief.**—Los ahorcados, 3 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 pta.—Currita Albornoz, 1 pta.
- Antino.** Curso de Economía social, 2 tomos 15 ptas.
- Arenal.**—El derecho de gracia, 3 ptas.—El visitador del preso, 3. El delito colectivo, 1,50.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asensio.**—Vida de Fernán Caballero, 1 pta.—Pinzón, 3 ptas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas
- Audinet.**—Derecho internacional privado, 2 tomos, 12 ptas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 ptas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 ptas.
- Balzac.** Eugenia Grandet, 3 ptas.—Papá Goriot, 3 ptas.—Ursula Mirouet, 3 ptas.—César Birotteau, 3 ptas.—La quiebra de César Birotteau, 3 ptas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El bacecilla, 3 ptas.—El dandismo, 3 ptas.—Venganza de una mujer, 3 ptas.—Las diabólicas, 3 ptas.—Una historia sin nombre, 3 ptas.—La hechizada, 3 p.
- Barthélemy Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 ptas.
- Becarro de Bengoa.**—Vida de Trueba, 1 pta.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Mérimos), 1 pta.
- Berzovicy.**—Beatriz de Aragón, 7 ptas.
- Boccardo.**—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 ptas.
- Bolssier.** Cicerón y sus amigos, 8 ptas.—La oposición bajo los Césares 7 ptas.
- Bouchot.**—Historia de la literatura antigua, 6 ptas.
- Bourget.**—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Bréal.**—Ensayo de Semántica, 5 ptas.
- Bréfid.**—La elocuencia política en Grecia, 7 p.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 ptas
- Bryce.**—La República norteamericana, 2 tomos, 13 ptas.—El gobierno de los Estados en la República norteamericana, 7 ptas.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6.—La opinión pública, 5 ptas.
- Brook Adams.** La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 ptas.
- Bunge.**—La educación, 12 ptas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 ptas.
- Burnouf.**—Las religiones, literatna y constitución social de la India, 7 ptas.
- Buylla, Neumann, Kleinwacher, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía política, 2 tomos, 10 pesetas.
- Caillaux.**—Los impuestos en Francia, 3 tomos, 18 ptas.
- Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución, 4 ptas.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7.
- Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 ptas.
- Campoamor.**—Vida de Cánovas, 1 pta.—Ternozas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 ptas.—Doloras y humoradas, 3 ptas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 ptas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 ptas.—El suicidio y la civilización, 3 ptas.—Costumbres literarias, 3 ptas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 ptas.
- Chamcommunale.**—La sucesión abintestado en Derecho internacional privado, 10 ptas.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 ptas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 ptas.—La tema de Juan Tozudo, 3 ptas.—Amores frágiles, 3 ptas.—Paula Meré, 3 ptas.—Meta Holdenis, 3 ptas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 p.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 ptas.
- Comte.** Principios de filosofía positiva, 2 ptas.
- Coppée.**—Un i lilio, 3 ptas.
- Couperus.**—Su Majestad, 3 ptas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
- Daudet.**—Jak, 2 tomos, 6 ptas.—Novelas del lunes, 3 ptas.—Cartas de mi molino, 3 ptas.—Cuentos y fantasías, 3 ptas.
- Delorme.**—César y sus contemporáneos, 6 ptas.
- Deploige.**—El conflicto de la Moral y de la Sociología, 7 ptas.
- Deschanel.**—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 ptas.
- Döllinger.**—El Pontificado, 6 ptas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 peseta.
- Dostoyuski.**—La novela del presidio, 3 ptas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 ptas.
- Dumas.** Actea, 2 ptas.
- Eltzbacher.**—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 ptas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 ptas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 ptas.
- Emerson.**—La ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ptas.
- Engels.**—Anti-Dhüring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dhüring, 7 ptas.
- Faguet.**—Los amores de literatos célebres, 8 p.
- Fernández Guerra.**—Hartenbusch.
- Fernan-Flor.** Vida de Zorrilla, 1 pta.—De Tamyoy, 1 pta.
- Ferrant.**—Obras completas, 3 ptas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
- Fisher.**—Economía política y geométrica, 8 p.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la literatura española, 10 ptas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 ptas.
- Flint.**—La filosofía de la historia en Alemania, 7 ptas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la filosofía, 2 tomos, 12 ptas.—La filosofía de Platón, 2 tomos, 12 ptas.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El ingenio en la historia, 3 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 ptas.
- Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda, 6 ptas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15.
- Garnet.**—Historia de la literatura italiana, 9 p.
- Garofalo.**—La criminología, 10 ptas.—Indemización a las víctimas del delirio, 4 ptas.—La superstición socialista, 5 ptas.—El delito como fenómeno social, 4 ptas.—Justicia y civilización, 4 ptas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 pta.—Las bombas prusianas, 3 ptas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 ptas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 ptas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.—Problemas sociales, 5 ptas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 ptas.—El sentimiento religioso en la literatura griega, 7 ptas.
- Giuriati.**—Los errores indiciiales, 7 ptas.—El plagio, 8 ptas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 ptas.
- Gladstone.**—Vida de Lord Macaulay, 1 pta.
- Goethe.** Memorias, 5 ptas.
- Gómez Villafranca.**—Índice de LA ESPAÑA MO-

LOS AMORES DE LITERATOS CÉLEBRES

1176334
DR
5077

Algunas obras publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

- Aniel.*—Diario íntimo, 9 pesetas.
Berzeviczy.—Beatriz de Aragón, 7 pesetas.
Cambronero.—Las Cortes de la Revolución, 4 pesetas.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.
Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
Couperus.—Su Majestad, 3 pesetas.
Délorme.—César y sus contemporáneos, 6 pesetas.
Deschanel.—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.
Ellen Key.—El amor y el matrimonio, 6 pesetas.
Guizot.—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.
Hausonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.—Alemania, 6 pesetas.
Larcher.—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pesetas.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.
Macaulay.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—La educación, 7 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
Meneval.—María Estuardo, 6 pesetas.
Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
Sarcey.—Crónica del sitio de París, 6 pesetas.
Schopenhauer.—Eudemología (Tratado de mundología o Arte de bien vivir), 5 pesetas.
Schorn.—El pianista Francisco Listz y la princesa de Sain-Vittgenstein, Recuerdos íntimos y correspondencia, 7 pesetas.
Schure.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pesetas.—Historia del drama musical, 5 pesetas.
Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

LOS AMORES
DE
LITERATOS CÉLEBRES

Pascal, Voltaire, Corneille, Mirabeau, Chateaubriand, Lamartine,
Guizot, Merimée, Sainte-Beuve, Jorge Sand y Musset

POR

EMILIO FAGUET

de la Academia Francesa

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERÁN

Profesor del Ateneo de Madrid.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

5077

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
LÓPEZ HOYOS, 6
(esquina a Serrano, 114)

Es propiedad.
Reservados los de-
rechos.

LOS AMORES
DE
LITERATOS CÉLEBRES

Pascal.

El interesante libro de Gazier: *Misceláneas de literatura y de historia*, en su artículo muy documentado sobre *Pascal y la señorita de Roannez*, hizo recordar la famosa «novela de Pascal», cuyo autor fué Faugère, en 1844, la cual adoptó Víctor Cousín por un momento y rechazó luego, y que consiste en lo siguiente: Pascal, en el trascurso de su «vida social» (1651 1654) frecuentó mucho la casa del duque de Roannez; conoció a una hermana de éste, Carlota Gouffier de Roannez; se enamoró de ella; pensó en casarse; hubo de renunciar a causa de la diferencia de clases; escribió a este propósito el *Discurso sobre las pasiones del amor*, donde se halla el punzante dolor de una decepción amorosa y el pesar de no haber podido elevarse hasta la mujer amada; ido a la Iglesia, quiso por lo menos que la señorita de Roannez no se casara con nadie; no quiso tener otro rival que Dios; la impulsó con todas sus fuerzas a la vida religiosa y la lanzó a Port Royal, «dando», como decía Faugère con la ingenuidad más cómica que jamás se haya visto, «dando ese espectáculo *severo y conmovedor* de un cristiano desengañado de

todas sus ilusiones y disputando al mundo, para entregarlo a Dios, a un ser que no podía ser de él».

Esta novela ha sido rudamente combatida por Gazier, y, por la lectura de su artículo, he tomado de un periódico de vulgarización literaria, los *Anales políticos y literarios*, las seis «posiciones» siguientes: 1.^a, el *Discurso sobre las pasiones del amor* es de Pascal; 2.^a, el *Discurso sobre las pasiones del amor* no es, como cree Gazier, un entretenimiento ingenioso, sino que prueba que Pascal estuvo enamorado y muy vivamente; 3.^a, que aun cuando el *Discurso sobre las pasiones del amor* no fuera de Pascal, muchos textos de éste, en los *Pensamientos* mismos, son para mí los de un hombre que ha conocido el amor; 4.^a, nada prueba que Pascal estuviese enamorado de la señorita de Roannez; 5.^a, evidentemente nunca pudo pensar en casarse con ella; 6.^a, la señorita de Roannez abrazó con toda espontaneidad la vida religiosa, sin ninguna sugestión exterior. — Conclusiones: Pascal estuvo enamorado; pero ¿de quién? No se sabe.

Acabo de reflexionar detenidamente sobre esta cuestión y mantengo todas mis conclusiones, salvo la última, que no sostengo sino a medias o en dos tercios, si gustáis; pero, en fin, no por completo. Hablemos tranquilamente de estos seis puntos.

I

El *Discurso sobre las pasiones del amor* es de Pascal. Seré breve en este extremo, puesto que la oposición es débil y los que se oponen, por hablar así, no existen. El *Discurso sobre las pasiones del amor* fué

encontrado por Víctor Cousin en un manuscrito procedente de las propiedades de la abadía de Saint-Germain-des-Près. Este manuscrito contiene los documentos siguientes: *Sistema de M. Nicole sobre la gracia.*—*Si la disputa sobre la gracia universal no es más que una disputa de nombre.*—DISCURSO SOBRE LAS PASIONES DEL AMOR, DE M. PASCAL.—*Carta de M. de Saint-Evremond sobre la devoción fingida.*—*Introducción al púlpito.*—En el cuerpo del manuscrito, cuando se llega al *Discurso sobre las pasiones del amor*, se lee bajo el título de esta obra: «*se atribuye a Pascal*». Pero observamos que esta colección es sin duda alguna una colección hecha por los jansenistas; así, pues, como lo dice muy pertinentemente Ernesto Havet: «la expresión de la duda, por parte de los amigos de Pascal, equivale a una confesión. ¿Quién, entre las personas afectas a Port-Royal o la familia Perier y que conservaban las tradiciones de esta iglesia, quien se hubiera atrevido a decir o dejar creer que un discurso *sobre el amor* fuese de Pascal, si hubiese tenido el medio de decir lo contrario?» Y, cómo insinúa con más fuerza todavía Brunsehviég, «¿qué jansenista se hubiese cuidado de *recopiarlo y conservarlo*, o se hubiera entretenido en hacer una mistificación de Pascal sobre este asunto del amor?»

De otra parte, es sabido que muchos *Pensamientos* del *Discurso sobre las pasiones del amor* se encuentran también literalmente en los *Pensamientos* de Pascal (*Espíritu geométrico y espíritu de fineza*):

«El hombre ha nacido para pensar.» «Trabajemos, pues, en pensar bien; este es el principio de toda moral.»

«Cada cual tiene el original de la belleza, cuya co-

pia busca en el mundo.» «Hay cierto modelo de conveniencia y de belleza que consiste en cierta relación entre nuestra naturaleza, débil o fuerte, tal como sea, y el objeto que nos place...»

«Tenemos una fuente de amor propio que nos representa a nosotros mismos como aptos para ocupar varios lugares exteriores; esta es la causa de que nos agrade tanto ser amados...» «Su violencia (la del amor representada en el teatro) agrada a nuestro amor propio, que forma enseguida el deseo de producir los mismos efectos que se ven tan bien representados...», etc., etc.

Pero esto mismo, estas relaciones tan íntimas y casi literales, podrían muy bien hacer creer que el *Discurso sobre las pasiones del amor* es una imitación de Pascal, imitación agradablemente salpicada de plagios. Así, pues, de lo que hay que fiarse y a lo que hay que recurrir es a la semejanza general del espíritu, del tono y del estilo. Es preciso leer treinta páginas de los *Pensamientos*, después el *Discurso sobre las pasiones del amor*, y mucho me chocaría que no se tuviera la persuasión de que *Pensamientos* y *Discurso* son del mismo autor. Son, *sobre todo*, los pasajes del *Discurso* que no tienen, como ideas, analogías en los *Pensamientos*, los que, aun cuando muy diferentes en el fondo, pero escritos, no solamente con el mismo talento, sino con el mismo ingenio sutil, vigoroso y profundo, prueban que los *Pensamientos* y el *Discurso* han salido de la misma mano.

Haced todavía el experimento de esta otra manera: Eliminad del *Discurso* todos los pasajes que recuerden los *Pensamientos* a quienes se hallen familiarizados con esta obra. Hecha esta eliminación leed todo el resto del *Discurso*; después treinta o cuarenta páginas de los

Pensamientos. Si no quedáis absolutamente convencidos de que oís el mismo sonido de voz y de que os halláis ante la misma persona, mi sorpresa será la mayor del mundo. Pero todo esto es por hablar. Repito que nadie, que yo sepa, niega actualmente que el *Discurso sobre las pasiones del amor* sea de Blas Pascal.

II

El *Discurso sobre las pasiones del amor* no es un entretenimiento ingenioso; prueba que Pascal estuvo enamorado, y muy vivamente; tiene un acento perfectamente personal; es, unas veces, una disertación, otras, una verdadera confidencia.

Lo que en esta obra hay de disertación es, a mi entender: 1.º Desde «el hombre ha nacido para pensar» hasta «que una vida es dichosa...» Teoría de lo grato; teoría de la vida compartida entre el amor y la ambición.

2.º Desde «hay dos clases de ingenio» hasta «sólo el hombre es algo imperfecto». Teoría del espíritu geométrico y del espíritu de fineza; teoría del *gusto* considerado como cosa completamente personal y subjetiva; teoría del amor considerado como una forma o una extensión del amor propio; teoría de la influencia de la costumbre sobre el gusto y hasta sobre la pasión.

3.º Desde «No parece que tantas veces como una mujer» hasta «la adhesión a un mismo pensamiento». Teoría muy sutil, y esta vez verdadero juego de ingenio, eco de conversaciones de salón, del que confieso que no entiendo gran cosa.

4.º Desde «Indiscretamente se ha quitado el nombre de razón al amor» hasta «Cuando se está lejos de

lo que se ama...» Teoría del amor considerado como una forma de la razón; teoría del amor considerado como naturalmente asociado a una vida agitada; teoría de lo agradable considerado en sus diferencias con lo bello; teoría del amor según los climas, teoría de la simulación en amor considerada como un principio de amor verdadero.

He aquí lo que, a mis ojos, es disertación perfectamente teórica e impersonal (salvo, tal vez, algunos incisos muy breves) en el *Discurso sobre las pasiones del amor*; y esto constituye materialmente poco más o menos la mitad de la obra.

Considero la otra mitad como una confidencia, voluntaria o involuntaria, y más bien lo segundo que lo primero, por de contado; pero como una confidencia seguida. Únicamente de esta parte trataré hoy.

1.º Y Pascal dice desde luego; *yo*, una vez, una sola vez; pero, para quien conozca la discreción de los autores del siglo xvii, y precisamente su horror por la literatura confidencial y la opinión de Pascal sobre el «aborrecible yo», este *yo* es extremadamente significativo. Dice: «¡Qué dichosa es una vida cuando empieza por el amor y concluye por la ambición! Si se me diera a elegir una, captaría por esta vida. Cuando se tiene ardor, se es amable; pero cuando este fuego se extingue, ¡qué lugar tan hermoso y tan amplio queda para la ambición! La vida tumultuosa es agradable para los espíritus superiores; pero los mediocres no hallan en ella ningún placer; son máquinas en todas partes. Por esto es por lo que cuando el amor y la ambición son el principio y el fin de la vida, se encuentra uno en el estado más feliz de que sea capaz la naturaleza humana.»

Difícil es ver aquí un juego ingenioso ni siquiera una teoría. Evidentemente es *alguien* el que habla y muy cordialmente. Es el Pascal de «la vida mundana», es el Pascal de 1651-1654 quien habla aquí y sin reticencias. Pascal, con su hábito de sistematizarlo todo, presenta, en 1652, la vida que lleva como idea general. Está enamorado y piensa en el porvenir, y le parece bella la vida que ha empezado a llevar: amor —la que piensa llevar más adelante; ambición (científica, quizá, otra, tal vez)—; y, por generalización y síntesis, la vida pasional, con pasiones diferentes según las diferentes edades. Nada me parece tan personal como este pasaje.

2.^o «A medida que se tiene más inteligencia, las pasiones son mayores, porque no siendo las pasiones sino sentimientos y pensamientos que pertenecen puramente al espíritu, aunque sean ocasionadas por el cuerpo (recuerdo de Descartes, del que está lleno el *Discurso sobre las pasiones del amor*) es evidente que no son otra cosa que el espíritu mismo... En un alma grande todo es grande.»

No es cierto que esto sea confidencial. La observación puede seguramente sugerir este pensamiento. Sin embargo, parece ser la expresión de una reflexión sobre sí mismo. Son las palabras de un hombre que se ha preguntado si el amor no es una debilidad y que, por una sugestión naturalísima del amor propio, se ha respondido: una pasión pequeña es una debilidad; pero una gran pasión es signo de un gran espíritu. Esto revela al enamorado que busca razones filosóficas para excusarse ante sí mismo. Lo que sigue, tres líneas más abajo, tiene por completo igual aspecto; «la claridad de espíritu (¿véis al hombre que se siente geómetra?)

origina también la claridad de la pasión; por esto un espíritu grande y claro (no se piensa esto generalmente sino del propio) ama con ardor y ve claramente lo que ama».

3.º (Me remonto a esa especie de paréntesis que antes señalaba.) «Se pregunta si es preciso amar. Esto no se debe preguntar: debe sentirse. Sobre esto no se delibera; se está propenso a engañarse, y se siente un placer en ello cuando se consulta.»

Personal, muy probablemente. Esto puede ser una burla respecto a otro; pero más bien me parece una burla de sí mismo. De tal tiene el tono. No defenderé mucho este pasaje, sin embargo, si quieren quitármelo.

4.º «Sólo el hombre es algo imperfecto; necesita asociarse para ser feliz. Lo busca a menudo en la igualdad de condición, a causa de que así se encuentran más fácilmente la libertad y la ocasión de manifestarse. No obstante, se aspira algunas veces a subir y se siente el anhelo de engrandecerse, aunque no se atreva uno a decirselo a la que originó tal deseo.»

Difícil es no ver aquí una confesión muy precisa. Si Pascal no hubiera querido más que «divertirse» en este asunto de las pasiones del amor; si hasta no hubiera pensado más que escribir un tratado sobre el amor, no habría hablado más que de generalidades y no se le hubiese ocurrido abordar este caso particularísimo del hombre que ama por en cima de su condición, y no se hubiera detenido a observar que en este caso el ardimiento crece, y no habría pensado en describir el suplicio del que no se atreve a decirlo a la que ama. Todo esto no solamente acusa fuertemente el recuerdo personal, sino la sensación personal actual. Todo esto tiene singularmente el aspecto de un análisis de estado

ánfimo hecho en el instante mismo de encontrarse el autor en tal estado.

5.º La continuación lo confirma: «Una amistad elevada llena mucho mejor que una común e igual el corazón del hombre; las cosas pequeñas son flotantes; sólo las grandes se detienen y perduran.»

¿No es este el acento del hombre que ama a quien le es superior, y sufre por ello, cierto es, pero se siente orgulloso? ¿Y no es por lo menos razonable el decir que esta idea es una de las que es preciso sentir las para concebirlas y haberlas tenido en el corazón para tenerlas en el espíritu?

6.º Esto más. «Cuando se ama a una dama sin igualdad de condición la ambición puede acompañar en un principio al amor, pero en poco tiempo se hace el amo. Es un tirano que no sufre compañero; quiere ser solo; necesita que todas las pasiones se dobleguen y le obedezcan.»

¿No es esto el *caso particular*? Esta mezcla de ambición y de amor se halla en Corneille constantemente; señalase en Saint-Evremond; es de *la época*; pero para advertir y reconocer que esta mezcla, si se ama bien, dura poco, que la ambición retrocede y se eclipsa, que se doblega, obedece y desaparece, es preciso que la observación se haya hecho sobre uno mismo, puesto que, muy probablemente, hecha sobre otro sería falsa, o por mejor decir, muy probablemente, no hubiera podido hacerse.

7.º He aquí, a poco, una observación que tiene al pronto el aspecto de ser absolutamente general, y luego se acerca gradualmente a la confidencia y a la reflexión personal, hasta parecer una página de *memorias* o de *diario*, y esto es lo que precisamente carac-

teriza a la confidencia pudorosa e involuntaria. Créese al principio exponer una teoría, se llega insensiblemente y sin quererlo a pintar uno de los sentimientos; créese al principio expresar una idea, se llega insensiblemente a describirla. Esto ocurre a cada paso en las conversaciones que versan sobre sentimientos y hasta en toda especie de conversaciones. Esto es lo que me parece que le ha ocurrido a Pascal en el pasaje que voy a transcribir. Vedlo: «Cuando un hombre es delicado en cualquier lugar de su espíritu, lo es en amor. Porque como debe afectarle cualquier objeto que se halle fuera de él, si hay en éste algo que repugne a sus ideas, lo advierte y lo huye. La regla de esta delicadeza depende de una razón pura, noble y sublime. Así, uno puede creerse delicado sin serlo efectivamente, y los otros tienen derecho a condenarnos; en vez de que, para la belleza, cada cual tiene su regla soberana e independiente de la de los demás. Sin embargo... hay que convenir en que, cuando se desea ser delicado no se está lejos de serlo en absoluto...» He aquí lo que es pura disertación, he aquí lo que parece ser todo lo impersonal posible. Pero inmediatamente después: «Las mujeres gustan de percibir esta delicadeza en los hombres, y ella es, a lo que me parece, lo más tierno para ganarlas. Así, es fácil de ver que otros mil son despreciables, y que nosotros somos los únicos estimables.» Lo que yo creo que quiere decir: «La mujer amada puede fácilmente ver que sólo ella lo es, que no se estima sino a ella y se desprecia a todas las demás.» Este es casi ciertamente el lenguaje de quien no ama más que a una mujer, para quien todas las otras son como si no existieran, y que ha advertido con gozo que aquella mujer lo advertía con gusto.

8.º Seguimos en la lectura del *Discurso sobre las pasiones del amor*, y podemos observar, a medida que avanzamos, que los pasajes que se nos muestran con aspecto de confidencia personal menudean y se hacen más largos, más continuos. Esto es también, a mi entender, un signo importantísimo. He aquí cuatro páginas en las que me parece que, casi sin interrupción, Pascal habla de él. «La persistencia en un mismo pensamiento fatiga y daña al espíritu del hombre. Por esto es por lo que, para la soledad del placer del amor, se necesita, a veces, no saber que se ama; y esto no es cometer una infidelidad, porque no se ama a otra persona; es adquirir fuerzas para amar mejor. Hácese esto sin pensarlo; el espíritu lo realiza por sí mismo; la naturaleza lo quiere, lo ordena. Preciso es, sin embargo, confesar que esto es una miserable consecuencia de la naturaleza, y que sería uno más feliz si no se estuviese obligado a cambiar de pensamiento, pero no hay otro remedio.»

«—Es adquirir fuerzas para amar mejor»; «se hace sin pensarlo»; «pero esto es muy miserable». ¡Oh! ¡Cómo estas palabras son las de un hombre que ha amado y se ha observado a sí mismo y no a otro, y que se ha irritado contra sí mismo, porque no amaba tanto ni tan completamente como hubiera querido!

9.º «El placer de amar sin atreverse a decirlo tiene sus penas, pero también sus dulzuras. ¡Qué gozo es el hacer todos los actos con la mira de agradar a una persona a la que se estima infinitamente! Estúdiase uno todos los días para hallar el medio de descubrirse y en esto se emplea tanto tiempo como si se hubiera de conversar con la que se ama. La mirada se aviva y se apaga en el mismo momento, y aunque no se ve mani-

fiestamente sino a la que causa tanta perturbación, se tiene, sin embargo, la satisfacción de sentir todos estos movimientos por una persona que tan bien lo merece. Quisiérase tener cien lenguas para darlo a conocer; porque como no puede uno servirse de la palabra, preciso es reducirse a la elocuencia de acción.» —Veamos. ¿Ante quién ha podido situarse Pascal para observar a un hombre tímido y todo interior, que no se atreve a declararse, que forma todas sus acciones con el designio de agradar a una persona, que estudia las palabras que sabe que no le dirá, cuya mirada se apaga y se enciende en el mismo momento? ¿Ante quién queréis que Pascal se halla situado para estudiar a un hombre así, sino ante sí mismo?

10. Continúa, ahonda, escruta más profundamente. Hace la historia de la evolución completa de una pasión amorosa: «Hasta aquí se está siempre gozoso y se tiene una considerable ocupación. Así es uno dichoso; porque el secreto de alimentar constantemente una pasión es no dejar ningún vacío en el espíritu, obligándole a ocuparse sin cesar en lo que tan gratamente le afecta. Pero cuando se está en la situación que acabo de describir, no puede permanecer en ella mucho tiempo, porque siendo uno el solo actor en una pasión que necesariamente requiere dos, es difícil que no se experimenten pronto todos los movimientos que a uno agitan. Luego de haber hecho este camino, semejante plenitud disminuye algunas veces, y como no recibe socorros del lado de la fuente, se declina miserablemente, y las pasiones enemigas se apoderan de un corazón, al que despedazan. Sin embargo, un rayo de esperanza, por bajo que se esté, vuelve a elevar a uno a la altura en que se estaba. Esto constituye a veces

un juego que agrada a las damas; pero, otras veces, al fingir que tienen compasión, la sienten de verdad. ¡Qué feliz es uno cuando esto ocurre!»

¿Creéis que una descripción tan minuciosa de las oscilaciones de un corazón enamorado que se agota en amar sólo y que recobra vigor y alientos, en cuanto, con razón o sin ella, vuelve a esperar, pueda haberse hecho de otra manera que mirándose a sí mismo, y creéis que una *exclamación*, que un *grito* como este: «¡qué feliz es uno cuando esto ocurre!» (en otra parte hallaremos otro muy semejante), sea una simple anotación algebraíca? A mí no me hace en modo alguno tal efecto.—Prosigamos:

11. «Cuando dos personas son de un mismo sentimiento, no adivinan, o por lo menos hay una que adivina lo que quiere decir la otra, sin que esta otra la entienda o se atreva a entenderla.»

¿No veis aquí al filósofo y al enamorado dialogar, y de tal suerte que se contradicen y entremezclan sus contradicciones?

«*El Enamorado*: Dos personas se aman y no se adivinan.—*El Filósofo*: Se adivinan perfectamente; cuando se tiene el mismo sentimiento, no se puede por menos de adivinarse.—*El Enamorado*: Sí, se adivinan sin duda; pero hay una que adivina y otra que no se siente adivinada.—*El Filósofo*: Se siente muy bien adivinada si tiene talento.—*El Enamorado*: Sí, quizá, pero no se atreve a creer que es adivinada.»—Continuemos:

12. «Cuando amamos nos sentimos completamente distintos de lo que éramos antes. Así, nos imaginamos que todo el mundo lo nota; sin embargo, nada hay tan falso. Pero como la razón tiene su vista limitada

por la pasión, no puede uno estar seguro (*tranquilo*) y siempre se es desconfiado. Cuando se ama, imaginase uno que se descubriría la pasión de otro. Por esto se tiene miedo.»

¿Acaso no os parece que aquí no es solamente Pascal quien dice *yo* en cada línea, sino que se le ve ante nosotros en toda su delicada timidez y en toda su inquietud?—Prosigamos:

13. «Hay ciertos espíritus a los que es preciso dar esperanzas mucho tiempo, y estos son los delicados. Hay otros que no pueden resistir mucho tiempo las dificultades, y son los más groseros. Los primeros aman más tiempo y con mayor efusión; los otros aman más de prisa, con mayor libertad y acaban pronto.»

Comparación que Pascal hace entre sí mismo y los hombres de sociedad relativamente groseros, con quienes vive, los Meré, los Miton, etc. ¿No os parece?

14. «El primer efecto del amor es inspirar un gran respeto: se venera a quien se ama. Es muy justo; nada hay más grande en el mundo.»

Amor cornelianiano. En rigor podría no haberlo sentido quien lo analiza. Es, sin embargo, más verosímil que el que tan bien da la razón del respeto amoroso haya visto muy de cerca en qué consiste.

15. Los autores nos pueden decir bien los movimientos del amor de sus personajes; sería preciso que fuesen a su vez actores.

Si Pascal hubiese querido decirnos formalmente: «En este escrito hablo de mí», no lo hubiera dicho de otra manera. Acaba de advertir que analiza el amor, y un determinado amor, y que describe sus movimientos con una precisión que no ha encontrado en ningún autor, y se dice: «No es raro. Se necesitaría que hu-

bieran sido autores y actores. Yo soy, precisamente, el protagonista de mi libro.»

16. «El extravío de amar en diferentes sitios es tan monstruoso como la injusticia en el espíritu.»

Palabra de un enamorado que no sabría amar más que a una persona. La palabra *monstruoso* (sola, por lo demás, en toda la frase) acusa el sentimiento personal a causa de su violencia. Un simple moralista hubiera dicho: «La inconstancia es la injusticia del corazón.»

17. He aquí lo que nos hace volver al puro y simple retrato de Pascal por sí mismo. «En amor, un silencio vale más que un discurso. Es conveniente ser callado; hay una elocuencia del silencio que penetra más que el lenguaje. Que un amante persuada bien a su amada cuando calla y que, por lo demás, tenga talento. Por locuacidad que uno tenga, conviene, en ciertas circunstancias, que se extinga. Todo esto sucede sin reglas y sin deliberación, y, cuando el espíritu lo hace, no lo pensaba hacer. La cosa ocurre por necesidad.»

Repitamos que Pascal no se declaró nunca; a veces se creyó adivinado, y nunca se atrevió a confesarse que se creía comprendido.

18. «Adórase a menudo lo que no debe ser adorado, y no se deja de guardarle una fidelidad inviolable, aunque no lo sepa. Pero es preciso que el amor sea muy fino y muy puro.»

—Parece escrito en uno de los momentos en que Pascal no se creía comprendido, y era, no obstante, de una fidelidad *que él admiraba* y en la que reconocía la fineza y la pureza de sus sentimientos. Más verosímelmente, dicho sea sin epigrama, cuando se piensa en uno mismo que cuando se piensa en otro.

19. «Soy de la opinión de quien decía que en el amor se olvidaba de su fortuna, de sus parientes y de sus amigos: así son los grandes afectos. Lo que hace que se vaya tan lejos en el amor es que no se piensa que se necesite otra cosa que lo que se ama; el espíritu está lleno; no hay lugar en él para los cuidados ni para la inquietud. La pasión no puede ser sin exceso: de aquí procede que no se cuida uno de lo que diga el mundo, que se sienta que no se debe condenar nuestra conducta, puesto que viene de la razón (1). Hay una plenitud de pasión; no puede haber un comienzo de reflexión.»

Abandono, si gustan, este pasaje a mis contradictorios; no es necesario haber experimentado el amor para hablar así; es, sin embargo, bastante más natural dicho por alguien que haya amado y no a medias.

20. Siguen dos páginas de reflexiones, que en rigor podía haberlas escrito un hombre que no hubiese amado nunca. Digo, en rigor. En el fondo no lo creo, o casi. Pero el que quiere probar mucho, prueba poco, y nunca he pretendido yo que todo lo que Pascal ha escrito del amor se lo inspirase su corazón.

21. Final del discurso. Este final del discurso no es solamente una confidencia; es una *elegía*. Si otro que no fuese Pascal hubiera escrito esta página, no habría nadie en el mundo que no exclamase: «Grito lírico de un corazón amante, inquieto y desgarrado.» Son cinco estrofas en prosa sobre los tormentos y los goces de un «amor taciturno y siempre amenazado».

(1) En otro lugar, como es sabido, en lo que llamo la parte dogmática del *Discurso*, Pascal sostiene que no hay oposición entre la razón y el amor.

«Cuando se está lejos del ser amado, se toma la resolución de hacer y decir muchas cosas; pero cuando se está cerca, se es irresoluto. ¿De qué procede esto? Es que cuando se está lejos la razón no se halla tan perturbada; pero lo está de un modo extraordinario en presencia del ser; ahora, para la resolución se necesita una firmeza que quebrante la perturbación. En amor no se atreve uno a aventurarse por el temor de perderlo todo; sin embargo, preciso es avanzar; pero, ¿quién puede decir hasta dónde? Siempre se está temblando hasta haber encontrado ese punto. La prudencia no hace nada para mantenerse en él cuando se le ha hallado. No hay nada tan embarazoso como ser amante y ver algo en su favor sin atreverse a creerlo: vese uno igualmente combatido por la esperanza y el temor. Pero al fin, el segundo vence a la primera. Cuando se ama mucho, es siempre una novedad ver a la persona amada. Tras un momento de ausencia se nota su falta en el corazón. ¡Qué alegría volverla a ver! Siéntese enseguida una cesación de inquietudes. Es preciso, sin embargo, que esté ya muy adelantado; porque cuando es naciente y no se ha hecho ningún progreso, se siente, sí, una cesación de inquietudes, *pero sobrevienen otras*. Aunque los males se sucedan así los unos a los otros, no se deja de desear la presencia de la amada por la esperanza de sufrir menos; sin embargo, cuando se la ve se cree sufrir más que antes. Los males pasados no hieren ya; afectan los presentes, y sobre lo que afecta se juzga. ¿No es digno de compasión un amante en semejante estado?

Y con esta queja sorda el discurso termina o se interrumpe. Pocos escritos conozco que más parezcan pertenecer a la literatura personal.

Observad, que hasta cuando creemos habérmolas con el filósofo que diserta, de pronto la voz del apasionado atraviesa, por decirlo así, el discurso del filósofo. Ahora un párrafo sobre el espíritu geométrico y el espíritu de fineza. Aquí nos encontramos con el filósofo y, a lo que parece, sólo con él: «Hay dos clases de espíritu: el uno geométrico y el otro que se puede llamar de fineza...» De repente: «Cuando se tienen los dos juntos, ¡qué placer da el amor!» ¿En quién queréis que, en su siglo, piensa Pascal, como poseyendo a la vez el espíritu geométrico y el espíritu de fineza y gustando, por tener los dos, más placér que nadie en las pasiones del amor? ¡Y la exclamación!

Y esto: «A medida que se tiene más espíritu, se encuentran más bellezas originales.» Bien. Esto es del filósofo; lo repetirá, parecidamente, en los *Pensamientos*. Pero en seguida: «Pero no hay que estar enamorado, porque cuando se ama no se encuentra más que una.» Es el enamorado que, al instante, refuta al filósofo. El filósofo sabe que cuanto más espíritu se tiene, es decir, inteligencia, más hombres originales y también bellezas originales se encuentran; pero el enamorado acaba de descubrir que, cuando se ama, se pierde inmediatamente aquella facultad. Jamás lo hubiese descubierto el filósofo si el enamorado no se lo hubiera advertido.

En el resto del discurso se ve unas veces al filósofo, otras al apasionado. Aquí, y en uno u otros dos pasajes, se les ve juntos, y disputando y refutándose y enseñándose.

Y, en fin, notad este punto los que habéis frecuentado mucho a Pascal, que Pascal es un gran filósofo, un gran inventor de ideas, un gran dialéctico; pero

que es muy poco observador, que tiene muy poco de la manera de La Bruyère, de Molière, de Vauvenargues o de Duclos. Luego sí, una vez, en el *Discurso sobre las pasiones del amor*, ha sido observador tan preciso y analista tan penetrante de las pasiones de los hombres, preciso es que sobre sí mismo haya hecho tales observaciones. Pascal, casi, casi, no sabe más que de su alma.

El *Discurso sobre las pasiones del amor* es, pues, una confidencia; es hasta un fragmento autobiográfico. De esto puede deducirse, sin temor del menor extravío, que Pascal estuvo enamorado, y enamorado de una mujer de condición superior a la suya; que se creyó amado, o creyó, por lo menos, que la mujer en cuestión no era indiferente a su afecto; que no se declaró nunca; que pasó por las alternativas de gozo y de tristeza (digo gozo porque, como afirma La Rochefoucauld, «el placer del amor es amar») que esta situación comporta siempre; finalmente, que estuvo desesperado: las últimas líneas de su discurso son un grito trágico.

He aquí de lo que creo estar seguro.

III

Hay, incluso en los *Pensamientos*, muchas palabras que son de un hombre que ha conocido el amor.

Observad bien que no digo que Pascal estuviese todavía enamorado al escribir los *Pensamientos*. Esto sería absurdo. El Pascal de la época de los *Pensamientos* no siente absolutamente más que una pasión: la pasión de Dios. Añadamos, si queréis, el odio a los je-

suítas; me inclino a la opinión de los que creen que los *Pensamientos* son, sobre todo, un libro contra los je suítas. Pero, en fin, esto, en Pascal, no es sino una forma de aquello. Pascal, en la época de los *Pensamientos*, no tiene más que una pasión: la pasión de Dios.

Pero digo que muchas palabras de los *Pensamientos* son de un hombre que ha amado, de lo que tal vez ya no se acuerde, pero que ha amado y no podría en modo alguno escribir tales palabras si no hubiese amado.

He aquí el resumen, incompleto, lo se, y que se podrá completar —pero el secreto de aburrir es decirlo todo—, de esas palabras:

«El que ama a una persona por su belleza, ¿la ama? No, porque las viruelas que le quitasen la belleza, harían que dejara de amarla. Y si me aman por mi criterio, por mi memoria, ¿me amarán a mí? No, porque puedo perder estas cualidades sin perderme yo. ¿Dónde, pues, está este Yo...?»

Por sí solo no probaría en modo alguno este pasaje que Pascal haya estado enamorado; pero, junto con otros, induce a creerlo. En los hombres que no han estado enamorados o que lo han estado muy poco, no se encuentra nunca un análisis del amor o un ejemplar tomado de las pasiones del amor. No hay (cosa asombrosa, por lo demás) ni una línea sobre el amor en el *Tratado de las pasiones* de Descartes.

«—El corazón tiene su orden, el espíritu el suyo, que es por principios y demostraciones. No se prueba que uno debe ser amado exponiendo ordenadamente las causas del amor; esto sería ridículo.»

Mucho más personal. O yo no tengo un adarme de psicólogo, cosa que, por lo demás, es perfectamente posible, o lo acabado de transcribir es de un hombre

que, muy razonador, muy dotado de espíritu geométrico, *ha soñado*, estando enamorado, con *probar* que debía ser amado y con «exponer por orden» las razones de ello; pero que luego, no siendo tonto, se ha encogido de hombros y ha dicho: «esto sería ridículo.»

—Exacta contra parte del fragmento que precede: «Cuando un discurso natural pinta una pasión o un efecto (de esta pasión, probablemente), se halla en uno mismo la verdad de lo que se oye, la cual no se sabía que fuera, de suerte que se siente uno inclinado a amar a quien nos la hace sentir, porque no nos ha mostrado un bien suyo, sino nuestro, y así esta merced nos lo hace amable, sobre que esta comunidad de inteligencia que con tal persona tenemos inclina necesariamente al corazón a amarla.»

Me parece muy difícil no hallar aquí el eco, el recuerdo de conversaciones que un hombre que ha amado ha tenido con la persona amada. Pascal insinuó discretamente su pasión o algún afecto de su pasión a la mujer que amó, y parecióle que ella le comprendía y que en aquellos momentos se inclinaba a amarle, y a algunos de estos momentos se refieren ciertos pasajes del *Discurso sobre las pasiones del amor*, donde se pinta la alegría de ser amado o de empezar a sentir que se va a serlo.

De vez en vez, como lo ha hecho observar muy acertadamente Brunschvicg, los *Pensamientos* parecen una refutación del *Discurso sobre las pasiones del amor*. Por ejemplo, e ignoro si es en esto en lo que ha pensado Brunschvicg, pero está bien para el caso, Pascal dice en el *Discurso*: «El hombre solo es algo imperfecto; necesita hallar a otro para ser feliz... Tenemos una fuente de amor propio que nos representa a

nosotros mismo como pudiendo ocupar varios lugares en el exterior; esto es la causa de que nos satisfaga tanto ser amados.» Y dice en los *Pensamientos*: «La verdadera y única virtud es odiarse, porque uno es odiable por su concupiscencia, y buscar un ser verdaderamente amable para amarle. Pero, como no podemos amar a lo que está fuera de nosotros, hay que amar a un ser que esté en nosotros y no sea nosotros... Ahora bien, no hay más que el Ser universal que sea tal.» Relacionando estos dos pasajes, el razonamiento está completo y «la historia de un alma» está completa. Parece que si Pascal hablase en primera persona, como un romántico, diría: «He creído en el amor; he cedido a esa ilusión muy natural; he seguido esa voz del amor propio que nos persuade de que podemos ocupar varios lugares en el exterior y que hace que nos agrade ser amados; pero esta voz no es sino la de la concupiscencia, es la *libido sentiendi*; es una pasión y un error; porque nosotros no podemos amar lo que está fuera de nosotros, y, por consiguiente, no podemos ser amados de lo que está fuera de nosotros. Lo he reconocido. Pero ¿qué quedaría? ¿Amarse a sí mismo? Pero el yo es odiable. Es hasta una virtud, y tal vez la verdadera y única virtud el odiarse. ¿Qué resta, pues? Amar, no a sí, sino en sí; a alguien que esté en nosotros pero que no es nosotros. ¿Quién es? El Ser universal. Yo he llegado a no amar sino a El.» Relacionados los dos pasajes dan este sentido; pero, aun solo, ¿es que el pasaje de los *Pensamientos* no lo da, y, por consiguiente, no es el lenguaje de un hombre que ha vuelto del amor y que, por lo tanto, lo ha experimentado hasta haber, probablemente, ser herido por él?

Yo trato, por supuesto, de resistirme y no ceder a

lo que llamo influencia de nuestra opinión sobre nuestra opinión; pero, en fin, el pasaje siguiente de los *Pensamientos*, aunque pueda muy bien no ser sino el lenguaje de un hombre que piensa en sus parientes y amigos, ¿no parece mucho mejor el lenguaje de un hombre que ha amado, que casi ama todavía, que no quiere ser amado, por querer que no se ame más que a Dios, y el cual, en los momentos que rechaza al amor, demuestra hasta qué punto fué por él poseído y que sale de él y se evade de él violentamente? El pasaje, del más sublime lirismo, es, además, tan bello, que lo citaría por el placer de transcribirlo, aunque no tuviese relación con mi tesis: «Es injusto que me cobren afecto, aunque lo hagan con gusto y voluntariamente. Engañaría a aquellos en quienes hiciera nacer tal deseo; porque no soy el fin de nadie ni tengo con qué satisfacerlos. *¿No estoy abocado a morir? Y así, pues, el objeto de la afección de aquéllos morirá. Como sería culpable de hacer creer en una falsedad, aunque la pregonase dulcemente y fuera creída con gusto y esto me agradase, del mismo modo soy culpable si me hago amar y me atraigo la afección de las gentes.* Debo advertir a los que están prestos a consentir en la mentira que no deben creerla, por beneficioso que me fuese, y, de igual suerte, que no se me aficionen, porque es preciso que dediquen su vida y sus cuidados a complacer a Dios o a buscarle.» Abelardo, retirado en San Dionisio y escribiendo a Eloísa para desligarla de él, ¿hablaría de otro modo? No ciertamente; me es difícil ver en este pasaje el lenguaje de un hombre que no haya conocido más que la amistad, aun cuando reconozca que la cosa sea posible.

Mucho menos probatorio para mi tesis, pero que

debe ser considerado como una nota al margen de los pasajes precedentes, es el fragmento que sigue: «Es falso que seamos dignos de que los otros nos amen; es injusto que lo queramos. Si naciésemos razonables e indiferentes y conociéndonos y conociendo a los otros, no daríamos semejante inclinación a nuestra voluntad. Nacemos, sin embargo, con ella: nacemos, pues, injustos, porque todo tiende a uno. Esto es contra todo orden; hay que tender a lo general, y la pendiente hacia sí es el principio de todo desorden en guerra, en política, en economía, en el cuerpo particular del hombre. La voluntad está, pues, depravada. Nacemos, pues, injustos y depravados.»

Y, en fin, ¿no os parece que esto suena algo a confianza? «Ya no ama a la persona que amaba hace diez años. Lo creo; ella no es ya la misma, ni él tampoco. El era joven, y ella también; ella es completamente otra ahora. El la amaría quizá aún, tal como era entonces» (1).

Se ve que, con registrar solamente los pasajes más importantes de los *Pensamientos*, en relación con lo que nos ocupa, y preescindiendo de otros muchos, se tiene, por lo menos, la impresión, leyendo los *Pensamientos*, de Pascal, que Pascal es un hombre que ha amado y que se reprochó haber amado: prueba de que amó vivamente y que lo recordaba subscientemente.

(1) Y esto, adelantándonos a lo que sigue, no se aplicaría en modo alguno a la señorita de Roannez, ¿pero a otra...?

IV

¿Fue la señorita de Roannez la persona que Pascal amó o una de las personas que Pascal amara? Nada, absolutamente nada lo prueba. Es posible, es perfectamente posible, pero nada, absolutamente nada, lo prueba. La señorita de Roannez nació el 16 de Abril de 1633. Tenía diez y ocho años cuando Pascal frecuentaba el Hotel de Roannez, llevaba una vida mundana, era amigo del joven duque de Roannez y tenía, a su vez, veintiocho años. ¿Vió mucho a la señorita de Roannez en la mansión ducal? Gazier responde: «Nada de eso.» Es mucho aventurar, puesto que él mismo habitó en aquella casa durante algún tiempo. Sin embargo, nada indica que Pascal por aquella época tratase muy familiarmente a la señorita de Roannez. Se puede solamente *suponer* que la conociera, porque es verosímil, y las cartas que le escribió más adelante no serían muy verosímiles si la hubiese desconocido por completo precedentemente. (Véase con especialidad la carta V de la edición Brunschvicg, III del antiguo orden.) La conoció, pero he aquí todo lo que se está autorizado para afirmar.

En cuanto a lo que se sabe del proyecto que tuvo Pascal hacia aquella misma época «de emplearse y casarse», no indica en modo alguno que estuviese enamorado de la señorita de Roannez, ni de ninguna otra.

En cuanto a lo que igualmente se sabe respecto a la señorita Roannez, a saber: que «... como pensaba casarse, varios pusieron los ojos en ella, pero como no podía ser un gran partido, por hallarse todavía en el mundo su señor hermano, de quien aún no se conocía

su resolución, los pretendientes no eran grandes señores. Hubo un hombre de calidad que la cortejó»; se necesita haber perdido un poco el sentido común para ver a Pascal enamorado de la señorita de Roannez y pensando en casarse con ella. Nunca, nadie en el siglo xvii, hubiera llamado al burgués Pascal «hombre de calidad», y, por poco partido que fuese o hubiera de ser la señorita de Roannez, había entre la hija de un duque y Blas Pascal tal abismo, que la idea atribuida a Blas Pascal de cortejar a la señorita de Roannez para casarse con ella es perfectamente bufa. «El hombre de calidad», de que habla Margarita Périer, es muy probablemente el marqués de Alluyre, a quien la señorita de Roannez rechazó en Agosto de 1656.

Del período que va de 1650, aproximadamente, a 1656, sabemos muchas cosas respecto a las relaciones de Pascal con el duque de Roannez. De las relaciones de Pascal con la señorita de Roannez no sabemos *absolutamente nada*; podemos suponer que la conoció; no sabemos nada de que se enamorase de ella; podemos estar completamente seguros de que no pensó en modo alguno en hacerla su esposa. Un amor con esperanzas, imposible. Un amor sin esperanzas, posible; pero ni aun esto, nada nos permite suponerlo.

V

¿Tuvo que ver algo Pascal en la determinación de la señorita de Roannez de abrazar la vida religiosa? Aquí hay que andar con cuidado y determinar bien las fechas. En 1656, en plena publicación de las *Cartas Provinciales*, se produjo «el milagro de la sagrada Espi-

na»; Margarita Périer, sobrina de Pascal, curada de una enfermedad de los ojos por el contacto de una reliquia. La señorita de Roannez, que también sufría de la vista, va a Port-Royal para curarse, no se cura, se vuelve, va de nuevo a Port-Royal algunos meses después (Agosto de 1656), es tocada por la gracia y hace voto de entrar en religión; y dijo ella más adelante que se hubiera quedado desde luego en Port-Royal de haber conocido a alguien. De estas palabras, Gazier saca un gran partido para probar que la «vocación» de la señorita de Roannez fué completamente espontánea; y Carlos Adam —esto ocurre siempre— saca un gran partido, así como de los comentarios hechos a estas palabras, para demostrar que la vocación de la señorita de Roannez no tuvo nada de espontánea. Porque la señorita de Roannez dijo que hubiese entrado, desde luego, en religión si hubiese tenido algún conocimiento en Port-Royal, «el canónigo Hermant, dice Adam, cuida mucho de insistir sobre esa frase y de repetir que la señorita de Roannez no conocía en modo alguno Port-Royal, no hablando allí con nadie ni dentro ni afuera. Pero estas últimas palabras parecen dichas de intento para descartar toda intervención de una persona en el milagro, y en particular la de Pascal. ¿No es un poco sospechosa la insistencia misma del canónigo, y no parece determinada a sustraer a los jansenistas de la menor sospecha respecto a haber atraído con sus manejos a Port-Royal a una joven de la alta nobleza?...» Y la señorita de Roannez «se engañaba ella misma en esto», porque «es mucho más halagador para una pobre alma decirse que cede, no a palabras puramente humanas, sino a una fuerza sobrenatural que la lleva al claustro... Así pensaba, sin

duda, la señorita de Rannez». Veréis que esta señorita no dijo, en su relato, que «no conocía a nadie en Port-Royal», sino para evitar las sospechas y porque sentía que era atraída por alguien. Este es el artificio de Caco. Caco aparte, Adam está convencido de que ella fué impulsada por la conversión de su hermano, por la conversión de Pascal mismo, y de que si, semanas después, entró en relaciones con Singlín, no pudo ser sino por mediación de Pascal.

Todo esto son hipótesis muy ingeniosas, pero, hasta más amplia información, nos atendremos al hecho. La señorita de Roannez afirma, sin ninguna razón para ocultar lo contrario de ser verdad, que la segunda vez que fué a Port-Royal tuvo espontáneamente la idea de hacerse religiosa. No veo motivo alguno para no creerlo. Y he dicho que no tenía ninguna razón para ocultar lo contrario, de haber sido verdad, porque, en lo que se refiere a lo que siguió casi inmediatamente a su resolución del 4 de Agosto, y en lo relativo a las conversaciones que tuvo *antes del 17 de Agosto* con «algunas personas de Port-Royal», reconoce muy tranquilamente todos estos tratos con Port-Royal, y dice con toda naturalidad que comunicó sus propósitos «a su hermano, a su confesor habitual de Saint-Merry y a algunas personas de Port-Royal».

Puesto que tan sencillamente se explica respecto a lo ocurrido algunos días antes del 10 de Agosto, ¿por qué no creerla cuando dice que su determinación del 4 de Agosto fué espontánea?

Así, pues, en mi concepto, la vocación de la señorita de Roannez fué espontánea y sin ninguna intervención extraña.

A partir del 17 de Agosto de 1656, a la verdad, no

ocurre lo mismo, y la magna intervención extraña, la de Pascal, se manifiesta a más y mejor. Del 4 al 17 de Agosto, la señorita de Roannez celebró conferencias con el señor Singlin, quien le aconsejó «que se proba- ra bien antes de hacer nada y obtuviese el consenti- miento de su señora madre y su señor hermano». Su hermano no se mostró favorable al proyecto; y para «distrarla» —el lenguaje de Pascal es aquí adecua- do— la llevó a hacer una excursión al Poitou, donde la familia Roannez poseía bienes. Y aquí es cuando, casi enseguida, empieza la correspondencia de Pascal con la señorita de Roannez.

Carlos Adam nos ha prestado el señalado servicio de restablecer esta correspondencia con arreglo a los datos probables y muy probables, y por consiguiente, en un orden que no es en modo alguno el seguido has- ta aquí. En esto estriba el grandísimo interés de su trabajo. Este orden fué inmediatamente adoptado, con razón, por Brunshvicg en su excelente edición de 1897. Ofrece aún algunas dificultades, se prestará a ciertas críticas o ciertas dudas; pero, en suma, está probado que es más exacto e infinitamente mejor que el adoptado precedentemente.

En sus cartas, Pascal es un apóstol imperioso como un sectario y practica enérgicamente el *Compelle in- trare*. Notad que se hallaba en este momento (Se- tiembre 1656-Diciembre 1656) en pleno fuego, en ple- no ardor, en plenas brasas de *Las Provinciales*. En ningún instante de su existencia fué más de su pare- cer. Esto es lo que explica pasajes violentos y de otra parte admirables como este: «*Cuando veáis la abomi- nación donde no debe estar, que cada cual huya sin vol- ver a su casa para recoger lo que sea* (San Marcos).

Parecía que esto predice perfectamente los tiempos en que estamos, en que la corrupción de la moral está en las casas de santidad y en los libros de los teólogos y de los religiosos, donde no debería estar. Es preciso salir al encuentro de tal desorden, y ¡ay de las que están en cinta o criando en estos tiempos, es decir, de los que tienen lazos que los ligan al mundo! Las palabras de una santa son oportunas ahora: *que no hay que pensar si se tiene vocación para salir del mundo, sino solamente si se tiene vocación para permanecer en él, como no se consultaría si se ha de salir de una casa apestada o ardiendo.*»

Y como este: «Preciso es, pues, resolverse a sufrir esta guerra (entre la concupiscencia y la gracia) toda la vida, porque aquí no hay paz. *Jesucristo ha venido a traer la espada y no la paz.*» (San Mateo).

Y como este: «Veo que nos interesáis por la Iglesia; se lo debéis. Hace seiscientos años que ella gime por vosotros. Es tiempo de gemir por ella y por todos nosotros juntos y darle todo lo que nos resta de vida, puesto que Jesucristo no tomó la suya sino para perderla por aquélla y por nosotros.»

Y como este todavía: «Yo le quisiera decir que ella (muy probablemente la misma señorita de Roannez) se acuerda de que esas inquietudes no proceden del bien que empieza a estar en ella, sino del mal que está todavía y que hay que disminuir continuamente; y que es preciso que haga como un niño al que los ladrones arrancan de los brazos de su madre, a la que no quiere abandonar; porque no debe acusar de la violencia que sufre a la madre que le retiene amorosamente, sino a sus injustos raptos.»

No es todo, sin embargo, de este tono en las cartas

que conocemos de Pascal a la señorita de Roannez. Hállanse en ellas la unción y la gracia serena y tierna, tanto como la vehemencia... sacerdotal. Un pasaje muy religioso, pero otro tanto filosófico sobre la idea de que, después de todo, no se debe pensar sino en lo presente, es delicioso como «espíritu de fineza» y como elocuencia en el «orden del corazón»: «Lo pasado no debe perturbarnos, porque no tenemos que hacer otra cosa que lamentar nuestras faltas; pero menos aún nos debe afectar lo futuro, puesto que en modo alguno nos pertenece, y tal vez no lo alcancemos nunca. Lo presente es el único tiempo que verdaderamente es nuestro y del que debemos usar, según Dios. Aquí es donde nuestros pensamientos deben ser principalmente contados. Sin embargo, el mundo es tan inquieto que casi nunca se piensa en la vida presente y en el instante que se vive, sino en el que se vivirá. De suerte, que siempre se está en condiciones de vivir en lo futuro y jamás de vivir ahora. Nuestro Señor no ha querido que nuestra previsión se extendiese más allá del día en que estamos. Tales son los límites, que es preciso guardar tanto para nuestra salvación como para nuestro reposo. Porque, en verdad, los preceptos cristianos son los más llenos de consuelo...»

Una página sobre el gozo mezclado de penas, pero penas que también tienen su dulzura, que se encuentra en la vida religiosa, me parece pertenecer por completo a ese «medio» que Calvet recomienda, que felicita a Bossuet por haberlo siempre conservado y que deplora que Pascal, en su ardimiento, no haya conocido. ¿Qué nada más justo, ni más sano, ni mejor de todo punto (salvo un poco de sutilidad), requiere J. Calvet que lo que sigue?: «San Pablo dijo que los que entren

por el buen camino, encontrarán perturbaciones e inquietudes en gran número. Esto debe consolar a los que las sienten, porque, advertidos de que el camino del cielo que buscan está lleno de ellas, deben alegrarse de hallar señales de que están en el verdadero camino. Pero estas penas no carecen de goces y nunca son vencidas sino por el goce. Porque, así como los que dejan a Dios para volver al mundo, no lo hacen sino por hallar más agrado en los goces de la tierra que en los de la unión con Dios, y porque al arrastrarles ese encanto victorioso y hacerlos arrepentir de su elección primera, los convierte en «penitentes del diablo», según frase de Tertuliano, así también no se dejarían nunca los goces del mundo para abrazar la cruz de Jesucristo, si no se hallase mayor dulzura en el desprecio, en la pobreza, en el renunciamiento y en el desvío de los hombres que en las delicias del pecado. Por lo tanto, como dice Tertuliano, no hay que creer que la vida de los cristianos sea una vida de tristeza. No se deja un placer sino por otro mayor. *Orad siempre*, dice San Pablo, *dad gracias siempre, regocijaos siempre*. La alegría de haber hallado a Dios es el principio de la tristeza de haberle ofendido y de todo el cambio de vida. Quien encuentra un tesoro en un campo siente tal alegría, que esta alegría, según Jesucristo, le hace vender cuanto tiene para comprarlo. Las gentes del mundo no tienen esta alegría, *que el mundo no puede dar ni quitar*, dice también Jesucristo. Los bienaventurados tienen esa alegría sin tristeza; las gentes del mundo tienen su tristeza sin esa alegría, y los cristianos tienen esa alegría mezclada con la tristeza de haber seguido otros placeres y del temor de perderla por el atractivo de esos otros placeres que nos

tientan sin descanso. Y así debemos trabajar incesantemente por conservarnos esa alegría que modera nuestro temor y por conservar ese temor que modera nuestra alegría, y según que se sienta uno muy inclinado hacia uno de estos extremos, inclinarse hacia el otro para permanecer en pie.»

Cuando releo estas cartas a la señorita de Roannez, reducidas por el indiscreto celo de la familia a fragmentos demasiado cortos, y lamento infinitamente lo que se nos ha sustraído, me digo que, tales como están, hay que ponerlas entre las más bellas «cartas de dirección» del siglo XVII.

Pero la elocuencia tiene sus derechos y, después de haber dado sobre las cartas de Pascal a la señorita de Roannez mi opinión por lo que valga, no puedo resistir al placer de citar la de Carlos Adam y transcribir sus conclusiones, que son la más brillante y bella página anticlerical que se haya escrito desde 1857. ¡Qué lástima no poseer la autoridad necesaria para llevarla al instante a la posteridad. «Estas cosas ocurrían no hace más de dos siglos, y apenas si podemos ya comprenderlas. ¡Tan lejanas parecen ya de nosotros! Y no podemos menos de preguntarnos, al leerlas, si fué una desgracia para la señorita de Roannez el haberse encontrado en su vida con Pascal y con Singlin y con Arnauld; una desgracia también el haber hallado un día en su camino una capilla con una reliquia cuyo mayor milagro no era curar las enfermedades de los ojos, sino atraer y fascinar a las almas para precipitarlas al claustro; una desgracia, sobre todo que, una vez entrada en él, se viera obligada a salir con pesares cuidadosamente mantenidos por manos piadosas que no le dejaran respiro. Pero más bien la señorita

de Roannez fué una víctima bastante triste de la guerra encarnizada que se hacían entonces dos partidos religiosos de una igual intolerancia (la palabra es de la época, y Port-Royal la inventó, como se lo reprocha un jesuíta, el Padre Bonhóurs, en nombre de la pureza de la lengua), los unos no pudiendo sufrir que aquella hermana de un duque perteneciese a los jansenistas, y éstos para que no se dijese que les había sido arrebatada por la influencia de los jesuítas, fatigándola con sus persecuciones hasta en el mundo a que había vuelto, pretendiendo conservarla a toda costa, y no logrando más que retrasar diez años su matrimonio, que se había hecho casi inevitable, pero que, a la edad que ella tenía, había de serle funesto; y aun entonces, continuando atormentándola con un vano remordimiento del pasado y una angustia no menos vana respecto a su vida futura. O mejor todavía, fué víctima de aquella exaltación religiosa que, con el nombre de jansenismo, fué en aquel tiempo como la gran enfermedad de las almas, una víctima de aquel misticismo que las llevaba a no ver en la tierra y en el mundo sino la maldición de Dios, en el matrimonio y la familia, cosas tan naturales, tan legítimas y tan santas sin embargo, sino lazos del espíritu maligno, y que, llevado hasta el paroxismo, se convertía en un verdadero delirio; porque si aportaba algún bálsamo quizá a las miserias de la vida presente (después de haberlas recargado con los colores más sombríos, atribuyéndolas siempre a causas sobrenaturales), ciertamente, por la visión perturbada y el terror que daban del más allá, no podía dejar de ensombrecer y envenenar todas nuestras alegrías.»

¿Es esto bastante bello?

No necesito hacer observar que en los fragmentos de las cartas de Pascal a la señorita de Roannez que poseemos no hay ni media línea que pueda dar o confirmar la sospecha de que Pascal hubiera estado un solo momento enamorado de la señorita de Roannez, y esto por dos motivos: el primero, porque aun cuando Pascal hubiera estado enamorado de la señorita de Roannez hacia 1652 o 1653, no pensaría en decirlo en 1656 y rechazaría el pensamiento y el recuerdo de ello con horror, y el segundo es que, si hubiera habido una palabra o media palabra en este sentido o en este orden de ideas, hubiese evidentemente desaparecido bajo las tijeras de la familia.

Creo, por lo demás —sin que me atreva a aventurarme demasiado, porque la psicología de un jansenista tiene secretos para mí—, que las cartas de Pascal a la señorita de Roannez probarían *más bien* que nunca estuvo enamorado de ella, porque, de haberlo estado, hubiera tenido escrúpulos al escribirle tales cartas, porque habría temido ceder a un cálculo de interés sentimental y de «amor propio», creyendo obedecer a una convicción religiosa; porque habría temido obedecer al diablo y no a Dios; porque habría temido ser un miserable; porque habría dicho a Singlin: «encargaos de esto; a mí, desgraciadamente, me lo impide un misterio de conciencia»; porque es preciso tomar precisamente en sentido inverso el razonamiento de ese tontaina de Faugère.

Y esto no es más que una impresión; pero es en mí bastante fuerte, y el *hecho sólo* de las cartas escritas es para mí más bien una razón para creer que Pascal no estuvo nunca enamorado de la señorita de Roannez, que una razón para suponer que pudo estarlo.

Y en último análisis, mis conclusiones son o más bien *continúan siendo* estas: *El Discurso sobre las pasiones del amor* es de Pascal.—Prueba que Pascal estuvo enamorado, y muy delicada y profundamente enamorado.—Los *Pensamientos* de Pascal, por sí solos, bastarían, si no para probarlo, al menos para hacerlo creer.—¿Lo estuvo de la señorita de Roannez? Es posible, pero no es probable, y nada, absolutamente nada, lo indica.—Evidentemente nunca pensó en casarse con ella.—La señorita de Roannez se determinó muy espontáneamente a la vida religiosa; pero al poco tiempo fué muy enérgicamente impulsada hacia ella por Pascal.

Corneille.

Esto será mucho más una selección de los versos de amor de Pedro Corneille, que un estudio biográfico y que un análisis de sus sentimientos amorosos, porque, en lo concerniente a este ilustre poeta, falta casi en absoluto el terreno sólido de la biografía.

Salvo sobre sus amores de 1630 aproximadamente, y sus amores de 1658, no tenemos ningún dato, y aun sus amores y galanterías de 1630 y 1658 se hallan lejos de estar esclarecidos por una luz suficiente.

Sin embargo, hay cierto interés en mostrar cómo Corneille algunas veces sospechoso de haber sido insensible a las pasiones amorosas, habló del amor con complacencia, siempre que creyó poder hacerlo, y como hombre que conoció tales pasiones y fué muy conmovido por ellas.

Los primeros amores de Corneille se remontan, no solamente a su juventud, como sería bastante natural, o a su adolescencia, como también lo sería, sino, tal vez, a su infancia. A la que más quiso la habría amado cuando ella y él eran niños. El abate Granet asegura, sin que desgraciadamente lo pruebe, y en 1783, lo que es un poco tardío, lo siguiente: «Corneille amó muy apasionadamente a una dama de Rouen llamada la señora de Pont..., que era hermosísima, a la que conoció de niña en Rouen cuando era alumno de los je-

suitas, y para la que compuso varias galanterías que nunca quiso publicar, a pesar de las instancias de sus amigos. Hasta las quemó unos dos años antes de su muerte. Le comunicaba la mayor parte de sus obras antes de darlas a luz, y como ella tenía mucho talento, las criticaba muy discretamente, de suerte que Corneille dijo varias veces que debía a ella varios pasajes de sus primeras obras.»

Ahora bien; esta joven, convertida más adelante en señora de Pont, ¿fué el único objeto de la pasión juvenil de Pedro Corneille? ¿Fué la que celebró en *Melita*, en el soneto a *Melita*, en el famoso *Diálogo de las Mezcclas poéticas*, impresas a continuación del *Clitandro* en 1632, etc.?

Es dudoso. Se han supuesto dos grandes amores de Corneille de 1628 o 1627 a 1635 aproximadamente; uno por la que fué la señora de Pont, y a la que habría amado hasta 1627 o 1628; otro por «Melita», que no sería la citada dama, y a la que habría amado hasta 1632 quizá, sin perjuicio de volver, en términos de amistad y de confidencias literarias, a la señora de Pont hasta cosa de 1635.

Habría amado a «Melita» de una manera bastante novelesca, en 1627 o 1628, de la manera siguiente (*Noticias de la República de las letras*, 1685): «No pensaba en nada menos que en la poesía, e ignoraba él mismo el extraordinario talento que tenía hasta que le ocurrió una pequeña aventura galante de la que quiso hacer una obra de teatro añadiendo algo a la verdad.» —*Diccionario geográfico* (de Tomás Corneille, hermano de Pedro), artículo «Rouen» (1708): «Una aventura galante le hizo formar el proyecto de escribir una comedia para poner en ella un soneto que dedicó a una

señorita a la que amaba.»—*Vida de Pedro Corneille*, por Fontenelle, su sobrino, publicada por primera vez por el abate Olivet, en 1729: «Un joven amigo suyo, enamorado de una señorita de la misma población (Rouen), le llevó a casa de ella. El recién llegado se mostró más agradable que el presentador. El sabor de esta aventura excitó en Corneille un talento que no conocía y sobre este ligero asunto escribió su comedia de «Melita». Al publicar, en 1742, su *Historia del Teatro francés*, Fontenelle añade: «La señorita llevó mucho tiempo en Rouen el nombre de «Melita», nombre glorioso para ella y que la asociaba a todas las alabanzas que recibió su amador.»

He aquí, pues, dos muchachas de las que hubiera estado enamorado Pedro Corneille; la que le enamoró de niño, y la que le sugirió el soneto de «Melita», y que no son la misma, puesto que la segunda no era conocida de Corneille en 1627, y la conoció por el azar de una presentación.

Se ha ido más lejos y se ha pretendido reconstituir la identidad de la joven que inspiró el soneto. Según esto, se llamaba Milet, y «Melita» sería casi un anagrama muy transparente. Manuscrito de la Biblioteca de Caen, titulado *El Moreri de los normandos*, por José Andrés Guyot de Rouen: «Sin la señorita Milet, muy bonita rouenesa, quizá Corneille no hubiera conocido tan pronto el amor; sin esta heroína también, tal vez Francia no hubiera jamás conocido el talento de Pedro Corneille.» Luego viene la anécdota referida por Fontenelle, después de lo cual añade Guyot: «El placer de esta aventura determinó a Corneille a hacer la comedia de «Melita», anagrama del nombre de su amada.» En 1834, E. Gaillard insistió en estas afirmacio-

nes precisas y de una parte encuentra, no dice donde, el nombre de pila de la señorita Milet; se llamaba María; de otra parte indica su domicilio, «Rouen, calle de los Judíos, núm. 15», lo que le «ha sido atestiguado por M. Donney, antiguo escribano en jefe del Tribunal de Cuentas.»

Está bien; pero las investigaciones hechas por Francis Wadington, a ruegos de Adolfo Regnier, en los registros de la parroquia de Saint-Lô, de la que dependía la calle de los Judíos, no han dado ningún resultado. Ahora bien; yo no digo que estas investigaciones «hubieran *debido* aportar un resultado»; se verá por qué; pero hubieran *podido* darlo, puesto que la señorita Milet, en 1627, debía de tener de quince a diez y ocho años; es la edad en que se cortejaba en otro tiempo a las muchachas. Ahora bien; si los registros de los años 1604, 1605, 1606, 1607 y 1608 de la parroquia de Saint-Lô han desaparecido, los de 1609 a 1621 subsisten, y en éstos se hubiera debido encontrar la partida de bautismo de María Milet, nacida en 1612, si tenía quince años en 1627, en 1611 si en 1627 tenía diez y seis años y así sucesivamente. Para que el hecho de no hallar su partida de bautismo en estos registros se pueda atribuir a lagunas de éstos, es preciso que tuviera veintitrés años en 1627, lo que es perfectamente imposible; pero, de todos modos, hubiera sido más verosímil que se hubiese debido encontrar la dicha partida de bautismo en los registros de la parroquia de Saint-Lô que el que se debiera no encontrarla. La existencia de María Milet, domiciliada en la calle de los Judíos en 1627, no está, cuando menos, justificada por nada y no es más que una tradición oral.

Además, el mismo Corneilla ha afirmado... ¡oh! muy

poca cosa, pero él mismo ha afirmado que no tuvo más que un amor serio de juventud, *Excusa a Aristo* (1637):

Ella tuvo mis primeros versos, ella tuvo mi primer ardor...
 Yo he ardido *mucho tiempo* con un amor bastante grande,
 Y que hasta la tumba he de estimar,
 Puesto que por él aprendí a rimar,
 Mi dicha empezó cuando se enamoró mi alma;
 Gané gloria perdiendo mi franqueza.
 Encantado por unos bellos ojos mis versos encantaron a la
 Y el nombre que tengo se lo debo al amor... [corte,
 Así no volví a amar y ningún ser vencedor
 Poseyó después mi vena ni mi corazón (1).

Cierto es que Corneille dijo también, un poco antes, en 1632:

En otro tiempo hice el tonto,
 Tenía Filis en la cabeza...
 Más inconstante que la luna,
 No quiero nunca detenerme.

Pero no hay comparación posible ni sobre todo se puede establecer compensación alguna entre un capricho como la obra de que acabo de citar cuatro versos y una obra tan seria, tan elocuente y evidentemente tan sincera y sentida como la *Excusa a Aristo*. Ciertamente es que si la joven amiga de la infancia señalada por el Abate Granet en 1738 ha existido, es preciso que Melita desaparezca, que desaparezca como distinta de la amiga de la infancia; y es preciso que la amiga de la infancia y Melita sean la misma persona.

(1) Entre paréntesis, a propósito de estos versos de la *Excusa a Aristo* y otros que tendremos ocasión de publicar más adelante, ha dicho Voltaire: «He aquí esta epístola de Corneille... Parece escrita por completo conforme al gusto y el estilo de Regnier, sin gracia, sin finura, sin elegancia, sin imaginación; pero hay en ella facilidad e ingenuidad.»

¿Pero qué se hacen entonces de los textos de las *Noticias de la República de los Letras* y del *Diccionario geográfico*, de Tomás Corneille y de la *Vida de Corneille*, de Fontenelle, textos que indican un amor brusco en 1627 hacia una joven desconocida hasta aquel momento por Pedro Corneille? ¿No sería que la amiga de la infancia revelada por Granet debería desaparecer, o no sería que habría que admitir la existencia de la amiga de la infancia y la de «Melita», suponiendo a Corneille enamorado de la amiga de la infancia hasta 1627, después de «Melita» a partir de 1627, sin tener en cuenta lo que Corneille dice de su fidelidad, o suponiendo que Corneille se ha olvidado de la amiga de la infancia cuando en 1637 habla de su único amor, el cual, entonces, sería el que tuvo por «Melita»?

Confieso que me inclino a que se suprima alguno, puesto que el mismo Corneille, que es, después de todo, la primera autoridad en la materia, es enérgico al afirmar que no tuvo más que un amor serio, y confieso también que me inclino, ya que hay que suprimir alguno, a suprimir la amiga de la infancia.

¿Qué autoridad tenemos para creer en la amiga de la infancia? La de Granet solamente, en 1738, contradicha, a lo menos, con el silencio, respecto a la amiga de la infancia, por los textos de las *Noticias de la República de las letras* (1785); del *Diccionario*, de Tomás Corneille (1708), y de la *Vida de Corneille* (1729), de Fontenelle —1729, 1708, 1785 pesan más que 1738—, y Tomás Corneille y Fontenelle pesan más que el abate Granet. Esto, en buena crítica, es indiscutible. Además, si la historia de la amiga de la infancia está contradicha por *el silencio* de los textos precedentes, tan autorizados, está contradicha por las *palabras* mismas

de Corneille, quien afirmaba en 1637 que no ha amado más que a una persona y que esta persona es «Melita». En efecto, volvamos a la *Excusa a Aristo*:

Ella tuvo mis primeros versos, ella tuvo mi primer ar-
[dor...

puede aplicarse lo mismo a la amiga de la infancia que a «Melita». Sea. Pero

... Por él aprendí a rimar,
Mi dicha empezó cuando se enamoró mi alma;
Gané gloria perdiendo mi franqueza,
Encantado por unos bellos ojos, mis versos encantaron a la
Y el nombre que tengo se lo debo al amor. [corte,
Adoré, pues, a Filis, y la secreta estimación
Que este divino espíritu tenía de mi rima
Me hizo ser poeta en cuanto fui enamorado.

Imposible decir mejor que los primeros versos de amor de Corneille, al mismo tiempo de ser los inspirados por una persona amada son los que le valieron la gloria y el favor de la corte, es decir, *los de MELITA*, y por consiguiente, el único amor de que habla Corneille es su amor a Melita, a la cual, si se cree a Tomás Corneille y a Fontenelle, no la conoció hasta 1627, y por casualidad. La amiga de la infancia desaparece.

Si la amiga de la infancia hubiese existido y si la hubiese dedicado versos desde la infancia, como quiere el abate Ganet, y sometido más adelante «sus primeras comedias», como también quiere el mismo abate, no habría, en 1637, después del *Cid*, proclamado que una mujer tuvo sus primeros versos y su primer ardor, y que esta mujer, como el texto lo revela, es *la de 1627*.

Para mí, la amiga de la infancia, o no existe, o fué

olvidada en 1627, y es a «Melita» —si se quiere conservar algo de lo que cree saber el abate Ganet— a la que Corneille consultaba sus primeras obras de 1628 a 1635, aproximadamente; más adelante se verá por qué digo 1635.

Se ha seguido, no obstante, con furor la pista de esta amiga de la infancia, y se ha querido a toda costa saber quién era (1). Se ha pensado al principio, por haberla llamado la señora de Pont el abate Granet, en una cierta María Courant, con la que se casó un tal Tomás Dupont, consejero del Tribunal de Cuentas de Rouen. Pero se notó en seguida que esta dama debía tener unos cuarenta y cinco años en 1627, y que la señora Dupont indicada por el abate Grasset podría ser, no María Courant, sino la nuera de ésta, la mujer de Dupont, hijo. Esta señora Dupont II, nacida en 1611, tendría diez y seis años en 1627, lo que se acomoda muy bien al asunto de *Melita*; se llamaría Hue, por el apellido paterno, Beanqueare por el materno y Catalina por su nombre de pila. Es perfectamente posible que esta Catalina Hue, que había de ser la señora Dupont, sea aquella con la que Corneille estuviera a punto de casarse en 1627. Nada lo prueba, pero tal vez algunos detalles de *Melita* tiendan a hacerlo creer. Pero si es *la joven de 1627*, una vez más, por las razones que he dado, no es la amiga de la infancia.

Lo más razonable es prescindir del relato, todo de tradición oral y lejana, del abate Granet, es decir, no tener para nada en cuenta a la amiga de la infancia, que ha podido existir, pero de la que no queda ningun-

(1) Respecto a toda esta cuestión de la señora de Pont y de «Melita» véase sobre todo a Bouquet: *Puntos oscuros de la vida de Corneille*.

na huella en los recuerdos de Pedro Corneille, de Tomás Corneille y de Fontenelle; es no fechar los primeros amores de Pedro Corneille en vísperas de *Melita* (1628 o 1627 lo más pronto); es también resignarse a no saber cómo se llamó «Melita», estando casi probado que no se llamó Milet, y no estando probado que fuese la señora Dupont; es creer que Corneille amó a «Melita» desde 1627, lo más pronto, hasta eso de 1635, que pensó casarse con ella, que no se casó, que tal vez (para no rechazar cruelmente todo lo que procede de Granet) continuó siendo amigo suyo y tuvo con ella algunas relaciones literarias hasta los alrededores de 1635; que la amaba todavía, pero no era amado por ella, en 1637.

En efecto, para reanudar esta historia, no considerando más que una sola persona a la que llamaremos sencillamente «Melita», lo verosímil es esto.

En 1627, Corneille tenía veintiún años, y llevaba un poco la vida de muchacho en Rouen. Tomaba parte en las mascaradas, que eran una de las diversiones más en boga de la provincia. Hacía versos para servir de ornato a estos regocijos (*Mascarada de los niños mimados. Madrigal para una máscara que da una caja de cerezas en dulce a una señorita*). Y algunos de sus versos son muy bonitos:

Id a ver a ese sol joven,
 Cerezas, os lo conjuro,
 mostradle vuestro tinte bermejo
 Algo menos que sus labios, algo más que sus mejillas.

No dejaba de correr tras las mujeres y de ser veleta, más muy probablemente, como siempre ocurre, de di-

ehos que de hechos, pero sus dichos deben de contener algo real:

Si pierdo muchas amantes,
 Conquisto más todavía,
 Y mis votos y promesas
 No son sino halagos fingidos,
 Y mis votos y promesas
 No son nunca sino aire.

Cuando veo una cara bonita,
 De repente me enardezco,
 Pero la constancia en el cortejo
 No entra en mis costumbres;
 Pero la constancia en el cortejo
 No es mi juego.

Me complazco en cortejarla
 Durante una hora o dos;
 Pero, al dejarla de ver,
 ¡Adiós todo el recuerdo!
 Pero, al dejarla de ver,
 ¡Adiós todo mi ardimiento!

Más inconstante que la luna,
 No quiero nunca detenerme,
 La rubia como la morena
 En menos de nada me gustan
 La rubia como la morena
 En menos de nada me desagradan.

Si finjo un poco de ardor,
 Cuando esto se me ocurre,
 Que me rechacen o me acepten,
 Que sean fáciles o esquivas,
 Que me rechacen o me acepten,
 Todo me es indiferente.

Mi costumbre es tan cómoda,
 Parece tan agradable,
 que quien no sigue mi método
 No es hombre a la moda,
 Que quien no sigue mi método
 Pasa por alemán.

De vez en cuando, como todos los muchachos, enviaba a los diablos todos estos arrebatos juveniles y estas

tonterías amorosas, frívolas, un tanto peligrosas, y en las que siempre se dejan algunas plumas, y se burlaba de ello sin mucho ingenio, pero con cierta rudeza:

Escapado al fin del peligro
 Donde la suerte quiso ponerme,
 La experiencia indudable
 me ha hecho tener por cierto
 Que se empieza a ser feliz
 Cuando se deja de estar enamorado,
 Cuando vuestra alma se purga
 De esa terrible tontería
 Cuyos fantásticos impulsos
 Perturban nuestro entendimiento,
 Créme que un hombre de tu temple,
 libre de los cuidados que aquélla aporta,
 No se ve presa
 De inquietudes, de penas, ni de enojos.

.....
 Yo he pasado por eso como tú,
 He hecho en otro tiempo el tonto,
 Tenía Filis en la cabeza;
 Espiaba las ocasiones:
 Epilogaba mis pasiones;
 Parafraseaba un rostro,
 Me ponía como tú,
 De pie, descubierto, de rodillas,
 Triste, soñador, apuesto, celoso;
 Corría, hacía el oso
 Un día entero, en una esquina.

.....
 Pero al fin, emancipado,
 Tras muchas frases sufridas,
 Ahora te aconsejo
 Que hagas lo que yo.

.....
 Amigo, así es como hay que vivir,
 Tal es el camino que debemos seguir
 Para gozar de nuestra primavera
 Los verdaderos pasatiempos.

Toma, pues, como yo por divisa,
Que el amor no es más que una tontería.

Así vivía hacia 1626 el joven Corneille, ya ligeramente enamorado, ya renegando del amor, como todos los jóvenes de Rouen y otros puntos.

De repente el tono cambia, o, por lo menos, creo verle cambiar muy sensiblemente. Es probable que Corneille haya visto a «Melita», que el amigo de Corneille, enamorado de «Melita», haya llevado a Corneille a casa de aquélla, si el relato de Fontenelle es exacto, y que Corneille, esta vez, se haya enamorado seriamente. Lo cierto es que como tal se pone a cantar. La composición se titula: *Oda sobre un pronto amor*:

¡Oh dioses! ¡Qué bien sabe ella sorprender!
Corazón mío, adora tu prisión
Y no escuches ya a tu razón
Que simula defenderte;
Acepta tan dulce ley.

Ver a Aminta y permanecer dueño de sí
Son dos cosas incompatibles;
Es como hacer que los insensibles
Conserven su libertad.

Sus ojos, de un poder más supremo
Que la autoridad de los reyes,
Prohíben que podamos ya
Disponer de nosotros mismos.

Subyugado como fui desde luego,
No pude hacer ningún esfuerzo
Para mantenerme en equilibrio;
Y experimenté un cambio
Por una dulce violencia
Que lo hubiese dado a sabiendas.

Miradas radiantes, claridades divinas,
Que me habéis de tal modo sorprendido;
Ojeadas que sobre los espíritus
Ejercéis tan bien vuestros hurtos;

Tiranos secretos, autores poderosos
De una esclavitud que yo consiento;
Queridos enemigos de mi franqueza,
Bellos ojos, amables vencedores míos,
Decidme quién os autoriza
A robar así los corazones.

¡Qué grato me es ese robo!
¡Cómo la conjuro que lo conserve
Y que sea inexorable!
Amor, si alguna vez sus desdenes
La llevan a lo que temo,
Haz que pueda engañarse
Y que, cegada, en vez del mío
Que se proponga devolverme,
Aminta me entregue el suyo.

No sé, reconozco que esta composición podría ser atribuída al período en que Corneille no amaba verdaderamente, al período *anterior a «Melita»*; pero me inclino a ver aquí, bajo la fraseología de la época, un acento verdadero, y a atribuirlo a la influencia de «Melita». De igual suerte la composición que sigue, demasiado cerebral, es, no obstante, de una delicadeza que revela también, a lo que me parece, el amor verdadero. Se titula: *ESTANCIAS sobre una ausencia en tiempo de lluvia*:

Desde que un desdichado adiós
Volvió hacia vos mi llama criminal,
Todo el universo compartiendo vuestro enojo,
Contra mí conspira en este lugar.
— Por haberme atrevido a separarme
Del hermoso sol que lució sobre mi alma,
Para vengarle, el otro, ocultando sus rayos,
Se niega a alumbrarme.

Los ojos que ya no ven esa antorcha,
Demostrando sus pesares con sus lágrimas,
me enseñan que alejado de vuestros encantos,
mis ojos deben fundirse en agua.

Os juro, mi inquietud querida,
Que reducido a ver el aire que destila,
Si tengo el corazón prisionero en la ciudad,
mi cuerpo no lo está menos aquí.

Si esta composición es para «Melita» (pero no se sabe nada), como se publicó en 1632, habría que deducir de la frase «un desdichado adiós volvía hacia vos mi llama criminal» que «Melita» se había casado en 1631.

He aquí, en fin, lo que es *ciertamente* para «Melita», a saber: el famoso *Soneto* y el famoso *Diálogo*. Fecha casi segura: 1632.

Después de los ojos de Melita nada hay admirable;
No hay nada sólido después de mi lealtad;
Mi amor, como su tez, se hace incomparable,
Y yo soy en amor lo que ella es en belleza.

Aunque pueda a mis sentidos ofrecer la novedad,
Todo mi corazón permanece invulnerable,
Y aunque ella tenga en su seno la misma crueldad,
No por sus rigores es mi fe menos duradera.

Con razón, pues, mi extremado ardor
Halla en esa hermosa una extrema frialdad.
Y, sin ser amado, me abraso por Melita.

Porque de lo que los dioses, al darnos la vida,
Nos dieran a los dos en amor y en mérito,
Ella tiene todo el mérito y yo todo el amor.

En cuanto al diálogo vais a verle, y puede asegurarse que, tan ciertamente como el *Soneto*, tiene por objeto a «Melita»; porque si el soneto fué llevado a la obra (*Melita*, II, 4), hay entre el diálogo y la obra íntimas relaciones que han sido exactamente vistas por Bouquet en sus *Puntos oscuros*. El «rival más rico» y «el rigor de los padres» son los principales temas, tanto del *Diálogo*, como de la comedia. Por añadidura, véase Bouquet, *Puntos oscuros...*, págs. 49-55. He aquí el diálogo que, por lo demás, como belleza de for-

ma, anuncia por lo menos los dúos de amor del *Cid* y de *Psiquis*:

Calixta, queridísimo tormento mío,
Apiádate del ardor que me abrasa el alma.

—Tircio, ¿no ves también
que mi corazón abrasado arde con la misma llama?

—No me atrevo a esperarlo.

—Puedes estar seguro.

—Pero mi escaso mérito

Veda tan alto valimiento a mi presunción.

—Pero esta recompensa es más bien harto pequeña
Para tanto afecto.

—Creeré, pues que lo quieres,
que ahora mi mal en modo alguno te hiere.

—Sólo la muerte apagará mi ardor,

Y lo tengo en el corazón mil veces más que en los labios.

—No me atrevo a esperarlo.

—Puedes estar seguro.

—¡Ay! Tu valor

Me prepara rigores que he de sufrir bajo tu ley.

—Los rigores que yo tenga los reservo
Para quienes no sean tú.

—¿Y si alguno más rico o más apuesto,
Y más brillante a servirte se presenta?

—Antes preferiré la tumba

Que mi veleidoso ardor se excusase con el cambio.

—No me atrevo a esperarlo.

—Puedes estar seguro.

—¿Pero podrías tú, hermosa mía,

Desdeñar a un amante que valiera más que yo?

—¿Podría yo preferir a tu fiel ardor

Una incierta fe?

—¿Y si el rigor de tus padres

Te impulsa a otro partido más ventajoso?

—Los sagrados deberes que les rindo

Jamás podrán sobreponerse a mi fe.

—No me atrevo a esperarlo.

—Puedes estar seguro.

—¿Cómo? ¿Ni padres ni riquezas,

Ni grandezas podrán quebrantar tu espíritu?

—Todo eso al lado de tus castas caricias

Pierde su lustre y su valor.

Después, y probablemente en seguida, vino la comedia. De ésta no hay que sacar deducciones demasiado precisas. Está hecha a lo romántico, con arreglo al gusto de la época. Sin embargo, se ve en ella a Tircis (el mismo nombre que en el diálogo) separado de Melita por el rigor de padres ambiciosos y la presencia de un rival rico. Cloris, hermana de Tircis, le pregunta lo que teme de su rival:

Seguramente temes sus riquezas,
 Sus riquezas te hacen temer y no su persona,
 Y, venciendo el afecto, temes que su fortuna,
 A despecho de tu amor, triunfe de tu amada.
 —Lo has adivinado, hermana mía; eso me atormenta.

Este obstáculo, la «fortuna» del rival, juega varias veces en la obra, y no tenemos más que hacer si no fijarnos en todos los pasajes alusivos. Lo que interesará más, son los lindísimos versos amorosos diseminados en la misma comedia. Tircis ve a Melita en su ventana:

Creo entreverla por esa celosía,
 Sí, mi alma se llena de alegría.
 ¡Ay! ¿Y cómo poder hablarle
 Si mi presencia la obliga a retirarse?
 ¡Qué casta y qué cara es esta alegría!
 Sin embargo, todo va bien, ha bajado,
 Sus ardientes miradas se fijan en mí.
 ¿Qué digo? Se inclina y me llama.

Los dos amantes hablan del malhadado rival. Melita asegura que le desagrada. Tircis insiste:

Mas para que recibiese un completo desagrado,
 Se necesitaría que nuestros corazones no tuviesen más que
 Y no escuchar sus palabras imperiosas [un deseo,
 Que no convienen en el estado en que te encuentras.

Tú misma, consulta un momento sus atractivos,
 Piensa en sus efectos y no presumas
 Tener sobre todos los corazones un poder tan supremo,
 Sin que te sea permitido usarlo sobre ti misma,
 Cosa tan digna no recibe ley,
 Regla ni consejo sino de sí propia.

Melita contesta concediendo casi más de lo que se le pide y de la manera más halagüeña del mundo:

Tu mérito, mayor que tu razón lisonjera,
 Me hace, lo confieso, algo menos escrupulosa,
 Debo todo a mi madre y tratándose de otro amante,
 Quisiera someterme por completo a lo que ella me mandase;
 Pero esperar para ti el efecto de su poder,
 Sin demostrarte nada sino por obediencia,
 Tircis, sería demasiado: tus raras cualidades
 Dispensan de tales formalidades a mi deber.
 —¡Cuánto amor y alegría me da tal confesión!,
 —Es quizá decir demasiado y mostrarme demasiado buena;
 Pero con ello puedes ver que mi afeción
 Confía plenamente en tu discreción.
 —Siempre la verás sinceramente respetuosa,
 Ligar mi felicidad a la de agradarte,
 No tener otro cuidado, no tener otra idea;
 Y, si quieres un juramento por escrito,
 Este soneto que para ti acaba de urdir mi ardor
 Te hará ver al desnudo hasta el fondo de mi alma.

Hay una fecha —¡qué buena suerte!— hay una fecha en *Melita*. Cloris, hermana de Tircis, dice, en un momento dado, a su hermano, hablando del odioso rival:

Ese desdichado amante no quiere que se le tema;
 Por rico que sea, Melita la desdeña;
 Puesto que se ve sin efecto *dos años de afeción*,
 No debes dudar de su aversión.

Si se toman literalmente estos versos, el rival de Corneille aspiraba a «Melita» desde 1627. ¿En qué épo-

ca se enamoró Corneille? No se sabe. Puede creerse que poco tiempo después de las asiduidades del rival con «Melita», puesto que es el rival que presentó a Corneille en casa de aquélla, y por esto he fijado aproximadamente en 1627 el comienzo de la pasión de Corneille por la bella rouenesa.

Si es así, Corneille estuvo enamorado de «Melita» desde 1627, en lo más fuerte de su amor, en 1629, y sustituido por su rival en..... antes de 1632, si el verso ya citado: «un desdichado adiós volvió hacia vos mi llama criminal», se refiere a «Melita», porque este verso se publicó en 1632.

Pero nada impide que Corneille permaneciese en buenos términos de amistad y de confianzas literarias con «Melita» hasta 1635 o 1636. Digo 1635 o 1636, porque 1637 es la fecha de la *Excusa a Aristo*. Ahora bien, por la fecha de la *Excusa a Aristo*, Corneille y Melita están reñidos. Texto:

Y, aunque ahora esa bella inhumana
 Trate mi recuerdo con un poco de odio,
 Yo me encuentro siempre en situación de amarla;
 Me siento conmovido cuando la oigo nombrar,
 Y por el dulce efecto de una pronta ternura,
 Mi corazón, sin yo decirlo, reconoce a su dueña,
 Con muchos votos y sumisiones,
 Una desgracia rompe (1) el curso de nuestros afectos;

(1) Este presente del indicativo *rompe* puede muy bien hacer creer que el matrimonio del rival y de «Melita» es de 1637; pero no lo prueba; puesto que el presente se emplea para un hecho cuyo efecto dura todavía; y sería un poco inverosímil que el rival, que pretendía a «Melita» desde 1627, no la obtuviese hasta 1637; y puesto que hay el «mi llama criminal» anterior a 1632, en lo que insisto, sin que, por lo demás, sabido es por qué, lo estime de mucha prueba. Júzguese.

Ni todo mi amor en ella se ha consumado,
 No veo nada amable después de haberla amado.
 Así ya no ama más, y ningún ser vencedor
 Ha poseído después mi vena ni mi corazón.
 ¿Te lo diré, amigo? Mientras que duraron nuestros ardores,
 Mi musa igualmente acariciaba nuestras dos almas:
 Ella tenía sobre la mía un poder absoluto,
 Yo gustaba de describirlo, ella de recibirlo,
 Una voz encantadora así como su rostro
 Hacíala llamar el fénix de nuestra edad (1).

.

Luego, en todo caso, a partir de 1637, el episodio de «Melita» ha terminado.

Corneille se casó, en 1641, probablemente. Fontenelle no da la fecha. Pero, de una parte, habiéndose puesto muy enfermo Corneille el mismo día de su boda y habiendo hecho Menage unos versos latinos sobre este incidente en los que habla de *Cinna*, que es de 1640, y una carta de Corneille en que anuncia un embarazo de su mujer, y siendo esta carta del primero de Julio de 1641, preciso es que Corneille se casara a fines de 1640 o principios de 1641; me inclino por esta última fecha.

La anécdota relativa a una intervención de Richelieu para facilitar el matrimonio de Corneille es de Fontenelle. Pero Fontenelle mismo, en una segunda edición de la vida de Corneille en 1742, advirtió que esta anécdota, aunque la tiene de la familia, es bastante dudosa. Ha causado asombro que Fontenelle haya dicho también al hablar de este matrimonio: «Corneille todavía muy joven...» Pero no se ha pensado que escribía esto en 1729, es decir, a la edad de setenta y dos años,

(1) La misma observación que más arriba sobre el juicio de Voltaire.

y que a esta edad un hombre de 36 parece un adolescente.

En 1658, Corneille, que todavía habitaba casi siempre en Rouen y que no habla de establecerse definitivamente en París hasta 1662, se encontró con Molière que acababa de representar en Rouen y se enamoró de Teresa de Gorla, mujer du Parc, apodada la Marquesa, e igualmente conocida con el nombre de «la du Parc» y con el de «la Marquesa».

Tenía cincuenta y dos años, la du Parc unos veinticinco, y Tomás Corneille, de treinta y tres, hermano de Pedro, estaba igualmente enamorado de la du Parc. La situación era picante.

Es completamente imposible desentrañar a través de las *Poesías diversas* de Corneille las que tenía por objeto a la du Parc. Luego —salvo las inmortales *Estancias a la Marquesa* «Marquesa, si mi cara...» y la gran composición *Sobre la partida de la Marquesa*, que fueron hechas seguramente para la du Parc—, propongo solamente las composiciones que siguen como pudiendo haber sido inspiradas por la pasión de Corneille hacia la joven actriz. No tengo otras razones, que reconozco como débiles, para esta elección, que la consideración de las fechas y el *tono* general de las composiciones.

Corneille está enamorado, pero no quiere confesar que la estima, y menos, por de contado, dar a entender que bajo esta estimación hay amor. Es una «delicadeza»; es la delicadeza de las primeras asiduidades:

Yo os estimo, Iris, y creo poder sin delito
Permitir a mi respeto confesión tan grata;
Cierto es que en cada instante
Pienso que os estimo.

Esta agradable idea en la que el corazón se sume
 Tiraniza mis sentidos hasta el desfallecimiento;
 Mas para querer huir de este tormento
 La causa es harto legítima.

Así, sea el que fuere el desorden en que mi corazón está su-
 Muy lejos de esforzarme en libertarle, [mido,
 Todo mi afán es mantener su pena.
 Amo el dolor, la turbación me es grata,
 ¡Ay! ¿por qué no me estimaríais
 Con la misma inquietud?

Un paso más. El enamorado confiesa que tal vez hay
 en el sentimiento que le agita un poco más que estima-
 ción y algo de un no sé qué que no se atreve a profun-
 dizar y que medio le encanta, medio le asusta:

Usad menos conmigo del derecho de encantarle todo;
 Pronto me perderéis si no tenéis cuidado,
 Gusto de veros, aunque al fin me arriesgue,
 Pero no quiero que se me fuerze a amar,
 Mientras tanto mi reposo tiene de qué alarmarse,
 Siento un no sé qué en cuanto os miro;
 Sufro con pena cuando me lo retrasa;
 Y esto es ya sin duda algo más que estimar.
 No os engaño; el honor de mi derrota
 No asegura un esclavo a la mano que la causó;
 Se el arte de escapar a los más fuertes encantos;
 Y cuando me reducen a no poder defenderme,
 ¿Sabéis, bella Iris, lo que entonces hago?
 Huyo, por el temor de rendirme.

El enamorado tiene sus momentos de buen humor y
 de burlarse de sí mismo, y bromea sobre su edad para
 prevenirse y por miedo de que otro se le adelante en
 ese punto:

Vuestros bellos ojos sobre mi franqueza
 No dirigen bien sus golpes;
 Cabeza calva y barba gris
 No son manjares para vos.
 Aunque tuviese la honra de agradaros,
 Sería perder el tiempo,

¿Qué podríais hacer, Iris,
 Con un galán de cincuenta años?
 Lo que os hace adorable
 No sirve sino para alarmarme,
 Os hallo demasiado amable
 Y temo amaros demasiado.
 Mi corazón es fácil de prender,
 Mis anhelos son los más constantes;
 Pero es un mueble inútil
 Un galán de cincuenta años.
 Si la armadura no está completa,
 Si no está todo como debe,
 Vale más tocar a retirada
 Que preparar un asalto:
 El amor no entrega la plaza
 A malos combatientes,
 Y se ríe de la vana audacia
 De los galanes de cincuenta años.

Sin embargo, bastante se ha visto que ama y le han aconsejado suavemente que «reduzca su amor a los términos amistosos», por poco que se conozca a Malherbe. Refunfuña un poco. Son cosas que uno prefiere decírselas a sí mismo a que otro se las diga: dos composiciones en este sentido. La primera se titula *Estancias*:

¿De qué os sirve encantarme?
 Aminta, yo no puedo querer
 Lo que no puedo pretender.
 Siento nacer y morir mi llama al veros,
 Y si por la belleza tengo siempre el alma tierna,
 No tengo jamás por la virtud sino respeto (1).
 Me recibís sin menosprecio,

(1) ¡Respeto por la du Parc! se dirá. Esta poesía no alude a la du Parc.—En primer término se trata de la du Parc, muy joven todavía, y hacia la cual Corneille, en una composición ciertamente a ella dirigida, demuestra sentimientos respetuosos; en segundo lugar, esperad al final de esta composición. Y por último, yo no hago más que *proponer*.

Os hablo, os escribo,
 Os veo cuando lo deseo;
 Estas dichas son para mí dichas superfluas;
 Y si algún otro halla en esto agrado,
 Yo para amar necesito algo más,
 El amor más grande sin favores
 Para un hombre de mi carácter
 Es una dádiva bastante triste.
 Cedo a mis rivales ese inútil bien
 Y quien me da un corazón sin darme más,
 Más bien le agradecería que no me diese nada.
 Yo soy de esos amantes groseros
 Que no aman gustosos
 Si no les premian sus servicios
 Y quiero, como pago, algo más que una mirada;
 Y la unión de los espíritus carece para mí de delicias
 Si los encantos de los sentidos no toman alguna parte.

La segunda composición, en el mismo sentido, el mismo tono y sobre el mismo tema, es un soneto. Es gracioso de forma y el final es del mejor gusto de Ben-serade, lo que no quiere decir el mejor del mundo, pero tampoco el peor:

Gustáis de que me afane
 En torno vuestro cada día,
 Y me ordenáis que trueque
 En amistad mi amor.
 Este perverso juego
 Os hace aventurar mucho,
 Y me parecéis muy loca
 Si pensáis sujetarme.
 Una pasión tan bella
 No es una bagatela
 Con la que se juegue a capricho,
 Y el amor que os enoja
 No sabría caer un grado
 Sino muriendo en su caída.
 «La caída es bonita...»

«La caída es bonita...»
 Pero, como podía esperarse, los celos toman parte.

Dos composiciones también sobre este tema, la una que es un soneto y la otra que es bastante larga. El soneto es de un tono tan melancólico y tan elevado que de todas la composiciones que *propongo*, es la que más dudo de que fuera dirigida a la du Parc. Hele aquí, sin embargo. Charlamos, ¿verdad? y no nos molesta sobre todo leer juntos lindos versos de Corneille. Y además, las *Estancias a la Marquesa* sí que son para la du Parc:

Con acogida halagadora y que quiere que espere,
 Pagáis mi visita cuando os veo,
 Que a menudo al error entrego mi fe
 Y me creo yo solo en el derecho de agradaos,
 Pero si encuentro entonces con qué satisfacerme,
 Esos encantos y atractivos, esos dulces no sé qué
 Son biees para cualquier otro tanto como para mí;
 Y cosa es esta con la que no se contenta una gran pasión,
 De un ardor recíproco quiere otros testimonios,
 Un mutuo cambio de anhelos y atenciones,
 Un transporte de ternura a ningún otro semejante,
 Esto es lo que llena a un corazón muy enamorado.
 El mío los tuvo para vos, el vuestro es capaz de ellos,
 ¡Ah, si quisierais que yo fuese feliz!

La obra composición se titula *Celos*. Es de cincuenta y seis versos. El final es flojo; pero el principio, y sobre todo el medio, es decir, el análisis del sentimiento de los celos, es muy hermoso. El tono es tranquilo. Corneille es más reflexivo que enamorado en este momento:

No gustéis tanto, Filis, de veros adorada;
 El amor más vehemente no dura mucho;
 Los lazos más fuertes son los más pronto rotos;
 A fuerza de amar harto a menudo se deja de amar,
 Y esos lazos tan fuertes tienen leyes tan severas
 Que todas sus dulzuras se hacen amargas.

.

¿Sabe Filis lo que es un amante celoso? Bueno es que lo aprenda para su gobierno:

Es un esclavo fiero que quiere reinar como amo,
Un censor complaciente que trata de conocer demasiado,
Un tirano disfrazado que sigue vuestros pasos,
Un peligroso Argos que ve lo que no hay.
Sin cesar importuna y sin cesar asedia,
Importuno por deber, enojoso por privilegio,
Ardoroso en serviros hasta cansaros,
El más tierno pesar de un humor desigual,
El menor extravío de un mal susceptible,
Una sonrisa inconsciente sustraída a sus ojos,
Una mirada casual dirigida a otro,
La más débil muestra de esa amabilidad
Que se permite con todos la misma indiferencia,
Todo esto constituye para él grandes delitos de estado;
Y cuanto más fuerte es el amor, más delicado es él.

Pero ocurre que el enamorado de cincuenta años es, un día, tratado más bien según su edad que con arreglo a su mérito. Ha habido una sonrisa, se ha hecho una alusión a la fecha de su nacimiento, lo que siempre es desagradable, o a tal marca de la garra de los años en el rostro. Y el enamorado se enfada tanto más cuanto que no tiene razón ni nada absolutamente que contestar a tal género de crítica, y se le escapa esa grandísima tontería de que se *debe* amar a un gran poeta por su talento y por su gloria. Ya Ronsard había dicho esto, pero con ingenio; Corneille lo dice a su vez con más ingenio todavía, lo que hace no solamente que se le perdone, sino que se le admire, porque nada tan cierto como que la literatura personal consistió en decir tonterías con talento.

Y bien se comprende que quiero hablar de las *Estancias a la Marquesa*, que en verdad todos sabéis de memoria, pero que evidentemente deben hallar su

puesto y puesto de honor en un estudio sobre Corneille enamorado:

Marquesa, si mi rostro
Tiene algún rasgo un poco viejo,
Acordaos de que a mi edad
No valdréis mucho más.
El tiempo a las más bellas cosas
Se complace en afrentar;
Sabrá marchitar vuestras rosas
Como ha arrugado mi frente,
El mismo curso de los planetas
Regala nuestros días y nuestras noches;
Me han visto como sois;
Seréis lo que soy;
Tengo, no obstante, algunos atractivos
Que son bastante brillantes
Para que no me alarmen demasiado
Los estragos del tiempo.
Los vuestros son adorables;
Pero los que despreciáis
Podrán durar todavía
Cuando aquéllos estén ajados.
Podrán salvar la gloria
De los ojos que me parecen gratos,
Y dentro de mil años hacer creer
Lo que me plazca de vos.
Entre las nuevas razas,
En las que tendré algún crédito,
No pasaréis por bella
Sino porque yo lo haya dicho.
Pensad en esto, bella Marquesa;
Aunque un barbón cause espanto.
Bien vale que se le atienda
Cuando está hecho como yo.

Esta admirable composición no es un juego de ingenio. Es muy sincera y marca un episodio verdaderamente doloroso de las relaciones de Corneille con la du Parc. Ya el tono lo indica suficientemente; además, la composición que sigue, que es la más autobiográfica y

aun la sola autobiográfica de todo este grupo, muestra que hubo un enfado entre Corneille y la du Parc, una ruptura y luego una reconciliación pocos días antes de marcharse la du Parc y la compañía, reconciliación, por lo demás, tan tranquila de parte de la du Parc, que hasta fué algo ofensiva a los ojos de Corneille. Toda la composición *A la marcha de la señora Marquesa* es de citar tanto como información histórica como por su belleza:

Id, bella Marquesa, id a otros lugares
 A sembrar los dulces peligros que nacen de vuestros ojos.
 En todas partes hallaréis almas dispuestas
 A recibir vuestras leyes y aumentar vuestras conquistas,
 Y a porfía los corazones cayendo en vuestros lazos,
 No formularán votos que no os sean ofrecidos,
 Pero no penséis tanto en las gloriosas penas
 De esos nuevos cautivos que vais a encadenar
 Y otorgad alguna gracia a los que dejáis.
Enseñad a la noble y querida servidumbre
El arte de vivir sin vos y sin inquietud;
 Y, sin que sea delito, se os puede rogar,
 Marquesa, enseñadme el arte de olvidaros.
 En vano la triste previsión de mi corazón
 Ha querido ensayar los males de vuestra ausencia,
 Cuando he creído sustraerle a ojos tan encantadores,
 Le he entregado yo mismo a nuevos lamentos.
 Ha hecho unos días el enojado y el bravo (1);
 Pero vuelve a vos y vuelve como esclavo,
 Y lleva a vuestros pies el tiránico efecto
 Del nuevo tormento que él mismo se ha causado,
 Vengaos del rebelde y haced justicia;
 Debéis por lo menos un desprecio a su capricho;
 Haber visto tanto tiempo sentimientos tan vanos,
 Es merecer bastante el honor de vuestros desdenes.
 ¿Qué bondad suprema o qué indiferencia
 Quita el nombre de ofensa a su rebelión?
 ¿Cómo? ¿Volvéis a verme sin quejaros de nada?

(1) Esto explica todo el sentido de las *Estancias a la Marquesa*.

¡Hallo la misma acogida con iguales palabras! (1).
 ¡Ay! Y yo esperaba que vuestro genio altivo
 Me abriera el camino de la rebelión entera.
 Este corazón al que la razón no puede ya socorrer,
Buscaba en vuestro orquillo una ayuda para curarse,
 Pero le negáis un momento de cólera;
Me envidiáis el bien de haber podido desagradaros;
 Desdeñáis el ver cuáles son mis atentados
Y me castigáis mejor no castigándome,
 Una hora de mal gesto o de frialdad o seriedad,
 Un tono de voz rudo o demasiado imperioso,
 Un entrecejo severo, una sombra de altivez,
 Tal vez me hubiera devuelto a vuestros ojos la libertad (2).
 Yo amo, pero aun amando no tengo la baja
 De amar hasta los desprecios del objeto que me hiere;
 Mi ardor se disipa al menor rigor,
 No es que mi amor pretenda corazón por corazón;
 Veo mis cabellos grises; sé que los años
 Dejan poco mérito a las almas mejor nacidas;
 Que los mejores talentos de los más raros ingenios,
 Pierden mucho cuando los cuerpos están gastados;
 Que si en mi buen tiempo parecía soportable,
 He amado mucho para ser todavía amable (3),
 Y que de una frente rugosa los amarillentos pliegues
 Mezclan un triste encanto al más digno incienso,
 Conozco mis defectos; pero, después de todo, pienso
 Ser aún para vos un cautivo de importancia (4),
 Porque amáis la gloria y sabéis que un rey
 No puede aseguraros tanto como yo.
 Está más en mi mano que en la de un monarca
 Haceros igual a la amante de Petrarca,

(1) Al lado del enamorado naturalmente ofendido de que no se le ame lo bastante para censurarle su rebelión, hay el autor dramático que esperaba una escena preparada por la suya y que sufre la decepción de no haber podido colocarla.

(2) «A vuestros ojos» quiere decir «ante vuestros ojos».

(3) Mucho podría deducirse de este verso, pero creo que hay que tener mucha prudencia. Muy bien puede ser nada más que un dicho. Todo viejo dice: «He amado mucho» casi por decir: «He vivido mucho», y sin dar más importancia ni otro sentido. Por lo demás, no lo sé.

(4) Vuelta al tema de las *Estancias a la Marquesa*.

Y mejor que todos los reyes puedo hacer que se dude
 Quien entre Laura y vos lleva la palma.

Así, pues, *harto lo veo*, gustáis de agradarme,

Os hacéis para mí fácil de complacer

Vuestra alma se place secretamente en mi ardor,

Y sin duda sentirais perderme.

Decid, pues, Marquesa lo que queréis que haga.

Volvéis a encadenarme cuando la estación os echa;

Os había dejado y volvéis a llamarme

En qué instante cruel de iros (1).

Riguroso favor que tiende a que desaparezca

La estudiada calma que yo había hecho renacer,

Y que no restablece vuestro poder absoluto

Sino para condenarme a languidecer sin veros,

Pagad, pagad mi ardor con una estimación débil,

Tratadlo de inconstante; llamad mi huida un crimen;

Prestadme, por piedad, algún enojo;

Devolved mis suspiros que corren tras de vos;

Hacedme presumir que hay otras personas

A quienes en estos lugares enviáis los vuestros,

Que en favor de un rival vais a traicionarme,

Uno tengo, lo sabéis, a quien yo no puedo odiar (2).

Desdeñadme por ellos, pero decíos:

«Cuando menos quiere amarme, más hace ver que me ama,

Y me ama tanto más cuanto que su abrasado corazón

Ni se atreve a aspirar a la dicha de ser amado,

Yo soy todas sus delicias, míos son todos sus pensamientos

Sin que la menor esperanza los haya alentado.»

Ojalá que, a pesar vuestro, pueda pensar en vos un poco

Que otro objeto me interese algún día, [menos

Que encuentre algún placer fuera de vuestra idea,

Que vea mi alma algo menos obsesionada,

Y que vos, de quien nunca me atrevo a esperar nada,

No sufra jamás un mal como el mío.

Así habló Cleandro, y sus males pasaron,

(1) Esto tiene un sentido suponiendo entre comillas «en qué instante cruel»; pero un sentido tonto. ¿No habría que leer «en aquel instante de iros» que da un sentido muy bello y muy en consonancia con el «riguroso favor».

(2) En este verso delicioso se alude seguramente a Tomás Corneille, tal vez a Tomás Corneille y a Molière.

Desvaneci6se su ardor, cesaron sus sinsabores;
Vivi6 sin la dama y vivi6 sin enojos,
Lo mismo que la dama se divirti6 sin 6l.
¡Feliz en su amor, si el ardor que le anima
No recibe los tormentos que para quejarse rima,
Y si el celeste vigor de una llama tan bella
Puede inflamar sus versos sin caldear su coraz6n!

Y a pesar del tono inh6bilmente desenfadado de estos 6ltimos versos, se ve que el amor de Corneille por la du Parc fu6 bastante serio, tuvo momentos dolorosos, ahond6 bastante en 6l y tal vez no hubo de ser olvidado por completo cuando Corneille, instalado en Par6s cuatro a6os despu6s, vi6 a la du Parc triunfante en el teatro muy en boga de Moli6re. Siempre he cre6do, por ejemplo, que la malquerencia de Corneille por Racine, muy natural en s6, dig6moslo de esta manera, m6s bien pod6a obedecer *tambi6n* a unos celos, m6s o menos conscientes, distintos de los literarios.

Pero los «amores» de Corneille y de la du Parc tuvieron, a mi entender, otras consecuencias todav6a. La fecha de 1658 es una de las m6s importantes de la vida de Corneille. En 1658, Corneille, desde hace diez a6os, no escribe para el teatro; y hasta, no me parece bien, no escribe un verso o casi ninguno. De 1652 a 1658, hay una verdadera laguna en la biograf6a de Corneille. Nada se sabe de lo que ha hecho de 1652 a 1658. Tal vez no ha hecho nada. En todo caso, no ha sido autor. Ahora bien; en 1658, ve a la du Parc, la ama; y en 1659 est6 escrito el *Edipo*, seguido del *Tois6n de oro*, de *Sertorio*, de *Sofonisba*, todo en cinco a6os. No hay duda de que esto es por extremo notable.

Puede pensarse que no ignoro que fu6 el superintendente Fouquet quien volvi6 a Corneille a la escena, pero se me figura que le hubiera llevado menos f6cil-

mente de la mano si la du Parc no hubiese dado el primer impulso, y Corneille, no menos a la du Parc que a Fouquet, podía decir:

Desde que os vi no veo ya mis arrugas.

Lo cierto es que, desde la intervención de la du Parc en la vida de Corneille, éste se atrevió a hacer lo que nadie antes que él, que yo sepa, había intentado. Se atrevió asacar a escena, en tragedias y en papeles simpáticos, viejos enamorados y algunas veces amados.

Paréceme que esto era completamente nuevo. Hasta entonces el viejo amoroso era un personaje de comedia, ridículo y burlesco, de tipo caricaturesco, como es natural y justo que lo sea. En varias ocasiones, ya en recuerdo de la du Parc, ya, más adelante, bajo la influencia de otros amores que sintiera, Corneille puso en escena viejos enamorados presentándolos como personajes simpáticos y queriendo que lo fuesen.

Al describirlos se describía a sí mismo. Fontenelle, por lo menos, es formal en este punto. Dice a propósito de *Pulqueria*: «Se pinta a sí mismo con mucho relieve en Marciano, que es un viejo enamorado.» Está bien, pero mucho tiempo antes que *Pulqueria*, desde *Sertorio* (1662), Corneille saca a escena a un viejo enamorado que es amado, y que desempeña el mejor papel de la obra y, lo que es de notar, aplica a Sertorio versos que el mismo Corneille había escrito, en su propio nombre, a la du Parc:

Es bastante nuevo que un hombre de mi edad,
Tenga tan poderosos atractivos para una joven
Y que los amarillentos pliegues de una frente rugosa
Hallen el feliz secreto de cautivar los sentidos.

Pero lo más importante y extraordinariamente sig-

nificativo es que dé las razones por las que una joven pueda amar a un viejo e indique en qué condiciones puede amarle. Viriata:

No son los sentidos lo que mi amor consulta,
 Odia el impetuoso tumulto de las pasiones;
 Y su ardor, regido por mi grandeza,
 Desdeña toda mezcla con su loca llama.
 Yo amo en Sertorio ese gran arte de la guerra,
 Que sostiene a un proscrito contra toda la tierra,
 Amo en él sus cabellos cubiertos de laureles,
 Esa frente que hace temblar a los más bravos guerreros,
 Ese brazo al que parece pertenecer la victoria,
 El amor a la virtud nunca tiene ojos para la edad;
 El mérito tiene siempre brillantes atractivos,
 Y el que todo lo puede es amable en todo tiempo.

En suma: una joven puede amar a un viejo a condición de que sea ilustre. Este es precisamente el tema, muy ridículo en el fondo, pero muy natural en labios de Corneille en 1662, en las *Estancias a la Marquesa*.

Lo mismo en *Sofonisbes*, al año siguiente. Aquí el viejo no es amado; pero está terriblemente enamorado y pinta su desgraciado amor en términos conmovedores, que tienen sabor de elegía, que tienen sabor de literatura personal. Sifax dice a Lelio:

¿Podréis perdonar, señor, a mi vejez,
 Si os confieso toda mi debilidad?

.....
 ¡Qué imbécil y penosa esclavitud
 Es la de un esposo al declinar la edad
 Cuando bajo una frente rugosa que se tiene derecho a odiar,
 Cree hacerse amar a fuerza de obediencia,
 Los restos ardorosos de este muriente amor
 Arrojan más vivo fuego en nuestras venas heladas,
 Y piensan redimir el horror de los cabellos grises
 Con el presente de un corazón sumiso hasta el extremo.

De otra parte, en la misma obra, Masinisa, menos

viejo que Sifax, pero a quien Corneille presente igualmente como hombre maduro, aboga también por el derecho al amor en los hombres de edad:

¿Se es menos perfecto por amar a nuestra edad?
 ¿No son nunca hombres los héroes de los romanos?
 Su Marte ha sido tantas veces lo que somos nosotros...

Insiste tanto, que dos hombres bastante importantes ambos, a saber, Lelio y Voltaire, se burlan un poco de él. Lelio le contesta en un momento dado:

Hablas tanto de amor que he de confesarte
 Que me avergüenzo por ti de tanta flaqueza,
 No alegues los dioses; si se ve que algunas veces
 Su ardor les lleva a lo que aman,
 Sólo sus iguales pueden seguir su ejemplo;
 Y tú harás lo que ellos cuando tengas templos.

Y Voltaire, con esa mezcla de buen sentido y de ligereza que siempre tuvo: «Hay vigor y dignidad en los versos (que pronuncia aquí Lelio). Estos versos y algunos otros contra la pasión del amor *han hecho decir bastante equivocadamente que Corneille había deseñado representar héroes amorosos...* (Esto es efectivamente bastante equivocado; ¿pero quién lo ha dicho? ¿Quién ha dicho que Corneille no había representado héroes amorosos? Si alguien lo ha dicho, está tan mal informado que convendría no hablar de él.) El discurso de Lelio es noble y tiene algo de sublime; pero comprendéis que cuanto mayor es su grandeza, mayor es la pequeñez de Masinisa...»

¡Y cuántos viejos enamorados en *Sofonisbes!* ¡Y qué acento de sinceridad tienen!

Con *Otón*, *Agésilao*, *Atila*, *Tito* y *Berenice*, más viejos enamorados. Puede decirse si se quiere, pero yo no lo diré, porque no lo sé, que el recuerdo de la du

Parc se borra. (La du Parc murió en 1668, diez años después de las *Estancias a la Marquesa*, un año después de *Andrómaca y Atila*.)

En *Psiquis* no hay viejo amoroso, por supuesto, pero sí los exquisitos versos de amor que se conocen. Corneille hace versos amorosos propiamente dichos, y no era su primer ensayo. Sin hablar de los *duos* del *Cid*, son de él estos versos del admirable *Séquito del Embustero*; porque como estilo es admirable:

Quando las órdenes del cielo nos han hecho el uno para
 Lisa, prontamente se realiza nuestro acuerdo, [el otro,
 Su mano entre los corazones por un secreto poder
 Siembra la inteligencia antes de verse,
 Prepara tan bien, al amante y a la amada, [y se interesa;
 Que el alma de éstos, al solo nombre de ambos se conmueve
 Se estiman, se buscan, se aman en un momento,
 Todo lo que se dicen persuade fácilmente,
 Y sin que los inquiete ningún temor frívolo,
 La fe parece adelantarse a las palabras.

El lenguaje en pocas frases expresa mucho,
 Los ojos más clementes lo hacen ver todo de un golpe,
 Y de lo que gustosos nos quieren enterar,
 El corazón entiende más de lo que nos dicen.

Puede decirse, que en esta página Corneille prelu-
 diaba *Psiquis*, que no había de venir sino treinta años
 después.

Para volver a ésta, sábese que contiene los más be-
 llos versos amorosos que tal vez se hayan escrito en
 lengua francesa; oigo la declaración de *Psiquis* y lo
 que se dice de los celos que, aun cuando estén en todas
 las memorias, se imponen aquí por su belleza. A la
 edad de sesenta y cinco años escribía Corneille los ver-
 sos siguientes:

¡Qué poco temor inspira un monstruo como vos
 Y si tiene algún veneno,

Qué poca razón tendría un alma
 Para lanzar la menor queja
 Contra un favorable atentado
 Del que todo el corazón temiese la cura!
 Apenas os veo cuando desaparecidos mis terrores,
 Dejan desvanecerse la sombra de la muerte
 Y siento correr por mis venas heladas
 No sé qué fuego desconocido.
 Yo he sentido estimación y complacencia,
 Amistad y gratitud;
 Las penas inocentes
 Me han hecho sentir el poder de la compasión,
 Pero nunca sentí lo que siento,
 No sé lo que es; pero sé que me encanta,
 Que no me alarma;
 Cuanto más os miro más me enajeno.
 Todo lo que antes sentí no era lo mismo
 Y diría que os amo,
 Señor, si supiera lo que es amar,
 No desviéis esos ojos que me envenenan,
 Esos ojos dulces, penetrantes, pero amorosos,
 Que parecen compartir la turbación que me causan.
 ¡Ay! Cuanto más peligrosos son
 Más me complazco en ellos.
 ¿Por qué orden del cielo que no puedo comprender,
 Os digo más de lo que debo,
 Yo de quien el pudor debería por lo menos esperar
 Que me explicaseis la turbación en que me veo?
 Suspiráis, Señor, como yo suspiro,
 Vuestros sentidos como los míos parecen absortos.
 A mí me incumbe oírlo, a vos decirlo,
 Y, sin embargo, soy yo quien os lo digo.

No comentaré estos versos; he querido solamente hacer que se lean una vez más.

En cuanto a la composición de los celos, podrían hacerse interesantes deducciones respecto a los celos, tales como los sentía Corneille y tales como era natural que los sintiese. Pero no habría que hacerlo, porque esta composición, como fondo, no es de Corneille. Es uno de esos temas, uno de esos lugares comunes tradi-

cionales, que los poetas se pasan de mano en mano, de generación en generación, trama que es *res communis*, y sobre la que cada cual borda a su antojo. Debe proceder de los italianos; tiene el sello, y puesto que le encuentro por primera vez en Desportes, quiere decir, casi seguramente, que viene de Italia. Vedlo tal como se halla en Desportes:

Deseo un mal de muerte a los que se acerquen
 Para mirar sus ojos que mil amores tienen,
 A quien le habla, a quien la sigue,
 El sol me desagrada; su luz es excesiva;
 Temo que para verla despide tantos rayos.
 Pero si no quiero las sombras de la noche,
 No podría querer el suelo que ella pisa,
 Odio al aire que entra y sale de su boca,
 Tengo celos del agua que lava sus manos,
 Los tengo de su cuarto, y más todavía
 Del feliz espejo que ve las bellezas que adora.

.....
 Me disgusta, viendo qué loco juega
 Entre sus hermosos cabellos y le besa las mejillas,
 Tan gran privanza no puede contentarme,
 Alimento en el corazón un ardor enemigo
 Contra el lecho que la tiene dormida.

Vedlo ahora tal como está con Teófilo de Viau. Pero en Teófilo se halla dos veces, una en la *Soledad* y otra en *Piramo y Tisbé*.

En la *Soledad*:

¡Cuánto me agradan sus cabellos,
 Que juegan sobre su frente,
 Pero al verlos tan liados
 Me causan celos cuando te besan.

En *Piramo y Tisbé*:

Tengo celos de cuanto te toca,
 Del aire que entra y sale por tu boca;

Creo que por tí sale el sol
 Con sus antorchas de deseo y de amor.
 Las flores que a tu paso brotan,
 Porque te agradan, me enojan.
 Si yo pudiera complacer a mis celos,
 Evitaría que tus ojos contemplaran tu seno,
 Me parece que tu sombra sigue harto de cerca a tu cuerpo;
 Porque sólo nosotros dos debíamos ir juntos.
 Me eres en fin tan dulce y tan amada
 Que hasta me enoja que sus manos te toquen.

Y, en fin — «ha salido el sol, retiraos, estrellas» —,
 vedlo en la *Psiquis* de Corneille:

¿Se puede estar celoso de las ternuras de la sangre?
 —Yo lo estoy, mi Psiquis, de toda la naturaleza:
 Los rayos del sol te besan harto a menudo;
 Tus cabellos sufren demasiado las caricias del viento:
 De que los halague, murmuro.
 El aire mismo que respiras
 Pasa con demasiado placer por tu boca,
 Y cuando suspiras
 Algo me atormenta.
 Temo que, entre tus suspiros, haya algunos perdidos.

Al año siguiente (1672), Corneille dió *Pulqueria*, y a propósito de *Pulqueria* nos dice Fontenelle, sin rodeos, que se pinta a sí mismo en el personaje de Marciano, viejo enamorado y «con mucho relieve». Y Voltaire no deja de decir que los versos puestos en boca de Marciano, «por fuertes que le parezcan a Fontenelle, no son menos flojos» y «más propios de un viejo pastor que de un viejo capitán». Ahora se juzgará.

Lo interesante de notar, antes de citarlos, es que ese papel, muy escabroso, muy arriesgado, por lo menos, en mi opinión, fué muy bien acogido por personas importantes, a quienes Corneille leyó primeramente su comedia. El mariscal de Gramont, entre

otros, por lo que dice una carta de la señorita Dupré a Bussy-Rabutin, «le dijo que se felicitaba de que hubiese encontrado un carácter de amante para los viejos, que hasta entonces a nadie se le ocurriera (sí, como se ha visto antes, pero no hasta tal punto) y que le estaba agradecido por la parte que pudiera corresponderle».

Pulqueria no obtuvo un buen éxito, como lo dice claramente la señora de Sevigné, tanto menos sospechosa cuanto que la admiró mucho en la lectura, y reconozco que la obra no merecía un completo triunfo; pero aquí no debemos hablar sino del papel de Marciano, «proyecto senador», que está enamorado de Pulqueria, emperatriz de Oriente, y no quiere casarse con ella, aunque puede hacerlo, porque sabe que la soberana ama a otro. Justina, hija de Marciano, sospecha los sentimientos de su padre:

—... ¿Amáis a la princesa?

—Olvida en mi favor que lo has adivinado
Y desmiente la sospecha que un suspiro te dió,
El amor con mis iguales no es nunca excusable:
Basta pensar para sentirse despreciable,
Aborrecible; y este mal que no se osa descubrir,
Hace aún más daño en ocultarlo que en sufrirlo;
Pero confesártelo no es confesarlo a nadie,
El respeto y el afecto que me tienes
Y la fuerza de la sangre
Te imponen como eterna ley callarlo.
Amo, y desde ha diez años mi llama y mi silencio
Hacen a mi triste corazón una igual violencia:
Escucho la razón, aprecio sus consejos,
Y los mejor escuchados son los peor seguidos.
Cien veces al día por lo menos me enro y recaigo,
Cien veces me rebelo y cien veces sucumbo;
Hasta tal punto la calma que estudio en vano
Cerca de tan preciado objeto desaparece de repente.
—¿Pero por qué darle vos mismo la corona

Cuando a su querido León entrega su persona?

—Sabe que una edad como la mía,

Que no osa desear ni aun aceptar nada,

El amor sin interés se liga a lo que ama,

Y, no osando nada para sí, le sirve contra sí.

—¿Por qué suspiráis no habiendo pretendido nada?

—No por no pretender se es menos celoso;

Y esos deseos que apaga el declinar de la vida

No impiden ver con ojos envidiosos,

Cuando se está en condiciones de poder honrar,

Que es preciso que otra edad aporte la dicha.

¡Cuánta amargura vierte en nuestras almas

El menor regreso a nuestros años hermosos!

¡Que no haya nacido algunos lustros más tarde!

(Decía); tal vez en sus bondades hubiera tenido parte,

Si el cielo no opusiera cerca de la princesa

Al exceso de amor la falta de juventud;

¿De tantos corazones a los que obliga a adorarla,

Debía ser yo el único que no pudiese esperar?

Yo amaba cuando era joven y no desagrababa;

A veces espontáneamente se trataba de placarme,

Podía aspirar al corazón mejor colocado,

Pero, ¡ay! era joven y ese tiempo ha pasado.

El recuerdo mata y no se le mira,

Si hay que decirlo, sino con una especie de rabia;

Se le rechaza, se forman cien proyectos superfluos;

El dardo que se lleva en el corazón se ahonda tanto más;

Y ese fuego que por vergüenza se obstina uno en ocultar,

Redobla por el esfuerzo que se hace por apagarlo.

—Enterado como estabais de los males del amor,

Pudisteis, señor, impedir la vuelta,

Estar más apercebido contra su astucia.

—Y lo consideré como tú lo consideras,

Yo que me figuraba que mi caducidad

Estaba segura al lado de la belleza misma,

Me dediqué sin temor a servir a la princesa,

Orgullosa de mis cabellos blancos y fuerte con mi debilidad;

Y cuando no pensaba sino en cumplir con mi deber,

Me convertía en amante sin advertirlo.

Mi alma, descuidadamente, presa de ese fuego,

No lo reconoció sino por los celos,

Todos los que se acercaban querían arrebátarmela,

Todo el que le hablaba trataba de privarme de ella;

Temblaba porque fuese demasiado hermosa a los ojos de
 A todos los odiaba como más dignos de ella, [aquellos,
 Y no podía sufrir que se enriqueciesen con un bien
 Que a todos envidiaba sin pretender nada de él.

*¡Qué suplicio amar un objeto adorable
 Y de tantos rivales verse el menos amable,
 Amar más que ellos juntos y no osar tal ardor,
 Por vehemente que sea, prometerse lo que ellos!*

Tal es la última elegía amorosa de Corneille, de Corneille mismo, porque aquí el relato de Fontenelle, que tenía quince años, y que era casi testigo de la vida de sus tíos en 1672, es absolutamente auténtico, y no tiene el carácter de tradición de familia que tiene cuando se trata del matrimonio de Pedro Corneille. Es cierto que Corneille tuvo por lo menos una pasión senil, una cuando menos, por los alrededores de sus sesenta y cinco años.

Lo que no se ha observado, y me parece cierto, es que si el mariscal de Gramont, el cardenal de Retz, el duque de la Rochefoucauld, madama de Sevigné y otros, según el testimonio mismo de la última, se conmovieron hondamente con *Pulqueria*, por lo menos en la lectura; Racine se burló de ella y en pleno teatro. En *Bayaceto* hay también un viejo —o un hombre maduro— enamorado, o por lo menos, *que hubiera podido estarlo*; es Acomat. Acomat corteja a Atálida, y quiere casarse con ella. Pero Racine no ha querido que se enamore, y le representa como no aspirando a la mano de Atálida sino por pura política. Y le hace decir, cuando Osmin le pregunta: «¿La amáis?»

*... ¿Querrias tú que a mi edad
 Hiciese el vil aprendizaje del amor?
 ¿Que un corazón al que han endurecido la fatiga y los años
 Siguiese de un vano placer los imprudentes consejos?*

Ahora bien; es muy probable que esto fuese un epigrama respecto a Marciano. *Bayaceto* y *Pulqueria*, son del mismo año. Se me dirá que *Bayaceto* se estrenó antes que *Pulqueria*. Es bastante probable, en efecto; pero *Pulqueria* se leyó en Enero de 1672, tal vez en Diciembre de 1671, a los ilustre amigos de Corneille, puesto que la Sevigné escribe *el 15 de Enero de 1672*: «Nos leyó el *otro día* una comedia en casa de M. de la Rochefoucauld, que alude a la difunta reina»; y durante todo el primer trimestre de 1672, las lecturas se multiplicaron, los aplausos crecieron, y ciertamente Racine no ignoró nada de todo esto.

Corneille no cantó ya el amor, por lo menos de manera que haga pensar que lo sintiese, después de 1672.

Puede conjeturarse por todo lo precedente, que Corneille fué sensible y extremadamente sensible a las pasiones del amor desde su adolescencia hasta muy avanzado en su ancianidad. Puede conjeturarse también, que si en sus tragedias de la juventud y la madurez, exceptuando el *Cid*, puso cuidadosamente el amor en segundo término y si repitió cien veces que el amor era una pasión «demasiado llena de debilidad» para figurar en primer término en una tragedia, es precisamente porque la conocía, porque desconfiaba de la inclinación demasiado natural que serviera a poner mucho amor en sus poesías; y se ve, en efecto, que de una parte en sus comedias, donde ya no le impone la gravedad del género, de otra parte en *Psiquis*, donde tiene la rienda suelta, de otra en sus tragedias de la vejez, en la edad en que se cede a la sensibilidad y en que la voluntad está un poco debilitada y el propósito es menos firme, no solamente hace muy a menudo la

tragedia amorosa, sino que también, yendo más lejos en el sentido de la «debilidad», de lo que se acostumbraba a ir, presenta al público al viejo enamorado simpático, lo que era a la vez una especie de abandono y de audacia, y lo que es, sobre todo, un signo.

Voltaire.

DOS EPISODIOS

I

Esto ocurría de 1713 a 1714. En 1713 Francisco Aronet, puesto que no se llamaba de otra manera entonces, tenía diez y ocho años. Habíanle puesto a estudiar derecho; había hecho versos y descuidado en absoluto la jurisprudencia y ya se había dado a conocer en varias casas parisienses aficionadas a las letras y a un libertinaje elegante. Conocíanse de él una *Oda a Santa Genoveva*, una *Oda sobre el voto de Luis XIII*, algunas composiciones cortas galantes y una *Oda sobre las desgracias de la época*. Trazaba el plan de un *Edipo* y cumplimentaba a la condesa de Fontaines por las novelas que escribía:

Tenéis por el amor pocos escrúpulos;
No le servís y le habéis cantado.

Para alejarle de París, quizá para que hiciera el aprendizaje de otra carrera que no fuese la de derecho, su padre le mandó como agregado de embajada cerca del marqués de Châteauneuf, encargado de negocios de Francia en las Provincias Unidas. Es de notar que los dos primeros «oficios» de Voltaire deja-

ron huellas en su vida, o si se quiere, que el padre no se equivocó respecto a *las vocaciones* de su hijo ni en el primer ensayo, ni en el segundo; porque Voltaire fué, toda su vida, hombre de procedimientos, y toda su vida, tuvo el prurito de ser diplomático.

Sea como fuere, hele aquí en el Haya, a los diez y ocho años, aburriéndose un poco, echando de menos a París y dispuesto a hacer alguna tontería, cuando no varias. Buscaba, naturalmente, la compañía de franceses desterrados como él en Holanda. Encontró a una señora du Noyer o Dunoyer, protestante refugiada o que se decía refugiada, mujer de letras y mujer de intrigas, separada de su marido, aventurera, en suma, muy caracterizada. Esta señora Dunoyer tenía una hija de diez y seis o diez y siete años, muy decidida, que le pareció a Voltaire que había de ser una distracción muy agradable.

Viéronse a menudo y se amaron. No se sabe si Olimpia Dunoyer, Pimpette, para servirse del apelativo con que él la designó, fué la amante del joven Voltaire. Por ciertos detalles que interpreto a mi modo, por el ardor mismo con que Voltaire la corteja, puede creerse que no lo fué. Pero estos indicios prueban poco y hay que decir cuerdamente que no se sabe.

Las cartas de Voltaire a Olimpia que se han conservado empiezan justamente en el momento en que se quería separar a los dos enamorados, en que se les impedía verse y en que Voltaire era imperiosamente llamado a Francia. La señora Dunoyer, en efecto, enterada de la cosa, dió grandes gritos, tal vez con una intención de *chantage*, quizá como una buena madre que no quería ver a su hija comprometida por un joven muy ligero, diciendo que querían seducir a la mucha-

oha, que querían arrebatarle a su hija; y el señor de Châteauneuf se apresuró a rogar a Voltaire que se volviese a Francia.

Y aquí empieza la correspondencia.

Nos la ha conservado la mismo señora Dunoyer, que la confiscó en totalidad o en parte, o a la que su hija se la entregó más adelante en parte o en totalidad. Las lagunas, los cortes que se observan proceden de que la señora Dunoyer ha suprimido los pasajes, bastante numerosos, como puede creerse, que no eran gratos para ella.

Las cinco primeras cartas no tienen fecha. La sexta es del 6 de Diciembre de 1713. Se puede verosimilmente hacer remontar la primera al mes de Octubre de 1713 y los amores aún no contrariados de Francisco y de Olimpia al verano de 1713. Luego en Octubre de 1713, Voltaire, acusado ya y requerido para que se marchase al punto, escribió a Olimpia: *Lea esta carta bajo y fíese del dador* (esto evidentemente escrito en el sobre). Creo, mi querida señorita, que usted me ama: así, pues, prepárese a servirse de toda la fuerza de su espíritu en esta ocasión. Cuando volví anoche al hotel (de la embajada, sin duda), M. L, me dijo que había de marcharme hoy, y todo lo que he podido hacer es diferirlo hasta mañana; pero me ha prohibido salir de su casa hasta mi marcha; el motivo es porque teme que la señora madre de usted me infiera alguna ofensa que recaería sobre él y sobre el rey. Ni siquiera me ha permitido replicar; es preciso absolutamente que me vaya, y que me vaya sin verla. Puede usted juzgar de mi dolor, me costaría la vida, si no esperase poder servirla al perder su cara presencia. El deseo de ver a usted en París me consolará en mi viaje. No le digo

nada más para animarla a que deje a su madre y se vuelva con su padre, de cuyos brazos fué usted arrancada para venir aquí a ser despreciada... (Corte de la señora Dunoyer: había aquí, sin duda, algunas cosillas que no eran un cántico en su honor...) Estaré todo el día en el hotel. Envíeme tres cartas: para su señor padre, para su señor tío, para su señora hermana; es absolutamente necesario y no las entregaré (no las mandaré) sino en tiempo y razón, sobre todo la de su hermana. Que el portador de estas cartas (de ella a él) sea el zapatero; prométale una recompensa; que venga con una horma en la mano, como si viniese a arreglarme los zapatos; una usted a esas cartas un billete para mí; que tenga al marchar ese consuelo; sobre todo, en nombre del amor que profeso a usted, querida mía, envíeme su retrato, haga cuanto pueda para obtenerlo de su señora madre; mucho mejor estará en mis manos que en las suyas, puesto que ya está en mi corazón. El criado que envió me es completamente adicto; si quiere usted hacerle pasar, cerca de su madre, como un fabricante de tabaqueras, es normando y desempeñará muy bien su papel; entregará a usted todas mis cartas y usted me enviará las suyas por el mismo conducto; puede usted confiarle el retrato...

He aquí a Voltaire hombre práctico, que lleva ya muy bien una pequeña intriga, que lo prevé todo, que todo lo dispone, que lo arregla todo para un largo porvenir y que, aun cuando literalmente preso, no pierde la cabeza ni la esperanza. Lo que procede es un pequeño párrafo de la *Cartuja de Parma*.

Y he aquí ahora, como por lo menos era bien que lo fuese, y además es muy probable que el escritor sea sincero, al Voltaire enamorado y sentimental, que es

muy interesante de leer detenidamente: «... Sí, mi querida Pimpette, te amaré siempre: los amantes menos fieles dicen lo mismo, pero su amor no está fundado como el mío en una estimación perfecta; amo tu virtud tanto como a tu persona y no pido al cielo sino alcanzar a tu lado los nobles sentimientos que posees. Mi ternura me hace contar con la tuya; me jacto de que te haré desear ver París... Adiós, una vez más, amada mía, piensa un poco en tu desgraciado amante (en 1713 las palabras amante y querida no tienen aún el sentido de hoy; no se puede deducir nada del empleo de estos términos), pero no pienses en mí para entristecerte; conserva tu salud, si quieres conservar la mía; ten sobre todo mucha discreción; quema mi carta y todas las que recibas de mí: más vale que seas menos bondadosa para mí y más cuidadosa de ti. Consolémonos con la esperanza de volvernos a ver muy pronto y amémonos toda la vida. Tal vez vendré yo mismo a buscarte; me creeré entonces el más feliz de los hombres; pero, en fin, con tal de que vengas, estaré muy contento; yo no quiero más que tu felicidad; quisiera dártela a expensas de la mía y me consideraré harto recompensado cuando tenga la certeza de haber contribuido a tu bienestar. Adiós, corazón mío, mil besos.»

Pasados unos días (?) Voltaire no se había ido. Pero continuaba prisionero y vigilado. Intenta una evasión. La prepara con su cuidado y decisión corrientes. Combina una cita y una entrevista nocturna entre los dos cautivos: «Me hallo aquí preso en nombre del rey; pero son dueños de quitarme la vida, y no el amor que te tengo. Sí, adorada mía, te veré esta noche, aunque tuviera que llevar mi cabeza a un cadalso. No me hables, por Dios, en los términos tan funestos que me

escribes. Vive y sé discreta, guárdate de tu madre como del enemigo más cruel que tengas, ¿qué digo? guárdate de todo el mundo y no te fíes de nadie. Ten todo dispuesto en cuanto salga la luna; saldré del hotel secretamente; tomaré una carroza o una silla, iremos como el viento a Schevering; llevaré tinta y papel; escribiremos nuestras cartas; pero si me amas, consuélate, apela a toda tu virtud y toda tu presencia de ánimo... Estate preparada desde las cuatro (lo que indica que se debe estar en Noviembre); te esperaré cerca de tu calle. Adiós, no hay nada a lo que no me exponga por ti. Mucho más mereces. Adiós, corazón mío.»

Esta expedición tan bien concertada no parece que se realizase, según las primeras líneas de la carta que sigue a la que acabamos de extraer: «Creo que no me iré hasta el lunes o martes; parece, querida mía, que no retrasan mi marcha sino para hacerme sentir mejor la cruel pena de estar en la misma población que tú y no poder vernos. (Había, sin duda, otros motivos, pero los ignoramos y tampoco Voltaire parece conocerlos.) Vigilan aquí todos mis pasos... Tú no puedes venir, a mí me es imposible ir de día a verte, saldré por una ventana a media noche; si tienes algún sitio en que pueda verte; si puedes a esa hora dejar a tu madre pretextando cualquier cosa si lo nota; si puedes, en fin, dar este paso sin correr riesgo, yo no correré ninguno; avísame si puedes bajar a tu puerta esta noche...»

Es probable que se realizaran así algunas entrevistas nocturnas, puesto que en la carta siguiente leemos: «no podré ir a verte esta noche», lo que parece indicar que se habían visto las noches anteriores. De

otra parte, parece que Voltaire había negociado y llevado a bien su negociación. Había obtenido no marchar sino en compañía del señor de M*** (?) que no debía hacerlo sino al cabo de una semana, a condición de ser cuerdo y no salir. Así se le ocurre, para ver a Olimpia, la estratagema de comedia española que vais a ver:

«Acabo de saber, corazón mío, que podré marchar con el señor de M. en silla de postas dentro de siete u ocho días; pero ¡cuántas lágrimas me costará el placer de permanecer en la ciudad en que estás! Me han impuesto la necesidad de permanecer preso hasta mi marcha o marchar en el acto. Sería perjudicarte ir a verte por la noche; es preciso en absoluto que me prive de la felicidad de estar a tu lado por bien tuyo. Si quieres, sin embargo, trocar nuestras desdichas en venturas, de ti depende; envíame a Lisbette a eso de las tres; le daré para ti un paquete que contendrá un traje de hombre; te lo pondrás en tu casa; si eres tan buena que quieras ver a un pobre prisionero que te adora, sírvete venir al hotel al anochecer... La felicidad de tu esclavo me hará olvidar que soy el prisionero de ***. Pero como conocen mis trajes y, por consiguiente, podrían reconocerte, te enviaré una capa que ocultará su casaca y su rostro...»

Ella fué, tenía aplomo, o amor, o las dos cosas. ¿Deducís de esto que era la amante de Francisco o que lo fué aquella noche? Esto es lo que muy precisamente contradice la carta que sigue; muy bonita, una carta de Voltaire muchacho: «No sé si debo llamarte señor o señorita. Si eres adorable con cofia, a fe mía que eres un apuesto caballero, y a nuestro portero, que no está enamorado de ti, le has parecido un muchacho muy

guapo. La primera vez que vuelvas te recibiré cumplidamente. (Aquí debe de haber una ironía y bajo la ironía una alusión a alguna compra de la amabilidad del portero.) Tenías, sin embargo, un aspecto tan temible como amable y temo que hayas desenvainado la espada en la calle, a fin de que no te faltase nada de un muchacho. Después de todo, por muchacho que seas, tienes la cordura de una muchacha.

En fin se ha visto, encantador ser que amo
 Disfrazado de caballero este día;
 He creído ver a la misma Venus
 Bajo la figura del amor.

El amor y tú sois de la misma edad,
 Y su madre es menos bella;
 Pero a pesar de esta doble ventaja,
 He reconocido pronto la verdad.
 Olimpia, eres demasiado cuerda,
 Para ser una divinidad.

... Pero ya es bastante hablar de los dioses, vengamos a los hombres...

Y le dice que (a pesar de la ceguera o complicidad del portero) fué sospechosa; que, por lo tanto, no puede repetirse, que por la noche saltará él por las ventanas e irá a verla «a eso de las cinco, obscurecido», —estamos en Noviembre, sin duda—, que se marchará el viernes siguiente con el señor de M***, que esté dispuesta para ir a París al primer aviso, que, por lo demás, hallará el medio de verla antes de marchar.

El 6 de Diciembre (en adelante las cartas están fechadas), se encuentra todavía en la Haya. Ha vuelto a ver a Olimpia, no sé cómo ni dónde, pero disfrazada también, como la siguiente carta lo indica. Se cree absolutamente seguro de su marcha, que se retrasó doce días aún: «Se ha descubierto nuestra entrevista de

ayer, querida Olimpia: el amor nos excusa a ambos con nosotros mismos, pero no con los que están interesados en tenerme aquí prisionero. La mayor desgracia que me podía ocurrir era arriesgar así tu reputación. ¡Dios quiera todavía que tu monstruo de cien ojos no se entere de tu disfraz!... Hay que disimular con tu madre. No me digas que eres demasiado sincera para ocultar tus sentimientos. Sí, corazón mío, sé sincera conmigo, que te adoro, pero no con una... (Corte de la señora Dunoyer: debía de haber algunas frases para ella que no eran dulces.) Sería un crimen dejarle descubrir lo que piensas... juzga del desorden de mi corazón por el de mi carta; pero a pesar de este triste estado me domino; imítame si me amas...»

El 10 de Diciembre aún continúa en la Haya, pero las cosas, que ya no iban demasiado bien, han empeorado. La señora Dunoyer ha puesto en juego no sé qué resortes. Se trata de encerrar a Pimpette. Pimpette está enferma o finge estarlo para que no la encierren. Voltaire le recomienda la mayor prudencia en tono más duro que de ordinario: «Te escribo por segunda vez (luego carta perdida o cartas perdidas desde el 10), para pedirte perdón por haberte reñido esta mañana y para reñirte un poco más esta tarde, sin perjuicio de pedirle perdón mañana. ¿Cómo? ¿qué quieres hablar al señor L***? ¿Pero no sabes que lo que más teme es parecer que favorece su retiro? (¿En qué sentido hay que entender retiro? No lo sé.) Teme a tu madre; no quiere disgustar a los excelentísimos. Tú misma debes temer a los unos y a otros (¿los unos?) y no exponerte de un lado a que te encierren, y de otro a recibir una afrenta. Léfèvre me ha dicho que tu madre... (Corte de la señora Dunoyer. Esta mujer no

quiere que se hable de ella), y que tú estás enferma. Con el corazón destrozado lo he sabido. Soy el culpable de todos tus males, y, aunque yo los comparto contigo, no por eso sufres menos... Piensa que nuestras penas concluirán pronto y trata, por lo menos, de suavizar un poco la maligna ferocidad de tu señora madre. Hazle ver dulcemente que te va a matar. Estas palabras no la conmoverán; pero será preciso que aparente que la conmueven. No le hables nunca de mí, ni de Francia, ni del señor L***. Sobre todo, guárdate de venir al hotel...»

En su carta del 13 nada hay que notar, si no es que le dice que no sabía que estuviese enferma hasta la víspera, cuando lo sabía desde el 10. Quiere decir, sin duda, que no supo que lo estaba verdaderamente hasta la víspera. La compadece muy tiernamente y se compadece: «la una enferma, el otro prisionero», y la advierte que su marcha ha vuelto a retrasarse un poco.

El 16, la marcha está decidida para el día siguiente *aún se retrasó otro día*. Voltaire está angustiado por salir de la Haya cuando Pimpette está todavía enferma. La distrae hablándole mal de su madre, de la que acaba de leer una obra, las *Cartas galantes*: «He leído ayer y hoy las *Cartas galantes* de la señora D..., su estilo me ha hecho a ratos olvidar... (corte de la señora Dunoyer, como esperaríais). Estoy bien convencido ahora de que con mucho talento (la señora Dunoyer no ha cortado esto) se puede ser una... (la señora Dunoyer ha cortado esto de todo corazón). Me ha gustado mucho el primer tomo, que quita mucho valor a los otros. Obsérvase, sobre todo en los cuatro últimos, un autor que se ha cansado de tener la pluma en la mano y que va galopando a terminar su obra. He imitado

al autor en estó y me he apresurado a acabar. He reconocido el retrato de B...; es uno de los peores pasajes de toda la obra; pero me parece, a la verdad, que hablo demasiado de personas que odio cuando no debería hablar sino de la que adoro. ¡Cuánto te agradezco, corazón mío, que hayas tomado lo bueno de tu madre y hayas dejado lo malo! Pero más te estaré agradecido cuando la dejes por completo...»

Voltaire marchó el 18 de Diciembre de 1713, a las once de la mañana. «Desde el fondo de un yate», escribe el 19 de Diciembre a Olimpia. Está en las mismas disposiciones que desde hace dos meses. No va a París sino, en primer término, porque está obligado, y después para hacer que vaya o llevar a Olimpia. Combinaya todo un plan muy complicado, al que, como se verá más adelante, se aferró en efecto. Evidentemente está aún muy enamorado y muy decidido a arrancar a Olimpia a su madre. Es la retirada de los Diez Mil con el proyecto de realizar muy pronto la expedición de Alejandro.

«... Te dejo en la más cruel situación del mundo; conozco todas tus penas mejor que tú y las considero como mías, tanto más cuanto menos las mereces. Si la certeza de ser amado puede servir de algún consuelo, debemos consolarnos un poco ambos. Pero ¿de qué nos servirá la felicidad de amarnos sin vernos?... Como amo tu virtud tanto como a ti, no tengas ningún escrúpulo respecto a tu correspondencia a mi ternura. Yo hago todo lo que humanamente puedo para librarte del colmo de las desdichas en que estás. No vayas a cambiar de resolución; serías cruelmente castigada, si te quedases en ese país. El deseo que tengo de procurarte la suerte que mereces me obliga a hablarte así; en

cualquier sitio donde me encuentre, pasaré días muy tristes si los paso sin verte; pero llevaré una vida muy miserable si la única persona que amo permanece en la desgracia; creo que has tomado una firme resolución que nada puede cambiar; es cuestión de honor el que salgas de Holanda; ¡qué feliz soy porque el honor se encuentre de acuerdo con el amor!... No dejes de enviarme en la primera carta que me escribas, otra dirigida a mí, en la que me hables como a un amigo y no como a un amante: harás en ella sucintamente la pintura de todas tus desgracias. Que tu virtud se muestre claramente sin ostentación. En fin, sírvete de todo tu talento para escribirme una carta que pueda enseñar a quienes tenga que hablar de ti... Preciso será o que tu señor padre esté tan loco como el señor B..., o que vuelvas a Francia a gozar del bienestar que mereces; pero me formo las ideas más agradables del mundo respecto a tu estancia en París. Muy cruel serías contigo y conmigo si engañases mis esperanzas... Lo primero que he de hacer al llegar a París, es interesar por ti al P. Tournemine; después daré tus cartas a tu señor padre y a tu hermana, y tendré que explicar a mi padre el motivo de mi vuelta, y espero que no ha de enfadarse mucho conmigo, con tal de que no le hayan prevenido en contra; pero aunque debiera incurrir en todo su enojo, me creeré siempre harto feliz al pensar que eres el ser más adorable del mundo y que me amas...»

El plan de Voltaire era interesar a los católicos y, particularmente, a los jesuítas, en la obra de separar a una pobre joven católica de una madre protestante, indigna, por añadidura, o muy sospechosa, entregándosela a su padre, buen católico, villanamente abandonada.

do por su mujer y villanamente privado de su hija. Hay como *un Calas cómico* en los comienzos de la vida de Voltaire. Puede preferirse el Calas serio y trágico de más adelante.

La primera carta de Voltaire, fechada en París, es del 28 de Diciembre de 1713; Voltaire ha obrado desde su llegada, es decir, desde «la víspera de Navidad». Ha hablado al padre Tournemine. El padre Tournemine, antiguo profesor de Voltaire, era un hombre muy digno, muy serio, muy justo y un buen erudito; pero parece haber sido un poco cándido. De él se ha dicho:

Es nuestro padre Tornamina
Que cree cuanto se imagina.

Y además el antiprottestantismo tenía, sin duda, su influencia, hasta en aquella alma tranquila y pura. Es probable que el maligno Voltaire supiera a quién se dirigía.

Tanto fué así, que el padre Tournemine tuvo la ingenuidad de mezclarse en este asunto de muchachos e hizo que interviniese el obispo de Evreux, que era algo pariente de Olimpia, mientras que «uno» (¿quién? Tal vez el mismo obispo) preparaba al señor Dunoyer para que recibiese a su hija.

Pero, de otra parte, Voltaire tenía rudas dificultades. Su padre había obtenido una orden de reclusión para aquél. Suplicado por intercesores, todo lo que se había podido obtener de él era que hiciese embarcar al joven Arouet para las islas, y, además, había redactado un buen testamento en que el muchacho quedaba desheredado. Voltaire podía, pues, obrar por sí mismo; pero el padre Tournemine y el obispo de Evreux intervenían, y su esperanza, como la de Voltaire, era, una

vez que Olimpia se decidiera a volver a París, meterla en el convento de las Nuevas Católicas, donde precisamente encontraría a su hermana, la señora de Constantino, recientemente convertida a su vez.

Para que este buen plan empezara a ejecutarse, bastaba solamente que Olimpia se evadiese de La Haya. Porque no había que pensar en obtener su extradición, y tampoco se pensó, sin duda, en raptarla. Pero es muy evidente para mí que Olimpia no tuvo nunca el valor y muy probablemente ni siquiera tuvo nunca la idea de tomar la resolución de ir a París. Voltaire hubiera podido lograr de ella, en La Haya, que se dejase raptar, pero se ha visto que fué materialmente imposible. En cuanto a decidirla, ausente él, a que saliera ella sola, era trabajo perdido.

Ya se ha visto esto por la insistencia de las súplicas de Voltaire en las cartas anteriormente citadas, y puede verse todavía y mejor aún en ésta: «He hecho cuanto he podido por tu bien; me he acarreado, para hacerte feliz, la mayor de las desdichas; tú puedes hacerme el más feliz de los hombres. Para esto, vuelve a Francia; hazte tú misma dichosa. Podré en un día reconciliarme enteramente con mi padre; entonces gozaremos en libertad del placer de vernos. Me represento esos momentos felices como el fin de todas nuestras penas y como el comienzo de una vida dulce y amable, tal como la debes llevar en París. *Si eres lo bastante inhumana para hacerme perder el fruto de todas mis desdichas y te obstinas en permanecer en Holanda, te prometo solemnemente que me mataré en cuanto lo sepa.* En la triste situación en que estoy, sólo tú me puedes hacer amar la vida. Pero ¡ay! yo hablo aquí de mis males, mientras que tal vez eres tú más desgraciada

que yo. Temo por tu salud; temo por tu madre; se me ocurren ideas espantosas. Acláramelo, por Dios. Pero hasta temo que no recibas mi carta... Tal vez me hayas escrito a Amberes o a Bruselas; quizá me hayas escrito a París; pero, en fin, desde hace tres semanas no he recibido noticias tuyas. Escribeme..., mi querida Pimpette, mi bella amada, corazón mío; escríbeme pronto, o más bien en el acto; en cuanto haya visto tu carta te comunicaré mi suerte. No sé todavía lo que será de mí; estoy respecto a todo en una espantosa incertidumbre. ¡Ah! ¿cuándo podré abrazarte, corazón mío?»

El 2 de Enero de 1714, Olimpia ha escrito; ha escrito una carta fechada en La Haya el 28 de Diciembre. Pero no parece en modo alguno decidida a ir a París. Está un poco fría. «No habla de su amor», lo que hace que me pregunte de qué podía hablar; llama a Voltaire «señor»; le felicita por su «cortesía», lo que molesta a Voltaire: le censura su «negligencia» y afecta dudar un poco de su amor. Voltaire era demasiado listo para no comprender que Pimpette se le escapaba. Hemos aquí hacia el final.

Así Voltaire, aun sin perder precisamente su ardor, prodiga menos sus protestas amorosas y sobre todo sus súplicas para que Olimpia vaya a París. Además, no está seguro él mismo de no ser enviado en breve con dirección a Brest. Las últimas palabras de su carta son más bien melancólicas que fervientes: «Adiós, amada mía, quiere un poco a un desgraciado amante que quisiera dar su vida para hacerte feliz.»

El 20 de Enero, Voltaire ha recibido una carta de Olimpia. Pero es de notar que la carta es del 1.º de Enero y que él contesta el 20, lo que tiende a probar

que Voltaire tiene mucho que hacer en el estudio del procurador en que ha entrado o que empieza a desligarse de quien muestra desinteresarse de él. Olimpia, a lo que parece, está enferma. Parece que siempre enfermaba cuando tenía que tomar una resolución. Puede conjeturarse, además, por la carta de Voltaire, que la de Olimpia era poco alentadora para él, puesto que ella se animaba a sí misma a quedarse en La Haya y le parecía conveniente, digno y heroico permanecer allí.

No hay duda de que esta carta de año nuevo enfrió extremadamente a Voltaire. En toda su respuesta dice exactamente las mismas cosas que en las precedentes, pero ya no se encuentran el tono ni el acento. Voltaire no se cuida sino de desempeñar honrosamente el papel que se ha asignado; pero en adelante le falta la convicción.

He aquí toda esta carta, en la que se han de medir en cierto modo sus vibraciones y observar atentamente los matices para percibir bien o más bien para sentir de dónde partió Voltaire, hasta dónde llegó y dónde está:

«He recibido, mi querida Olimpia, tu carta del primero de este mes, por la que he sabido tu enfermedad. No me faltaba más que semejante noticia para rematar mi desgracia; y como un mal no viene nunca solo, las dificultades en que me encuentro me han privado del gusto de escribirte la semana pasada. Me preguntarás cuáles son estas dificultades; eran las de hacer lo que aconsejaste (reconciliarse con su padre, como lo que sigue lo da a entender). He entrado en el estudio de un procurador, para aprender el oficio a que mi padre me destina, y creo que con esto recobra-

ré su afecto. Si me amases tanto como yo te amo, atendería un poco a mis ruegos, ya que también obedezco a sus órdenes. Heme aquí establecido en París para largo tiempo; ¿es posible que permanezca sin tí? No creas que el deseo de verte no tenga otro fin que el de mi agrado; miro tu interés más que mi satisfacción y creo que estás persuadida de ello. Piensa por cuántas razones te debe ser odiosa Holanda. ¿No es preferible una vida dulce y tranquila en París a la compañía de tu señora madre? ¿Y no valen más los considerables bienes de una hermosa ciudad que la pobreza de Holanda? No alegues sentimientos que llamas heroicos; confieso que el interés no debe ser nunca lo bastante fuerte para hacer que se cometa una mala acción; pero tampoco el desinterés debe impedir que se haga una buena, cuando nos conviene. Créeme, mereces ser dichosa, estás hecha para brillar en todas partes; no se brilla sin bienes, y nunca te censurarán, cuando disfrutes de una buena fortuna, y los calumniadores te respetarán entonces; en fin, me amas y no hubiese vuelto a Francia si no hubiera creído que me ibas a seguir pronto; me lo prometiste, y tú que tienes tan buenos sentimientos, no faltarás a tus promesas. Sólo tienes un medio para venir. Monseñor Le Normand, obispo de Evreux, es, a lo que creo, primo tuyo, escríbele y que la religión y el afecto de familia sean los dos motivos que alegues con él; insiste sobre todo en el aspecto religioso; dile que el rey desea la conversión de los hugonotes y que, siendo ministro del Señor y pariente tuyo, debe, por toda suerte de razones, favorecer tu vuelta; conjúrale a que tu señor padre adopte un proyecto tan justo; dile que desees retirarte a un convento, no como religiosa sin embargo,

excuso decírtelo. No dejes de llamarle monseñor. Puedes dirigir tu carta a *monseñor el obispo de Evreux, en Evreux, Normandía*. Te comunicaré el resultado de tu carta, que lo sabré por el padre Tournemine. ¡Qué feliz sería si, después de tantos sinsabores, pudiéramos volver a vernos en París! Este placer me repondría de mis desdichas, y si mi felicidad puede reparar las tuyas, ten la seguridad de ser consolada. Tiemblo, en verdad, al pensar en todo lo que has sufrido, y confieso que tienes necesidad de consuelo. ¡Que no pueda dárte-lo al decirte que te amaré toda mi vida! No dejes, te lo ruego, de escribir al obispo de Evreux, y lo más pronto que puedas, dime cómo te encuentras después de tu enfermedad y escíbeme. Adiós, mi querida Pimpette, sabes que te amaré siempre.»

Dudo que Pimpette escribiera al obispo de Evreux. Hasta parece no haber escrito ya a Voltaire desde esta época, porque a los veinte días de la anterior carta de Voltaire, no le había contestado. En 10 de Febrero Voltaire la escribe unas cuantas líneas, que respiran el desencanto —no digo en modo alguno la desesperación— más profundo. Comprende bien que ha terminado y que hay todavía una Olimpia Dunoyer; pero que ya no existe Pimpette. Aún no toma un partido, pero se cree percibir que se dispone a tomarlo: «¿Es un asunto roto, sí o no? Dímelo francamente y no hablemos más.» He aquí por entero la carta del 10 de Febrero:

«Mi querida Pimpette, siempre que me escribes me imagino que no has recibido mis cartas, *porque no puedo creer que la ausencia haya producido en ti lo que en mí no ha producido, y como yo te amo siempre, me persuado de que tú me amas todavía*. Aclárame, pues, dos

cosas: la una, si has recibido mis dos últimas cartas y si estoy todavía en tu corazón; dime, sobre todo, si has recibido mi última del 20 de Enero, en la que se hablaba del obispo de Evreux y de otras personas cuyos nombres aventuré; dime algo seguro en la respuesta a esta carta. Entérame, sobre todo, te lo suplico, del estado de tu salud y de tus asuntos, que tu carta sea más larga que la mía; siempre me agradará más leer una de tus cartas de cuatro páginas que lo tendrás tú en leer una mía de dos líneas.»

Esta carta es la última de Voltaire a Olimpia Dunoyer, que se conozca, y muy probablemente la última que haya escrito. Olimpia se obstinaba, sin duda, en no contestarle; no insistió él. Al año siguiente era el amigo solícito de la marquesa de Mimeure y el amable mundano que fué toda su vida, y cuatro años después, a la edad de veinticinco, escribía precisamente a esta marquesa: «Me hace usted sentir que la amistad es de un valor más estimable que el amor. Hasta me parece que no estoy hecho para las pasiones, me encuentro algo ridículo amando, y encontraría más ridículas a las que me amasen. He aquí el asunto, al que renuncio por toda la vida.»

Más adelante, Olimpia Dunoyer se casó en Francia decorosamente, y vivió y murió en la oscuridad.

Voltaire parece haber amado muy vivamente a Olimpia Dunoyer, la cual parece haber amado a Voltaire mientras que estuvo en La Haya, desviándose enteramente de él en cuanto volvió éste a Francia. Es evidente que ni por un momento entró en el sabio plan estratégico que Voltaire imaginó y que acarició largo tiempo, y hasta comenzó a ejecutar. Puede suponerse que ella no tenía el suficiente amor para tener la nece-

saria audacia; que su madre ejercía cierta influencia en ella, y que esta influencia recobraba su fuerza cuando Voltaire estaba lejos (Voltaire se cree en el caso de repetirle incesantemente: «desconfía de tu madre»); que tal vez no tenía empeño en cambiar de religión, ni, sobre todo, en entrar en un convento para aprender una religión nueva; en fin, que no tenía plena confianza en las intenciones de Voltaire.

Jamás, en efecto, se le ve a Voltaire hablarle de matrimonio, y sin duda, como tenía diez y nueve años y dependía absolutamente de su padre en aquel respecto, no podría hablarle de ello para en seguida; pero podía haberle hablado para más adelante. No dijo una palabra. En el fondo, y prescindiendo de los adornos de la forma, lo que le propone siempre es que vaya a París para vivir agradablemente y ser su querida: «El deseo que tengo de procurarte la suerte que mereces... Una vida dulce y amable, como debes llevarla en París... ¿No es preferible una vida dulce y tranquila en París a la compañía de la señora madre?...» Siempre le habla en estos términos cuando es necesario decirle en qué ha de consistir el arreglo que la propone.

Pero ¿cómo iba a estar segura Olimpia de aquella existencia dulce, tranquila y amable, cuando Voltaire no es por entonces sino un estudiante sin ningún recurso? Voltaire parece que contaba con la fortuna del señor Dunoyer. A éste, sin duda, alude, y no a su munificencia propia cuando dice: «¿No valen más unos bienes considerables en una hermosa ciudad que la pobreza de Holanda?» Y «no se brilla sin bienes, y no te censurarán nunca cuando goces de una buena fortuna». No es evidentemente Voltaire quien puede procurar a Olimpia bienes considerables y el disfrute de

una «buena fortuna». Preciso es, por lo tanto, que sea el padre; unir a Olimpia con su padre, con pretexto de la conversión a la religión católica, colocarla en el rango que la asegurará esta reconciliación con el padre y hacerla su amante, he aquí, me parece, el plan del joven. Olimpia lo comprendió sin duda, y no estaba lo suficientemente enamorada para adoptarlo. Había tenido en La Haya para distraerse, y porque Voltaire era encantador, un *flirt* que llevó bastante lejos, pero que no quiso llevar hasta la calaverada y la aventura.

Olimpia Dunoyer es la única muchacha, que yo sepa, que haya entretenido a Voltaire.

II

Voltaire conoció a la señora du Châtelet, tal vez en 1716, cuando ella tenía diez años; porque ya frecuentaba al barón de Breteuil en su castillo de Preuilly, Emilita, que estudiaba, bajo la inspección de su padre, latín, italiano, inglés, y emprendía a los quince años una traducción completa de Virgilio, fué ciertamente la hija espiritual de Voltaire. Veinte veces, más adelante, al hablar de ella, Voltaire escribió: «La he visto nacer.»

Emilia de Breteuil se casó muy joven con el marqués del Châtelet, gentilhomme muy auténtico, imbécil indiscutible, nacido rico, con tierras en Champaña y en Normandía, pero cuyos asuntos, efecto, sin duda, de una mala administración, estaban ya muy desarreglados. Tuvo ella, tal vez de él, un hijo y una hija, cuyas fechas de nacimiento ignora, pero la hija debía

de ser la mayor, porque se casó en 1743, lo que hace remontar su nacimiento a 1725, poco más o menos, mientras que el hijo era todavía en 1734 un muchachito que empezaba el latín, lo que hace que se ponga su nacimiento, aproximadamente, en 1727. Por lo demás, parece que fuesen casi de la misma edad.

La marquesa, si se atiende a una crónica bastante bien documentada, tuvo por amantes en su primera juventud al señor de Guebriant, que la llevaba cuatro años, y al duque de Richelieu, mayor que ella en diez, ya ilustre en la época probable de estas relaciones (1727-1728). ¿Puede deducirse de ellos que la marquesa del Châtelet era menos fea de lo que se ha dicho? Está bien, si se quiere, pero no hay que aventurarse mucho en este asunto, porque las mujeres feas son a menudo muy amadas, y Guebriand y Richelieu fueron ambos muy capaces de amar, brevemente por lo demás, a una mujer solamente por su talento y su poesía.

Sea como fuere, a eso de los veinticinco años, la marquesa del Châtelet, por el testimonio, a la verdad siempre sospechoso, de sus amigas (madame de Deffaud y madame de Staal), era una mujer alta, seca, sin pecho, con pies enormes, manos formidables, de piel áspera, rostro enflaquecido, tez de ladrillo, dientes harto escasos y echados a perder, y un talle semejante al de un suizo.

Pero sabía latín, italiano, inglés, las ciencias conocidas en su tiempo y tenía, cuando no estaba preocupada por sus estudios y meditaciones, la conversación más ingeniosa del mundo.

¿Cuándo reanudó Voltaire su trato con ella? No se sabe bien. Por la época en que la perdió, dijo a uno: «La he visto nacer»; a otros: «una amiga de veinte años»; a

otros —por lo menos una vez, a Federico II—: «un amigo de veinticinco años». Lo más preciso que dijo, fué lo que escribía el 26 de Octubre de 1749 al señor de Aigueberre, consejero del Parlamento de Tolosa: «Mi querido amigo, usted fué quien me hizo reanudar relaciones, *hace más de veinte años*, con esa mujer infortunada que acaba de morir de la manera más funesta .. La había visto nacer...» Esto indicaría que Voltaire volvió a tratar a la marquesa del Châtelet por el año 1728. Pero en 1728 estaba él en Inglaterra. Hay que suponer, pues, la primavera de 1729, lo que haría aún «más de veinte años», muy poco más, me inclinaria a creer, que Voltaire volvió a ver a la marquesa cuando regresó de Inglaterra e inmediatamente después de las relaciones de aquélla con Richelieu, o durante los últimos tiempos de estas relaciones; pero solamente a título de amiga y ya amiga vieja.

Hasta 1733, y aquí la fecha es cierta, no se hicieron amantes Voltaire y la marquesa del Châtelet. Lo fueron probablemente desde la primavera de este año. Porque la señora de Fontaine Martel murió en los últimos días de Enero de 1733, como Voltaire lo anuncia con deliciosa alegría a sus amigos: 27 de Enero (a Forment): «No creía hace ocho días que los primeros versos que hubiera que escribir para ella fuesen un epitafio... Yo cuidaba de la enferma durante la noche y me ocupaban los detalles de la casa todo el día. Figuraos que fuí yo quien anunció a la pobre mujer que había de prepararse. Ella no quería oír hablar de las ceremonias de tal viaje; pero yo estaba en la obligación de hacer que muriera administrada. Le llevé un sacerdote, medio jansenista, medio político, que simuló confesarla y volvió luego para lo demás. Cuando aquel có-

mico de San Eustaquio la preguntó si no estaba bien persuadida de que su Dios, su creador, estaba en la Eucaristía, contestó ella ¡Ah, sí! con un tono que me hubiera hecho soltar la carcajada en circunstancias menos lúgubres.» —27 de Enero (a Cideville): «He perdido, como usted sabe quizá, mi querido amigo, a la señora de Fontaine Martel; es decir, que he perdido una buena casa de la que era el amo y cuarenta mil libras de renta que se gastaban en divertirme. ¿Qué dirá usted de mí que fui su director en tan enojoso momento y la hice morir con todas las ceremonias? Ahorro a usted todos estos detalles con los que he aburrido a Formont; no quiero hablarle sino de mis consuelos, a cuyo frente está usted...»

Libre de la señora de Fontaine-Martel, Voltaire hubo de volverse bastante pronto del lado de la marquesa del Châtelet, a la que es de suponer, como se ha visto, que frecuentaba un poco desde 1729.

La marquesa del Châtelet no era tan rica como la señora Fontaine-Martel; pero Voltaire lo era y no podía haber dificultades por este concepto. A Voltaire le halagaba tener por amante a una marquesa auténtica, más quizá le halagaba aún tener por amante a una mujer que había sido ostentada por el señor de Guebriant y el duque de Richelieu. Y, en fin, me parece que no le habían seducido sus anteriores amantes desde el punto de vista del talento y de los conocimientos. La marquesa del Châtelet era muy instruída, muy inteligente y muy ingeniosa. Voltaire fué seducido por aquella mujer, muy nueva para él, que tenía inteligencia y a la que él podía darla.

Y le sedujo muy profundamente, como de ello encontraremos mil pruebas más adelante. También fué

seducida la marquesa, y tal vez más todavía que él. Voltaire era la misma gracia y la seducción misma cuando lo quería; y era literato, y era filósofo, y tenía la bastante flexibilidad de talento para convertirse en sabio si lo deseaban; y era ya extremadamente célebre, y era hombre de moda por haber pasado tres años en Inglaterra, y en calidad de desterrado y perseguido. Se interesaron el corazón, el espíritu y la vanidad de la marquesa, sin contar que, desde todos los puntos de vista, no sería más que ganar en sus relaciones con Voltaire. Con la ferocidad de una amiga íntima, madame du Defand ve y expresa muy bien algunos de estos diferentes móviles: «El es quien la hace objeto de la atención del público y el asunto de las conversaciones particulares; a él le deberá vivir en los siglos futuros, y mientras tanto le debe lo que la ha hecho vivir en el siglo presente.»

Estas nuevas relaciones fueron públicas en el transcurso del verano de 1733. Voltaire se encargó de enviar las cartas participadoras. Tuvo cuidado de escribir a todo el mundo que era el amante de la marquesa del Châtelet. El primer texto en que se haya hablado de «Emilia» es la *Epístola sobre la Calumnia* que, como se sabe, comienza así:

Escuchadme, respetable Emilia,
Sois bella; así pues la mitad
Del género humano será vuestra enemiga,
Poseéis un sublime talento:
Se os temerá; vuestra tierna amistad
Es confiada y seréis traicionada.

Ahora bien; la *Epístola sobre la Calumnia* debe ser de Junio o Julio de 1733, pues que, el 2 de Agosto, Voltaire escribió a Cideville: «No me atrevo a enviar-

le mi *Epistola a Emilia*, porque Emilia me lo ha pedido... Le pediré el permiso de hacer una excepción para usted. Si le conociese ella, le mandaría la epístola copiada por su mano...» El 14 de Agosto escribió al mismo: «...He enseñado a Emilia su ingeniosa carta. Emilia ha contestado como Benserade a Dangeau, en nombre de las hijas de la Reina:

Pedís tan bien que no se puede negar.

Me ha permitido, pues, que envíe a usted los versos en cuestión, a condición de que los devuelva sin haberlos copiado. Estoy seguro de que será usted fiel; porque la amistad le hace saber las órdenes de la belleza. Le han gustado mucho estos versos de usted:

La adoro como a los dioses
Que se invocan sin conocerlos.

Permítame, si gusta, añadir este pensamiento:

Una pequeña diferencia
Hay entre Emilia y los dioses;
Es que cuando más sabe uno de ellos,
Menos se les inciensa.
Pero la que usted adora
Merece algo más el homenaje;
Sepa que cuando la vea
La invocará más.

Sigue un *retrato* de la marquesa, el primero que Voltaire haya dibujado:

.
Es bella y sabe ser amiga;
Tiene la imaginación
Siempre justa y siempre florida;
Su viva y sublime razón
Tiene a veces demasiado relieve;

Ha echado de su casa
A cierto niño tierno y bribón,
Pero conserva la coquetería.
Tiene, os lo juro, un talento
Digno de Horacio y de Newton,
Y no obstante pasa su vida
Con el mundo que la enoja
Y los banqueros de faraón.

Prescindo, sin perjuicio de volver desde otro punto de vista, de las cartas al abate de Sade y a varios otros, en que da la misma noticia y hace de su última conquista los mismos elogios.

¿Cuál fué la naturaleza de las relaciones entre la marquesa del Châtelet y Voltaire? Me parece indiscutible que la amistad tuvo en ellas mucha mayor parte que el amor propiamente dicho. Fueron, sobre todo, unas relaciones intelectuales. «Sus sublimes se amalgamaron», como dice Saint Simon de otros dos. Cuando se unieron, la marquesa no tenía, es verdad, más que veintisiete años; pero había tenido dos amantes, sin hablar del marido que, según Dumas (hijo), es como los entresuelos en las casas grandes, es decir, que no cuenta; y por lo menos sus curiosidades debían de estar apaciguadas. En cuanto a Voltaire, iba a cumplir los treinta y nueve años, y nunca fué un gran guerrero para las batallas amorosas. Dícelo él frecuentemente y con insistencia, y probablemente de intento, durante todo el curso de sus relaciones con la marquesa. En 1741, es decir, no como ha dicho Sainte Beuve, «casi desde el comienzo de sus relaciones con la marquesa del Châtelet», sino a los nueve años de ellas y cuarenta y siete de edad, escribía estos versos selectos, los mejores que hayan salido de su pluma:

Si queréis que ame todavía,
Devolvedme la edad de los amores;
Al ocaso de mis días,
Juntad, si puede ser, la aurora.

De los hermosos lugares con que el dios del vino
Con el amor tiene su imperio,
El tiempo, que me coge de la mano,
Me advierte que me retire.

De su inflexible rigor,
Saquemos alguna ventaja por lo menos;
Quien no tiene el espíritu de su edad,
De su edad tiene la desgracia.

Dejemos a la hermosa juventud
Sus alocados arrebatos.
No vivimos más que dos momentos;
Que sea uno para la cordura.

¡Ah! ¡para siempre me dejáis,
Ternura, ilusión, locura,
Dones del cielo que me consolabais
De las amarguras de la vida!

Muérese dos veces, bien lo veo:
Cesar de amar y de ser amable
Es una muerte insoportable;
Cesar de vivir, no es nada.

Así yo deploraba la pérdida
De los errores de mis primeros años;
Y mi alma abierta a los deseos
Lamentaba sus extravíos.

Del cielo entonces, dignándose descender,
La amistad vino en mi socorro,
Ella era quizá tan tierna,
Pero menos viva que los amores.

Afectado por su nueva belleza
Y por su brío brillante,
La seguí; pero lloré
Por no poder seguir sino a ella (1).

(1) Cito la composición entera, en primer término porque gusto de copiarla, y mejor dos veces que una, como se va a ver, y luego porque hay dos versiones, y la comparación

Si queréis que ame todavía
 Devolvedme la edad de mis amores;
 Al ocaso de mis días
 Juntad, si se puede, la aurora.

De los hermosos lugares con que el Dios del vino
 Con el amor tiene su imperio,
 El tiempo, que me coge de la mano,
 Me advierte que me retire.

¡Ah! para siempre me dejáis
 Ternura, ilusión, locura,
 Dones del cielo que me consolabais
 De las amarguras de la vida.

¡Cómo la mañana toca con la noche!
 Sólo una hora y ha terminado.
 Pasamos: la raza que sigue
 Ya por otra es seguida.

Muérese dos veces, bien lo veo:
 Cesar de amar y de ser amable
 Es una muerte insoportable;
 Cesar de vivir, no es nada.

Así yo deploraba la pérdida
 De los errores de mis primeros años.

Pero remontémonos. En 1737, a los cuarenta y un años de edad, Voltaire escribía a Federico: «Hace un mes no contaba seguramente con salir de Cirey. La marquesa del Châtelet, cuya alma está hecha sobre el modelo de la vuestra, y que seguramente tiene con vos una armonía preestablecida, debía retenerme en su carta, que prefiero, sin vacilar, a la de todos los reyes»

entre ambas es muy interesante. Voltaire había primeramente escrito (A Cideville, desde Bruselas, 11 de Julio de 1741): «... El corazón no envejece, lo sé, pero es duro para los inmortales hallarse albergado entre ruinas. Yo pensaba hace tiempo en esta decadencia que se hace sentir de día en día, y he aquí cómo me expresaba; porque es preciso que le haga esta dolorosa confidencia.»

de la tierra como amigo, como filósofo y como hombre libre; porque

... *Juge suspicari*
Cujus octavam trepidavit aetas
Claudere lustrum.

(«No sospechéis otra cosa en un hombre cuyo tiempo demasiado rápido acaba de cerrar el octavo lustro.»)

Y mi alma abierta a los deseos
Lamentaba sus extravíos.

Del cielo entonces dignándose descender,
La amistad vino en mi socorro;
Ella es más igual, tan tierna
Y menos viva que los amores.

Afectado por su nueva belleza
Y por su radiante luz,
La seguí; pero lloré
Por no poder seguir sino a ella.

En la redacción definitiva, Voltaire suprimió una estancia *¡Cómo toca a la noche la mañana!...* que en efecto no era muy buena, y ha añadido dos: *De su inflexible rigor*, y *Dejemos a la hermosa juventud...*, que son excelentes. Observemos, sin embargo, que la interpolación de las dos estancias excelentes corta un poco la continuidad de las ideas y después de aquella, el autor no hubiera debido copiar: «¡Ah! ¡para siempre me escapáis!...» sino más bien escribir: «Mas para siempre me escapáis...»

Remontémonos más. En 1733, y esta vez sí es en los comienzos de las relaciones, a la edad de treinta y nueve años menos unos meses, cuidaba de advertir a sus amigos, tal vez inquietos, que no era ni sería el casi amante de la marquesa. A Cideville, el 14 de

Agosto: «En cuanto a mí, que le soy afecto en proporción de su mérito, es decir, infinitamente»:

No crea que tal homenaje
 Sea efecto de un demasiado ardor;
 El amor sería para usted,
 A mí no me pertenece tanto honor.
 ¡Dios es! (si hay otros más que ella),
 Tened alguna piedad de mí;
 Apartad un ardor cruel
 Que corrompería nuestra amistad.
 La amistad nunca se altera,
 Ella hace cuerda y feliz,
 Sin arrebatos, sin misterio.
 El amor agradaría más,
 Pero es un fuego harto peligroso;
 ¡Hay momentos tan encjosos
 Con gentes de ese carácter!

Al abate de Sade, el 29 de Agosto: «... Su mérito es superior a su sexo y al nuestro.»

Confesaré que es tiránica:
 Es preciso para hacerle la corte,
 Hablarle de metafísica
 Cuando se quisiera hablar de amor.

Pero yo, que gusto bastante de la metafísica y que prefiero la amistad de Emilia a todo lo demás, no tengo que hacer ningún esfuerzo para contenerme dentro de mis límites:

Ovidio en otro tiempo fué mi maestro;
 Locke lo es ahora,
 El arte de pensar es consolador,
 Cuando se renuncia al de agradar;
 Son dos bellos oficios a la verdad.
 Pero en los que yo no aproveché nada.»

Y, en fin, a Cideville, que debía de tener en este punto la confianza más precisa, en Octubre de 1733:

«Respecto a mi modesta persona, por la que se digna usted interesarse con tanta bondad, me veo obligado a decirle en conciencia que no soy tan desgraciado como piensa. Creo haberle dicho ya en versos de Horacio:

*Non agimur tumidis velis aquilone secundo;
Non tamen adversis aetatem ducimus austris;
Viribus, ingenio, specie, virtute, loco, re,
Extremi primorum, extremis usque priores* (1).

Pero he aquí mi única contrariedad y mi sola desgracia. Trato de llevar mi vida conforme al estado en que me encuentro, sin pasión desagradable, sin ambición, sin deseos, con muchos conocimientos, pocos amigos y muchos gustos. Soy, a la verdad, más dichoso de lo que merezco:

Mi corazón mismo se entrega a veces al amor,
Tengo muy poco temperamento;
Pero amo más tiernamente
Y mi amada me perdona.

Puede, pues, decirse con bastante seguridad que las relaciones de Voltaire con la marquesa del Châtelet fueron unas relaciones, sobre todo, intelectuales durante algunos años, y únicamente intelectuales más adelante. En qué momento preciso se hicieron únicamente intelectuales, se me dispensará que no lo sepa o se me perdonará que lo ignore.

Así, pues, a partir de mediados de 1733, Voltaire y la marquesa del Châtelet se presentaron al público eu-

(1) «No voy a velas desplegadas impulsado por un viento favorable; no estoy tampoco en lucha con vientos contrarios; como fuerzas, espíritu, figura, mérito, rango, fortuna, estoy en el escalón bajo de los más altos, en el alto de los más bajos.»

ropeo como amigos aliados e inseparables. Se les veía llegar a casa de la duquesa del Maine, a la «corte de Sceaux», semejantes, dice madame de Staal, «a dos espectros con un olor de cuerpos embalsamados», a veces agradables cuando se trataba de escribir un pasatiempo; por lo general sombríos, evitando la luz y los paseos para trabajar, la una en Newton, el otro en la historia, no saliendo de sus gabinetes de estudio, sino muy entrada la noche; en suma, ridículos como esas gentes serias y que no quieren perder el tiempo lo son siempre en una sociedad frívola, y no teniendo, por lo demás, otro defecto que el de ir a ella.

Las circunstancias, como ocurre raramente, les impusieron justamente el género de vida que convenía a los dos, y que tal vez no hubieran tenido el tacto o el valor de adoptar espontáneamente. Inquietado, perseguido, bajo el golpe de una orden de prisión, a causa de sus *Observaciones sobre Pascal* y de una reimpresión, tal vez no consentida por él, de las *Cartas filosóficas*, Voltaire en 1734 está huído, errante por el otro lado de las fronteras. El marqués del Châtelet tenía un castillo en ruinas en el extremo de la Champaña, sobre la frontera de Lorena, Cirey. Desde Cirey se estaba en unas cuantas horas fuera del reino de Francia. Era un lugar de retiro excelente, tanto para la seguridad como para el estudio y el trabajo. Voltaire y la marquesa del Châtelet determinaron acondicionar Cirey, hacerlo habitable y habitar en él.

A mediados de 1734 empezaron la ejecución de tal proyecto, y hay que fijarse mucho en esta fecha de 1734. Es tal vez el año en que Voltaire estuvo más enamorado y fué más feliz, las dos cosas juntas, lo que algunas veces ocurre. Enamorado lo estaba verdadera-

mente, porque la marquesa se había mostrado infinitamente abnegada, e ingeniosamente abnegada durante todas las tribulaciones que su amigo tuvo que sufrir en el período 1733-1734. Hallábase él grandemente agradecido, lo que se ve por el tono de sus cartas. Al señor de la Condamine, el 22 de Junio: «... Pronto verá usted a la marquesa del Châtelet. La amistad con que me honra no se ha desmentido en esta ocasión. Su espíritu es digno de usted y del señor de Maupertuis, y su corazón es digno de su espíritu. Presta sus buenos servicios a sus amigos con la misma viveza que ha aprendido las lenguas y la geometría, y cuando ha prestado todos los servicios imaginables cree que no ha hecho nada; lo mismo que con su talento y con sus luces cree no saber nada e ignora si tiene talento... Le ruego que le diga lo que agradezco sus bondades. Hace algún tiempo que no le he escrito y que no tengo noticias de ella; pero no por ello es menos mi afecto y mi reconocimiento.»

Y a ella le dirigía los versos más próximos o si queréis los versos alejados de un sentimiento apasionado que *él* haya escrito nunca:

Te adoro ¡oh mi querida Urania!
¿Por qué me has inflamado tan tarde?
¿Qué he hecho de los buenos días de mi vida?
Están perdidos. No he amado,
Busqué con el error de la juventud
A ese Dios de amor, a ese Dios de mis deseos;
No encontré sino su engañosa imagen,
No abracé sino la sombra de los placeres.
No, los besos de las más tiernas amantes;
No, esos momentos contados por cien caricias,
Momentos tan dulces y tan voluptuosos,
No valen lo que una mirada de tus ojos,
Yo no he vivido sino desde el día en que tu alma...

Citemos todavía esto, porque es la única vez, que yo sepa, que Voltaire haya hablado con alguna precisión de la *belleza* de Emilia, sobre la que más bien calla de ordinario, para alabar las cualidades de corazón e inteligencia:

Que otro te enseñe, mi querida Urania,
 A medir la tierra, a leer en los cielos;
 A someter a tu genio
 Lo que el amor somete al poder de tus ojos.
 En cuanto a mí, sin disputar de lo lleno y el vacío,
 Lo que amo es mi universo;
 Mi sistema es el de Ovidio,
 Y el amor, el asunto y el alma de mis versos.

.....
 Tienes de las Gracias la figura ligera,
 De una Musa el espíritu, el corazón de una pastora,
 Un rostro encantador, en el que sin ser prestados,
 Se ven brillar los dones de Flora,
 Que el dedo del amor marca por todos lados
 Cuando con una sonrisa se embellece más aún.
 ¿Pero de qué te sirven tantos encantos?
 ¿Cómo? ¿tan bellas manos para abrir un compás
 O enfocar con antejojo?
 ¿Cómo? ¿ojos tan encantadores para observar el curso
 O las manchas de un planeta?
 ¡No! la mano de Venus está hecha
 Para tocad el laud de los amores;

.....
 Y lo que yo creo también, es que nunca —si no es quizá en Ferney veinte años después— fué Voltaire más feliz que en Cirey por 1734. Tenía por primera vez un castillo que reconstruir, que amueblar, que decorar, plantaciones que hacer, caminos desarregladísimos que arreglar. Era, como decía, el «capataz» de los obreros de la marquesa. Descubríase una afición más y una aptitud más. Estaba contentísimo. Las cartas a las amigas y vecinas de la marquesa, las señoras de la

Neuville y de Champbonin, le muestran lleno de actividad y de alegre actividad. Hacer cuatro cosas a la vez y no tener tiempo de hacerlas y no dejar de terminarlás antes del plazo ha sido siempre la felicidad de Voltaire. Voltaire, al principio de su estancia en Cirey, rebosaba de gozo.

Fué, por lo demás, relativamente feliz durante toda su estancia en Cirey (1734-1749). Desde luego hay que pensar, porque no permaneció allí todo ese tiempo (ni mucho menos), lo que hubiera sido para él una residencia demasiado prolongada. Más de una vez, inquietado e inquieto, huyó a Holanda; más de una vez, encargado más o menos oficialmente de misiones diplomáticas, fué a Alemania y llegó hasta Berlín para verse con Federico, y también pasó casi un año en Bruselas ocupado en un pleito del marqués de Châtelet, que ganó; y, en fin, pasó temporadas en París, especialmente en 1745-1746, en los momentos de volver a estar en gracia. Puede calcularse que, de los quince años de lo que se llama corrientemente «Voltaire en Cirey», no estuvo allí sino ocho o nueve.

Lo que fué la vida de Voltaire y de la marquesa del Châtelet en Cirey no se podría saber bien si no teniendo los «ocho volúmenes en cuarto manuscritos, bien encuadernados» de las cartas que Voltaire escribió a la marquesa y que Voison vió, hojeó y leyó en parte en el cuarto mismo de la marquesa. Estas cartas, dice Voison, estaban mucho más llenas de epigramas contra la religión que de madrigales para la marquesa; pero serían, sin embargo, preciosas para la inteligencia de los sentimientos sucesivos de Voltaire respecto a la marquesa y recíprocamente. Estas cartas, según todas las trazas, se han perdido para siempre; es pro-

bable que Voltaire las quemara a la muerte de la marquesa del Châtelet. De tan voluminosa correspondencia no nos queda literalmente más que cinco líneas en dos fragmentos.

A falta de tales cartas, puede formarse de la vida de Voltaire y de la marquesa en Cirey, una idea suficiente por las cartas de ella a diversas personas, por las de Voltaire a unos y otros, por las de la señora de Graffigny, etc. Debo decir desde luego, y en elogio de Voltaire, que lo que de todo esto da una idea menor y menos precisa de esta vida en Cirey, es la correspondencia de Voltaire mismo. El tono de Voltaire cambia apenas, o por mejor decir, no cambia cuando habla de la vida en Cirey y cuando habla de la marquesa desde 1734 a 1749 *exclusivamente*. Es siempre «la divina Emilia», y es siempre Voltaire el más feliz de los hombres. En fin, que Voltaire quiso que Europa supiese que era dichoso al lado de la mujer más encantadora del universo; y no quiso claudicar y se mantuvo firmemente, hasta diré, por lo que respecta al final, que heroicamente, en tal actitud; y dado lo impetuoso de su carácter, no hay nada en toda su vida que más le honre, y aun para todo hombre reflexivo; prueba esto, después de todo, que había un gran fondo de afección indestructible en el corazón de Voltaire para la marquesa.

La vida en Cirey era, por lo general, grata e inteligentemente brillante. Desde luego la decoración era hermosa, porque Voltaire gastó mucho dinero y mucha imaginación artística en Cirey. Se entrevé por una carta de Voltaire, escrita después de la muerte de la marquesa a la condesa de Montrevel, hermana del marqués de Châtelet, que Voltaire había tomado a su car-

go la reconstrucción de Cirey, puesto que Voltaire habla, partiendo de la confesión misma del marqués todavía en vida, de más de cuarenta mil francos (ciento veinte o ciento treinta mil de nuestra moneda), «prestados al marqués para edificar Cirey y para otros gastos» y que, por lo demás, no habían sido nunca devueltos. De otra parte, leyendo las cartas de Voltaire a su ministro de hacienda en París, el abate Moussinot, se ve que, continuamente, encargaba Voltaire para Cirey, muebles de lujo, tapices, etc.

El alhajamiento era espléndido. La señora de Grafigny estaba extasiada: «cuadros, artesonados, espejos, rinconeras de loza, porcelanas, objetos de mayólica, vajillas de plata, piedras grabadas, diamantes... una limpieza que daba ganas de besar el piso... habitaciones de la marquesa maravillosas... cuarto de baño y tocador, claros, alegres, divinos, esculpidos y dorados admirablemente... Si tuviera yo una habitación así haría que me despertasen de noche para contemplarla».

En este ornato se trabajaba enormemente, cada cual por su lado, a veces juntos, y era el estado normal y el tragín diario. De vez en cuando descansaban en distracciones que tampoco carecían de trabajo. Eran representaciones teatrales en que los actores eran Voltaire, la marquesa y sus amigas, eran los fantoches, era la linterna mágica que Voltaire manejaba como maestro. En general, Voltaire no salía del «ala del castillo» que se había reservado hasta la noche (como en Seeaux); pero prolongaba la velada gustoso y tanto como quisiesen. Recibíase mucho, a pesar del alejamiento de París y de los malos caminos, y menos todavía a lo que parece de lo que se hubiera deseado;

porque se ve que Voltaire no cesa de invitar a todo el mundo.

De esta vida de Cirey Voltaire ha trazado varias veces un cuadro encantador. He aquí, para abreviar e incurrir en menos repeticiones que el mismo Voltaire, los dos trozos esenciales referentes a este asunto: A Cideville: «Muy lejos estamos de abandonar aquí la poesía por las matemáticas. No es en esta hermosa soledad donde sea uno tan bárbaro que desprecie a ningún arte. Acusa una rara estrechez de espíritu amar una ciencia para odiar a todas las demás: hay que dejar ese fanatismo a los que creen que no se puede agradar a Dios sino en la secta de ellos. Puede haber preferencias, ¿pero por qué exclusiones? La naturaleza nos ha dado pocas puertas por las que el placer y la instrucción puedan entrar en nuestras almas. ¿Y ha de ser cosa de no abrir más que una?

A Federico (1738) escribe (como si hubiera sido la misma marquesa del Châtelet quien escribiese):

.
 Un poco filósofa y pastora,
 En el seno de una riente morada.

.
 Vivo dichosa y solitaria,
 No es que mi espíritu severo
 Odié por su carácter
 A todos los humanos igualmente;
 Que hay que huirlos es evidente
 Pero no a todos ciertamente
 Vivir sola en su guarida
 Es un sistema bastante malo;
 Y solo con un amigo
 Debe agradar la soledad.
 Por amigo he elegido a Voltaire;
 Tal vez hicierais vos lo mismo,
 Mis días transcurren sin tristeza,

Y en mi descanso estudioso
 No pido nada mejor
 Que algo de cordura.

.....
 En cuanto a mí, ninfa de estos collados,
 Y de tan verdes y bellas praderas
 Enriquecidas por el agua que las besa,
 Sumisa al río de la Blasa.
 Permanezco entre sus juncos;
 Pero vos, desde la mansión del trueno,
 ¿No podríais descender un poco?
 Muy penoso es ser Dios
 Cuando no se viene á la tierra.

Voltaire sintió —y esto es muy significativo— la *dulzura del regreso*, cuando volvía, un poco maltrecho, de alguna excursión, diplomática o de otro género, a Alemania. No hay que ignorar que Berlín le dió un primer sinsabor precursor del de 1750 y que hubiera debido advertirlo, desde 1743. Después de 1743 y mucho antes de 1750, escribía a Federico, como si hubiera sido en 1755: «Nos hemos enfadado, nos hemos reconciliado.»

Luego en 1743, y la fecha es también importante desde otro punto de vista, porque en aquel momento sus relaciones con la marquesa duran desde hace diez años, escribe a la señora de Champbonin: «Mi querida amiga, mi cuerpo ha viajado; mi corazón ha permanecido siempre al lado de la marquesa del Châtelet y de usted. Coyunturas que no se podían prever me llevaron a Berlín a mi pesar. Pero nada de lo que puede halagar al amor propio, el interés y la ambición, me ha tentado nunca. La marquesa del Châtelet, Cirey y Champbonin, he aquí mis reyes y mi corte... He sufrido un viaje muy penoso; pero la vuelta ha sido el colmo de la felicidad. *Jamás me ha parecido su amiga tan amable*, ni tan superior al rey de Prusia...»

En cuanto a la marquesa amaba, muy profundamente a Voltaire, sin perjuicio de renegar de sus defectos y de disputar con él muy a menudo; porque me parece que los dos eran muy arrebatados. En toda su correspondencia (con D'Argental sobre todo) se queja de las continuas imprudencias de su amigo, de sus impulsos de ambición, de sus pruritos de diplomacia, de sus escapadas a Alemania. Y cuando está en Cirey, la cosa no es peor, pero es más ruidosa. Voltaire no deja de hacer tonterías muy molestas para la marquesa. ¿No se le ve prendado de Linant, falso poeta, perezoso, mal educado, ignorante y presuntuoso, y, lo que es peor, de la hermana de Linant, más tonta y orgullosa que éste, y que los ha impuesto a la marquesa? Los dos hermanos faltan al respeto a esta última, cada cual a su manera, y hay que echarlos; adivinanse después aquí escenas. Voltaire está alterado todavía cuando escribe a sus amigos que ayuden a Linant, pero sin que la marquesa sepa nada, porque el rencor de ésta es tenaz, y, por lo demás, legítimo.

¿No se ve que lee *La Doncella* a cualquiera, a la señora de Graffigny, por ejemplo, que da noticias, y tal vez copias de la obra a todo el mundo, y que esto origina una escena de toda una noche, en que la de Graffigny oye lo suyo, pero también Voltaire, quien después de todo es el primer culpable?

Hubo en Cirey muchas de estas tempestades que enfrían la afección mucho más de lo que la reaniman las reconciliaciones, y que, por consiguiente, acaban por extinguirla.

¿Cuál fué la fecha del apartamiento? Es ésta una de esas cosas muy difíciles de determinar. Precisamente en 1743 (antes de la vuelta de Prusia) es cuando la pa-

labra apartamiento es pronunciada por primera vez, así me parece, por la marquesa: «¡Cuántas cosas tengo que reprocharle y qué lejos está su corazón del mío! Tener que quejarme de él es una especie de suplicio que no conocía... Todo lo que he sufrido desde hace un mes apartaría quizá a cualquiera que no fuese yo; pero sí puede hacerme desgraciada, no puede disminuir mi sensibilidad... Su corazón tiene mucho que indemnizarme si todavía es digno del mío...» Es una mujer que ama aún; pero a la que su afecto mismo empieza a ser una carga.

Las cosas se sucedieron de este modo, por lo que puede suponerse —frialdad, caldeada por arrepentimientos de parte de Voltaire; cansancio y agotamiento mezclados con un resto de afección, en la marquesa del Châtelet— de 1743 a 1748. Evidentemente Voltaire quiere evadirse y correr las aventuras gloriosas al lado del Salomón del Norte, sin perjuicio de decirse y de decir a todo el mundo, incluso a Federico mismo, que jamás podrá abandonar a la marquesa. Evidentemente la marquesa se siente traicionada por dos terribles amantes, la ambición y la inquietud, y se fatiga en combatirlos y hasta en triunfar de ellos y también por cansancio se desliza un poco.

Se hará lo que se quiera del testimonio de un hombre tan poco esencial como Voisenon; pero preciso es confesar que su testimonio concuerda con lo que se sabe por otra parte. Dice, pues:

«... La marquesa del Châtelet no tenía nada oculto para mí; a menudo permanecía con ella hasta las cinco de la mañana, y sólo la amistad más verdadera hacía el gasto de nuestras veladas (escribe tan mal como bajamente piensa). Decíame algunas veces que estaba

completamente desligada de Voltaire. Yo no contestaba nada; tomaba uno de los ocho volúmenes de la correspondencia de Voltaire con ella y leía algunas cartas: veíala con sus ojos humedecidos por las lágrimas; cerraba prontamente el libro diciendo: «No está curada.» En el último año de su vida hice la misma prueba; ella criticaba las cartas; me convencí de que se había curado...»

Este último año, fué el año de Saint-Lambert (1748-1749).

Saint-Lambert tenía treinta y tres años; era un gallardo oficial de guardias del rey Estanislao; hacía bonitos versos, era muy ingenioso y se llevaba tras sí todos los corazones en la corte de Luneville. La marquesa del Châtelet tenía cerca de cuarenta y tres años y nunca había sido bonita. ¿Por qué Saint-Lambert hizo la corte a la marquesa del Châtelet? Seguramente, en mi opinión, no la amó. Las cartas de él a ella que se han conservado son secas, bruscas, impertinentes, suenan a falso cuando quieren fingir sensibilidad y contrastan con las cartas, llenas de tierna pasión, de la marquesa. ¿Por qué Saint-Lambert hizo la corte a la marquesa del Châtelet?

Me inclino a creer que quiso ofrecerse una mujer célebre por su talento, muy conocida por su fidelidad de quince años a Voltaire, y hacer una mala pasada a Voltaire mismo.

—¿Entoncés sería un Valmont?

—Tal pienso. Lo que sabemos de Saint Lambert, viejo, muy fiel, eso sí, a la señora de Houdetot, pero duro, egoísta, poseído de sí mismo, y, a los ochenta años, censurando violentamente a la señora de Houdetot por recibir versos de otro, nos lo muestra como un

corazón seco y bastante malo, bajo el barniz de las gracias sociales. Creo que en 1748 Saint Lambert comió sencillamente y fríamente una malísima acción.

La marquesa, sencillamente también, se había enamorado. Sufría la crisis de la cuarentena, es decir, una impetuosidad algo enfermiza para apoderarse de lo que se llama la felicidad antes de darle el adiós eterno. Hay que pensar que desde hacía cinco o seis años, por lo menos, sus relaciones con Voltaire consistían en no tener amante y no tener tranquilidad. Puede perderse la cabeza y tener la crisis de la cuarentena un poco antes. Ciertamente fué muy tonta, pero se puede tener con ella un poco de indulgencia. Siempre es menos indigno hacer una tontería que una mala acción.

Voltaire se enteró, y, por lo demás, la cosa era casi pública. Se encolerizó al principio, con una de aquellas cóleras que hacían que todo temblase a su alrededor; después se calmó muy pronto, a su manera, bromeando, burlándose, mofándose. Tenía razón; su buen sentido se imponía. Sentíase culpable, y lo era. *No se casa* uno a los cuarenta años con una mujer de veintisiete, o, de hacerlo, debe decirse: preciso es esperarlo todo.

Su conducta pública, de otra parte, fué muy digna, y es también una de las cosas que le honran. Supo decirse: «El ruido es para el tonto, la queja es para el fatuo.» No dijo una palabra, a lo que parece, de todo este asunto, y hasta habló de Saint Lambert con estimación, e incluso creo que puso cierta insistencia en no hablar de él sino con estimación. En varias ocasiones, cuando el embarazo de la marquesa, dijo a sus amigos dos o tres frases respecto a Saint Lambert, llenas de simpatía casi paternal. Particularmente el 28 de Agos-

to, en vísperas del acontecimiento, muy desagradable para él, escribió a d'Argental: «He visto hoy un centenar de versos del poema de las *Estaciones* del señor de Saint Lambert. Hace versos tan difíciles como Despréaux, y los hace tan bien, y para mi gusto mucho más agradables. Tengo en él un terrible discípulo. Espero que la posteridad me lo agradecerá, porque para mi siglo no aguardo más que cosas denigrantes... Pienso como Boileau y escribe como él...» No sé la fecha precisa, pero en 1749, es decir, en una época en que la marquesa de Châtelet era todo lo públicamente posible la amante de Saint Lambert, Voltaire había como presentado su dimisión; redactóla en bonitos versos ligeramente teñidos de discreta melancolía, y la puso muy galantemente en manos de Saint Lambert.

Mientras que sobre la tierra,
Los aquilones y el trueno,
La bella amante de Newton
Por los caminos luminosos
Conduce el carro de Faetón
Sin volcar en su carrera,
Nosotros esperamos apaciblemente
Junto a la onda castaliana
Que nuestra heroína vuelva
De su viaje al firmamento;
Y reunirnos para agradecerla
En estos valles y estos bosques
Las flores con que Horacio hiciera
Ramos para Glycería.

*Saint Lambert, para ti solo
Se han abierto estas bellas flores;
Tu mano es la que coge las rosas
Y las espigas son para mí.
Ese viejo decrepido que avanza,
El tiempo, del que sufro las leyes,
En mi lira ha helado mis dedos
Y de los órganos de mi voz
Hace temblar la cadencia sorda.*

Las gracias de estos bellos valles,
Los dioses del amoroso delirio,
Los de la flauta y la lira
Te inspiran tus amables sonos,
Bailan con tus canciones
Y no se dignan ya sonreirme.
En la feliz primavera de tus días,
De los dioses del Pindo y de los amores
Obtienes el favor pasajero,
Es el tiempo de la ilusión,
Yo no tengo ya sino la razón,
Y aun esa, ¡ay! no la tengo,
Pero veo venir al crepúsculo,
Desde lo más alto de su afelio,
A nuestra astronómica Emilia
Con un viejo delantal negro
Y la mano aún manchada de tinta.
Ha dejado allí el compás,
Y sus cálculos y anteojos;
Recobra todos sus atractivos.
Llévale pronto a su tocador
Esas flores que nacen bajo sus pasos,
Y cántale en la dulzaina
Esas bellas canciones que el amor repite
Y que Newton no conoció.

Más adelante, y lo digo desde ahora, para no volver sobre ello, más adelante, después de la muerte de la marquesa; Voltaire parece haber suprimido, durante mucho tiempo, toda relación con Saint-Lambert; pero a partir de 1758 le escribió bastante a menudo en los términos de la más cordial amistad. (Cartas del 9 de Julio de 1758..., Noviembre de 1760, 7 de Marzo de 1769, 4 de Abril de 1769, 7 de Abril de 1771, 1.º de Setiembre de 1773.) En estas cartas, claro está que en las que son anteriores a la entrada de Saint Lambert en la Academia, Voltaire (¿quién sabe? tal vez con malicia) supone que Saint-Lambert le reemplazará en la Academia, y le llama «mi querido sucesor». Parece

haberle querido verdaderamente. Hubo quizá entre estos dos hombres algo de esa simpatía que a menudo se observa entre dos hombres que han amado a la misma mujer. Y quizá, sencillamente, en 1758, y más adelante, Voltaire había olvidado por completo a la marquesa.

Pero volvamos a 1749.

Por lo que se refiere al embarazo de la marquesa del Châtelet, Voltaire habla sin cesar a sus amigos, pero siempre en tono de broma: «La marquesa sigue sin dar a luz... No pare más que problemas... Deseo a la señora d'Argental un vientre tan robusto como el de la marquesa de Châtelet...», etc.

El acontecimiento ocurrió el 4 de Septiembre, en Luneville, en forma de una niña. Voltaire escribió a este propósito en tono, no solamente bromista, sino burlesco, a Voisenon, al marqués de Argenson y se ve que a algunos otros. A los cinco días de esto, la marquesa del Châtelet había muerto.

No hay que temer exagerar la desesperación de Voltaire; fué profunda. No hay duda. Voltaire perdió la cabeza durante algunas semanas y padeció un terrible dolor, próximo al extravío, durante algunos meses. Sus primeras cartas son casi desgarradoras. A la señora du Deffand: «Acabo de ver morir, señora, a una amiga de veinte años que me hablaba, dos días antes de esta muerte funesta, del gusto que tendría en ver a usted cuando fuera a París. Rogué al señor presidente Hénaul que participara a un parto que había parecido tan singular (1) y tan feliz... La desgraciada niña

(1) Voltaire quiere decir sencillamente que la marquesa del Châtelet dió a luz bruscamente y casi sin advertirlo, estando sentada a su mesa de trabajo.

que ha causado la muerte de su madre *no me interesaba bastante*. ¡Ah, señora! habíamos tomado el acontecimiento en broma y en este desdichado tono escribía yo, *por orden de ella*, a sus amigos. Si algo podía aumentar el horrible estado en que me encuentro, sería el haber tomado alegremente una aventura, cuyas consecuencias envenenan el resto de mi vida miserable. No escribí a usted el parto, y le anuncié la muerte. A la sensibilidad de su corazón recurro en la desesperación en que estoy. Me llevan a Cirey con el marqués del Châtelet. De allí volveré a París, sin saber lo que será de mí y esperando reunirme pronto con ella. Permítame que al llegar tenga el consuelo de hablar de ella con usted y de llorar a sus pies a una mujer que, con sus debilidades, tenía un alma respetable.»

A Voisenon: «Mi querido abate, mi querido amigo, ¿qué le había escrito? ¿Qué desdichada alegría! ¿Qué funestas consecuencias!... *Si vivo*, iré pronto a derramar con usted unas lágrimas que no se secarán nunca. No abandono al marqués; voy con él a Cirey. Es preciso que vaya; tengo que cumplir ese cruel deber. Volveré a ver aquel castillo que la amistad había embellecido y en donde esperaba morir en los brazos de vuestra amiga. Preciso será volver a París. Espero verle. *Me causa una repugnancia terrible ser enterrado en París*. Ya le diré las razones (?). ¡Ah, querido abate! ¡qué pérdida!»

A d'Argental, 21 de Septiembre (es la primera vez que al mismo tiempo que habla de su dolor actual, hace una alusión, apenas perceptible, a lo que, sin confesarlo, sufrió *antes*): «No se, mi queridísimo amigo, cuántos días permaneceremos en esta casa que la amistad había embellecido y que se ha convertido para

mí en un objeto de horror. He cumplido con un deber muy triste y he visto cosas muy funestas. No hallaré un consuelo sino al lado de usted. Me ha escrito usted unas cartas que, al hacerme fundir en lágrimas, han aportado un alivio a mi corazón... Me muero en este castillo. Una antigua amiga de esta infortunada mujer llora aquí conmigo (la señora de Champbonin). He cumplido mi deber con el marido y con el hijo. Nada hay tan doloroso como *lo que he visto desde hace tres meses*, y que ha terminado con la muerte. Mi estado es horrible...»

Al mismo, el 23 de Septiembre: «... No hay probabilidades de que, cuando vaya, pueda gozar de ese chiribitil que me sería un palacio (un albergue en casa de los d'Argental y que d'Argental había, sin duda, llamado por cortesía un chiribitil indigno de Voltaire)... y me veré obligado a habitar en mi casa. Le confesaré también que una casa que fué habitada por ella, aun abrumándome de dolor, no me es desagradable. No temo mi aficción; no huyo de lo que me habla de ella. Quiero a Cirey; no podría ir á Luneville, donde la he perdido *de una manera más funesta de lo que usted piense* (?). Siempre habrá un misterio respecto al último lúgubre año de la marquesa de Châtelet; pero los lugares que ella embellecía me son gratos. No he perdido a una amante; he perdido a la mitad de mí mismo, un alma para la que la mía estaba hecha, una amiga de veinte años, a la que vi nacer. El padre más tierno no ama más a su hija única. Gusto de encontrar en todas partes su recuerdo; gusto de hablar de ella con su marido, con su hijo. En fin, cada dolor es distinto, y he aquí cómo es el mío. Piense que mi estado es muy extraño...»

A la señora de Bocage, el 12 de Octubre: «Llego a París; el exceso de mi dolor y de mi mala salud no me impide decirle hasta qué punto soy sensible a sus bondades. Digno de un alma tan hermosa como la de usted es lamentar la pérdida de una mujer como fué la marquesa de Châtelet. Era, como usted, la gloria de su sexo y de Francia... Han corrido a su muerte cuatro versos bastante mediocres en alabanza de ella. Gentes que no tienen gusto ni corazón me los han atribuído. Preciso es ser muy indigno de la amistad y tener un corazón muy frívolo para creer que, en el estado horrible en que me encuentro, tuviese mi espíritu la desdichada libertad para hacer versos a ella (1)...»

Al señor D'Arnaud (seguramente para ser enseñado a Federico II), 14 de Octubre: «... Una mujer que trajo a Newton y lo aclaró e hizo una traducción de Virgilio sin dejar que en la conversación se sospechara que había realizado estos prodigios; una mujer que jamás habló mal de nadie y que jamás profirió una mentira; una amiga atenta y animosa en la amistad; en suma, un gran hombre que las mujeres vulgares no conocen sino por sus brillantes y su ostentación, he aquí lo que no se me impedirá que llore toda mi vida. Muy lejos está de mi ánimo el ir a Prusia. Apenas puedo salir de mi casa...»

Al mismo Federico, el 15 de Octubre: «... He perdi-

(1) Voltaire no piensa en el epitafio que confesó más adelante, pero que, en los primeros momentos, podía parecerle indigno de él y de ella. En todo caso, este es el lugar de citársele:

El universo ha perdido a la sublime Emilia,
Ella, amó los placeres, las artes, la verdad,
Los dioses, al darle el alma y el genio de ellos,
No se reservaron más que la inmortalidad. .

do *un amigo* de veinticinco años, un gran hombre que no tenía más defecto que ser mujer y al que todo París llora y enaltece. Tal vez no se le hizo justicia en vida y quizá vos no la habéis juzgado como lo hubiérais hecho si ella hubiese tenido la honra de ser conocida por vuestra majestad. Pero una mujer que había traducido a Newton y a Virgilio y que tuvo todas las virtudes de un hombre digno tendrá sin duda parte en vuestros pesares. *El estado en que me encuentro desde hace un mes no me deja la menor esperanza de volveros a ver nunca...*»

Cuando el dolor se calmó, Voltaire empezó de nuevo a pensar en ir a Prusia. Desde hacía diez años, desde hacía cinco sobre todo, Federico le acosaba a solicitudes y súplicas en este concepto. Era la marquesa del Châtelet la que retenía a Voltaire con mano firme y obstinadamente. No hay duda de que, viva la marquesa, Voltaire no hubiera ido nunca a Berlín, por lo menos con el designio de quedarse allí. Ella le hubiese evitado la mayor tontería de su vida. Muerta ella, concluyó él por hacer la colegialada. Marchó a Berlín, el 25 de Junio de 1750, a los ocho meses poco más o menos de la muerte de su amiga. Cuando volvió, estaba cuerdo o casi, casi, y curado, si no de toda ambición, por lo menos de las correrías. Se convirtió en el hombre de las Delicias y de Ferney.

La marquesa del Châtelet ejerció sobre él una influencia muy beneficiosa. Habíale dado el gusto, si no de la filosofía, que había aprendido en Inglaterra, por lo menos de los asuntos científicos, que descuidó un poco a la muerte de su amiga, pero después de haber adquirido un tinte bastante fuerte de ellos y sin relegarlos nunca por completo. Dióle el gusto de la vida rural,

que le enojaba algunas veces de 1734 a 1749, pero a la que volvió con entusiasmo después de la tontería de Prusia; y no dudo de que el Voltaire de 1760, al crear el maravilloso Ferney, se acordase del Voltaire de 1734 que restauró Cirey para Emilia.

A partir de la muerte de la marquesa del Châtelet —Voltaire tenía cincuenta y cinco años— ya no hay mujer alguna en la vida de Voltaire.

Mirabeau.

Acaban de salir a luz tres documentos importantes para la historia de Mirabeau; son:

1.º *Los amores de la marquesa de M..., y del conde de M...*, diálogos escritos por Mirabeau en Vincennes, en número de seis (sin terminar el último), y de los que la *Revue de París* ha publicado tres el 1.º de Diciembre de 1895. He leído los otros dos, más el sexto incompleto, en una copia hecha por Dauphin Mennier, del original perteneciente al vizconde de Begouen.

2.º *Las cartas de Sofía de Monnier a Mirabeau*, con algunas cartas de Mirabeau a Sofía de Monnier, publicadas por Pablo Cottin en 1903. Estaban inéditas. Lo que se tenía y era muy conocido, eran las cartas ostensibles y revisadas por la policía, que Mirabeau escribió a Sofía desde la torrecilla de Vincennes, y que Manuel publicó por primera vez en 1792. Lo que se tiene ahora, son las cartas secretas, en parte cifradas, de Sofía de Monnier a Mirabeau, con algunas cartas, igualmente secretas e igualmente cifradas en parte, de Mirabeau a Sofía, y esto era lo desconocido y lo que Cottin acaba de publicar.

3.º *Las cartas de Mirabeau a Julia*, publicadas por Dauphin Mennier en 1903. Son unas cartas secretas escritas por Mirabeau, desde la torrecilla de Vincennes

a la señorita Julia Danvers y al amante de ésta, La Fage. Eran, como las precedentes, absolutamente desconocidas del público.

Los señores Cottin y Dauphin Mennier han tenido que realizar un enorme trabajo para desentrañar y explicar las designaciones criptográficas y las alusiones misteriosas contenidas en estas cartas y hacerlas inteligibles. El público debe agradecersele por extremo.

Para referir a nuestra vez estos dos asuntos, mezclados, con algunos otros, con brevedad y claridad, nos parece el mejor medio *relatar*, siguiendo el orden cronológico, como si escribiésemos una biografía de Mirabeau, pero no ocupándonos, por supuesto, sino de sus aventuras amorosas o galantes.

I

Gabriel de Mirabeau nació en 1749, de una familia furibunda. La violencia y la demencia, eran como endémicas en su raza. Los Mirabeau eran soldados intrépidos, indisciplinados y de una audacia tumultuosa y extravagante. Por añadidura, a la vez ávidos y pródigos, insolentes y embusteros. Los Mirabeau son unos Maimprat. El padre de Mirabeau es un desequilibrado, lleno de imaginación y de ingenio, autoritario, vehemente y maniaco. Su madre es una sensual incoercible y propiamente una degenerada. Su hermana mayor, María, está recluida como loca, desde la edad de cinco años en un convento. Otra de sus hermanas, la señora de Sallant, es una sensual casi tan extravagante como su madre.

Nacido de esa sangre ardiente y un pcco envenena-

da, Gabriel, aun antes de su adolescencia, es arrastrado a los placeres y a la actividad fogosa de una manera anormal. Tiene su primer asunto galante a los trece años. Inquieta y hace temblar a quienes le rodean con sus extravagancias y cambios de humor.

Le hacen soldado a los diez y ocho años y medio. Toma parte en la campaña de Córcega en 1768. Vuelto a la gracia de su padre, le casan en 1772, a los veintitrés años de edad. Tiene un hijo, matrimonio desgraciado, por lo demás: disputas, escapadas, lecuras. Amores, más o menos secretos, más o menos escandalosos con la señora de Guemenée, con la condesa de Busy, con mujeres públicas y criadas, sin que se pueda contarlas. Paga, se hace pagar. Balance: 160.000 libras de deudas.

Es encausado y encarcelado, primeramente en el castillo de If, frente a Marsella, después en el fuerte de Joux, cerca de Pontarlier (1775). Tal es Mirabeau desde su nacimiento hasta los veinticinco años.

Era horriblemente feo, como es sabido, desfigurado por las viruelas, pero con hermosísimos ojos grises algo saltones y una voz encantadora. Fué grueso desde temprano, como dice Sofía en una frase difícil de reproducir, pero con una grosura que dependía de la fuerza y desarrollo de los músculos; la obesidad no vino hasta más adelante. Sus modales eran de ordinario muy corteses, muy ceremoniosos e incluso afectados. Entre la familia era el exceso contrario: vulgaridad, toscos ademanes y palmadas en el vientre y puñetazos en la espalda. No era bebedor, pero sí gran comedor y aficionado a una alimentación tan recargada de especias que sus comensales no podían soportarla y escupían sangre. «¿Sois acaso una salamandra?»,

le decía Dumont (de Ginebra). Era embustero, misticador y dado a engaños con ingenio y gracia, por lo general para procurarse dinero; pero me parece que también por gusto y para obedecer a su naturaleza y ejercitarse y probar continuamente el poder de sus ojos mareantes, de su voz cautivante y de sus gestos sugestivos.

Como era la costumbre, casi universal de su siglo, no hablaba más que de moralidad, y su sentido moral era nulo. Sus ideas sobre el amor y las mujeres son interesantes de comprender cuando no tiene interés ni tendencia natural en mentir, lo que, por lo demás, es muy raro. Ve en el amor una necesidad de su naturaleza y dice, con arreglo a Juan Jacobo: «Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación.» Va a la mujer como a un instrumento de placer y sin acepción de clase, de educación, de carácter, ni siquiera —lo que es muy significativo— ni siquiera de belleza. «Nunca fué muy sensible a la perfección de las facciones.» La imaginación sensual le denominaba. Decía: «¿Por qué todos los amores, aun los más delicados, concluyen? Porque se piensa gustar en ellos placeres que no se encuentran, y esto porque en todos los mortales la imaginación es más activa que sensible el corazón.»

Por lo demás, como en todo un siglo, poco más o menos, tiene esa afición a las mujeres que va acompañada, y a la que tal vez agudiza, de un absoluto desprecio por las mujeres. He aquí un pasaje muy curioso de las *Cartas a Chamfort*: «La aberración de los cometos no es más difícil de calcular que los movimientos del corazón, del espíritu y sobre todo del amor propio de las mujeres. Observaré que yo no he hecho tal

vez aquí sino un pleonasma, en lugar de un *crescendo*; porque cuando más las veo más me convengo de que el amor propio es casi la única clave de lo que se llama su carácter. Ahora bien; el carácter no se compone sino de los hábitos del alma y del espíritu, mezclados, cierto es, en dosis desiguales; y me cuesta trabajo creer que el sexo del que hombres como usted y Thomas dicen: «es imposible conocerle», no deba toda su impenetrabilidad a la falta casi absoluta de carácter... En nuestro sexo no se tiene generalmente cierta fuerza de cerebro sin tener alguna fuerza de carácter. En el otro, vea cuán defectiva sería la analogía. Leía ayer en su compendio filosófico un pasaje *sobre la Felicidad*, de la marquesa de Châtelet, que no conocía y que merece ser conocido. Hay en ese pasaje cosas deliciosas respecto al amor, especialmente dos páginas sobre la inmutabilidad de su alma, un amor que seduciría seguramente a quien no conociese su historia. Usted sabe mejor que yo. Usted sabe que ni siquiera era tierna y que fué muy galante. ¿Qué mujer era, pues, aquella que tenía infinitamente mayor fuerza cerebral y hasta más verdadero talento que todo el resto de su sexo y que, al trazar una teoría tan delicada y tan fina, una teoría en que sólo el alma parece haber dibujado esta exquisita frase: «Hay que emplear todas las facultades del alma en gozar de esta felicidad; hay que dejar la vida cuando se pierde aquélla y tener la evidencia de que los años de Nestor no son nada al lado de un cuarto de hora de aquel goce. Es justo que una tal felicidad sea rara. Si fuese conocida, valdría más ser hombre que ser Dios, por lo menos tal como podemos representárnoslo...»; qué mujer era aquella, digo, que, pensando y expresando esto, no era más

que una mujer galante y se daba por uno de esos seres que aman tanto, que aman por dos?... Explíqueme esto, amigo mío, y recuerde que aquella mujer puso en el lugar del retrato del hombre más extraordinario de su siglo, que parecía haberla subyugado, y en una caja que este hombre le había dado, el retrato de un fátuo, cosa tan imposible a un alma amante, aun desengañada o cambiada, como a nosotros la traición y el perjurio.»

La traición y el perjurio imposibles a Gabriel de Mirabeau, ¡es impagable!

Y con esta idea que tiene de las mujeres (en 1784), está absolutamente convencido de que el amor es el mayor bien del mundo y hasta el único bien. *Cartas a Julia* (1780): «Mi salud se ha restablecido, a lo que creo; por lo menos le aseguro que no me he muerto; incluso tengo intervalos de una salud viva y fuerte, como las lámparas que se acaban. Por lo demás, yo nunca he pretendido llegar a viejo (si esto es cierto, hizo bien el pobre muchacho). Necesito aún quince o veinte años y puedo, en rigor, alcanzarlos. En cuanto no sirva para el amor, ya no tendré nada que hacer aquí... A menos que no fuese ministro.»

Reinar es una distracción
Para un viejo triste y pesado,
Incapaz de toda otra cosa.

Frenesí sensual, libertinaje, inquietud pasional, desprecio de las mujeres como desprecio de los hombres, pero éste más fuerte que aquél, astucia, actividad física e intelectual extraordinaria, he aquí a Mirabeau entre los veinte y los treinta.

Añadid la doblez, por no decir la multiplicidad, lo

que sería más justo, y el gusto de la doblez y de la intriga por sí mismas, más aún que para subir. *Cartas a Julia*, ésta (19 de Noviembre de 1780) está dirigida a La Fage: «En general, amigo mío, la guerra es el recurso de los imprudentes y los tontos... He sido harto inclinado en mi juventud a admirar y a imitar a Ajax; pero crea en la experiencia de un hombre que ha hecho más tonterías que usted, que ha visto más cosas y cosas más diversas. Me han enseñado, a menudo a mi costa, que Homero tenía razón al preferir a Ulises y hacer de éste su héroe favorito; que es Ulises el que realmente desempeña el papel más noble, que a él le pertenece ser el protegido de Minerva y llevar las armas de Aquiles. Cuando se ve absolutamente obligado a combatir, no tiene menos valor que otro; pero se guarda bien de emplear la cabeza donde el brazo puede bastar (hay que leer probablemente: emplear el brazo donde la cabeza puede bastar). Tranquilícese, pues, mi querido Concy, nunca recibirá de mí ni un consejo ni un ejemplo violento.»

Con este temperamento y estas ideas fué encerrado el joven Gabriel en el fuerte de Joux en 1775.

II

Las prisiones del antiguo régimen eran como las del *Reveillon*; eran prisiones alegres. En Joux, para resumirlo todo un poco sumariamente pero con exactitud, Mirabeau estaba severamente encarcelado; pero con permiso de ir a pasearse por los alrededores, de dormir fuera, y con la sola condición de no pasar la frontera, que estaba muy próxima. En consecuencia, se pasaba

la vida en Pontarlier. Allí conoció a varias mujeres de costumbres amables, entre otras a cierta burguesa a la que llama «Belinda» en sus diálogos titulados *Amores de la marquesa de M... y del conde de M...* Belinda era tonta y «sin principios», lo que bien se concibe que Mirabeau no podía soportar.

En esto fué presentado a la marquesa de Monnier, y enseguida se aficionó a ella, lo que, hasta ahora, no distingue mucho a la marquesa de Monnier de todas las mujeres del siglo XVIII.

Sofía, marquesa de Monnier, era hija del señor de Ruffey, presidente del Parlamento de Dijon. Este señor de Ruffey es conocido como buen literato, presidente de la Academia de Dijon, amigo del presidente Bouhier, del presidente de Brosses, de Buffon y de Voltaire. He hablado de él algunas veces. Como padre, el presidente Ruffey, era autoritario, duro y avaro: Su mujer parece haber tenido poco más o menos el mismo carácter, o haber sufrido dócilmente la influencia de su marido. En consecuencia, los padres de Sofía habían pensado primeramente en casarla, a los diez y siete años, con Buffon, viudo desde hacía algún tiempo y que tenía sesenta. Fracasado el proyecto, se ignora, a lo que creo, porqué se fijaron en el marqués de Monnier que tenía la misma edad que Buffon, y hasta alguna más.

El marqués de Monnier había sido primer presidente del Tribunal de Cuentas de Dôle; fué desposeído por la revolución judicial de Maupeou y vivía en su casa señorial de Pontarlier y en sus tierras de los alrededores. No amaba a la señorita de Ruffey, pero quería volverse a casar para molestar y desheredar a su hija, con la que sostenía un pleito. Era un ser mezquino y

miserable, y le faltaba muy poco para no decirse que era un canalla.

Sofía, como tal vez creeréis, no le amó. Languideció durante dos o tres años en la lúgubre morada de Pontarlier; después tomó por amante a un joven oficial que había allí. Esto era natural, y hasta diré con convicción que era justo.

Sofía era agradable más bien que bonita, con una nariz demasiado larga y remangada, una barbilla demasiado pronunciada, una boca demasiado grande, labios sensuales y hermosos ojos negros. Era muy poco inteligente, no tenía ningún carácter y se dejaba en absoluto dirigir por el hombre que amaba, hasta parecer hinoptizada por él. En el fondo lo estaba. Estoy persuadido de que Sofía era una neurótica. Pero era amante «sensible», sentimental y «tenía principios». Tenía los principios de Juan Jacobo Rousseau. Mirabeau caía bien.

Tanto mejor, en aquel momento, cuanto que pudo tomar desde luego el papel de protector y defensor. La marquesa de Monnier se hallaba en un conflicto que su pobreza de espíritu y su actividad de imaginación hicieron mortal. El oficial que había amado era un granuja. Poseía cartas de ella y un retrato y, de lejos, porque había mudado de guarnición, los ponía precio. Mirabeau se ofreció a ir a mirarle frente a frente y a traerse las cartas y el retrato: «¿Después de haberse batido? —¡Oh! Sin necesidad de batirme. Respondo de ello.» Lo hubiera hecho porque era bravo, y se hubiese batido, de ser necesario; y muy probablemente, como lo decía, habría logrado su objeto sin batirse, porque tenía, como dice Felipe Brideau, «esa mirada que paraliza a las gentes». ¿Lo hizo? No lo encuentro en ninguna

parte. Por lo demás, evidentemente Mirabeau dramatizó este episodio e idealizó su personaje en sus *Diálogos*; pero el fondo debe de ser verdad. Mirabeau dió desde luego, a la marquesa de Monnier, la impresión de que encontraba en él un protector, un defensor, y un defensor de que estaba necesitada. Por todos conceptos, un primer amante hace muy fácil la tarea del segundo.

Mirabeau fué muy pronto el amante de la marquesa de Monnier. Pero tenía un rival en el gobernador mismo del castillo de Joux, que no había sido insensible a los encantos de la marquesa y fué rechazado sin ambages, por la razón bastante aceptable, de tener poco más o menos la misma edad que el marqués. Mirabeau se vió, pues, contrariado en sus relaciones con la marquesa, de las que, por añadidura, advirtieron al marido. Este no lo creyó, pero se lo advirtieron. He aquí la frase más profunda que acabo de ver al pie de un mal grabado de periódico festivo.» «¿Crees que tu marido sabe que...? —Naturalmente. Lo sabe, pero no lo cree.»

La situación, sin embargo, se hacía insostenible. En cuanto los amantes se dieron cuenta de que la situación se hacía insostenible, no tuvieron más que una idea: evasión de Mirabeau, rapto de Sofía. Hay que hacer a Mirabeau la justicia de que no parece que variara en su proyecto. Aceptó plenamente la doble responsabilidad de su evasión y del rapto de Sofía. Creo que es la única mujer a que amara. La amó de 1775 a 1777, de Pontarlier a Vincennes. Respondería de esto.

Mirabeau se evadió. No era muy difícil. Más lo era el rapto de Sofía. Los preparativos fueron largos y el

período de preparación lleno de peripecias infinitamente divertidas para nosotros. Episodio delicioso. Mirabeau deslizándose una noche muy tarde, en casa de la marquesa de Monnier, sorprendido por los criados y agarrado como un ladrón, haciendo alarde de audacia y sobre todo de aquella sangre fría que no perdió jamás, diciendo: «Quiero ver secretamente al señor marqués», llevado ante el marqués, inventando una historia, sacando de su bolsillo una carta de su padre y haciendo que la lee, inventando un texto falso que se acomoda a la historia y que la hace consistente; consolado, acariciado y protegido por el marqués de Monnier, que le ofrece su casa y su bolsa. Bien sé, que sobre todo el marqués de Monnier, es un imbécil; pero también Mirabeau es un *Scapin* (1) sublime y la historia es deliciosa.

Por fin se realizó el rapto. Sofía saltó por el muro y por la frontera, disfrazada de hombre. Era el 24 de Agosto de 1776.

Vivieron, como se sabe, en Holanda, ganando la vida para los dos. Mirabeau, con penosos trabajos para las librerías, hasta Mayo de 1777. Fué la única época feliz de Sofía, y tal vez la única época feliz, en todo caso la más feliz época de toda la vida de Mirabeau.

III

Mirabeau estuvo en la torre, después, por favor, en el castillo de Vincennes, desde Mayo de 1777 hasta Di-

(1) Célebre personaje truhanesco de Molière.—(NOTA DEL T.)

ciembre de 1780. Como acontecimientos de familia, hubo entre estas dos fechas la muerte de Víctor de Mirabeau, el único hijo legítimo de Mirabeau (1778), el nacimiento de Sofía Gabriela, hija de Mirabeau y de Sofía (1778), la muerte de esta niña (1780).

Mientras que Mirabeau estaba encerrado en Vincennes, Sofía lo estaba por su parte, primeramente en la casa de Douai, «pensión» para mujeres de mala conducta, después en un convento de Gien. De esta época son las cartas ostensibles de Mirabeau a Sofía publicadas por primera vez en 1792 por Manuel, las cartas secretas (algunas solamente, las otras se han perdido) de Mirabeau a Sofía publicadas en 1903 por Pablo Cottin.

Por esta época puede decirse que Mirabeau no ama ya a Sofía. Sus cartas ostensibles han podido engañar (¡y aun estas!...); pero sus cartas secretas no engañan y las intrigas de Mirabeau en esta misma época y que veremos más adelante, dejan pocas dudas sobre los sentimientos de Mirabeau respecto a Sofía de 1777 a 1780. Esta es para él su juventud acabada, algo de lo que se guarda siempre con sentimiento tierno, y a lo que siempre se guarda gratitud. Nada más. Ella es para él «la única mujer a la que haya verdaderamente amado»; lo sabe muy bien y lo dice, incluso a los demás; pero ella es la que ya no se ama, a la que no se desea volver a ver y de la que no le disgustaría verse desembarazado.

Sofía le sigue amando como en Pontarlier, como en Amsterdam. Le ama apasionadamente y dócilmente. Jamás mujer fué más que ella la cosa de un hombre. No le amaré hasta la muerte, como se quisiera en pro del idealismo y de la belleza novelesca; pero le amaré hasta el día en que se le haya demostrado indiscutible-

mente y *desde hace tiempo*, desde hace mucho tiempo que él no siente ya nada por ella.

Sus cartas, poco interesantes, puesto que no son ni de una persona de ingenio ni de una persona inteligente, son de una apasionada dulce, resignada y paciente. Sigue siendo la mujer de quien él decía: «¿Quién podría no tener confianza en tu deliciosa ingenuidad?»; de quien él decía: «Estoy más enamorado de tus *virtudes* que de tus encantos»; de quien él decía: «No hubiera yo podido amar a una mujer sin talento, porque necesito razonar con mi compañera... Un espíritu rebuscado me fatiga... Necesito encontrar un espíritu ingenuo, aunque fino, sólido, y, sin embargo, alegre... Te he encontrado fuerte, enérgica, resuelta, decidida, dulce e indulgente»; de quien él decía: «Tú no estás sujeta ni al capricho, ni al humor, ni a la impaciencia... imperturbable dulzura»; y ella era sobre todo la que tenía por divisa: «El amor desafía a la suerte.»

Sólo que Mirabeau la había amado diez y ocho meses, y ella estaba ausente, y el amor en los hombres se extingue con la posesión y en las mujeres se aviva, y la ausencia enciende las grandes pasiones y apaga las pequeñas. Así Mirabeau en Vincennes, si pensaba aún en Sofía, pensaba en muchas otras cosas y en algunas otras mujeres.

Vincennes no era Joux; Mirabeau no podía salir para ir a pasear a París ni a Versalles. Por de pronto, salvo al gobernador, el señor de Rougemont, que era rudo, Mirabeau, como a todo el mundo, había cautivado a todos sus carceleros y vigilantes; se escribía con quien quería, tenía un protector y un hombre adicto en la persona de Boucher, secretario de Lenoir, lugarte-

niente de policía. Además tenía distracciones galantes. No me parece imposible, diga lo que quiera Dauphin Mennier, que la señora de Guémenée y la princesa de Lamballe le visitaran en Vincennes. En todo caso tu-teaba a la señora de Ruault, cuñada del propio Rougemont, el gobernador del castillo, la cual le había parecido tan grata la voz de Mirabeau que se apresuró a maridarla con la suya. A la señora de Ruault, tal vez a las de Guémenée y Lamballe, se aplican estas palabras de una carta de Sofía: «Sin duda lo que hace que no *se apresuren* a obtenerte la libertad, es que *te ven* harto fácilmente.»

Y, en fin, se divirtió de todo corazón con la intriga más complicada y más extraordinaria, con la novela más inverosímil, cuyas inverosimilitudes complicó a gusto, que tal vez se haya visto nunca, y cuyo conocimiento detallado y sabroso debemos agradecer a Dauphin Mennier, que es quien nos la ha revelado. Mirabeau se enamoró de una mujer a la que nunca vió en su vida, y logró por cartas que se enamorase ella de él, y mantuvo con ella unas relaciones galantes, aunque puramente epistolares, de tres meses.

Mirabeau conoció a Baudoin de Guemadene, administrador de contribuciones que, por haber quebrado fraudulentamente, fué desposeído de su empleo y encerrado en Vincennes en 1780. Baudoin tenía por secretario a un tal La Fage, perfecto granuja, al que quería mucho; y La Fage tenía por amante una burguesa llamada la señorita Julia Danvers. Por mediación de Baudoin Mirabeau se puso en relaciones epistolares con La Fage y con Julia Danvers, y, desde la tercera o cuarta carta a ésta, le hacía una corte en regla.

Hablábales, de su corazón, a él, y de su ingenio, a

ella; le admiraba; le hablaba de Sofía; le decía que amaba a Sofía, y que estaba enamorado de Julia y que se perdía en sus sutiles distinciones; la llamaba Liliette; le decía que quería a La Fage por amar a Julia y que amaba a Julia por amar a La Fage, y renovaba toda la casuística amososa y sentimental de la *Nueva Eloisa*.

Empezó por no dar su nombre para que la cosa tuviera todo lo picante del misterio, y después lo reveló a medias, y por fin completamente. La novela estaba perfectamente urdida.

Julia picó el anzuelo; no demasiado; no mucho. Lo masculló. Mirabeau comprendió muy bien que no lo mordía sino con la punta de los dientes, y que era preciso algo más que la *Nueva Eloisa* para atraparla. La sintió fina y ambiciosa. Puso en juego sus reservas. ¡Dióle a entender que podría procurarle un empleo en la corte! ¿Cómo esto? Pues porque era el amante de una dama principal, que no podía negarle nada, con tal de que supiese él pedirlo y usar de las *mollia fan-di tempora*, es decir, de las ocasiones favorables y tiernas.

Pero ¿cuál era aquella dama principal? Pues sencillamente la princesa de Lamballe.

Esto era abrirsele los cielos para aquella burguesa de Julia. Presentación de magníficas relaciones. Mirabeau seducía a Julia Danvers como un vendedor de novedades a una planchadora. Conocía su París.

Cierto es que no había una palabra de verdad en todo esto y que la princesa de Lamballe, mujer a la que nunca se conoció una relación ilícita, no fué jamás la amante de Mirabeau. Se conocían; ambos eran masones y algo parientes; la primera se interesó ciertamente

por Mirabeau; Mirabeau habla de ella a *Sofía* como de una protectora; ya he dicho que me siento bastante inclinado a creer que la princesa de Lamballe visitaba a Mirabeau en Vincennes. Y esto era evidentemente todo. Pero Mirabeau lo arreglaba para su intriga y hacía pasar por su amante a la princesa.

Julia quedó deslumbrada. Vióse lectora de la reina María Antonieta. Prometió más o menos al señor conde de Mirabeau la pequeña recompensa legítima.

Salido del castillo, Mirabeau continuó la intriga; ¡oh! pero la continuó de manera presidiable. ¿Sabéis lo que hizo? Exactamente el *Asunto del Collar*, en pequeño, cinco años antes del gran asunto del collar y del asunto del gran collar. Enseñó a Julia Danvers una carta de la princesa Lamballe, una carta falsa. Bien. No fué esto todo. Como Julia se mostrase desconfiada, aun después de la carta, la entretuvo algún tiempo con historias de querellas entre la reina y la princesa; después, evidentemente apurado, dió un gran golpe.

Mostró a la reina misma y a la princesa de Lamballe a Julia Danvers, en un baile de la Opera, y presentó a Julia Danvers, a la reina y a la princesa de Lamballe. No necesito decir que era una falsa Lamballe y una reina apócrifa. ¿Cuáles fueron las figurantas? Dauphin Mennier se toma mucho trabajo para encontrarlas y hace aquí hipótesis que me parecen aventuradas. No importa y es inútil buscar. Serían las primeras actrices que llegaran o algunas «mujeres de mundo», como se decía entonces, conocidas de Mirabeau, que se prestarían a la cosa.

Tal vez es este el momento de preguntarse qué perseguía Mirabeau con una intriga tan complicada, tan inverosímil y tan tenaz. Los señores Cottin y Mennier,

cada cual en su libro, se hacen esta pregunta y responden bastante mal, en mi concepto. Pregúntanse el *interés* que podía tener Mirabeau en este asunto; tal vez el de crearse unas relaciones útiles, el de hallar al salir de la cárcel una casa amiga de la que hubiera hecho un centro de negocios y de intrigas... No creo que sea preciso ir tan lejos; deseo de hacer una novela extraña y singular, deseo de hacer que una mujer se enamorase de él antes de conocerle, deseo de tener a Julia por amante al salir del castillo, placer de mistificar y prolongar a toda costa la mistificación; paréceme que esto bastaba muy bien a Mirabeau para urdir aquella aventura. Añadid que, por sobrecargado que estuviese, en el castillo, de mil trabajos, de mil asuntos y de veinte correspondencias, aún tenía tiempo de aburrirse, por lo eléctricamente activo que era y que, sencillamente, encontraba allí, y se apresuraba a apoderarse de ello, un empleo de su actividad. Y, en una palabra, estad seguros de que el primer héroe y modelo de Mirabeau, no fué Mario, fué Casanova.

Fuesen los que quieran los motivos que le lanzaran a aquella aventura, corta, por lo demás, no fué un buen negocio para él. Julia Danvers no era una Sofía. Era menos, era más; era otra cosa. No era crédula, dócil y maleable. Era fría, bastante astuta y muy desconfiada. Vióse burlada y puso a Mirabeau, o al menos lo dejó, en un cruel compromiso.

Aquel aturdido de Mirabeau, que tomaba dinero a préstamo de todo el mundo, cometió la tontería de tomar veinticinco luises del padre de Julia Danvers, siempre a cuenta de los beneficios que la protección de la princesa de Lamballe no dejaría de procurar a la interesante familia; y Mirabeau firmó un pagaré para el

15 de Mayo de 1781. Llegado el plazo, Mirabeau se halló insolvente como lo estaba siempre. Por lo general, esto le era muy indiferente y no le acarreaba demasiado enojosas consecuencias. Pero esta vez tenía que hárselas con un burgués rudo y desconfiado, con un burgués cuya hija se encontraba burlada. Muy burlada se sentía en aquel momento; porque el último billete de Mirabeau a Julia es del 1.º de Abril de 1781, y la correspondencia cesa por completo a partir de esta fecha, y se ve bien que desde aquí no quiso Julia volver a oír nada.

Así, pues, Danvers, enojado, presentó el pagaré en la Condestablia, es decir, al tribunal de los mariscales de Francia.

De otra parte, puesto en posesión de la correspondencia de su hija con Mirabeau, amenazaba con mostrársela a los mariscales. A la estafa respondía el *chantage*, y era el más lindo juego de truhanerías del mundo, como dice Frontín en *Turcaret*.

Mirabeau, a pesar de todo su aplomo, hubo de estremecerse de la cabeza a los pies. El pagaré no satisfecho no era más que un mes de cárcel antes de toda acción judicial, después una acción judicial ordinaria por deuda. Pero las cartas en que se había dado por amante de la princesa de Lamballe, y en las que se hallaría la indicación y la prueba de la comedia de la Opera, la cual tenía algo de un crimen de lesa majestad, era cosa trágica.

¿Es por esto por lo que Mirabeau se decidió a ir a ver secretamente en Gien a la señora de Monnier, a quien prometiera la visita desde hacía cuatro meses? Dauphin Mennier lo cree así. ¿Quién iría a prenderle, escondido en un convento de mujeres, en el amplio ar-

mario de la señora de Monnier? Es posible. Las fechas coinciden bien. Tengo, sin embargo, dudas. Mirabeau corría enormemente el riesgo de que le prendieran en el camino de París y en Gien, y al entrar en el convento y una vez en el convento. No es en manera alguna el medio de ponerse a cubierto de los arqueros el lanzarse a una nueva aventura peligrosísima. Mirabeau fué tan locamente audaz y tan novelesco y tan héroe de Alejandro Dumas en todos sus pasos, que pudo muy bien razonar como cree Mennier. Por lo menos es verosímil. Tengo, sin embargo, dudas y, en todo caso, no está probada la cosa. Inclinárame a creer que del 15 de Mayo al 26, fecha de la ida de Mirabeau a Gien, el asunto Danvers estaba en vías de arreglo. Porque se arregló después del viaje a Gien: Mirabeau encontró la suma, Danvers, desinteresado, retiró la denuncia, y la correspondencia Mirabeau-Julia, no fué entregada.

Pero, sea que Mirabeau fuese a Gien para despistar a los arqueros, sea que fuese aparte de este designio, ¿por qué fué allí en lo que respecta a Sofía? ¡Ah! para verla, sin duda, y para darle el gusto de verle; pero sobre todo para aconsejarle que volviera al lado de su marido. Con este objeto se habían entablado negociaciones desde hacía algunos meses. Mirabeau iba a ver a Sofía, sobre todo, para usar de su incalculable influencia con ella, y para poner su docilidad extraordinaria a una última y dolorosa prueba.

Hubo de decirle —lo que era cierto— que mientras que no se sometiera, permanecería encerrada en Gien; que habría más probabilidades de verse cuando hubiese vuelto ella a Pontarlier, que si se quedara en el convento, aunque fuese furtiva y peligrosamente; que una vez en Pontarlier habría algún medio de marchar-

se juntos, definitivamente esta vez, a Inglaterra. Hubo de decirle todo esto con aquella mezcla de engaño y de sinceridad, que era el rasgo más fuerte y permanente de su carácter.

Parece —porque esto permanece obscuro y no veo claramente de quién pudieran ser las mayores resistencias a este proyecto, si de Monnier o de Sofía—, parece que Mirabeau no la convenció. Es probable que de los dos sentimientos que compartían el alma de Sofía, a saber la obediencia a Mirabeau y el odio a Monnier, trunfase el último, que detestara a su marido más de lo que amase a su amante, cosa natural; y que antes que ir a vivir de nuevo con Monnier, prefirió resistir al deseo de Mirabeau y quedarse en Gien. Tal vez también, a pesar de su poca perspicacia en este concepto, comprendió, al fin, que Mirabeau no la amaba, y no creyó, o no lo bastante, en las promesas que Mirabeau le hizo ciertamente de un segundo rapto y una fuga a Inglaterra: «¡Oh! una vez que esté en manos de mi marido, Mirabeau se alegrará y me dejará allí.» Si razonó de esta manera, razonó bien una vez en su vida.

El caso es que se quedó, muy probablemente, con la persuasión de que allí se quedaría hasta la muerte, no siendo ya amada por su amante y no pudiendo resolverse a volver con su marido. Sus cartas de Junio son siempre tiernas, pero parecen muy desencantadas y no indican esperanza alguna en el corazón de la marquesa. Después del 15 de Junio cesan. No quiere esto decir que Sofía no escribiese más a Gabriel, porque la última carta que poseemos, la del 15 de Junio, no es de ruptura; pero se puede conjeturar que la correspondencia fué disminuyendo y cesó pronto.

Hacia mediados de 1781 se puede dar por terminada la novela de Mirabeau y de la señora de Monnier. La novela Mirabeau-Sofía y el «cuento festivo» Mirabeau Julia concluyeron al mismo tiempo casi.

IV

Mirabeau continuó su vida de aventuras, de procesos, de trabajos y de intrigas. En 1784 conoció a la señora de Nehra. La señora de Nehra era hija de una francesa y de Guillermo Van Haren (Nehra es un anagrama). Huérfana muy joven, habíase educado en un convento francés. Allí la conoció Mirabeau. Era bellísima; talle esbelto, rostro de un óvalo un poco alargado, finas facciones, ojos azules, abundoso pelo de un rubio ceniza, el cutis puro y transparente. La primera vez que le vió ella, retrocedió asustada. Era siempre el efecto que producía Mirabeau a las mujeres y era uno de sus medios de seducción. No le olvidaban, visto una vez, y quedaban preocupadas, obsesionadas. No es malo para hacer soñar a las mujeres el producirles una pesadilla. Además siempre he observado que los hombres feos tienen éxitos femeninos extraordinarios. Mirabeau asustaba en la primera entrevista; en la segunda, las seducciones de su voz y de su ingenio le hacían ganar terreno; la misma impresión primera servía a la segunda, porque el movimiento de reacción llevaba más lejos de lo que hubiera conseguido un movimiento directo.

Por lo demás, como Sofía, como tantas otras, la señora de Nehra le amó, no diré que por piedad, porque por piedad no se ama nunca, sino por admiración a sus

desgracias. Las mujeres, poco sensibles a menudo con las desgracias humildes y sombrías, lo son siempre con las desgracias brillantes, estridentes y novelescas: «Lo que me determinó sobre todo (ella cree haber sido determinada. Leed: lo que me arrastró), fueron sus desgracias. En aquel momento, todo estaba en contra de él: parientes, amigos, fortuna, todo le había abandonado. Yo sola le quedaba y quise serlo todo para él.»

Concluyó, naturalmente, por parecerle hermoso: «fisonomía expresiva, boca encantadora, sonrisa llena de gracia, palabra de fuego». Consagróse por entero a él, e inteligentemente; puso todo el orden que era posible en los asuntos de él; adoptó a un hijo natural, yo no sé de dónde, y que se llamaba Coco; le desembarazó de las «mujeres de mundo» que le obsesionaban y de las que nunca sabía él cómo desprenderse. «Molestábanle tanto algunas veces, dice ella, que me pedía consejo para librarse decentemente. No trataba en modo alguno de ocultarme lo que no me causaba ningún pesar.» Ella no era celosa, sino de las mujeres que le afectaban al corazón. Intervenia en favor de él cerca de los ministros, y con buen éxito, por lo conmovedor de su ánimo y de su juventud.

Le acompañó, en 1785, a Bruselas, a Londres. Volvió con él de Londres a fines de Enero o principios de Febrero de 1785, para ocuparse de los asuntos de él y solicitar para él.

Mirabeu parece haberla amado, por lo menos en aquella época. Escribió por entonces a Chamfort: «No le hablaré de mí... de la dureza de mi padre, de... mi amiga le dirá todo esto; pero la verá usted, y su rostro angélico, su penetrante dulzura, la seducción mágica que la rodea, endulzarán la pena que le cansará infa-

liblemente su relato... No necesito ciertamente recomendarle que haga por mi amable amiga y por el buen éxito de sus gestiones cuanto le sea posible...; por lo demás, es por mí por quien trabaja; pero le juro, amigo mío, le juro con toda la sinceridad de mi alma, que yo no la merezco y que ella es de un orden superior por la ternura, la delicadeza y la bondad...» La señora de Nehra tenía sobre todas las amantes de Mirabeu la ventaja, que en 1785 empezaba él a apreciar, de ser una compañera de su pensamiento. Ayudábale en sus trabajos y le impulsaba hacia la gloria, que Sofía, por el contrario, rechazaba como una rival peligrosa. La de Nehra, además, era decente y reservada hasta con sus ternuras, a lo que es de suponer que Mirabeau había de estar poco habituado por las otras. Sentíase honrado y le halagaba aquel género particular de afecto. Tenía, por lo demás, de treinta y cinco a treinta y ocho años, y sus arrebatos se iban, tal vez, amortiguando.

Os asombraría, sin embargo, que Mirabeu no hubiese traicionado a la de Nehra. Esto ocurrió en 1787, a la vuelta de Berlín. Mirabeu entró por esta época en relaciones con el editor Le Jay. La mujer de Le Jay era muy bella, muy elegante, muy astuta y muy intrigante. Puso asedio a Mirabeau; le colocó, como siempre estaba él necesitado por lo desordenado, en su dependencia pecuniaria, y le obligó así a impulsar a la señora de Nehra a retirarse. Los últimos seis meses de las relaciones de Mirabeau con la de Nehra fueron espantosos. Una serie interrumpida de escenas violentas. Mirabeau fingía celos, los experimentaba quizá. Martirizaba a la desdichada mujer. No pudiendo resistir más, una noche, la señora de Nehra cogió al peque-

ño Coco y huyó llorando y dejando para siempre a Mirabeau y el reino. Murió en Amsterdam en 1818, donde vivía desde principio del siglo.

V

¿Y qué había sido de Sofia desde 1781 y qué fué de ella después de 1787? En 1783 «perdió» a su marido y se convirtió en una viuda libre, con una pequeña fortuna personal suficiente para sus necesidades. Tenía veintinueve años, pero había prematuramente envejecido y ya tenía canas. Se había acostumbrado a Gien; le agradaba; tenía allí amigos, entre otros al buen doctor Isabeau. Salió del convento, pero no se alejó. Alquiló una casita próxima y vivió muy tranquila visitando a algunas burguesas y castellananas de los alrededores y haciendo mucho bien.

En 1789 volvió a amar. Tuvo «una nueva esperanza». Amó a un joven gentilhombre del país, el señor de Poterat. Fué amante de él, según se cree, o no lo fué; no importa. Iban a casarse. La víspera del día fijado, el señor de Poterat murió repentinamente. La señora de Monnier no pudo sobrevivir a este último golpe de la mala suerte. Al día siguiente de la muerte de su prometido, la encontraron sentada, con las piernas atadas al pesado escabel en que estaba, al lado de un brasero de carbón. Tenía ella treinta y cinco años. Aunque cándida y poco inteligente, hubiera sido muy sensata y perfectamente feliz si la hubiesen casado a los diez y ocho años con cualquiera que tuviese veinticinco. Al casarla con Monnier hicieron de ella la querida de uno o dos pícaros. Ruffey era un

fino literato y un hombre de gusto, pero. como padre de familia, era un idiota y un poco más que la mitad de un canalla.

Un amigo de Mirabeau, advertido por el doctor Isa-beau, le comunicó la desgracia en una sesión de la Asamblea nacional. Mirabeau palideció, no dijo una palabra, salió y no volvió en unos días a la Asamblea. Sabido es que, dos años después, había de morir él.

Los dos volúmenes de Cottin y Dauphin Mennier, minuciosamente documentados, que han costado inmensas rebuscas y una paciencia infinita, y cuyas exposiciones y discusiones son de una extrema inteligencia y maravillosamente penetrantes y luminosas, tienen el mayor interés. Estos dos señores nos deben, después de estos dos ensayos preliminares, una *Vida privada de Mirabeau* completa, todo lo que sea posible, y seguida desde su infancia hasta su muerte. El número de amantes de Mirabeau, su temperamento, sus caracteres, sus aventuras, los pleitos de Mirabeau con su padre, con su mujer, con todo el mundo, no dan ninguna luz sobre su genio y sus ideas, ninguna se me dirá, y puede creerse que soy en absoluto de este parecer. Pero el libro será tan divertido como la más divertida de las novelas, y será un documento preciosísimo sobre las costumbres de aquella curiosa época.

Chateaubriand.

DOS EPISODIOS

LA MARQUESA DE V...

Es una novela y una novela vívida. Es la historia escrita por Chateaubriand y una de sus amigas, de una de las innumerables aventuras del señor de Chateaubriand.

Y he aquí cómo esta historia, escrita por ella y él, puede hallarse actualmente ante nuestros ojos.

En 1828, una provinciana se puso a escribir a Chateaubriand, porque le tenían, como dice Jaubert, «esa admiración literaria que no es en las mujeres sino una forma del amor», o ese amor que no es en las mujeres sino una forma de la admiración literaria.

Chateaubriand le contestó, porque tenía una manía, y una particularidad. La manía, como ha dicho Polignac, consistía en que «Chateaubriand no podía estar-se quieto ante una hoja de papel». La particularidad, peligrosa por cierto, era que no podía ser amado por una mujer sin decirle que estaba enamorado de ella; y era amado por todas las mujeres.

Así, pues, Chateaubriand contestó. La correspondencia, sin que los dos que se escribían se hubieran visto nunca y sin que pudieran verse por el momento,

continuó durante diez y nueve meses exactamente. La marquesa de V... conservaba las cartas de Chateaubriand y los borradores de las cartas de ella. Así, toda la correspondencia entre ambos quedó en los archivos de la marquesa. La han encontrado y se publica.

Es una novela interesantísima. De parte de la marquesa (tenía cuarenta y nueve años) hay candor, dulzura, tristeza graciosa, amor profundo y delicado del corazón conservado muy joven en aquel viejo castillo del Mediodía. Recuerda a Eugenia de Guerin. Admira y ama a Chateaubriand con una ingenuidad emocionante y adorable. Tiene la candidez, cuando él va a ir a Roma en calidad de embajador, de proponerle hacer el viaje con él en silla de postas; y a Chateaubriand le cuesta trabajo demostrarle que a la señora de Chateaubriand le gustaría poco esa combinación.

Ella no es tan tonta que no adivine los sentimientos de Chateaubriand respecto de ella. Le dice: «Usted no siente curiosidad por su María y no piensa en amarla. Usted lee mis cartas como se aspira el perfume de un ramo de violetas, sin pensar en coger la planta que la produce.» Bien se que estas cosas se dicen para hacerse decir lo contrario. Pero a los tontos ni siquiera se les ocurre decirlas.

Ella es muy franca. No en seguida —no lo querríais — pero verdaderamente muy pronto, a los seis meses de empezar la correspondencia, entera a Chateaubriand de que es vieja; no le oculta que tiene un hijo mayor que está en el ejército. «Ha pasado el Rubicón de los advenedizos; ha confesado a su padre», dice Dumas hijo en *Cuestión de dinero*. Ella ha pasado el Rubicón de las enamoradas: ha confesado a su hijo mayor.

Tiene cartas de excelente estilo y gran imaginación,

y es perfectamente digna, aun desde el punto de vista literario, de escribirse con el autor de las *Memorias de Ultratumba*. Recomiendo, más que las cartas en que dice a Chateaubriand que le adora, aquellas en que le habla con una especie de abandono elegante. Y ¿por qué no he de citar una parcialmente para daros idea del género? «... El invierno tiene, sin embargo, rigores extraordinarios; esta noche ha caído cerca de dos pies de nieve y heme aquí encerrado por algunos días. ¡Tendría tiempo de ir a Roma! No se ve ni cielo, ni tierra, ni ríos, ni montañas, no se distinguen más que algunos puntos negros sobre la blancura de la nieve; el horizonte está a diez pasos. Las aguas están encadenadas. No sopla viento alguno. No se oyen ruidos. El aire está helado. Pero mi corazón alegre late más deprisa con la esperanza del próximo regreso de usted, y el duelo de la naturaleza no ofrece a nuestras miradas satisfechas sino un espectáculo agradable y nuevo. Un fuego brillante alegra mi habitación. Grandes ramos de rosas, de narcisos y de violetas perfuman el aire, y mi querido Pietrino, contentísimo al vernos, canta su más larga canción montañesa. Pietrino es un pitirojo que, desde hace cinco años, viene fielmente a pasar los inviernos conmigo. Por la noche duerme cerca de mi cama. De día se esconde a menudo entre mi pelo. Se calienta mucho, come en mi mesa con satisfacción, me sigue muy lejos en mis paseos y acude volando a mi llamada. Cuando no puede entrar en la casa, golpea con su pico en los cristales y se hace abrir. Hace dos años tuve la ingratitud de querer marcarle. Anudé a su pata la cinta de un libro. No sé cómo ocurrió el accidente; a su vuelta, la patita colgaba rota. Le cuidé lo mejor que pude; curó muy bien y, aunque cojea un

poco, el encantador inválido no se acuerda de su desgracia y sigue siendo tan alegre y tan fiel como antes. Me hace algunas veces pensar en un verdadero inválido, mi héroe predilecto. Fué Domingo de Vieq quien, retenido en su morada de Ermenonville por una herida incurable en la pierna, al saber que Enrique IV iba a ponerse en campaña y carecía de dinero, se hizo cortar la pierna para poder servir aún, vendió todos sus bienes y entregó el producto al rey; contribuyó poderosamente, con su bravura y habilidad, a ponerle en posesión de su reino; permaneció cerca de aquél en Parín, de donde fué, según creo, gobernador, y, al día siguiente del asesinato del rey, expiró en la calle de la Ferronneria contemplando el lugar en que aquel a quien amaba había sido herido. ¡Felices los que en la tierra aman como Domingo de Vieq!»

¡Dios mío! ¡Qué bien escriben las mujeres cuando no son afectadas! Y ésta, naturalmente elegante y sobria, no lo es nunca.

Chateaubriand en sus cartas es naturalmente el que conocéis: melancólico, triste, disgustado de la vida y del universo, y expresando todo esto en un estilo de suprema nobleza y altiva majestad. ¿Es demasiado decir majestad? Pues bien; siempre he tenido deseo de decir: Su excelencia el estilo del señor de Buffon, y su alteza el estilo del señor de Chateaubriand.

Tiene sesenta años justos. No hay de que estar alegre y nunca lo fué. Así, escuchadle: «... Lo que ciertamente tengo más decidido en mi pensamiento, es el viaje que me llevaría a sus campos. Pero hay que esperar todavía cinco o seis meses, y, como los salvajes, a los que me parezco bastante, no cuento nunca más que sobre el espacio encerrado entre dos soles.»

Encuentra, al correr de la pluma, para expresar ese tedio eterno, expresiones tan admirablemente bellas como las que hemos admirado en sus otros escritos: «... Tranquilícese. Mi salud es buena; no tengo más que años, enfermedad incurable, pero con la que a veces se arrastra uno mucho tiempo. Estoy cansado de la vida. Lo estaba desde mi juventud; es una anormalidad de espíritu o de corazón, de la que nunca he podido corregirme. Me he habituado a ella y, siempre roído por un tedio secreto, avanzo hacia el término que siempre me pareció tan lejano que no se puede alcanzar. Toda su gracia, toda nuestra amistad no cambiarán en mí esa natural disposición, pero la endulzarán. Parece que se interesa usted en la política más vivamente que yo. Nunca he tenido impulsos de ambición, sino por heridas de amor propio. No vaya usted, pues, a affigirse por lo que nada es en mi vida; mi pasión es la soledad, y esta pasión se acrece, naturalmente, a medida que se hace uno menos apto para el mundo. ¡Dichosa pasión que se enriquece con todo lo que se pierde!»

Llega a Roma, que no había visto desde hacía veinte años; y observa con profunda tristeza que ya no experimenta allí emoción alguna: «*Heme en Roma, que nada me ha impresionado* (1). A mi edad hay que dejar de viajar; ya no se ve...»

Al mes. «... No me acostumbro a las ruinas de Roma. He visto bastantes restos. Es más que tiempo de que entre en mi soledad para no volver a salir. En el fondo de todos los cuadros que ahora veo percibo siempre mi tumba; no me espanta nada; hasta me

(1) Subrayado por él.

agrada contemplarla; pero, al mismo tiempo, me quita el gusto de todo, el interés por todas las cosas. Frente a la muerte los más grandes asuntos parecen miserables. Los lazos permanecerían todavía; pero nadie se liga a lo que se va y envejece, y es cuando más se necesita estar rodeado cuando se encuentra uno más abandonado y más solo.»

Habla negligentemente de arte y de arqueología. «Esto engaña el tiempo» y le place, sin embargo, un poco más de lo que quiere decirlo: «Ha visto usted que he hecho erigir una tumba a Poussin. *Gusto de los renombres que la posteridad ha hecho* y con los que los contemporáneos fueron injustos. Mi nombre quedará, por lo menos, en Roma, bajo la protección del de un hombre genial. La melancolía y la filosofía de los cuadros de Poussin me placen y paso horas contemplándolos. Voy también a empezar unas excavaciones. No tengo suerte, y, sin duda, no encontraré nada; pero entretiene. ¿Y si fuera, sin embargo, a dar con alguna obra maestra enterrada de Praxíteles? Esto hace latir el corazón...»

En cuanto a sus sentimientos respecto a la marquesa, hay una bonita mezcla. Es tímido un poco, *coqueto* más que un poco, celoso gentilmente, interesado sobre todo, más que enamorado, como puede creerse, y pres-tándose a un juego picante que le divertiría, si pudiera divertirse, y a un misterio que le acaricia y que, por lo que se comprende, tiene más deseos de prolongar que de aclarar.

Tímido a los sesenta años, se comprende bastante. «Tengo cuarenta años; es la edad en que los hombres se vuelven tímidos», dice un personaje en la *Cristiana* de Gondinet: «... ¿Debo ver a usted? dice Chateau-

briand. ¿Seré semejante a la visión que usted ha tenido? En la juventud se es presuntuoso; hay no sé qué en los años juveniles que se siente hecho para ser amado. A mi edad se es tímido, se teme mostrarse. ¿Recuerda usted el relato que hace Juan Jacobo Rousseau de aquellas voces melodiosas que oyó en un convento de Venecia? Prestaba a las que hacían oír tales cantos gracias divinas; y luego vió salir a unas muchachitas horriblemente feas, tuertas, cojas, jorobadas. ¿Si no fuera yo a ser para usted nada más que una voz?...»

La frase es bonita y la inflexión encantadora. Se cree oírla.

Coquetea todavía y sabiamente, y hace con gracia el manejo de los codos ligeros, modestos y halagadores: «Se ha engañado usted respecto a mi coquetería. No tengo ninguna. Su amiga de usted me ha pintado como no soy. Nada más natural que tenga yo miedo de mis años comparados con los de usted (la cree todavía joven); pero *mis pretensiones no van más allá de mi pelo blanco*. Sin embargo, no me gusta que ame usted a cierto caballero de Borgoña «como a las niñas de sus ojos de usted». Explíqueme esto.

Parece claro —aunque la cortesanía, de que Chateaubriand no se apartó nunca durante su paso por nuestro planeta, no permita percibir un gran cambio en sus cartas a partir del momento que voy a decir— que la revelación de la edad de su amiga le impresionó no gratamente y le enfrió un poco. Su carta de 28 de Mayo de 1828 denota cierta turbación y hasta una turbación bastante grande: «He leído y releído su terrible y emociante historia... Y ese hijo, de que me habla usted de repente, ¿por qué desapareció? ¿por qué

vuelve? Me dice usted demasiado o demasiado poco... Voy a Roma. ¿Vendrá usted?... ¿Estaré yo mismo mucho tiempo en aquel destierro? ¿Estoy mucho tiempo en ninguna parte? La rueda de mi fortuna gira aún más deprisa de lo que pasan mis años, que tocan a su término. Estoy, se lo aseguro, completamente trastornado por su carta y por mi nueva posición. Espero con impaciencia una nueva carta de usted. Pido tal vez fuerza a la debilidad; pero dos cañas se sostienen mutuamente. Imposible me sería escribir unas líneas más. Su historia me persigue como un mal sueño. ¿Qué mujer he encontrado? Venga usted a mí. El abrigo no es muy seguro; pero a veces se esconde uno entre ruinas.» Y después de esta carta de turbación y casi de ligero extravío, los escritos de Chateaubriand se hacen un poco más fríos, y sobre todo, más generales. Un grado menos en la intimidad, aunque siempre simpatía.

¿Y cómo terminó todo esto? Como debía terminar. Se vieron y se separaron. En estas historias de amor entre desconocidos la entrevista es el escollo. No dudéis de que Chateaubriand no previese esta solución. Estaba habituado. ¡Oh, qué habituado estaba! Aunque fueras el duque de Richelieu, si han empezado a amar-te imaginativamente, con «amor cerebral», en la primera entrevista parecerás vulgar; como un gran paisaje, con el que se ha soñado, parece pequeño en la primera visita que se hace. Chateaubriand sabía esto, y lo que hace que ese saco de cartas sea una novela tan bien compuesta como si estuviese escrita por Paul Adam y hasta mucho mejor, es que la revelación de la edad de la marquesa de V... constituye una peripecia, el alejamiento de Chateaubriand (ida a Roma), retra-

sando el desenlace, forma otra, y la clarividencia de Chateaubriand hace prever el final dejándole todavía incierto. A Sarcey le hubiera parecido bien hecha la obra.

Chateaubriand escribe en 20 de Noviembre de 1828: «Me hace usted *confesiones*. ¿Es qué no espera usted verme nunca o que le infunden la paz mis muchos años? No importa; esas *confesiones* son dulces y las tomo por lo que me las da (hasta cuando se es Chateaubriand, en cartas escritas con coacción, se escapan giros incorrectos). ... Será preciso, en fin, que yo vaya a usted. Si tiene usted ilusiones se desvanecerán: tal vez me amaré usted todavía; pero dejaré de atormentarla, si es que la atormento.»

Y la víspera o antevíspera del día en que, por fin, deben encontrarse: «He aquí que se ve usted obligada a darme una cita. Dígame, pues, la hora y el día del fin de nuestras ilusiones.»

No había, pues, ilusión sobre la desilusión inevitable.

Viéronse al fin cuatro veces, el 30 de Mayo de 1829, el 6 o 7 de Junio siguiente, el 9 de Junio (en sociedad) y el 19 de Junio; lo que, contando bien, no hace más que tres veces.

¿Qué pasó? Como no se sabrá nunca, y como hay que tratar de adivinarlo, es muy interesante. Se vieron por primera vez el 30 de Mayo. El 31, la marquesa de V... escribe a Chateaubriand una carta, en la que hay que pésar todas las palabras para tratar de adivinar las cosas. Páreceme, al leerla todo lo bien que puedo, que Chateaubriand estuvo en esta primera entrevista un poco más *joven* de lo que precisaba, un poco menos platónico de lo que evidentemente deseaba la marquesa.

Hay en lo que sigue una decepción *al revés*, si me permitís hablar así. La marquesa esperaba encontrar a un anciano; halló a un hombre que por lo menos se esforzaba en olvidar que era viejo. Es probable que Chateaubriand, por amor propio de antiguo seductor y por simple galantería, casi diré que por cortesía, se mostró justamente lo contrario de lo que secretamente deseaba la marquesa, olvidándose de su edad para hacérsela olvidar. En fin, leed:

«Hermano mío (es la primera palabra. Esto indica que la palabra fué empleada con insistencia en la conversación, y «hermano mío» en la conversación quiere decir: «Nada más que amistad entre nosotros, si le place»). Hermano mío, me ha engañado usted involuntariamente. Yo ignoraba la edad de usted con siete u ocho de diferencia aproximadamente... Pero desde el principio de nuestra correspondencia, me habló usted tan a menudo de sus años, y su pelo blanco que, habiendo seguido mis ideas esta dirección, dirigía libremente al que usted me representaba el homenaje de una ternura confiada, como si este homenaje fuese halagador para él sin ser inconveniente para mí. Es usted más joven de lo que creía; parece usted más joven de lo que es (detalle confirmado por los otros contemporáneos. Hasta los setenta años Chateaubriand, que no ocultaba nada, hubiera podido ocultar diez años. Véase *Los encantamientos de Prudencio*), y mis cartas son (se hacen) inconvenientes. Mi orgullo sufre; usted me consolará fácilmente tratándome como a una mujer que ve lo que es y siente lo que vale...»

No hay ninguna duda para mí (admitido que las haya para los demás): la marquese de V..., como mujer que sabe admirablemente hablar con finura y escribir con

delicadeza, recuerda las conveniencias para recordárselas discretamente a Chateaubriand; luego es que Chateaubriand ha faltado un poco, todo lo poco que queráis; pero, en fin, ha faltado a ellas.

¿Y qué impresión sacó él de aquella primera entrevista? Hagamos inducciones. Del 30 de Mayo al 5 de Junio (muy probablemente) estuvo enfurruñado. Esto se ve por la falta de cartas suyas y por la carta de la marquesa del 4 de Junio: «... Este sentimiento (el de ella por él) fué, así lo creo, único como su objeto. El que ahora permanezca mudo me abruma la vida. Lo extinguiría si pudiese. No me crea usted injusta, ¡no! Sé que los objetos gratos a sus ojos, unidos a las exigencias de su posición, no le dejan tiempo para mí; pero si me hubiera usted enviado una de las hojas de sus árboles, habría sabido que no me había usted olvidado desde los primeros días.»

Luego, de una parte no ha dado él señales de vida durante cinco días, y esto prueba que salió decepcionado de la entrevista del 30 de Mayo, y esto prueba que sufrió una derrota, y esto mismo prueba que inició un poco por lo menos de asalto. De otra parte, la marquesa de V... supo que tenía él en París otros afectos, otros vínculos, otros cuidados que dar o recibir. Siente que hay un foso entre los dos, como también lo siente él.

Ha vuelto. Segunda entrevista el 6 o el 7 de Junio, probada por la carta de la marquesa, que es del 7. Chateaubriand ha sido lo que la marquesa de V... deseaba que fuese. Esto es evidente. Carta del 7: «He vuelto a verla, amable, dulce y triste (Tomad, un poco, los opuestos de estos tres vocablos y sabréis probablemente cómo estuvo Chateaubriand el 30 de Mayo) y usted

me ha dicho repetidamente: «Amo a usted tiernamente», «Mi corazón se ha consolado casi».

Pero —hasta el fin las peripecias y las alternativas. Diríase que está hecho por un novelista. ¡Oh Menandro! ¡Oh naturaleza! ¿Cuál de los dos ha imitado al otro?— pero Chateaubriand empieza de nuevo, no esta vez a enfurruñarse, sino a no acudir y a no escribir. Y así durante más de una semana. La marquesa de V... está profundamente entristecida. Su carta del 16 de Junio: «Mi amigo querido. Ha olvidado usted demasiado a su desgraciada hermana. Si supiese el daño que tan largo olvido le ha hecho, se afligiría usted. Necesita un consejo; se lo pide a usted. ¿Se lo negará? Si hemos de volver a vernos, escíbame qué día, por lejano que pueda estar. Se lo ruego, porque la ansiedad y la espera en vano me hacen daño. Mi salud está muy alterada.»

Es la carta de una mujer desolada. Chateaubriand se conmovió, como lo prueba su carta que sigue; pero: como también lo prueba la carta que sigue, la marquesa de V... le aburría. Porque contestó, y esto hace ver que se conmovió algo; pero a una carta que era una carta de la señorita de Lespinasse contestó con línea y media, 18 de Junio, jueves: «—He pasado los días en la Cámara de los Pares y las noches en comidas ministeriales. Mañana por la mañana (porque no puedo por la noche) estaré en casa de María.—» Es seco. Este hombre no ama. Tiene piedad, un poco, la precisa para que se pueda decir que tiene piedad.

Bajo este billete de Chateaubriand hay una palabra siniestra. Hay la palabra FIN. El volumen termina aquí. El legajo de cartas conservadas por la marquesa de V... concluye aquí.

¿Qué quiere decir esto? ¡Ah! no se sabe. Lo que tal

vez quiere decir es que esa tercera entrevista de Chateaubriand y de «María» no se verificó. Lo que quiere decir más probablemente es que se verificó, pero que el hombre, evidentemente cansado, del billete de 18 de Junio, se comportó en ella de tal modo que María le dijo que no volviese.

Porque el que este billete sea el último; que no haya otros; que jamás vuelva a haber un indicio de correspondencia entre la marquesa de V... y Chateaubriand; todo esto indica que en aquella tercera entrevista quedó ella mortalmente herida y que concluyeron *en absoluto* sus relaciones.

Había habido una mala inteligencia. La marquesa de V... escribió a Chateaubriand porque le amaba. Chateaubriand contestó a la marquesa de V... por amor propio de Don Juan, por... costumbre, y, verdaderamente, por cortesía. Pero él no la amó nunca. En los primeros encuentros había ella de hallarle o demasiado solícito, como esforzándose en representar un papel, o demasiado frío; y queda bastante claro que le encontró sucesivamente una cosa y otra. El había de hallarla un poco importuna y molesta en su vida; y además, también hay que decirlo, más tiesa de lo que tenía costumbre de encontrar en cuanto a tiesuras; y en fin, ¿qué queréis? un poco alejada de su fecha de su nacimiento.

Y así terminó esta novela de dos años que en sus realidades fué casi la novela de una hora.

¿Compadeceremos al uno, compadeceremos a la otra, compadeceremos a los dos? ¿Por qué? ¿No sabéis que lo mejor del amor es lo que con él se sueña y el recuerdo que de él se guarda?

Y a veces, hay que decirlo: lo que con él se sueña y el recuerdo que se guarda del sueño que se ha tenido.

La desconocida ⁽¹⁾

Excelente libro de información acerca de Chateaubriand. Es la paciencia misma y el fanatismo de la exactitud. Ofrece curiosos descubrimientos, de los que algunos son muy importantes.

En él se hallarán: un estudio sobre los quince o veinte manuscritos diferentes de las *Memorias de Ultratumba* —fragmentos inéditos del *Genio del Cristianismo* y de las *Memorias*—, un estudio de utilidad nula, pero entretenidísimo, respecto a saber si fué Ballanche el que tomó a Chateaubriand o éste a aquél la afortunada frase para un título, —«Genio del Cristianismo—»; un estudio bastante curioso y más instructivo sobre las correcciones de Chateaubriand, un estudio completo, sin que haga que se olviden ni menosprecien las observaciones tan discretas que hizo Albalat acerca del mismo asunto en su excelente libro *El trabajo del estilo enseñado por las correcciones manuscritas de los grandes escritores*.

¿Qué más? Muchas cartas inéditas, algunas de las cuales, como vamos a ver en seguida, son admirables.

Ejemplo. Carta a Beranger (1832), Chateaubriand está en Ginebra:

(1) *Chateaubriand: estudios literarios*, por Victor Giraud.]

«Su carta del 19 de Agosto la recibí en Lucerna, hace diez días; descuidaron enviármela en el acto. Yo estaba de excursión por las montañas. Fuí a ver si en Lugano, en Constanza, en Zurich, hallaba el adecuado retiro para la terminación de mis Memorias. Necesito libertad y sol, son dos cosas que se encuentran raramente juntas. Cuando estén hechos el armazón y las paredes de mi edificio, y no me vea obligado a llevar conmigo los inmensos materiales de mi trabajo, iré a decorar el interior en Italia, donde esperaré la muerte, a la que siempre he amado singularmente. Pienso, como usted, que la última transformación del Cristianismo se realizó con la transformación de la sociedad; pero temo que Francia tome la vanidad por igualdad, al amor propio por amor social, y que por esta razón inmole sin cesar la libertad a la envidia...»

Esto es una pequeña profecía que no deja de revelar a Chateaubriand como bastante experto en «psicología de los pueblos».

Continuemos: «... ¿Pero qué le digo a usted, señor? ¿Qué me importa todo esto, a mí que ya no soy francés sino de nombre, ni hombre sino de una vida que toca a su término? Siempre estoy apenado de haber nacido y comprenderá que las cosas que su amabilidad me promete después de mi muerte, hacen poca impresión en un espíritu así dispuesto. Lo que duplica mi suplicio de vivir, es sentirme más joven que nunca en los momentos de tener un pie en la tumba. Usted canta a las tumbas, como tan elocuentemente dice, y a una cuna que contiene tan altos destinos (?): Si me encuentro en una de esas canciones, preciso será, quiera o no, que viva con usted. Si se hubiese usted burlado un poco de mí, mis probabilidades de inmortalidad

aumentarían; pero no vaya usted a cogerme la palabra. Me contento con sus elogios, y sobre todo con su amistad. Verdaderamenté no sé de dos hombres que hayan seguido dos caminos tan opuestos y que mejor hechos estuvieran para viajar juntos. Excúseme esta escapada de amor propio...»

Aquí se halla, casi de por entero, con su pésimo y su alto desdén de gran señor, y su inmortal tedio y su indefectible necesidad de agradar y su coquetería espiritual.

Carta crítica sobre él mismo y sobre una parte de su obra. A Michiels, ambas de la *Historia de las ideas literarias en Francia, en el siglo XIX*, etc. (1841).

«He leído, con el mayor agradecimiento, no su artículo, sino su bello y sabio trabajo sobre *El Genio del Cristianismo*. Todos los defectos que señala usted en mi obra son ciertos y yo los trato más severamente que usted en mis *Memorias*. Por lo demás, desde la publicación del *Genio del Cristianismo*, he combatido mil veces en mis diversos escritos los errores respecto a las artes y a los principios en que he incurrido. Quedará, no obstante, como cierto que *yo he puesto los primeros cimientos de esa crítica moderna* que todo el mundo sigue hoy (crítica histórico literaria), al mostrar lo que la Religión cristiana ha cambiado en los caracteres de los personajes dramáticos y en las descripciones de la naturaleza al echar a los dioses de los bosques. Son dos (?) resultados con los que me contento, sin tener ninguna pretensión de crítico. (Es admirable; no tiene ninguna pretensión de crítico, y «se contenta» con «haber fundado una crítica que todo el mundo sigue»). Creo también haber asestado un rudo golpe al volterianismo (he aquí, supongo, porque hablaba de dos re-

sultados, cuando, evidentemente, no había señalado más que uno: pensaba en lo que acababa de escribir y en lo que iba a escribir), y, si así es, habré prestado un gran servicio a la sociedad. Me permito, además, hablar con usted como usted ha tenido la bondad de hablar conmigo en su artículo. Hastiado de todo (esto es el estribillo; pongamos, para ser corteses, el *leit motiv*), no concedo ningún valor a lo que he hecho ni a lo que pudiera hacer. Los elogios me siguen agradando mucho porque, por viejo que sea, soy hombre, pero, muy sinceramente, no creo merecerlos. Me falta la fe en todo, menos en religión: he aquí por qué no me han herido nunca los volúmenes de censuras de que he sido objeto; pues siempre he dicho: «Tal vez tengan razón.» Usted maneja la crítica con tanta seguridad y gracia que no podría quejarme sino de su indulgencia. Reciba usted...»

Por supuesto —ya os entiendo— que lo que me pedís es una carta de mujer, es decir, una carta de Chateaubriand a una mujer. Aquí está, aquí está. Cuando se trata de Chateaubriand, nunca es difícil encontrarlas. Esta carta a la señora de Hamelín es de 1844, de Diciembre de 1844. Chateaubriand tiene nada menos que *setenta y seis años*. Ved con qué gracia picante y qué delicadeza y qué buen tono, y, en fin, con qué juvenil elegancia está escrita.

«Mil gracias por su billete de la calle Blanca. No le preocupe nada mío, excepto mi amistad por usted. Nada me importan las nuevas indignidades de la *Prensa*. Prescindo y no hago caso de gentes que quieren robar hasta mi féretro. No se burle usted de mí; soy sincero. Nunca he afectado nada. He tenido debilidades juveniles; ya han pasado (un poco cándido). Me

hallo frente a mis muchos años que me miran. No es esto muy divertido. Preferiría volver a ver a usted; pero ¿qué le diré cuando la vuelva a ver?... Ve usted que ya no puedo escribir (la carta está dictada; sólo la firma es de la ilustre mano) y que me veo obligado a utilizar una mano extraña. Hemos visto mejores días y más grandes días. Estoy apergaminado. Si por casualidad me viera usted, no me reconocería. Adiós, o hasta luego, como usted guste. Si ha tenido enemistades en su vida, olvídelas. Que su enojo, sobre todo, no recaiga nunca en mí. Respete a un hombre que es tan adicto. Algo es la afección. En un alma bien nacida sobrevive a todo. Reemplaza a los años juveniles y puede uno hacerse ilusiones. Quiérame siempre como cuando venía a buscarme a Estado. Me hallo en el momento de ir a buscar, en un rincón aislado, el gran asunto de todos los hombres. Muy suyo siempre.»

Unos fragmentos breves que estaban destinados a figurar en las *Memorias de Ultratumba* y que por tal o cual razón no se publicaron allí. Son retratos o dibujos (Jorge Sand, Byron, Benjamín Constant, Madame Tastu). Como ocurre a veces, el correspondiente al personaje más mediocre es el mejor. El de Madame Tastu: «En nuestros días de claridades falsas, la mujer de que hablo en este momento parece en el horizonte la blancura del alba. La melodía que se extingue poco a poco, la paloma que se dispone a esconder la cabeza bajo el ala, el rosal que se deshoja me atraen. Mme. Tastu ha atravesado sin macularse tiempos nebulosos, como el ave de las ondas se cierne sobre un mar sombrío con su plumaje de nieve. Gracia, honestidad, modestia, componen la existencia de esta musa, la cual ha dado a las cosas dignas de estimación el atrac-

tivo de las cosas que seducen. Yo dirijo estos últimos cantos a mujeres desconocidas. No los oirán sino más allá de mi tumba, cuando haya reunido mi vida con el haz de las lirás rotas.»

Pero la perla de este volumen, que voy sin miramientos a sustraerle en gran parte, es un largo y gran fragmento, que debía o podía entrar en las *Memorias de ultratumba*, y que, bien veréis por qué, sobre todo si pensáis que las *Memorias* pasaban ante los severos ojos de Mme. Recamier, ha permanecido cuidadosamente fuera. Este fragmento fué conservado por L'Agueau, uno de los secretarios de Chateaubriand, y por Eduardo Bricou, a quien L'Agueau se lo cedió y lo copió. Original y copia se encuentran en la Biblioteca Nacional. No es en modo alguno, como Giraud lo define, un *Discurso sobre las pasiones del amor*, es una «Confesión», la expansión tumultuosa de un alma con bastante fuerza perturbada por el amor.

Por el mismo Chateaubriand conocemos las circunstancias de esta crisis cordial. Muy probablemente la joven de que se trata en el fragmento inédito es aquella de la que Chateaubriand nos dice algo en las *Memorias* publicadas (edición Biré, V, 237-238). He aquí el aludido pasaje de las *Memorias*. Estamos en 1830, días antes de las jornadas de Julio. Chateaubriand, notad bien este punto, tiene *sesenta y dos* años:

«Al alzarse los Pirineos en el horizonte, me latió el corazón; desde el fondo de veintitrés años surgían recuerdos embellecidos en las lejanías del tiempo: volvían de Palestina y de España, cuando desde el otro lado de su cadena descubrí las cumbres de esas mismas montañas... El pasado se parece a un museo de antigüedades; visítanse en él las horas que fueron;

cada cual puede reconocer las suyas. Un día, paseándome por una iglesia desierta, oí pasos que se arrastraban sobre las losas, como los de un anciano que buscara su tumba. Miré y no vi a nadie. Era yo que me había revelado a mí... Compuse algunas estrofas a los Pirineos... He aquí que, poetizando, encontré a una mujer joven sentada a orillas del Gave; se levantó y vino directamente a mí; sabía, por los dichos de la aldea, que estaba yo en Cauterets. Resultó que la desconocida era una occitaniana (1) que me escribía desde hacía dos años, sin que la hubiese visto nunca; la misteriosa anónima se descubrió, *patuit Dea*. Yo fui a hacer una visita respetuosa a la náyade del torrente. Una noche que me acompañó cuando me retiraba, quiso seguirme: me vi obligado a volverla a su casa en brazos. Nunca me sentí tan avergonzado. Inspirar una especie de afición a mi edad me parecía una verdadera irrisión. Cuanto más podía halagarme aquel capricho, más humillado me sentía, tomándolo con razón por una burla. Con gusto me hubiera escondido, avergonzado entre los osos de mi vecindad. Estaba lejos de decirme lo que decía Montaigue: «El amor me devolvería el esmero, la sobriedad, la gracia, el cuidado de mi persona...» Mi pobre Miguel, dices cosas encantadoras; pero a nuestra edad, créelo, el amor no nos vuelve lo que aquí supones. No nos queda otro remedio que retirarnos francamente. En vez, por lo tanto, de dedicarme a los *estudios sanos y sabios* por los que *pudiese hacerme más amado*, dejé borrarse la impresión fugitiva de mi Clemencia Isaura; la brisa de las montañas se llevó pronto ese capricho de una flor; la ideal,

(1) Languedocianal o provenza.

decidida y encantadora, extraña de diez y seis años, me ha agradecido el que me hiciese justicia: se ha casado.»

He aquí el relato *oficial*, el que debía ser visto por Mme. Recamier, y leído en alta voz en su salón. Indica solamente, lo que no deja de halagar a nuestro amor propio nacional, que Chateaubriand tuvo su Bettina. No sólo cautivó a «mujeres de treinta años», como se dice, lo que significa personas de seis a diez lustros, sino que una jovencita se prendó de él cuando él había pasado de los sesenta, y si Bettina se adormeció en las rodillas de Goethe, lo que es delicioso, la «occitaniana» se desvaneció en los brazos del viejo René. Hay paridad.

Reanudemos ahora el relato, para ver ya lo que atenúa y lo que vela, y para ver ya la verdad al través de lo oficial. Después completaremos y comprobaremos a la vez la «confesión» guardada en cartera.

Observad desde luego cómo el gran artista combina muy de antemano su narración para el efecto que quiere producir. Quiere convencer a Mme. Recamier y a su salón que ha sido amado a los sesenta y dos años por una muchachita, y que esto le ha dejado muy frío y solamente un poco avergonzado. Por esto hace que preceda a su relato el episodio del anciano en la iglesia, del anciano vacilante y arrastradizo que era él mismo. Luego, tras un paréntesis respecto a los versos que rimaba a orillas del Gave —y estos versos, que no cito porque son malos, pero que pueden leerse en las *Memo-rias*, no son amorosos— viene la narración. Y en ésta se siente a Chateaubriand muy presuroso por llegar al desenlace que honra a su cordura y pasando, como sobre ascuas, por los comienzos de este breve episodio

Primeramente, de la conversación a orillas del Gave, cuando la epistolaria anónima se revela y rompe su incógnito, conversación que evidentemente fué encantadora, nada. «*Patuit Dea*». Esto es todo. La cita latina es discreta y austera.

Después *visitas* de Chateaubriand a la «occitaniana». Hubo varias. Chateaubriand se las arregla astutamente de manera que quede la impresión, si no se está muy atento, de que no hubo más que una: «Fuí a hacer *mi* visita respetuosa.» Pero hubo varias, como lo prueba lo que sigue: «Una noche...» una y no aquélla. Luego hubo varias visitas. ¿Cuántas? No será Chateaubriand quien nos lo diga.

Una noche pues, es decir, algún tiempo después, la joven, tras una visita a hora algo avanzada, le acompaña por el camino, digo: por el camino, puesto que Chateaubriand va a decir a «su casa» y no a «su cuarto», y Chateaubriand se ve obligado a volverla a «su casa» en brazos, lo que quiere decir, o no entiendo de estas cosas, lo que es posible, que ella se desvaneció sobre el hombro de él.

Luego hubo una escena muy viva, voluptuosa o dolorosa, más bien ésto que aquéllo, en mi entender, y por lo que leeréis más adelante, pero en todo caso apasionada, que Chateaubriand muy prudentemente no nos describe, pero muy sabiamente nos deja comprender.

Después ruptura, de la que Chateaubriand no nos dice si fué brusca o producida por hábiles gradaciones; pero ruptura como era natural y necesaria, y en fin, felicitaciones de Chateaubriand a Chateaubriand por su cordura y su virtud.

En cuanto a la confusión y vergüenza que Chateau-

briand sintiera, no necesito decir que si todo lo demás está velado, atenuado y hasta suprimido, esto no es más que falso. Esto es lo que particularmente escribe para Mme. Recamier. Nunca Chateaubriand se avergonzó «de inspirar una especie de afición», como dice con una especie de hipérbole en el eufemismo, nunca en su vida, ni siquiera mucho después de 1830. Los que conocen, aun parcialmente, las cosas, no pueden menos de reírse en las barbas de tales frases.

Y ahora he aquí la confesión, he aquí la verdad. Esa aventurilla, anodina según las *Memorias*, esa niñada, fué una gran pasión, tal vez breve, pero terrible, lo que no asombrará a nadie que sepa lo que es el amor de un viejo a una joven, sobre todo cuando se siente amado.

Reproduzco en gran parte este largo fragmento, entrecortándolo con comentarios cuando lo juzgo útil.

«Antes de entrar en sociedad, erraba a su alrededor. Ahora que he sabido de ella, me mantengo igualmente aparte; viejo viajero sin asilo, veo por las noches cómo todos entran en sus casas y cierran las puertas; veo al joven enamorado deslizarse en las tinieblas; y yo, sentado afuera, cuento las estrellas, no me fío de ninguna y espero a la aurora que nada nuevo tiene que contarme y cuya juventud es un insulto a mis cabellos. Cuando me despierto antes de la aurora, recuerdo los tiempos en que me levantaba para escribir a la mujer de la que me había separado horas antes, Apenas si veía lo bastante para trazar mis letras a la luz del alba. Decía a la persona amada todas las delicias que yo había gustado, todas las que aún esperaba; le trazaba el plan de nuestra jornada, en que había

de encontrarla en algún paseo desierto, etc. (1). Ahora, cuando veo aparecer el crepúsculo, y desde mi lecho recorro con la mirada los árboles del bosque al través de mi ventana rústica, me pregunto por qué el día se levanta para mí, lo que he de hacer, qué alegría me es posible, y me veo errante, solo, de nuevo, como el día anterior, trepando por las rocas sin objeto, sin gusto, sin formar un proyecto, sin tener un solo pensamiento, o bien sentado sobre la maleza, viendo cómo pacen unos corderos o se posan unos cuervos en alguna sembradura. Vuelve la noche sin traerme una compañera, me duermo con sueños pesados o velo con importuno, recuerdos para decir de nuevo al día renaciente: «Sol; ¿por qué sales?»

Melancolía de un anciano solo, que cuida de su pecho en un balneario. Además, este anciano ha estado enamorado toda su vida y, *desde la edad de cuarenta años*, ha protestado contra el hacerse viejo, como «protestó» al salir del ministerio y tal vez mucho más.

Viene entonces, como es natural, una evocación de toda aquella juventud que está tan lejos, y por lo tanto, más insinuante que nunca, en el espíritu del anciano. Así es, por lo menos, Chateaubriand. Creo que hay ancianos que se han olvidado por completo de su juventud, o que, por lo menos, no piensa en ella sino rara vez. Los hay que la rumian sin cesar. Chateaubriand es de éstos. Chateaubriand no es un viejo, es un joven relapso, que es la manera más dolorosa de ser viejo. Por lo demás, desde el punto de vista del arte, cuando se trata de un Chateaubriand, no es cosa de lamentar, como vais a ver.

(1) El *etc.* es del texto.

«Preciso es remontarse mucho para encontrar el origen de mi suplicio; hay que volver a aquella aurora de mi juventud en que uno cree un fantasma de mujer para adorarla. Yo me desposaba (1) con aquella criatura imaginaria; luego vinieron los amores reales que nunca llegaron a la felicidad imaginaria cuyo pensamiento estaba en mi alma. Supe lo que es vivir para una sola idea y con una sola idea, aislarse en un sentimiento, perder de vista el universo, cifrar toda la existencia en una sonrisa, en una palabra, en una mirada. Pero aun entonces una inquietud insuperable turbaba mis delicias. Decíame: «¿me amaré mañana como hoy?» Una palabra que no era proporcionada con el mismo ardor que la víspera, una mirada distraída, una sonrisa dirigida a otro, me hacía al momento desí esperar de mi felicidad. Veía su fin y me acusaba a mí mismo. Nunca sentí el impulso de matar a mi rival o a la mujer de la que creía percibir el amor (?), siempre destructor de mí mismo, y me juzgaba culpable de no ser ya amado. Rechazado al desierto de mi vida, volvía a él con toda la poesía de mi desesperación. Y pensaba por qué Dios me había puesto en la tierra y no podía comprenderlo. ¡Qué lugar tan pequeño ocupaba yo aquí abajo! Aunque toda mi sangre se hubiera derramado en las soledades en que me cobijaba, ¿cuántas briznas de hierba habría enrojecido? ¿Y qué era mi alma? ¿Un pequeño dolor desvanecido al mezclarse con los vientos? ¿Y por qué todos esos mundos alrededor de tan mezquina criatura? ¿Para qué ver tantas cosas? Vagué por el globo, cambiando de sitios sin cam-

(1) ?— ¿No habría que leer: «yo me agotaba»?—(N. DEL A.)

Je m'épousais, yo me desposaba; je m'épuisais, yo me agotaba.—(N. DEL T.);

biar de ser, buscando siempre y no encontrando nada. Vi pasar ante mí nuevos seres encantadores; los unos eran demasiado bellos para mí, y no me hubiera atrevido a hablarlos, los otros no me amaban. Y, sin embargo, mis días se deslizaban y me asustaba su velocidad y me decía: «¡Apresúrate a ser feliz! Un día más y ya no podrás ser amado. El espectáculo de la felicidad de las nuevas generaciones que se alzaban a mi alrededor me inspiraba los transportes de los más sombríos celos: si hubiese podido aniquilarlas lo habría hecho con los placeres de la venganza y de la desesperación.»

Después de esta especie de introducción o de prelude, bruscamente, sin transición, el poeta se dirige a la joven que ocupa actualmente su pensamiento, y la pinta con rudeza el amor violento, pero sin esperanza y que *quiere* ser sin esperanza, que ella le inspira y que a él le *espanta*. Es el sentimiento de la timidez llegando hasta el terror lo que reina en la página siguiente. La timidez es el sentimiento común, el que todo anciano experimentaría. Bonita frase de un personaje de Gondinet: «Sí, señorita; tengo cuarenta años; es la edad en que los hombres empiezan a ser tímidos.»—El terror es lo que la imaginación poderosa y trágica añade a la timidez:

«Mira, aunque me dejase llevar por mi locura, no estoy seguro de amarte mañana. No creo en mí, me ignoro. La pasión me devora y estoy pronto a apuñalar-te o a reirme. Te adoro; pero dentro de un momento amaré más que a ti al rumor del viento entre estas rocas, a una nube que vuele, a una hoja que caiga. Después rogaré a Dios con lágrimas; luego me imaginaré la nada. ¿Quieres colmarme de delicias? Haz una cosa:

sé mía; y después déjame atravesarte el corazón y romper... (1). ¿Y qué?, ¿te atreverás ahora a aventurarte conmigo en esta Tebaida? (Han ido a pasear por parajes solitarios, por alguna hoyada de la montaña.) Si me dices que me amarás como a un padre, me causarás horror; si pretendes amarme como una amante, no te creeré. En cada hombre joven veré un rival preferido. *Tus respetos me harán sentir mis años, tus caricias me entregarán a los celos más insensatos. ¿No sabes que tal sonrisa tuya me mostraría la profundidad de mis males como el rayo de sol que ilumina un abismo?* Ser encantador, te adoro, pero no te acepto. Ve a buscar al joven cuyos brazos pueden entrelazarse graciosamente con los tuyos; pero no me lo digas. ¡Oh, no, no!, no vengas más a tentarme. Piensa que debes sobrevivirme, que seguirás siendo joven mucho tiempo cuando yo no exista ya. Ayer, cuando estabas sentada conmigo en la piedra, cuando el viento en la copa de los pinos nos hacía oír el ruido del mar (2), presto a sucumbir de amor y de melancolía, pensaba: ¿Es mi mano lo bastante suave para acariciar esta blanda cabellera? ¿Por qué marchitar con un beso unos labios que parecen abrirse para mí, para devolverme la juventud y la vida? ¿Qué puede ella amar en mí? Una quimera que la realidad va a destruir. Y, sin embargo, cuando inclinabas tu encantadora cabeza sobre mi

(1) Dos palabras ilegibles.

(2) La copia y Sainte-Beuve ponen «ruido». En el autógrafo Girand «cree leer»: *secreto*. Prefiero ruido, aunque más vulgar. En Cauterets me parece que Chateaubriand no puede pensar que los pinos le traduzcan el secreto del mar, tan lejano.—Y si es en Fontainebleau (ya veremos esto más adelante), la observación es la misma.

hombro, cuando brotaron de tu boca palabras embriagadoras, cuando te vi dispuesta a rodearme con tus manos como con una guirnalda de flores, necesité *todo el orgullo de mis años* para vencer la tentación de voluptuosidad de que me viste enrojecer. Acuérdate solamente de los apasionados acentos que te hice oír, y cuando ames un día a algún gallardo mancebo, «*pregúntate si te habla como yo te hablaba y si su fuerza de amar se aproximó nunca a la mía. ¡Ah!, ¡qué importa! Te dormirás en sus brazos, con tus labios en los suyos, con tu seno contra su seno, y os despertaréis embriagados: ¿qué han de importarte las palabras oídas entre la maleza?*»

Mezcla de magnífico orgullo y de amargo sentimiento de impotencia, que es completamente característico de Chateaubriand viejo y que se vuelve a encontrar aquí y allí (véanse los *Encantos de Prudencio*), casi en los mismos términos y por completo en el mismo tono.

La continuación, si se examina detenidamente, aunque parezca mucho más apasionada todavía y lo sea, es, *al mismo tiempo*, mucho más razonada. Se ven muy bien en ella las muy sólidas razones que Chateaubriand, al través de su delirio, se representó muy severamente para no darse lo ridículo de *haber sido* el amante, o casi amante, de la occitaniana. Es, en suma, su orgullo, como siempre en él, lo que triunfa. No ha querido que, más adelante y por comparación, la jovencilla, convertida en mujer, le encontrase ridículo; ha querido quedar, en el pensamiento, en el recuerdo de su amiguita, *sobre su pedestal*.

Esto es muy suyo, y además, es perfectamente razonable. Pero Chateaubriand tiene una manera ultralírica de ser razonable que constituye su privilegio.

«No, no quiero que tú digas nunca al verme después de la hora de la locura: «—¡Cómo! ¿Es ese el hombre a quien pude entregar mi juventud?» Escucha. Roguemos al cielo. Tal vez haga un milagro. Va a darme juventud y belleza. Ven, amada mía; subamos a esa nube, que el viento nos lleve al cielo. Entonces, sí quiero ser tuyo. Recordarás mis besos, mis ardientes caricias; seré muy grato en tu recuerdo, y tú serás muy desgraciada, porque seguramente dejaré de amarte. Sí; es mi carácter. ¡Y querías ser tal vez abandonada por un viejo! (1). ¡Oh, no! Ve a buscar un amante digno de tus juveniles gracias. Yo derramo lágrimas de hiel al perderte. Quisiera devorar a quien posea tal tesoro. Pero huye, rodeado de mis deseos, de mis celos, de..., y déjame a solas con el horror de mis años y el caos de mi naturaleza, en donde el cielo y el infierno, el amor y el odio, la indiferencia y la pasión, se mezclan en una confusión espantosa».

Viene luego, con esa precisión psicológica familiar a los que han tenido y sufrido muchos amores, la visión de lo que *serían* los celos de Chateaubriand si fuese abandonado por la joven *después* de haber sido su amante, celos que sabe muy bien que habían de ser mil veces más espantosos que los que tendrá al verla enamorada de otro, *sin que él* haya sido su amante. Esto es admirable de seguridad en medio de todo el lirismo y de todo el desorden de la pasión, y precisamente esta mezcla o esta combinación es algo único:

«Si te dejases llevar por los caprichos en que cae a veces la imaginación de una mujer joven, llegaría un

(1) «La admiración es mía, para marcar de qué manera comprendo la frase.»—(N. DEL A.)

día en que la mirada de un hombre joven te sustraería al fatal error, porque las veleidades y el cansancio ocurren hasta en los amantes de la misma edad» (1).

«¿Cómo me verías entonces, cuando llegara a aparecerme bajo mi forma natural? Irías a purificarte en unos (*sic*) brazos jóvenes después de haber sido estrechada por los míos; pero, ¿qué sería de mí? Me prometerías tu veneración, tu amistad, tu respeto, y cada una de estas palabras me atravesaría el corazón. Reducido a ocultar mi doble derrota, a recatar lágrimas que darían risa a quienes las vieses en mis ojos, a encerrar en mi pecho mis quejas, a morir de celos, me representaría tus placeres, me diría: «Ahora, en estos momentos en que me hablaba, desfallece de voluptuosidad en brazos de otro; le repite las tiernas palabras que me dijo, con más verdad y con ese ardor de la pasión que nunca pudo sentir conmigo. Entonces, todos los tormentos del infierno penetrarían mi alma, y no podría calmarlos sino con crímenes. Y, sin embargo, nada más injusto. Si me habías dado algunos momentos de felicidad, ¿me los debías? ¿Estabas obligada a darme toda tu juventud? ¿No era naturalísimo que buscaras las armonías de tu edad y esas relaciones de edad y de belleza que pertenecen a la naturaleza? ¿Te debía otra cosa que la más viva gratitud por haberte detenido un momento al lado del viejo viajero? Todo esto es justo y verdadero, pero no cuenta con mi virtud; si fueras mía, para dejarte necesitaría tu muerte o la mía. *Te perdonaría tu ventura con un ángel; con un hombre,*

(1) «He mudado de lugar la palabra «hasta» para hacer más clara la frase. Pido perdón, por mi fatuidad; pero no dudo de que Chateaubriand, al releer la frase, hubiera hecho su mudanza.»—(N. DEL A.)

jamás. No esperes engañarme; tu amistad tiene muchas más ilusiones que el amor y son mucho más duraderas. La amistad se forma ídolos y los ve siempre tales como los ha creado; vive del corazón y del alma; la fidelidad le es natural. Aumenta con los años y descubre cada día nuevos encantos en el objeto de su preferencia. El amor embriaga, pero la embriaguez pasa. *No vive de pureza y no se alimenta de gloria*. Al descubrir todos los días que el ídolo que ha creado pierde algo a sus ojos, pronto ve sus defectos, y el tiempo se encarga de hacerle infiel al despojar de sus gracias al objeto que amó. Las pasiones no devuelven lo que se lleva el tiempo. *La gloria no rejuvenece más que nuestro nombre.*»

Y todo el Chateaubriand anciano, tal como le conocemos por veinte relatos, se encuentra en estas últimas reflexiones. Nunca Chateaubriand puso la gloria más alta que el amor. Hasta es de creer que no buscó la gloria sino para el amor, como el que decía más prosaicamente: «Yo he deseado apasionadamente tener talento, porque es un medio de permanecer joven.» Después, viejo, advirtió que no solamente la gloria no tenía ningún valor comparada con el amor, sino que, ¡ay!, ni servía siquiera para prolongar verdadera y realmente la estación del amor, del que no hacía renacer sino la ilusión engañadora. ¡Cuán pérfida! «No rejuvenece más que nuestro nombre.»

Este es el trozo principal de lo que llamaré el manuscrito de Causerets; es un trozo que forma un todo y que, aun cuando no ha sido *compuesto*, ha sido, por instinto, por genio de gran artista, concebido de conjunto y que, como se ha visto, constituye una serie, y admirable, desde las largas melancolías del principio

hasta los gritos furiosos del medio y del fin, y hasta el apaciguamiento desesperado del extremo fin.

Al lado de este gran pasaje, que va a ser tan clásico como las más bellas páginas de *René*, hay frases lanzadas al papel que, si Chateaubriand hubiera redactado definitivamente, hubiesen, sin duda, hallado puesto en la contextura del gran pasaje. ¿Un retrato o por lo menos un boceto de la occitaniana? Bien lo quisiérais. Yo también. No los hay. Hay que contentarse con lo que sigue, que no es un señalamiento muy distintivo y que es lo que todos hemos dicho de la que amábamos: «... tenía el aspecto de la melodía misma hecha visible y realizando sus propias leyes».

Los otros fragmentos (salvo el que citaré el último) son más débiles que lo que hemos tenido el deleite de leer antes, y están mancillados con rasgos de mal gusto. Cito una parte, sin embargo, para dar una idea completa del estado de alma de Chateaubriand en 1830.

¿Y las gentes? ¿Soportarías sus juicios y sus mofas? Si yo fuese rico, dirían que te compro y que te vendes, por no poder admitir que pudieras amarme. Si fuese pobre... Y a mí (*sic*) me imputarían como un crimen el haber abusado de tu sencillez, de tu juventud... La juventud lo embellece todo, todo, hasta la desgracia. Encanta mientras que puede, con los rizos de un pelo negro, enjugar las lágrimas a medida que corren por las mejillas. Pero la vejez afea hasta la felicidad: en el infortunio es peor todavía. Los escasos pelos blancos de la cabeza calva de un hombre no bajan lo bastante para enjugar las lágrimas que vierta. Me has juzgado de una manera vulgar; has pensado, al ver la turbación que me causas, que llegaría a hacerte sufrir mis caricias. ¿Qué has conseguido? ¿Convencerme de

que podría ser amado? No, sino despertar al genio que me ha atormentado en mi juventud, renovar mis antiguos sufrimientos. *Envejecido en la tierra, sin haber perdido nada de sus sueños, de sus locuras, de sus vagas tristezas, buscando siempre lo que no puede encontrar y uniendo a sus males los desencantos de la experiencia, la soledad de los deseos, el tedio del corazón y la mácula de los años, di, ¿no habré proporcionado a los demonios, en mi persona, la idea de un suplicio que no habían inventado aún en la religión de los dolores eternos?»*

Lo que sigue a título de información y como indicación muy vaga, por lo demás, respecto a las relaciones *materiales* entre Chateaubriand y la desconocida: «¡No! no sufriré que entres en mi choza. Ya es bastante el rechazar de allí *tu imagen*, el velar como un insensato pensando en ti. ¡Qué sería si te hubieras sentado en la estera que me sirve de lecho, si hubieses respirado el aire que yo respiré por la noche, si te encontraras en mi hogar, compañera de mi soledad, cantando con esa voz que me vuelve loco y me hace daño!»

Las tres líneas siguientes, tal vez un poco desarrolladas, hubieran sido evidentemente el *final* de esta poderosa y desgarradora elegía: «Flor encantadora que yo no puedo coger, te dirijo estos últimos cantos de tristeza. No los oirás sino después de mi muerte, cuando haya reunido mi vida con el haz de las liras rotas.»

Se observará que estas últimas palabras son las mismas que las que terminan una nota acerca de madame Tastu, citada anteriormente: «Dirijo estos últimos cantos *a mujeres desconocidas*; no los oirán sino más allá de mi tumba, cuando haya reunido mi vida con el haz de las liras rotas.» Parecían venir, no se sabe por qué,

al final del fragmento sobre Mme. Tastu, el cual, aunque muy amable, no tiene en modo alguno el carácter de una declaración, ni siquiera póstuma. También el plural (*a mujeres desconocidas*) parecía raro, tanto más cuando que Mme. Tastu no es ciertamente una mujer desconocida. Compréndese ahora que, sin duda, al pensar en Mme. Tastu, Chateaubriand pensó en la occitaniana y en otras; y de aquí esa especie de invocación a varias sombras queridas.

En resumen, en el mes de Julio de 1830, en Caute-rets, Chateaubriand, a la edad de sesenta y dos años, encontró a una jovencita, a la que no conocía sino de correspondencia, pero desde hacía dos años. Esta joven estaba enamorada de él. El se enamoró de ella como de todas las mujeres que le amaban, tal vez más vehementemente. Sintió los peligros y sobre todo lo ridículo de la aventura y los tormentos que se preparaba, si cedía a la pasión de la joven y al capricho de él. Fué a verla, varias veces, de noche. Paseó con ella por el campo, le habló, entre la maleza, como él sabía hablar, y la trastornó por completo. La hizo cantar (y se sabe por «Prudencio» que gustaba de hacer cantar a las mujeres, en el sentido puramente musical de la palabra) y ella tenía una voz encantadora que le volvía loco. Ella quiso ir a casa de él; y él se negó a esto obstinadamente. Como ella le enloquecía y él tenía miedo de no poder dominarse, la trató bruscamente una noche, una noche en que probablemente ella quería ir hasta la casa de él, con una negativa dura y tal vez una frase cruel como: «Me has juzgado de una manera vulgar...» (Véase más arriba.) Ella se desvaneció. El la llevó en brazos a la habitación. No se sabe más. Pero es cierto que nunca la tuvo por querida. Su-

frió mucho con esta aventura, que fué para él una dicha aguda, que no hubiera dado por la Presidencia del Consejo.—Queda de todo esto seis páginas maravillosas.

Sainte-Beuve conoció este manuscrito de Causerets y habló de él incidentalmente —lo que no ignora, por supuesto, Giraud, que no ignora nada— en el artículo del 21 de Abril de 1862 de los *Nuevos Lunes*. Como siempre, juzga muy severamente con este motivo a Chateaubriand enamorado: «La negativa de Chateaubriand, escribe, es ardiente, apasionada, voluptuosa (¡sea!). Aun apartando y rechazando al homenaje, no le disgustaría ocupar, agitar aquel siervo corazón, dejarle una turbación, un largo pesar, una levadura inmortal, una gota del filtro que, si ya no sabe dar, sabe por lo menos corromper y envenenar la felicidad.»

¿En dónde ve todo esto Sainte-Beuve? Chateaubriand no tiene necesidad de ocupar y agitar aquel tierno corazón, puesto que está ocupado y agitado desde hace dos años. ¿Y en qué corrompe y envenena la felicidad de aquella muchacha? Dícele que se engaña, que se deja llevar por un capricho de imaginación del que la mirada de un joven la sacará bien pronto. La aparta de una tontería y la vuelve a los caminos amplios y rectos de la naturaleza y de la razón. Todo esto sufriendo un poco, o muchísimo, y gritando su sufrimiento un poco ruidosamente, sin duda; pero, en fin, es la razón, una elevada razón, que hay que tenerle algo en cuenta y agradecerle, lo que domina todo esto.

En una palabra, y prosaicamente, pero con exactitud, diré: Chateaubriand salvó de ella misma a una joven aturdida e hizo fastuosamente lo que cualquiera

de nosotros, hombres honrados, hubiera hecho de manera vulgar y algo lamentable. No es culpa suya el ser elocuente; y no veo ni filtro, ni corrupción, ni envenenamiento en todo este asunto.

Sainte-Beuve añade: «¡Y que censores ligeros, ininteligentes o hipócritas vengan a decir después de esto que yo ataco y empequeñezco a Chateaubriand! Le restituyo.»

No me queda sino elegir entre ligero, ininteligente o hipócrita. Prefiero ligero. Pero hay juicios, que son míos, que se me antojan de una ligereza singular, y me parece un poco raro que un hombre que preservó a una joven contra sí misma sea acusado de haberla torpemente perturbado, y creo que es la primera vez en que al negarse se llama corromper.

Lo que me pregunto es que hubiera querido Sainte-Beuve que Chateaubriand hiciera de la occitaniana.

Os dejo que lo penséis.

Y, además, para hablar con alguna seriedad, Sainte-Beuve razona absolutamente, tal vez por ignorancia, quizá con malicia, como si Chateaubriand hubiese entregado a la occitaniana, puesto ante su vista, las páginas un poco turbadoras, lo reconozco, que acaban de leerse. Ahora Chateaubriand dice precisamente lo contrario: «No leerás esto sino después de mi muerte.» Luego, aunque concedamos que estas páginas sean envenenadoras de felicidad, no sería exacto que Chateaubriand envenenase a nadie ni nada; y las inculpaciones de Sainte-Beuve son tan injustas como sus pudores pueden pasar por ridículos. Pero nos extraviamos un poco. Después de todo, yo no he querido hoy sino restituir, yo también, con toda justicia, a Chateaubriand, en un episodio de su vida.

Post-scriptum.

He transcrito, casi por entero, una *Confesión* de Chateaubriand, con arreglo a un manuscrito de la Biblioteca Nacional, reproducido por Víctor Giraud en sus *Estudios sobre Chateaubriand* y que, por lo demás, podéis leer en las *Memorias de Chateaubriand*, edición Biré, IV, 622 (apéndice).

Se ha preguntado, naturalmente, quién era aquella joven de la que Chateaubriand estuvo tan apasionadamente enamorado, a una edad avanzada, en una fecha desconocida. Víctor Giraud y, después de él, Biré, han creído que era la misma que la «occitaniana», a la que Chateaubriand consagró dos páginas de las oficiales y auténticas *Memorias de ultratumba* (edic. Biré, IV, 237). Por mi parte también lo he creído así, y en este sentido he escrito el artículo que precede.

Ahora bien; ha aparecido un artículo de M. de Vogüé (*Gaulois*, 2 de Diciembre de 1904) en que M. de Vogüé creía poder asegurar: 1.º, que «la occitaniana» de las *Memorias* auténticas no era otra que aquella señora de Vichet de que os he hablado a propósito de la correspondencia de la marquesa de V...; 2.º, que la *Confesión delirante* del manuscrito de la Biblioteca Nacional no podía referirse a la marquesa de Vichet y que se refería tal vez a los amores de Chateaubriand en 1832.

Estas dos aserciones me han asombrado y me he informado, y tengo a la vista cartas y notas del abate Pahlés, de Víctor Giraud, de M. de Vogüé. El abate Pahlés no cree que la occitaniana de las *Memorias* auténticas y la mujer a que se refiere la *Confesión de-*

lirante sean la misma persona; pero no cree tampoco que la occitaniana sea la marquesa de Vichet; cree que es la señora de Vatry, señorita de Hainguerlot, de soltera; y de otra parte, cree que la *Confesión delirante* debe atribuirse al año 1834 y que no es más que un ejercicio literario. Sentado esto, ¿cuántas preguntas hay aquí? Siete: 1.^a, ¿son la misma persona la occitaniana de las *Memorias* auténticas y la mujer de la *Confesión delirante*? 2.^a, si no son la misma persona, ¿quién es la occitaniana de las *Memorias* auténticas? ¿Es la marquesa de Vichet? 3.^a, ¿es la señora de Vatry? 4.^a, ¿es una desconocida que queda por descubrir un día? 5.^a, y puesto que no sea la occitaniana, ¿es la mujer de 1823 (la señora de Hamelin) la de la *Confesión delirante*? 6.^a, ¿no hay nada de esto en el caso de que la *Confesión delirante* no sea más que un ejercicio de estilo? 7.^a, ¿se trata de una mujer desconocida que está por descubrir y que se pondría en una fecha desconocida de la vejez de Chateaubriand?

¡Uf!, marchemès, «sin embargo».

1.^o La occitaniana de las *Memorias* auténticas (Biré, IV, 237) y la mujer de la *Confesión delirante* (Biré, IV, 622, Apéndice), ¿son la misma persona? Tengo dudas ahora. Paihlés hace observar con mucha insistencia en las cartas que tengo a la vista que el paisaje no es el mismo. Es verdad. El paisaje de la primera página de la *Confesión* no es ciertamente el de Cauterets. Preciso es confesarlo. Releed. Paihlés hace observar, de otra parte, que el estado de alma general no es el mismo que en 1829 (y no 1830, como ha dicho; pero por el momento no tiene esto ninguna importancia), puesto que en 1829, Chateaubriand no «ha salido de la sociedad» ni es «un viejo viajero sin asilo», des-

amparado moralmente y socialmente concluido. También esto fija mi atención.

M. de Vogüé responde que se trata de frases que Chateaubriand ha repetido toda su vida, por lo menos desde la edad madura. Sin duda, pero no completamente de la misma manera. Ciertamente que el Chateaubriand de las *Memorias* auténticas, episodio de la occitaniana, y el Chateaubriand de la *Confesión delirante* no parecen tener la misma edad, y éste parece más viejo que aquél. Es una impresión, Releed. Luego me inclino ahora a creer que la occitaniana y la mujer de la *Confesión delirante* no son la misma persona. Me inclino a creer, como M. de Vogüé con su sistema y el abate Pahlés con el suyo.

2.º Si la «occitaniana» y la mujer de la *Confesión delirante* no son la misma persona, ¿quién es la occitaniana? M. de Vogüé responde: «Es, probablemente, la marquesa de Vichet. —No lo creo. La marquesa de Vichet se escribió sin conocerle, durante dos años, de 1827 a 1829, con Chateaubriand. Le vió dos o tres veces en París en Junio de 1829, y hubo (ved ya el volumen, ya mi artículo) una ruptura absoluta entre ambos a las pocas visitas. ¿Hubiera ido la marquesa de Vichet a buscar, he estado a punto de poner acosar, a Chateaubriand a Cauterets un mes después? Nada más lejos de su carácter tal como la conocemos por sus cartas, justamente admiradas por M. de Vogüé. —Además, Chateaubriand dice que, antes de su aparición en Cauterets, no había visto nunca a su «occitaniana». Ahora bien; a la marquesa de Vichet la había visto un mes antes en París. Por «arreglador» que sea Chateaubriand, digo que, por las medidas que yo he tomado, según mis medios, respecto a sus «arreglos» habitua-

les, no ha falseado hasta tal punto la verdad. Puedo equivocarme.

Además, Chateaubriand da a su occitaniana «diez y seis años». La marquesa de Vichet tenía cincuenta justos en 1829. Por arreglador que sea Chateaubriand, no ha alterado la verdad hasta tanto... Mucho más cuanto que nada la obligaba a *decir la verdad*. Releed el pasaje. Sería tan gracioso si Chateaubriand hubiera dicho sencillamente: «una mujer joven», sin especificar nada. De una mujer de cincuenta años hubiese dicho: «una mujer joven», lo que siempre puede decirse por cortesía, y hubiera dejado la edad en una vaguedad poética. Pero dice: «la encantadora extranjera de diez y seis años», y en la última línea, para precisar bien.

—¿O para despistar?

—¿Para qué despistar y qué le podía importar a Madame Recamier que la occitaniana de Cauterets tuviera diez y seis años o cincuenta? Tan celosa estaría en un caso como en otro y sin duda más en el primero que en el segundo. No hay motivo de despistar.

Y añade: «Me ha agradecido el que yo me haya hecho justicia: se ha casado.» He aquí lo que es también para precisar.

—¡O para despistar!

¡Cuántos despistamientos que, por lo demás no servirían de nada! Si Mme. Recamier ha de tener celos, no dejará de tenerlos porque la occitaniana esté casada, puesto que a Chateaubriand no le ha contenido mucho en general «la consideración del marido», como dice Mme. de La Fayette.

No, todo esto es, porque es verdad, aunque muy atenuado, por supuesto, y sin que Chateaubriand lo diga

todo; pero la verdad sumaria. Me parece cierto que Chateaubriand conoció en Cauterets a una «occitaniana» que tenía diez y seis o diez y ocho años, a la que nunca había visto, que le escribía desde hacía dos años y que estaba enamorada de él y a la que tranquilizó más o menos y que no era la marquesa de Vichet.

Objeciones de M. de Vogüé: Pero, como la marquesa de Vichet, la occitaniana es de Tolosa.

—Es occitaniana y nada dice que sea de Tolosa. Occitaniano quiere decir sencillamente: que es de un país de lengua de Oc. Nuestros padres (de 1800 a 1840 aproximadamente) ponían «occitaniano», noblemente, donde nosotros ponemos «meridional».

—Pero, como la marquesa de Vichet, escribía a Chateaubriand desde hacía dos años.

—¡Oh! Tantas mujeres han escrito a Chateaubriand que no es nada imposible que la occitaniana escribiese desde hacía dos años a Chateaubriand en concurrencia con la marquesa de Vichet.

—¡Pero según esto tenía catorce años en la época de su primera carta a Chateaubriand!

—¿Y qué? ¿Es la primera vez que una muchachita escribe a un hombre ilustre? Observad que Chateaubriand la llama «la ideal, *determinada* y encantadora extranjera de diez y seis años» (*extranjera* es entre paréntesis muy chocante, y no veo que nadie se fije en ello—??). Además, él dice diez y seis años y ella puede tener diez y siete, o diez y ocho o veinte. Dentro de estos límites Chateaubriand «arregla».

En fin, tengo una idea que no me deja desde hace un cuarto de hora. Es muy posible que si Chateaubriand dice «que me escribía desde hacía dos años», sea por una confusión o una síntesis más o menos consciente

precisamente entre la occitaniana y la marquesa de Vichet. La marquesa, en Julio de 1829, le escribía desde hacía dos años. Encuentra en Cauterets a la espiritual y determinada joven que le escribía desde hacía algún tiempo. Un año después, al redactar las *Memo-rias*, confunde un poco las dos aventuras que por un solo lado se parecen y escribe que la occitaniana le enviaba cartas desde hacía dos años. Esta suposición es razonable.

Pero que Chateaubriand haya hablado, como teniendo «diez y seis años», como espiritual y determinada, como siendo una mujer «a la que nunca había visto», como una mujer «a la que llevó en sus brazos a casa de ella», como una mujer «a la que tenía vergüenza de inspirar a su edad una especie de afición», de la marquesa de Vichet, que tenía cincuenta años, que era más elocuente que ingeniosa y todo lo menos determinada posible, a la que había visto tres o cuatro veces un mes antes y que era madre de un capitán de cazadores, no, la alteración es demasiado fuerte.

Para mí la occitaniana no es la marquesa de Vichet.

3.º Lo es la señora de Vatry, señorita de Hainguerlot, de soltera, cree el abate Pailles (con muchas reservas, por lo demás). La palabra «extranjera», no se refiere a ella (como tampoco a la marquesa de Vichet ni tampoco a una occitaniana cualquiera), es verdad; la palabra «occitaniana» le es igualmente impropia; porque la señora de Vatry, señorita de Hainguerlot, de soltera e hija de un proveedor de los ejércitos del Directorio, parece haber nacido en París. Pero algunos textos de Chateaubriand hacen creer al abate Pailles que podría ser, sin embargo, la heroína de Cauterets. Vedlos. Viernes 6 de Agosto de 1841, carta de Cha-

teaubriand a Mme. Recamier. «... A propósito, ¿no conoce usted a una señora de Vatry, antes señorita de Hainguerlot? Pretende que la he tenido en mis rodillas cuando era pequeña. Mis rodillas son muy gloriosas. Creo haberla encontrado una vez en el balneario de Cauterets, cuando era una *leona*, en la época en que presentaba yo estúpidamente mi dimisión para complacer a unos hombres que se han convertido en mis enemigos. «¡Ah! *leona*» y «Cauterets» y «1829».

Todo parece coincidir. La sospecha es de peso.

—Pero —responde Mr. de Vogüé— la señora de Vatry no es una occitaniana. Y además: —En 1829 tenía veintiséis años, y no diez y seis, puesto que nació en 1803. Y por añadidura: —En 1829 hacía diez años, o por lo menos nueve, o quizá once, que estaba casada, porque se casó a los quince o diez y seis años. Y más aún: —Las mismas líneas que Chateaubriand le consagra en 1841 demuestran que no guardaba de ella sino un vaguísimo recuerdo. Recuerda que la vió en 1829 en Cauterets y que ella llevaba allí la vida bulliciosa de una «leona» (en estilo de 1841, mujer de sociedad muy lanzada y un poco excéntrica). Ningún parecido con la occitaniana, «determinada e ideal», pero retirada, y en modo alguno, bulliciosa. La occitaniana no es la baronesa de Vatry.

Es completamente mi parecer que la occitaniana no es ni la marquesa de Vichet ni la baronesa de Vatry.

4.º ¿Quién es, pues? Mi *impresión* es que no hay que buscar entre las mujeres que han dejado un nombre en la historia, ni aun anecdótica, ni aun entre las mujeres que se sabe han sido amadas por Chateaubriand, entre las mujeres de su mundo. El tono con que él habla de ella me indica que es una mujer de

condición inferior a la de él. Habla de ella paternalmente, pero ligeramente. Juguetea un poco con el recuerdo: «La brisa de la montaña se llevó pronto el capricho de una flor.» Percíbese que le *agradó*, y no *halagó*; *agradó*, porque ella tenía diez y seis años y él sesenta; *halagado*, en modo alguno. Estoy persuadido de que la occitaniana era una burguesita. Tenía diez y seis o diez y siete o diez y ocho años. Está en Cauterets por su salud, y parece que está sola. Tiene la completa libertad de sus actos, como sólo las muchachas del pueblo pueden tenerla a su edad. Se ha encaprichado de Chateaubriand, y le encuentra. Va «derecha a él». Por poco le echa los brazos al cuello. Se pasea con él, de noche, por el campo, y se desvanece en sus brazos. El la vuelve a casa. Todo esto es de una burguesita «espiritual y determinada», y probablemente deliciosa, pero de una burguesita. Más adelante escribe a Chateaubriand una cosa así: «Estaba loca, y usted ha sido muy bueno. Ya ha pasado. Me he casado. Siempre le recordaré con gusto.» Es una burguesita que había leído *Atala*, muy popular entonces (*René*, no; *Atala*, sí, tanto como *Los Misterios de París* más adelante). Es una burguesita. Tan finamente como un personaje de *La Torre de Nesle*, dice: «Son damas principales, principalísimas damas», yo diré siempre: «Es una burguesita.» Luego es muy probable que no se sepa nunca el nombre de la occitaniana. No sé si seréis como yo; pero yo prefiero esto. Una Bettina del pueblo, que nunca llegó a condesa. Chateaubriand hubo de hablar de ella con su amigo Beránger. Es una visión muy agradable.

5.º Y ahora, ¿quién es la mujer de la *Confesión delirante*, suponiendo que no sea la occitaniana, lo que

yo he aceptado como muy posible? Mr. de Vogüé se inclina a creer que la mujer de la *Confesión delirante* es la de 1823, la que adoraba cuando era ministro de Estado (muy probablemente la señora de Hamelín). Desde luego, el *tono* de la *Confesión delirante* y el de las cartas amorosas de 1823 es el mismo. Ya conocéis el *tono* de la *Confesión delirante*, y además, reconcentraos un instante. Merece la atención. El *tono* de las cartas de 1823 era éste: «Mi ángel, mi vida, no sé qué más aún, te amo con toda la locura de mis primeros años. Vuelvo a ser para ti el hermano de Amelia. Lo olvido todo desde que me has permitido caer a tus pies. Sí, ven a la orilla del mar, adonde tú quieras, lejos del mundo. Por fin he alcanzado el sueño dichoso tan perseguido. Tú eres a la que adoro desde hace tanto tiempo, sin conocerte... Te escribo después de haber escrito a todos los reyes y a todos los ministros de Europa. Mi mano está cansada, pero mi corazón no lo está... Iba a marchar, lleno de alegría, para ir a ti, cuando el rey me ha mandado a decir que deseaba verme mañana a mediodía. El temor de perjudicar una vida que es tuya, a quien debo la gloria para hacerme amar (1), puede solamente impedirme que no lo echa-se todo a rodar y te llevara al fin de la tierra... Recibe un millón de besos en tus manos, en tus labios y en tu pelo...»

El *tono* es el mismo, sí, poco más o menos.

Pero esto no es una indicación muy precisa, porque el *tono* de Chateabriand fué siempre el mismo, con es-

(1) Y he aquí por qué algunos meses después Chateaubriand salió del Ministerio encolerizado. Chateaubriand no deseó nunca la gloria política o literaria o de viajero para ser amado de las mujeres.

casa diferencia de matices, siempre que estaba fuertemente enamorado, y era raro que no lo estuviese muy fuertemente. Pero respecto a que la *Confesión delirante* fuese escrita en 1823, hay una objeción formidable, consistente en las primeras líneas, en las que Chateaubriand se dice fuera de la sociedad, etc. Ciertamente, en 1823 (y ni siquiera en 1829) no estaba fuera de la sociedad. Algo faltaba.

Esta formidable objeción ha puesto, sin duda, a Mr. de Vogüé en la pista de una observación que, por lo demás, hubiera podido hacer sin esto, por el solo efecto del sagaz espíritu crítico que posee. Ha observado que el tono de la *Confesión delirante*, desde el principio hasta las palabras: «Mira, aunque me dejara arrastrar por mi locura...», no es el mismo que el de la propia confesión, a partir de tales palabras.

Muy justo, perfectamente justo. Mr. de Vogüé saca de ello conclusiones exageradas en mi opinión, *demasiadas conclusiones*, como veremos enseguida; pero es justísimo de por sí. El tono hasta: «Mira...» es sumamente distinto de lo que luego es.

¿Qué conclusiones saca Mr. de Vogüé? Deduce que el texto hasta «Mira...» y el texto de después de «Mira...» podrían muy bien ser dos textos independientes entre sí y escritos en tiempos diferentes.

¿Qué es lo que hace para esto? Una cosa utilísima para su tesis: *Quita la fecha a la Confesión delirante*. Si la *Confesión delirante* no es más que un trozo, forma bloque, está fechada por las primeras líneas; tiene una indeterminada, pero aproximadamente fija; está fechada en la época en que Chateaubriand había renunciado a la sociedad y a desempeñar un papel; en una palabra: está fechada *después* de 1830. Pero si la

especie de prefacio con que empieza la *Confesión delirante* es de otra época distinta de la del cuerpo mismo de la confesión, la confesión carece ya de fecha. El prefacio puede ser y debe serlo posterior a 1830; hasta es, quizá, de cualquier momento, de la edad madura de Chateaubriand, después de 1820, si queréis; luego puede ser de 1823, y, por lo tanto, puede referirse a la dama de 1823. Y ya estamos.

Sí, es posible; pero por de pronto no está probado, y se necesitaría un estudio sobre los manuscritos para probarlo, y además, creo que este estudio, recomendable para los eruditos y expertos, no conduciría a gran cosa; y, en fin, ¡Dios mío!, el texto de la *Confesión delirante*, aun prescindiendo de su prefacio y amputándole, no me parece en modo alguno que pueda referirse a la dama de 1823, la cual, cualquiera que sea, es una dama joven, pero no muy joven; no es una muchacha, una muchachita.

Ahora bien; la *Confesión delirante* se dirige a una joven, a una jovencita, que no ha amado nunca, que ama por primera vez, que por primera vez cree amar. La mujer de la *Confesión delirante* es casi una niña.

No es a una mujer hecha, y en 1823, es decir, cuanto no tiene él más que cincuenta años, a la que Chateaubriand, ni ningún hombre, pero sobre todo Chateaubriand, escribiría: «Si me dices que me amas como a un padre, me horrorizarás; si pretendes amarme como una amante, no te creeré. En cada hombre joven veré un rival preferido...»

No es una mujer hecha a la que Chateaubriand, de cincuenta años, escribiría: «... Te adoro y no te acepto... Ve a buscar al joven cuyos brazos podrán enlazarse con los tuyos graciosamente... Cuando ames

un día a un gallardo mancebo... No, juvenil encanto, ve a tu destino; ve a buscar un amante digno de ti...»

No es a una mujer hecha a la que Chateaubriand, de cincuenta años, diría: «Y las gentes... Si fuese rico, dirían que te compro y que te vendes, por no poder admitir que puedas amarme... Me acusarían de haber abusado de tu sencillez, de tu juventud, de haberte aceptado, de haber abusado del estado de... (una palabra ilegible, pero que quiere decir verosímilmente *locura*, *aturdimiento*, *enajenamiento*), en que cae (otra palabra ilegible, pero que verosímilmente quiere decir una *niña*) al estrecharme en tus brazos... La vejez afea hasta la felicidad.»

Y, en fin, no es a una mujer hecha, no es, sobre todo, ciertamente a la dama de 1823, a la que Chateaubriand *se hubiera abstenido de enviar esta confesión*. No es a ella a la que hubiera dicho, o más bien, para la que hubiese escrito sin querer decírselo a ella misma: «No oirás (esto) sino después de mi muerte, cuando haya entregado mi vida a los haces de las li-ras rotas.» No es a ella a la que hubiera dicho: «Te dirijo (idealmente) mis *últimos cantos de tristeza*...» Pero he aquí casi una fecha. No es en 1827 cuando Chateaubriand puede hablar de sus últimos cantos de tristeza. Es evidentemente mucho después. He aquí lo que llamo, por lo menos, una fecha negativa. De lo que acabo de decir, concluyo *sin firmeza* que la *Confesión delirante* es de después de 1830, y afirmo *con seguridad* que no es de 1823 y no tuvo por objeto *en cualquiera fecha que se hubiese escrito* a la dama de 1823. El pasaje de las *Memorias auténticas* no se refiere ni a la marquesa de Vichet ni a la baronesa de Va-

try, ni la *Confesión delirante*, se refiere a la dama de 1823. He aquí a lo que hemos llegado.

6.º ¿Quién puede ser la mujer de la *Confesión delirante*? El abate Pahlés cree o se inclina a creer que nadie. Cree o se inclina a creer que se trata de un ejercicio de retórica al que se entregó Chateaubriand en Fontainebleau el sexto día del mes de Noviembre de 1834, que era un día lluvioso.

Porque el miércoles (5 de Noviembre de 1834) escribía a Mme. Recamier: «Es el delicioso desierto de Enrique IV. Temo que en lugar de hacer lo antiguo (es decir, la prosecución de las eternas *Memorias de ultratumba*) me ponga a hacer elegías. Me asaltan ya doce o quince musas.» Y al día siguiente, 6 de Noviembre, le escribía: «No ha cesado de llover en todo el día. El castillo, o los castillos, es Italia en un desierto. Estaba tan en vena y tan triste, que hubiera podido hacer una segunda parte de René, del viejo René. He tenido que pelearme con la muchacha para desechar este mal pensamiento; aun así no me he librado sino con cinco o seis páginas de locura, como se sangra uno cuando la sangre ataca al corazón o a la cabeza. No he podido abordar la *Memoria*, no he podido leer *Santiago* (de Jorge Sand). Estaba harto de mis sueños. A usted sola le incumbe expulsar a todas las hadas del bosque que se han lazado sobre mí para ahogarme. Debería morirme de vergüenza de ser así. A los pies de usted pongo mi vergüenza y mi ternura.»

Luego la *Confesión delirante* es un entretenimiento de Chateaubriand, que se aburre un día de lluvia en Fontainebleau.

Hay verosimilitud en esta conclusión ingeniosa, basada en una observación, por lo menos, muy curiosa.

No os fijéis en lo de las «cinco o seis páginas» para un escrito que, con la letra de Chateaubriand, hace doce cumplidas. Cinco o seis páginas quiere decir unas cuantas páginas. Si se quiere, hasta nos hallaríamos ante una exposición exacta, aceptando la hipótesis de M. Vogüé y quitando de la *Confesión delirante* las páginas que le sirven de prefacio, hasta «Mira...» De otra parte, las palabras «elegía» y «locura» encajan muy bien en el escrito de que se trata. «Hubiera podido hacer una segunda parte de René» casi igualmente bien. Tales son las verosimilitudes.

Pero no hay más y no bastan. El paisaje, que no concordaba nada con Cauterets —volvemos a él—, concuerda muy bien con Fontainebleau, dice el abate Paihlés. Pero... ¡nada de eso! Chateaubriand está en el mismo Fontainebleau, puesto que habla del castillo, y no en ninguna linde del bosque. Está en el mismo Fontainebleau. ¿Y es en Fontainebleau donde «sentado en la maleza... veo pacer unos corderos, posarse algún cuervo sobre una sembradura...?» Yo no veo corderos que pazcan ni tierras labradas alrededor de Fontainebleau.

Otras expresiones pueden referirse *indiferentemente* a Fontainebleau o a Cauterets: «Paseo mis miradas por los árboles del bosque.» «—¿Y qué? ¿Te atreverás a aventurarte conmigo en esta tabarda?» «—Trepan-do rocas sin objeto.»

Y, en fin, otras expresiones todavía se referirían más bien a Cauterets que a Fontainebleau: «Cuando veo aparecer el crepúsculo y, desde mi lecho, paseo mis miradas por los árboles del bosque al través de mi ventana rústica, me pregunto porqué el día se levanta para mí.»—Por rústico que fuese Fontainebleau en

1830, tales expresiones convienen más bien a Cauterets. «—No, no sufriré nunca que entres en mi choza; ya es bastante rechazar tu imagen, velar como un insensato pensando en ti. ¿Qué sería si te sentaras en la estera que me sirve de lecho?...—Por rústico que fuese Fontainebleau en 1830, «choza» y «estera» convienen más a Cauterets que a Fontainebleau por esa época.

Nada menos probado, pues, que el que Chateaubriand escribiese la *Confesión delirante* en 1834, en Fontainebleau. Sin embargo reconozco, *pero sobre todo si se admite que el prólogo de la confesión delirante y la confesión misma son una misma composición y del mismo tiempo*, que un escrito en el que Chateaubriand se presenta como retirado de la sociedad y no perteneciente ya al mundo, es más bien atribuible al Chateaubriand posterior a 1830 que al de antes. El prólogo tiene el tono de las cartas fechadas en Ginebra (1832) y el pasaje aludido es el de un Chateaubriand que se encuentra decididamente muy viejo. Chateaubriand —hay que tenerlo en cuenta— no se encontró decididamente muy viejo hasta a eso de los setenta años, hacia 1835. He aquí buenas razones en favor del abate Paihlés.

Pero este pasaje, cualquiera que sea la época en que se escribiese, ¿es un simple ejercicio de estilo, sin otro objeto? Nunca nadie me lo hará creer. El prólogo tal vez, y aun lo dudo. La confesión propiamente dicha, desde «mira...» jamás. Todo aquello está escrito con sangre que corre del corazón. Todo es un grito furioso de pasión desbordada.

Objeción: «Usted no sabe absolutamente nada de esto y usted no puede saberlo, porque usted, hombre

sin imaginación, no puede medir lo que un hombre de imaginación como Chateaubriand puede hacer de nada, lo que la imaginación de un Chateaubriand puede crear *ex nihilo*.»

—Perfectamente justo. Hay grados, sin embargo. Se ve bien, cuando se tiene un poco de costumbre, se ve bastante bien los lugares en que Chateaubriand hace simples variaciones en un violín mágico, y los lugares en que está verdaderamente conmovido, en los que pulsa él las cuerdas, sino en las que es pulsado; y las diferencias entre éstos y aquéllos pasajes. No deja esto de verse. Ahora bien; si hay un escrito en el que Chateaubriand parezca conmovido hasta el delirio, es la *Confesión*. Todas sus líneas proclaman la verdad; dicen: «Esto ha ocurrido.»

—¡Simple impresión!

—Sí, evidentemente, simple impresión; pero es preciso, sin embargo, no negar todo crédito a la impresión sentida. En fin, veamos. Las cartas de 1823 a la dama de 1823, convendréis en que no son un mero ejercicio de estilo. Pues bien; la *Confesión delirante* tiene el mismo tono, aún más ardiente y profundo que el de las cartas de 1823. Luego estoy convencido de que el objeto de la *Confesión delirante* ha existido.

—Pero ¿y lo que escribe acerca de esto Chateaubriand a Mme. Recamier? —Por de pronto habría que probar que lo que escribe Chateaubriand en Noviembre de 1834 a Mme. Recamier es *esto*; y ya he demostrado que no es más que una hipótesis y no muy verosímil. Después, aun suponiendo que sea en efecto de la *Confesión delirante* de lo que Chateaubriand habla en Noviembre de 1834 a Mme. Recamier, habría que deducir, por el contrario, que la confesión se refiere a un objeto muy

preciso. Sí. Chateaubriand está en Fontainebleau; da cuenta día por día a Mme. Recamier de lo que hace. Tiene algunas entrevistas con una muchachita. Está muy turbado y vuelve a ser René por ocho días. Escribe acerca de ello «cinco o seis páginas de alegría». Lo cuenta todo a Mme. Recamier, *menos quién es la muchachita, por supuesto*. Esto es elemental; y así lo hizo, tanto con Mme. Recamier como con cualquiera otra toda su vida. El que Chateaubriand tuviera en 1834, en Fontainebleau, unos rápidos amores platónicos y por añadidura muy trágicos, que pasara por un estado de espíritu muy especial e inhabitual, que no pudiese ocultárselo a Mme. Recamier, por la necesidad que siempre tenía de hablar de él y abrir su alma, y que revelase a Mme. Recamier ese estado de alma, *menos su causa*, son cosas que se comprenden y perfectamente verosímiles, y muy propias de Chateaubriand.

7.º Creo, pues;

O en que la *Confesión delirante* se refiere a la «occitaniana» de las *Memorias* oficiales (1829), la cual no sería ni la marquesa de Vichet, ni la baronesa de Vetry, sino una joven que quedó desconocida, y que sin duda permanecerá desconocida; esto es muy posible, porque todas las razones que se han hallado o que yo mismo he encontrado contra esta hipótesis son muy débiles; O en que, después de 1830, en fecha desconocida, en 1834 quizá, en Fontainebleau, encontró Chateaubriand a una segunda jovencita de la que fué amado, a la que amó y de la que se desembarazó cortesmente.

Esto haría dos Bettina. No me chocaría mucho. Goethe, como es sabido, tuvo más de una, en la misma edad. Y de René no es más sorprendente que de Wolfgang.

Lamartine.

Cinco (1) cartas de Julia Charles, celebrada por Lamartine con el nombre de Elvira, y descubiertas en Saint-Point por Renato Doumic, han dado lugar a dos publicaciones: las *Cartas de Elvira a Lamartine*, por el mismo Doumic y *Lamartine de 1816 a 1830*, por León Seché; este último libro tiene por objeto combatir la tesis sostenida en el primero.

Porque, a lo que parece, se trata de saber si Julia Charles fué la amante de Lamartine o si fué solamente una mujer a la que amaba Lamartine y era amado por ella.

En cuanto a mí, la cuestión me es bastante indiferente: pero, en fin, en ella se ocupan, y es una ocasión de leer detenidamente y de interpretar los textos más bellos del mundo, es decir, tanto los que son de mano

(1) Puede decirse cinco o cuatro, según la manera de contar, según que se cuente por *dos* la carta de 1.º de Enero de 1817 (noche) seguida en el mismo papel de una carta del 2 (mañana); o según que se cuenten estas dos cartas por una sola. Yo cuento, para la claridad de mi exposición, esta carta del 1.º (noche) y del 2 (mañana) por dos cartas, y por consiguiente, cuento cinco cartas: la del 25 de Diciembre de 1816, la del 1.º de Enero de 1817 (noche), y la del 2 de Enero de 1817 (mañana), la del 2 de Enero de 1817 (tarde); la del 10 de Noviembre de 1817.

de Lamartine como los que son de mano de Madame Charles; y en fin, mi indiferencia sobre el punto preciso me anima a escribir de él, puesto que es una garantía de la perfecta imparcialidad con que he de escribir.

He aquí la historia de las relaciones entre Julia Charles y Lamartine tal como la comprende Doumic. Resumiré después la misma historia tal como la comprende Seché.

Según Doumic, Lamartine encontró a Mme. Charles en las aguas de Aix, a fines de Agosto de 1816. Habitaban en la misma casa; él estaba solo y ella estaba sola. El tenía veintiséis años. Ella treinta y dos. Hablaron, se pasearon alrededor del lago y por el lago, de día y de noche. Fueron amantes o, como dice Doumic en estilo irreprochable: «todo lo que no era su amor quedó olvidado». Ella se volvió a París el 15 de Setiembre. Lamartine la acompañó una parte del camino, pero tuvo que ir a su casa. Por Navidad del mismo año, Lamartine encontró el medio de reunirse con Julia en París. Fué recibido en casa de ella, a menudo delante de gente, a menudo a solas; ella fué a casa de él. Hubo un enfriamiento a causa del retraso de unas cartas de Mme. Charles, o de la excesiva frialdad de aquéllas, según el sentir de Lamartine. Hubo, si no «sospechas», a lo menos disminución de «confianza» por parte de Lamartine. Hubo desesperación por parte de Julia Charles. Hubo reconciliación. Lamartine se alejó de París en Abril de 1817. Escribió a menudo a Julia y ésta le contestó a menudo. Volvió él a las aguas de Aix «solo» en Agosto de 1817, y escribió *El lago* en Setiembre. Julia Charles, enferma del pecho desde hacía mucho tiempo, murió en París el 18 de Di-

ciembre de 1817. Las cartas de Lamartine que ella había conservado y el crucifijo que tuvo sobre el pecho al morir se entregaron al señor de Virieu por el señor Charles y por el señor de Virieu a Lamartine. Lamartine escribió *El Crucifijo* y se casó a los dos años de esto.

He aquí, secamente resumida, la versión de Renato Doumic.

He aquí la de Seché.

Lamartine conoció a Madame Charles en las aguas de Aix en Agosto de 1816. Se agradaron y se cautivaron mutuamente. No tuvieron ni el tiempo ni el deseo de llegar a ser amantes. Lamartine una vez en París, en Diciembre de 1816, deseó probablemente ser el amante de Julia, pero la virtud y los sentimientos religiosos de ésta se opusieron en absoluto, además de la idea, desgarradora para Julia, de que Lamartine había amado a otra mujer antes que a ella (Graziela), cosa que descubrió leyendo los versos manuscritos de Lamartine. Esta renunció a su anhelo y «se condujo en términos amistosos», como dice Malherbe. Siempre afirmó y probó con actos que nunca hubo sino el afecto más inmaterial entre Julia y él.

He aquí secamente resumida la versión de León Seché.

Veamos en qué textos se apoya cada una de estas dos versiones.

La versión de los amores culpables se apoya sobre todo en las dos famosas estrofas del *Lago* que estaban en la redacción primitiva, que Lamartine suprimió, que se encontraron entre sus papeles, que se publicaron en 1881 en sus poesías póstumas y que son estas.

Callóse ella: nuestros corazones, nuestros ojos se encontraron.
 Frases entrecortadas se perdían en los aires; [traron.
 Y en un largo transporte volaron nuestras almas

A otro universo.

No pudimos hablar; nuestras almas debilitadas
 Sucumbían bajo el peso de su felicidad;
 Nuestros corazones latían juntos y nuestros labios unidos
 Decían: eternidad.

Difícil es, en efecto, decir con mayor claridad las cosas, a menos de decírselas crudamente, cosa que Lamartine, a partir de 1816, era perfectamente incapaz de hacer. Los que creen en los amores culpables se sienten muy fuertes apoyándose en estas dos estrofas.

—Pero estas dos estrofas fueron suprimidas. Su supresión se convierte en un argumento, del que se sirven, en favor de los que creen en los amores puros. Más adelante examinaremos este lado de la cuestión.

Por el momento véase dónde estamos: en 1817, en Setiembre de 1817, Lamartine, al escribir *El lago*, decía en términos decentes y en bello estilo, pero todo lo claro posible: «Madame Charles y Lamartine se amaron íntegramente.» Decía esto en Setiembre de 1817, antes de la muerte de Julia Charles; anetad este punto, provisionalmente. Pero lo decía, sin oscuridades.

La versión de los amores culpables se apoya luego en las cinco cartas de Julia encontradas por Doumic en Sain-Point. Aquí transcribiré mucho, primeramente para presentar bien la versión de los amores culpables con todas las armas de que se puede usar y con que puede defenderse contra quien la ataca; y después, lo confieso, por darme el gusto de copiar las más bellas palabras de amor que se hayan tal vez escrito. Julia Charles es el Saint-Simon del amor: ha «escrito a la

diabla para la posteridad». Se reelerá su incorrecto y sublime «Canto de amor» tanto tiempo como el de Lamartine, y declaro que si me fuera preciso preferir entre uno y otro... Pero no estoy aquí para distribuir premios en corte de amor.

Así, pues, en la noche del 25 al 26 de Diciembre de 1817, Julia Charles escribía a Lamartine: «¿Eres tú, Alfonso, eres verdaderamente tú al que acabo de estrechar en mis brazos y que te me has escapado como la felicidad se escapa? Yo me pregunto si no es una aparición celeste que Dios me ha enviado, si me la volverá a mandar, si volveré a ver a mi niño querido y al ángel que adoro... ¡Cuánto mal nos han hecho, Alfonso, los crueles que nos han separado! ¿Qué teníamos de común con ellos para que vinieran a interponerse entre nosotros y nos dijese: No os miraréis más?... He creído que iba a decirlos: ¡Eh! Dejádme. Bien véis que no soy vuestra, que he sufrido mucho, y que ya es tiempo, para que viva, de que me reanime en su seno... ¡Ah! Que se pase esta noche. Me tortura. ¡Oh, no me engaño, Alfonso! Estás aquí. Habitamos el mismo lugar. No estaré de ello segura hasta mañana. Y necesito volver a verte para creer en mi felicidad. Esta noche la turbación es demasiado fuerte. ¡Querido valle de Aix! No era así como nos reunías; no eras con nosotros avaro de las alegrías del cielo. Hubieran durado como nuestro amor, sin término, sin límites. Hubieran durado toda la vida. Aquí vedlas ya turbadas. Pero debemos esperar, querido niño, otras noches mejores. Ya verás como, habitualmente, estoy sola. Ya verás, mañana, mi querido ángel, si Dios es tan bueno que nos deje vivir hasta la noche, cómo pasarán horas y horas sin que nos separen... Mañana ten-

go la desgracia de no estar libre antes de las doce y media de la tarde... Espérame en tu casa, ángel mío. Iré en cuanto me dejen, y preguntaré por ti para llevarte, a fin de que pasemos lo restante de la mañana juntos... ¡Ah, niño mío, cuánto te amo, cuánto te amo! ¿Te lo has dicho bien? ¿Lo has visto? En medio de estas gentes en que era preciso hablar, ¿sentías sufrir a mi corazón? ¿Le veías latir? ¡Alfonso, Alfonso! Desfallezco de emoción. Te adoro, pero ya no tengo fuerzas para decírtelo. ¡Ah! ¡Qué bien me harían unas lágrimas abundantes! ¡Qué difícil es de llevar la felicidad! Pobre naturaleza humana, eres demasiado débil para ella... Te dejo por unas horas, querido niño. Vas a dormir, y yo, durante toda la noche, voy a velarte y a pedir a Dios que nos llegue mañana. Después, podemos morir...»

El 1.º de Enero de 1817 (era el primer día de su último año), Julia Charles, mucho más calmada, escribe a Lamartine una carta en la que, de 139 líneas, 111 están consagradas a la política, a los discursos parlamentarios y al señor Monnier. Pero, bruscamente, recordando que acaba de leer los versos (manuscritos todavía) de Lamartine, no puede ocultar que ha sufrido unos celos retrospectivos de la mujer a la que, en aquellos versos, Lamartine llama «Elvira». (Era Graciela. Lamartine había más adelante, con cierta indelicadeza, *transportar* el nombre de Elvira a Julia y también a la señora de Lamartine. Una dama de mucho ingenio me dijo: «Hacía como esas amas de casa que dan a todas sus criadas sucesivas el nombre de *María* para no recargar la memoria.» Haré observar que esto parece haber sido la costumbre de los poetas antiguos. Es clásico.)

Julia, pues, está celosa de Graciela —volvamos a cada una su nombre preciso para ser claros—, Julia está celosa de Graciela, aunque ésta haya muerto, y le aterroriza la idea de que Lamartine no podrá amar nunca profundamente a una mujer después de haber amado a Graciela como la amó y después de haber sido amado por una mujer tan divina como aquélla: «¿Quién te devolverá a Elvira? ¿quién fué amada como ella? ¿quién lo merece tanto? Esa mujer angélica me inspira hasta en su tumba un terror religioso. La veo tal como la pintas, y me pregunto qué soy yo para pretender el puesto que ocupaba ella en tu corazón. Alfonso, es preciso guardárselo y que yo sea siempre tu madre, me diste este nombre, cuando yo creía merecer uno más tierno. Pero desde que veo todo lo que Elvira era para ti, comprendo que reflexivamente has sentido que no podías ser más que mi hijo. Hasta empiezo a creer que no debes ser más que eso, y si lloro, es por no haber sido puesta en tu camino cuando podías amarme sin remordimientos y antes de que tu corazón estuviese consumido por otra.—¿Consumido, he dicho? ¡Ah, perdona! Veo lo que deberías ser más bien que lo que eres. Todo respira amor en tus cartas y hasta esa expresión querida que has creado. ¿No has dicho, no estoy segura de que tienes por mí una pasión filial? Querido Alfonso, trataré de que me baste. El ardor de mi alma y de mis sentimientos quisiera todavía otra pasión a más de aquélla, o que por lo menos me estuviese permitido amarte con amor y con todos los amores. Pero si es preciso ocultártela, ángel mío, si estás de tal manera en el cielo que rechaces las pasiones de la tierra, me callaré, Alfonso. Pediré a Dios fuerzas, y me concederá amarte con silencio.»

Es evidente que hay que pararse aquí un momento, porque el asunto se oscurece, y hay ya en los textos con qué armar la versión del amor culpable y con qué armar la versión del amor puro.

El texto de las dos estrofas del *Lago* primitivo que domina en todo el debate y dominará siempre, es muy fuerte para la hipótesis del amor culpable; el texto de la primera carta de Julia es absolutamente el de una mujer que se ha entregado, que quisiera volver a entregarse en su salón ante veinte personas, que suspira por el momento de estar a solas, que no duerme y cuenta los minutos que faltan para hallarse efectivamente sola con su amante por largas horas. Quizá sea yo una persona grosera; pero no puedo ver las cosas de otro modo.

Pero la segunda carta de Julia, la carta de 1.º de Enero de 1817, abre, en verdad la discusión. Da armas a la versión del amor culpable y a ésta sobre todo, en mi opinión, pero las da también, lo reconozco, a la otra versión.

Primer hecho: nos dice que Lamartine dió a leer a Julia, muy tranquilamente, los versos amorosos que escribió para otra. ¿Se hace esto con la mujer que es la amante de uno, o con la que se quiere que lo sea?

—Si se es delicado, ni con la una ni con la otra.

—Evidentemente; pero, si se hace, ¿indica esto que la mujer es la amante de uno o que no lo es todavía? Muy probablemente indica que lo es, puesto que ya no hay que guardar miramientos. Si no lo fuese aún, se temería, con algún fundamento, disgustarla y alejarla. Luego Lamartine al dar a leer a Julia los versos hechos para Graciela, es el presunto amante de Julia.

—¡Pero es tan aturdido Lamartine!

—¡Oh! eso sí. Pero por muy aturdido que sea, me parece que no se llega en esto hasta la inconsciencia. Sí, el hecho de los versos para Graciela dados a Julia es un argumento para la versión del amor culpable.

Segundo hecho que nos ofrece la carta del 1.º de Enero de 1817: fué Lamartine el que «creó la expresión», las expresiones de amor filial, de amor maternal, de hijo mío, de tu madre, que se repiten sin cesar en las cartas de Julia. Esto es muy importante. Si hubiera sido Julia la que «creara la expresión», sería un hecho en favor de la hipótesis del amor puro. «Soy una vieja; te llevo diez años; serás mi hijo»; es ridículo, como la mayor parte de las cosas de amor; pero quiere decir: «No seré tu amante». Nada más claro.

Pero es Lamartine el que ha «creado la expresión». La cosa es muy diferente. Es Lamartine quien, después de la estancia en Aix, después de las escenas cuyo recuerdo inspira a Julia estas palabras: «No eras avaro para nosotros en alegrías del cielo; duraban como nuestro amor, sin términos, sin límites», después de las escenas cuyo recuerdo le inspiraran las dos estrofas del *Lago* primitivo, es Lamartine quien da a Julia el nombre de madre, y ante este nombre de madre *se resigna* Julia figurándose que Lamartine no ha amado nunca verdaderamente sino a Graciela y diciendo: «pasión filial... trataré de que me baste; el ardor de mi alma y de mis sentimientos querría otra pasión además de aquélla, o por lo menos que se me permitiese amarte con amor y con todos los amores.»— ¡Oh! Este es el lenguaje de una mujer que pertenece a un hombre o que le ha pertenecido todo cuanto se puede pertenecer.

—Pero no: es tal vez el lenguaje de una mujer que

desea vehementemente pertenecer a un hombre y que no le pertenece.

—Muy justo; pero si una modistilla o una cortesana puede escribir a un hombre sin haberle pertenecido: «Quiero amarte con amor y con todos los amores», una mujer de cierta condición social y por añadidura de alma muy elevada, como lo era madame Charles, no lo escribe nunca sino cuando se ha cometido la falta. No se dice a un hombre: «Quiero ser tuya por completo», sino cuando se ha sido por completo suya. Casi respondo de esto.

Los que nos juran que Julia Charles no fué la amante de Lamartine no piensan que la rebajan al mostrarla como pronunciando las palabras que acabo de citar sin haber sido nunca la amante de Lamartine; que la rebajan al presentárnosla como una mujer solicitante del amor íntegro de un hombre antes de haberlo obtenido; porque hay una gran diferencia en solicitarlo sin haberlo tenido, o solicitarlo cuando ya se lo han entregado. Así me parece. Las mujeres dirán, les ruego. Casi tengo la certeza de que son de mi opinión.—Y, en fin, observad la frase: «*Tu madre; me has dado ese nombre cuando yo creía merecer uno más tierno.*» No creo que pueda darse una confesión más clara.

He aquí unos hechos que, en los textos que hasta ahora hemos leído, son bastante precisos en el sentido de la versión del amor culpable.

Reconozco, como indicaba antes, que hay en este texto algo en favor de la versión «no culpable». Son las tres últimas líneas: «Si estás de tal manera en el cielo que rechazas la pasión de la tierra, me callaré, Alfonso. Pediré a Dios fuerzas, y me concederá amarte en silencio.» Esto es de una mujer que no ha perte-

necido nunca al hombre a quien habla; o que ha sido de él, pero que presiente que no volverá a serlo. Lo reconozco, y será preciso que me explique acerca de ello al final de esta información.

El 2, por la mañana, Julia, ya por haber tenido una conversación respecto a Graciela con el amigo de Lamartine, Virieu, ya, lo que es más verosímil, por haber pensado toda la noche en la conversación que, respecto a Graciela, tuvo precedentemente con Virieu, quien la dijo tranquilamente: «¿Graciela? Sí. Era una mujercita, muy amante y bastante insignificante.» — Julia se dijo: «¿Y de esa mujer habla Lamartine con idolatría y la pone en el quinto cielo? *Entonces*, cuando me habla de la misma manera, no cree una palabra de lo que dice, y soy para él una mujercita muy insignificante.» Virieu, creyendo hacerlo bien, cometió una torpeza, o, si preferís que sea más franco, una tontería. Lo que hubiera tranquilizado a una mujer vulgar, puso en alerta a una mujer que sabía reflexionar. «Pero, exclamó, desde luego, Mme. Charles, que después había de pensarlo más detenidamente, murió por haberla él abandonado.» «—Sí, sí, replicó Virieu tratando de corregirse, tenía un gran corazón.»

Con lo que, reflexionando, racionando y torturándose el corazón como hacen todas las mujeres enamoradas, se dijo: «Lamartine no me ama sino como amó a la otra», es decir, superficialmente, y de aquí la dolorosa carta del 2 de Enero (mañana): «... ¿Sería, pues, posible, Alfonso, que Elvira (Graciela) fuese una mujer vulgar y la amaras y la ensalzaras como lo has hecho? Si así fuese, mi querido Alfonso, ¿qué suerte me aguardaría? A mí también me alabas, me exaltas y me amas porque me crees un ser superior. Pero que la ilu-

sión cese, que alguien desgarre el velo, ¿y qué me quedará, ya que así puedes engañarte en tus juicios? ¿Es, pues, la imaginación lo que se inflama en ti, amado mío, y crees, como tantos hombres lo hacen, en los sueños de tu corazón hasta que la razón los destruye? Si algún día, querido Alfonso, fuesen a decirte de mí: «Era una mujercita, muy cordial, que te amaba», y pudieses tú sufrir ese elogio, es que me seguirías amando? ¡Oh! Seguramente que no (y) no querría ya que me amases; sería rebajarte tu mismo. Pero te declaro, querido Alfonso, que yo misma no podría soportar semejante elogio..., mi amor... es tal... que no podría sufrir que se hablase de él ligeramente. Te he dicho algunas veces, querido amigo, que yo no era más que una mujer buena, y que no había que amarme sino porque yo te amo. Pero cuando se ama como yo, cuando se ama como Elvira (Graciela) y yo hasta morir de amor, ¿no se es más que una mujer llena de corazón? ¿Pero por qué interpretar mal esta palabra? No eres tú, amor mío, quien la ha dicho... ¡Cómo late mi corazón en mi pecho! ¡Cómo arde! ¡Cómo está a la vez (ella quiere decir: cómo el sentimiento que me inspiras está a la vez), en mi espíritu, en mi imaginación y en el amor ardiente que me inflama!...» —¿Qué puede deducirse de este texto para la cuestión particular que nos ocupa? Poca cosa; solamente que lo citado es el lenguaje de una mujer que adora, que sufre y que teme. Se puede adorar, sufrir y temer antes de la falta o después de la falta. Sin embargo: «... (mi pasión) está a la vez en mi espíritu, en mi imaginación y en el amor ardiente que me inflama», indica y confiesa, a lo que me parece, el amor de cabeza, el amor de corazón y el amor sensual. Ahora bien; una mujer no confiesa nunca el amor sen-

sual sino cuando ha dado pruebas de él. Antes, jamás. Sin deducir nada muy preciso del texto que precede, hay que decir que más bien es en abono de la versión «culpable» que de la versión contraria.

La noche misma, 2 de Enero, nueva carta de Julia. Evidentemente ha recibido durante el día una carta de Lamartine, que no podía ser una respuesta a las cartas de Julia del 1.º de Enero por la noche y del 2 por la mañana, y que contenía quejas relativas a la carencia de cartas y a una supuesta frialdad. Julia está como transida de dolor; escribe: «Ven, ven, Alfonso, ven a consolar a tu madre. No puedo ya soportar tus crueles quejas, y la desgarradora idea de que hayas podido suponer un cambio en mis sentimientos me produce tal efecto, que no soy ya dueña de mi corazón. Para probarte que te amo por encima de todo, injusto niño, sería capaz de abandonarlo todo en el mundo, ir a echarme a tus pies y decirte: «—Dispón de mí, soy tu esclava.» Me pierdo, pero soy feliz. Te he sacrificado todo: reputación, honra, posición; ¿qué me importa? Te pruebo que te adoro... Siempre hallaré un abrigo para mi cabeza, y cuando ya no me ame él, un césped para cubrirla... Alfonso, Alfonso, compadéceme; me desesperas. Decirme que te he puesto febril, persistir en esa censura de negligencia y hablarme en ese tono de queja es desgarrarme el alma, y todavía me rehusas los medios de hacerme oír, no quieres ya que te escriba, vas a marchar a un lugar que me ocultas, en el que no quieres encontrar una carta, al que crees seguramente que yo no he de dirigirlas. ¡Oh Alfonso, hijo mío! ¿Qué te ha hecho tu madre? ¿Qué idea tienes de ella?... ¡Oh Dios mío, tomad pronto mi vida, y que no se prolongue esta horrible agonía! Ha

visto frialdad en mis cartas después de haber creído en mi negligencia. Tan cierta es una cosa como otra... Mira, Alfonso, este corazón, al que calumnias. Ve la herida que le has hecho, vele sangrar, y acúsame luego si es que puedes. ¡Ay! ¿Necesito acaso apelar a testimonios extraños? ¿Lo necesito, Alfonso? ¿No crees ya en lo que te digo? ¡Ah! Tal vez. Pues bien, haz hablar a tu amigo. No le he dicho nada del amor que yo siento, no me he atrevido. Me atreveré quizá a escribirselo. Pero si no ha visto que te amo, no ha sentido nada. Casi tenía yo el temor de que mi dolor y mi alegría hablasen con demasiada claridad... ¡Ah! Cree que te amo, mi adorado ángel, y no temas si no el exceso de una pasión que ya no puedo moderar. Mi vida es mi amor. No depende ni de ti el separarme de él, pero sí de ella. ¡Ah! Cuando quieras, dime que te deje de amar, dilo para cesar de amarme y para hacerlo sin censura, y ya verás... ¡Ah, amigo mío! Te perdono todo; pero sufro, ¡y qué negro horizonte cubre el porvenir ante mis ojos! En fin, sé morir... La noche ha pasado. No te digo de qué manera. ¿Qué importa el dolor? Cuando no mata, no es bastante fuerte. Yo no hablo sino del que destruye la existencia. ¡Qué espantosa es la mía, querido Alfonso! Deberías librarme de ella, por piedad... Mientras he podido creer que resignándome a vivir te hacía un bien, he podido llegar hasta amar la vida; pero ahora, Alfonso, que ya no crees en el amor de tu madre, va a cesar de serte necesaria, y entonces mi suerte está trazada. No exigirás que continúe en este mundo para vivir de lágrimas. No tienes sospechas, dices, pero no tienes confianza; ¿no es lo mismo? Si porque una carta llegó tarde al correo, o porque penetrada de la idea de que no puedo ser más

que tu madre he obligado a mi alma a ocultar el fuego que la abrasa, me has supuesto una frialdad imposible, ¿qué puedo hacer yo para impedir que te vuelvan los mismos pensamientos y nos torturen a los dos? ¡Ah querido hijo! ¿Y has podido decir que por lo demás deseabas esta frialdad y así me amabas más? Si hubieras estado en tu plena razón al escribir esa carta, te pediría que no adoptases sino posibilidades, y no me dijese nunca: «Te amaré más cuando ya no me ames tú y te hayas hecho una mujer tan seca como te he creído tierna y sensible...» Creo habértelo dicho; nunca comprenderé que la felicidad que me desees fuera de ti sea una prueba de amor. Mi amor es mi vida... ¡Ah! ¿Por qué una sola queja me hace una impresión tal que aleja hasta el recuerdo de la felicidad que te debo? Es que mi alma está hecha para el dolor, que apenas es accesible a la alegría, y que la felicidad no me parece sino como una sombra que se disipa. ¡Ah! ¡Cuán culpable soy, amor mío! Olvido los bienes reales que te debo para no ocuparme sino de los temores que quizá no has acogido más que por un momento, y que (tal vez ya) has rechazado. ¡Ah, mi ángel, perdóname! No soy ingrata, créelo bien; pero temo más que la muerte el perder a mi Alfonso. ¡Ah, que me quede este ángel querido, este hijo adorado! Que disponga de mí, *bajo el concepto que sea, y soy suya.*

¿Qué hay que deducir respecto a la cuestión que nos ocupa del texto de esta última carta? Casi nada, y la he reproducido sobre todo por el placer de reproducirla. Sin embargo, pueden señalarse dos frases, dos solamente, una que será para la versión «culpable» y otra para la versión «no culpable». Esto es imparcialidad. No soy yo el imparcial; son los textos que se distribu-

yen por sí mismos en los dos platillos de la balanza, sin que yo lo pueda remediar: «Si por haberme penetrado de la idea de que no puedo ser más que tu madre, obligo a mi alma a ocultar el fuego que la abraza...» es en el sentido de la versión «culpable», sí, de la versión culpable, si se recuerda que Lamartine es el que ha inventado lo del «amor maternal» y lo del «amor filial». Puesto que es él quien lo ha inventado, Julia al decir que ha tratado, y por lo demás en vano, de penetrarse de esa idea, confiesa el amor sensual, y volvemos a mi teoría de que una mujer no confiesa el amor sensual sino después de la falta, y por lo tanto la frase tendería a probar que ha habido falta.

La otra frase es la más fuerte, aunque no sea de mucha fuerza, pero en fin, es la más fuerte de toda la correspondencia en el sentido de la versión «no culpable», es la última de la carta, y es por ser la última: «Que disponga de mí, bajo el concepto que sea, y soy suya.» ¡Ah! Es innegable que este es el lenguaje de una mujer que no se ha entregado. «Te amaré como quieras, dispón de mí, soy tuya», son las palabras que pronuncia una mujer que no ha cedido y que cede.

Se me dirá que son tal vez las palabras de una mujer que se entregó, se recobró y se somete de nuevo. Sí, pero es más complicado, es más raro también; es más excepcional, y me parece que en este caso se expresaría de otra manera, de una manera un poco diferente. ¿Qué opináis? Este texto es de retener para el momento en que nos inclinásemos particularmente por la versión «no culpable». Provisionalmente me hace mucha impresión.

La quinta carta es el testamento sentimental de Julia Charles. Lo escribió en su lecho de muerte, treinta

y ocho días antes de expirar. Julia, a la verdad, no creía morir tan pronto. Pero enterraba su amor, vuelta, no digo a los sentimientos religiosos que me parece que los tuvo siempre, sino a la práctica de la religión católica. En esta carta dice: «... Entreveo, sin embargo, un término a este estado, y creo que después de largos sufrimientos viviré. Viviré *para expiar*. Con esto solamente puedo llegar a ser digna de las inmensas mercedes que Dios me ha hecho. No sé si sabes que han sido infinitas. Me han administrado, y, después de haber recibido el sacramento que ha instituido para aliviar a los moribundos, el mismo Dios se ha dado a mí. Comprenderás los deberes que imponen tan grandes mercedes. Todo serán cumplidos, los sacrificios no me costarán nada: están hechos, y, por la paz del alma que procede de mis resoluciones, veo que también podría hallarse la felicidad en ese camino del deber que erróneamente se le cree penoso. He recibido todas tus cartas. Que ahora, querido amigo, puedan ser leídas por todo el mundo. No puedo recibir otras, ni lo deseo. No contestes a ésta. No estoy autorizada para escribir; pero temía tus inquietudes, y estoy segura de que a Dios le parece bien que calme la solicitud de un hijo que ama demasiado a su madre. Sabe que este hijo es virtuoso. Permite que haga de él un amigo. ¡Oh! ¡Qué bueno es ese Dios de inefable bondad! ¡Y cuán dulce, consoladora y sublime es su religión cuando derrama sobre el pecador sus tesoros de indulgencia!... Envíame la *Oda a los franceses*, y todo lo que me has hecho esperar tanto tiempo de *Aix* y de otras partes. (*El Lago* estaba escrito. La pobre mujer no lo leyó. Puede decirse que fué una delicadeza de Lamartine el no habérselo mandado en la situación en que ella esta-

ba... Quizá...) ¡Oh! He creído no verle más... Todo me era igual entonces, y vuelvo a mis inquietudes por ti. Cuidate, no vengas. Creo que es mejor... Adiós, amigo mío, te amo como una buena y tierna madre siempre... »

Esta carta, que haría llorar a las piedras— ¡Dios mío! ¡Qué crimen (literario) el de Lamartine al no haber conservado sino cinco cartas de Julia Charles, cuando tal vez poseyó cientos!— es muy favorable para los que creen en la culpabilidad de Julia. Parece que confiesa. Dice que vivirá *para expiar*. Ella es la que subraya estas dos palabras que estaban en el poema la *Inmortalidad* que le dedicó Lamartine (1). Alude a las cartas que no podría leer todo el mundo, que Lamartine le escribió y que podría seguir escribiéndolas y que no debía ya escribírselas. Dice que Dios permite *haga* de Lamartine un amigo, lo que es proclamar bastante que antes era otra cosa. Esta carta no deja ninguna duda a Doumic respecto a la naturaleza de las relaciones entre Julia Charles y Lamartine, y confieso que es bastante difícil que se las deje a alguien.

Paso ahora al examen de los argumentos de los que no creen en la culpabilidad de Julia Charles, y no omitiré ninguno, como tampoco ninguno de los textos en que se apoyan.

Al decir: «*los que...*», a la verdad, no conozco más que uno, pero es considerable; está convencido; es ferviente; está indignado contra Doumic, y ciertamente sería injusto no seguir con atención todo lo que dice a este propósito.

(1) *La Inmortalidad* se abrevió luego; las palabras *para expiar* no están en el poema.

El señor Seché está absolutamente convencido —y «no sabría dudarlo un instante— de que «el lazo» entre Lamartine y Mme. Charles «fué puramente platónico, a pesar de ciertas apariencias contrarias».

Apóyase por de pronto en *Rafael*, sin pretender, no obstante, que *Rafael* sea artículo de fe, pero, en fin, cuanto más lo lee, dice, más se convence de que hay mucho de verdad en *Rafael*.

Cuando se sabe, como el mismo Seché lo sabe, hasta qué punto *se inventa* Lamartine siempre que a él se refiere, se debe sencillamente prescindir de *Rafael* como documento. *Rafael* fué escrito treinta y un años después de los acontecimientos de que se trata. Fué hecho con recuerdos antiguos mezclados con pensamientos e ideas muy recientes. Recordaréis lo que Sainte-Beuve dijo de esto a Justo Olivier el 2 de Marzo de 1849: «Me han asegurado que en el marco de *Rafael*, con pretexto de pintar a Elvira, Lamartine no ha hecho otra cosa que atribuir a esta las conversaciones que tuvo el invierno último con Mme. D'Agout, un poco atea y panteísta como usted sabe. Tal es: un cañamazo de veinte años y por bordado pensamientos de cincuenta (léase *veintisiete y cincuenta y ocho*). Componga, pues, un encanto con tales elementos.

Estas palabras de Sainte-Beuve, siempre bien informado, se encuentran absolutamente confirmadas por las cartas de Julia Charles que acabáis de leer en parte, en las que no se muestra ni panteísta ni atea, sino fervorosa deísta, sencillamente, para concluir cristiana, lo que ya, antes de su última enfermedad, no estaba verdaderamente lejos de ser. Observad que estos sentimientos religiosos que Julia Charles tenía evidentemente en 1816, Lamartine *se los atribuye*, en 1817,

en su poema de la *Inmortalidad*. Le hace decir a ella, a Elvira:

Dios escondido, decías tú, la naturaleza es su templo.
 El espíritu te ve en todas partes cuando nuestra vista te
 De tus perfecciones que trata de concebir, [contempla;
 Este mundo es el reflejo, la imagen, el espejo;
 El día es tu mirada, la belleza tu sonrisa;
 En todas partes te adora el corazón y te respira el alma:
 Eterno, infinito, omnipotente y todo bondadoso,
 Estos vastos atributos no agotan tu nombre;
 Y el espíritu, rendido bajo tu sublime esencia,
 Celebra tu grandeza hasta en tu silencio.
 Y, sin embargo, ¡oh Dios! por tu sublime ley,
 Este espíritu rendido se lanza aún a ti,
 Y sintiendo que el amor es el fin de su ser;
 Impaciente de amar, arde por conocerte.»
 Decías tú; y nuestros corazones unían sus suspiros
 Hacia ese ser desconocido que atestiguaban nuestros anhe-
 De rodillas ante él, amándole en sus obras, [los:
 Y la aurora y el ocaso le llevaban nuestros homenajes,
 Y nuestros ojos extasiados contemplaban alternando
 La tierra nuestro destierro y el cielo su morada.

Nada hay aquí, por lo que yo entiendo, que trasluzca ni a panteísmo ni a ateísmo. Hay, por lo tanto, una contradicción absoluta entre la Elvira tal como Lamartine la pinta en *Rafael*, pura hija del siglo XVIII más negador, y la Elvira tal como se pinta ella misma en sus cartas y tal como el mismo Lamartine la pinta en 1817.

Deduzco de esto que como valor documental Rafael es nulo. No hay que tenerle en cuenta normalmente, ni tenerlo en cuenta a contrafilo. Hay que prescindir de él por completo sencillamente. Ocupémonos de otra cosa. Volvamos a los textos de 1816-1817.

El señor Seché saca un primer argumento de este «amor filial, amor-maternal» de que está llena la co-

rrespondencia de Julia Charles, y que, dicho sea de paso, es muy poco lisonjero. Seché dice con razón que no hay que ver aquí un recuerdo de Juan Jacobo Rousseau y de Mme de Warens. Lo mismo opino. Luego hay que ver la verdad, es a saber, que Julia Charles no fué para Lamartine sino una hermana mayor.

Esto sería cierto, *si*, como ya he dicho, fuese Julia Charles la inventora de esa ficción o convención; pero el inventor es Lamartine, como lo prueba plenamente el texto que he citado. Y así la cosa es muy distinta. Prueba esto que Lamartine, en un momento dado, que es imposible de fijar, pero que se pone entre las escenas del lago y la vuelta a París, había dicho a Madame Charles: «No serás sino mi madre, yo no seré sino tu hijo», a lo que la pobre mujer, que, como bien lo habéis visto por lo que escribe, deseó siempre apasionadamente otro amor, respondiera que «sí», lo que en modo alguno impediría que antes y después Lamartine fuese el amante de Julia Charles.

Segundo argumento de Seché, que lo da excusándose de presentarlo, en lo que no tiene razón, porque es bastante fuerte. *¿Cuánto tiempo* estuvieron en Aix Lamartine y Julia Charles? A lo más tres semanas. Se conocieron a fines de Agosto, ella se marchó el 15 de Setiembre. (Cierto es que la acompañó; pero dos o tres días a lo sumo.) Ahora bien, *¿hay tiempo* de llegar a ser amantes en tres semanas?

Os veo sonreír, pero verdaderamente yo no sonrío sino a medias. El argumento tiene su valor. Es cierto que de ordinario se necesita más tiempo. Cierto es también que con menos tiempo basta. No diré lo contrario. Pero, en fin, el argumento es serio. No me sorprende nada que Lamartine y Julia Charles no hubieran

sido amantes en Aix, no lo hubieran sido en Setiembre de 1816, cuando se separaron, fuese en Macon, fuese en alguna otra parte entre Macon y París.

Contra esta hipótesis atrevida hay las dos estrofas del *Lago* primitivo. ¡Ah! Sin duda son difíciles de descartar del debate las dos estrofas del *Lago* primitivo; pero, en fin, por lo menos no era ocioso llamar la atención sobre el tiempo muy corto de las relaciones de Lamartine y Julia Charles alrededor del lago (1).

Tercer argumento de Seché. Se apoya en el texto siguiente de la carta de Julia Charles del 2 de Enero (noche): «Vos veis mi corazón, Dios mío, y os quejáis de que no es vuestro, sino de él, y si perdonáis, es porque la reconocéis por la más angélica de vuestras creaciones; es que veis en él el alma más noble que habéis creado. ¡Oh! Dejadme adorarle siempre; pero si puedo invocaros después de haber pedido que no exijáis el que me separe de esa mitad de mi misma, mil veces más cara que la otra, haced que me vea como soy; no imploro de él sino esta justicia.»

¿Qué prueba este texto? Que Julia Charles tiene sentimientos religiosos; sin duda; y que adora a Lamartine, sin duda; pero nada más. ¿Cómo le adora? El texto no lo dice.

—Sí; porque si su amor no fuese puro, no supondría que Dios pudiera perdonarla y no se atrevería a mezclar a Dios en semejante asunto.

(1) Este argumento, que es el único de todos los de Seché que me haya impresionado algo, ha sido después echado por tierra. De un documento que Doumic ha encontrado en Saint-Point, resulta que Julia Charles y Lamartine estaban todavía en Aix el 20 de Octubre de 1916. La cosa está fuera de duda.—V. la *Revue Lamartine* de 25 de Julio y del 25 de Agosto de 1906.

—Argumento bastante respetable, pero muy débil, insuficiente por lo menos. Creo que fué Joubert quien dijo esta frase, que no es solamente ingeniosa: «Las mujeres creen permitido todo lo que usan.» Atenuemos, digamos: «Las mujeres creen excusable todo lo que osan.» Julia Charles pudo muy bien ser la amante de Lamartine y suponer que Dios le perdona. Hay suposiciones más fuertes que ésta. Y este texto, que, por lo demás, hace bien Seché en utilizar, es de poco peso comparado con otros citados antes y que son ostensiblemente contrarios a su tesis.

Cuarto argumento de Seché: Lamartine no habló nunca de su amor a Julia Charles sino como de un amor absolutamente puro. En el *Temple* dice: «Mi amor, tan puro como el ser al que lo he jurado», etc.— En *Rafael*... En *Lamartine pintado por sí mismo*: «mi vida retirada, mi silencio rodeado de misterio, les dejaba adivinar (*a mis padres*) un afecto cuya pureza no podían conocer.»— En su estudio acerca de Musset: «Yo amaba con el más puro fervor de la inocencia apasionada a una persona angélica de alma y de forma que me parecía descender del cielo para hacerme alzar a él los ojos para siempre cuando ella se remontara conmigo.»— A Virieu: «Después de lo que he visto de un ángel, no me incumbe a mí quejarme de Dios.» (He aquí lo que prueba algo). Etc., etc.

Pues bien, sí, Lamartine no ha hablado nunca de su amor a Julia Charles, sino como del amor más inmaterial que se haya visto nunca en la tierra. ¿Pero es que hay alguien en el mundo (salvo Sainte Beuve) que hable de sus antiguos amores de otra manera? «¿No ve usted, podría decirse a Seché, que Lamartine cuando escribe para sí dice las cosas como son (estrofas del

Lago primitivo), después, cuando escribe a otros o publica, borra todo lo que fuera declaración y ostentación de un amor culpable, y presenta, como lo haríamos todos, como lo haría usted mismo, su antigua ternura como perfectamente inocente?» No puede hacerlo de otro modo, en primer término y sencillamente porque es un hombre honrado; después porque el señor Charles vive, porque los antiguos amigos de Julia Charles viven y porque él, Lamartine, está casado. ¿Comprenderíais que en vida de Charles, en vida del señor de Bonald, en vida de la señora de Lamartine, publicase las dos estrofas del *Lago*, que dicen tan claramente como se pueda desear o temer: «Julia Charles ha sido mi querida?» ¿Comprenderíais esto? Está claro como la luz que, a partir de la muerte de Julia Charles, Lamartine purgó sus escritos anteriores de todo lo que pudiese dar a entender que había sido el amante de Julia, y se juró no hablar ni escribir de ella en adelante, sino como de una mujer impecable. Lo quería así, y además no podía decir otra cosa. De aquí el *Lago* expurgado, de aquí el *Temple*, expurgado también muy probablemente; porque Lamartine dice que esta composición era mucho más larga. De aquí, tal vez, la *Inmortalidad* expurgada también, de aquí *Rafael* y todas las otras confidencias mantenidas severamente dentro de los límites infranqueables de esta regla.

Aquí los razonamientos de Seché resultan muy cómicos. Todos se vuelven contra él. Por ejemplo, después de haber citado el pasaje del *Temple* relativo al amor puro de Lamartine por Julia Charles, alude al *Comentario del Temple* por Lamartine. Ahora bien; ¿qué es lo que se lee precisamente en ese *Comentario*? Esto:

«Al salir de aquel recogimiento... escribí esta meditación. Era mucho más larga. Suprimí la mitad ya impresa. La piedad amorosa tiene dos pudores: el del amor y el de la religión. No osé profanarlos.» Lo que haría suponer que en el *Temple* había versos comprometedores para la memoria de Julia Charles, que Lamartine suprimiera. Por lo menos, esto es más bien que lo contrario, se convendrá en ello lo que el *Comentario* deja suponer. ¿Y a este comentario, que más bien quebranta su tesis que lo sostiene, se remite al señor Seché? Preciso es estar muy convencido para ser tan inhábil. Seché es todo lo convencido posible.

Del mismo modo, dice en alguna otra parte, que piensa que, para dar autenticidad a *Rafael*, conservó Lamartine las cinco cartas de Julia que acabamos de estudiar. Y de una parte, nada como esas cinco cartas presenta a Julia bajo otro aspecto que *Rafael*, nada desmiente más a *Rafael* que esas cinco cartas de Julia; de otra parte, si Seché quiere decir solamente que Lamartine conservó esas cinco cartas para probar ante la posteridad la inocencia de Julia Charles, tal vez Lamartine hubiera cometido un error, primeramente en conservar unas cartas que tienden más bien a mostrar la culpabilidad de Julia; después por *no* conservar *sino* esas cinco cartas de viento, lo que hace creer que destruyó las otras como mucho más comprometedoras que éstas; y entonces, vosotros calcularéis hasta qué punto deberían ser comprometedoras las otras.

La verdad, para mí, es que Lamartine, muy aturrido, no conservó sencillamente más, o que Lamartine conservó las citadas como lo que son, como particularmente bellas y particularmente conmovedoras.

Pero queda algo de la suposición que yo hacía an-

tes; porque el mismo Lamartine ha dicho que *destruyó por prudencia* las cartas de Julia Charles. El señor Hyde de Neuville que, por diversas circunstancias que han permanecido obscuras, tuvo en su poder una carta de madame Charles a Lamartine, se la mandó en 1834, Lamartine le dió las gracias diciéndole: «La mano que ha escrito estas líneas es desde hace mucho tiempo polvo, y el alma celeste que las ha inspirado y sentido se halla en una región, en la que nada de este bajo mundo puede afectarla, salvo el recuerdo y el culto del que ella amó. Una parte de los amables temores de usted carece de motivo; pero no por ello es menor mi agradecimiento por la intención que los ha inspirado y por el inapreciable presente que me ha restituido en esas páginas. No puedo comprender cómo fueron sustraídas o perdidas de entre un gran número de cartas de la misma mano que sacrificó *por deberes de prudencia* y que juzgaba destruidas...» No solicitemos más de lo preciso de este texto: «Sacrificadas por deberes de prudencia.» Aun atenuando más bien que exagerando el sentido, siempre significará, sin embargo, que: «Tenía muchas más cartas de Mme. Charles, que era imprudente (para mí o para su memoria) conservar. No he conservado sino las menos comprometedoras.» Ahora bien; si las cartas de Julia que leemos en este momento son las que menos la acusan de todas las que escribiera... ¡Ah! ¿Qué queréis que os diga?

Otros argumentos de Seché, Lamartine dió a su hija el nombre de Julia. No se lo hubiera dado por lo grande de la indelicadeza, si Julia Charles hubiese sido su amante. He aquí un argumento para quien tiene delicadeza. Sí, *aunque el amor de Lamartine por madame*

Charles hubiera sido platónico, sería preferible que no hubiese dado a su hija un nombre que recordaba amores anteriores. Preciso es observar, sin embargo, que la muerte pueda ser considerada como santificante de todo; que Julia Charles murió con los sentimientos que sabéis; que a partir de Diciembre de 1817 es para Lamartine una mártir, «un mártir», como dice con singular intento para indicar (o indicando sin pensarlo) que ha desaparecido toda idea de sexo, y que, muerta, Julia ya no es más que un alma. Colocándose en esta situación de espíritu, que puede parecer bello, no me escandaliza en modo alguno, aunque no borre lo que haya dicho antes, el nombre de Julia dado por Lamartine a su hija.

Seché dice aún: «Hay dos cosas que nunca me harán aceptar: la primera es que el confesor de Julia, desde el momento en que ella se reconciliaba con Dios, no le impusiera el deber y la penitencia de romper enteramente con Lamartine si hubiera tenido que acusarse ella de alguna debilidad...» (Alusión a las palabras de la última carta de Julia Charles, muy explícitas bajo su forma velada: «Dios permite que haga de tí un amigo.» Al traducir por: «mi confesor ha permitido que te conserve como amigo», Seché ha traducido muy bien.) —No cometeré la ridiculez de pretender saber lo que un confesor puede o no debe otorgar en semejante caso. Diré solamente que no me parece excesivo permitir a una mujer que se arrepiente, cuyo arrepentimiento es cierto, cuyo propósito es firme, *y añadamos, ¡ay! cuya muerte está próxima*, limitarse a la idea de conservar como amigo al objeto de sus pasadas debilidades. Esto me parece caritativo, lo contrario me parecería duro. Pero Seché es jansenista, y yo soy un pe-

cador, lo cual establece grandes diferencias. En fin, yo no doy sino mi impresión.

Pero he de añadir que es también la del mismo Lamartine. Acerca de la última carta de su amiga, hizo la reflexión siguiente: (*Lamartine pintado por sí mismo.*) «Esta carta escrita durante la última noche de una larga y dulce agonía... era un supremo adiós. Felicitábase de la bondad divina cuyo intérprete había sido el sacerdote, y que, *al perdonarla el afecto demasiado exclusivo que había tenido en la tierra, le permitta continuarle santificándolo*; en el caso de que recobrase la vida.» Si es posible decir más claramente, en términos honrados y respetuosos, que Julia Charles confesó al sacerdote que fué amante de Lamartine, y que el sacerdote le permitió, si vivía, conservar a Lamartine como amigo, es que ya no sé leer una línea escrita en lengua francesa.

Naturalmente, a Seché le contraría un poco el «Viviré» *para expiar* de la última carta de Julia. Lamartine, en su *Inmortalidad*, lo emplea en el sentido general, en el sentido filosófico y teológico (es verdad), y el señor Seché asegura que Julia, en su última carta, en su carta de casi agonía, en su carta completamente personal, lo emplea exactamente en el mismo sentido. La verdad, esto es pueril. ¿Podéis pensar que Julia, en su lecho de muerte y en una carta —la habéis leído— en que no piensa sino en despedirse de su amigo, o bien, si sobrevive, en decirle cómo quiere vivir en adelante y en qué relaciones con él se entretenga en hacer filosofía general y teología? No creo que debe insistirse. Julia Charles, arrepintiéndose de sus faltas, dice: «*expiaré*», y he aquí todo, y he aquí, por lo tanto, que tiene algo que expiar.

No sería justo, sin embargo, que la debilidad lamentable de los argumentos empleados en sostener una causa nos la hiciese considerar demasiado como indefensible. El alegato puede ser ridículo y la causa buena. A pesar del disfavor que Seché ha hecho a Julia Charles, al protegerla, Julia puede haber sido inocente. Todo *induce a creer* que no lo ha sido, todo; pero nada prueba de un modo absoluto que fuera culpable. Todas las expresiones de que ella se sirve en sus cuatro primeras cartas para expresar el amor más completo que haya existido nunca, pueden haber sido empleadas, por una mujer exaltada, para expresar un amor que no ha llegado ni debía llegar hasta los últimos compromisos. Todas las expresiones con las que, en su última carta, confiesa, lamentándolas, debilidades que da a entender que se han consumado, pueden muy bien haber sido empleadas, por una mujer exaltada también en el arrepentimiento lo mismo que en la pasión, para expresar y lamentar un simple *sentimiento* que no estaba conforme con el deber. Esto no es probable, en atención sobre todo a la época, pero no es imposible. En conciencia, no puedo decir que esté seguro de una conclusión en este asunto.

Cómo *imagino* las cosas después de este profundísimo estudio, lo diré sin que se me ruegue.

Las cartas I y V de Julia Charles son: la primera, una explosión de loca alegría, por ver al hombre amado tras una ausencia de dos meses; la quinta, una despedida definitiva dada al amante o al enamorado y una protesta de fidelidad al amigo. Prescindamos por el momento de estas dos cartas.

Las cartas II, III, IV, las que llamaré del 2 de Enero, por haber sido escrita la primera en la noche del 1

al 2, la segunda el 2 por la mañana, y la tercera el 2 por la noche; las «cartas del 2 de Enero de 1817» son la historia truncada de un enfado, de un despecho amoroso, de un enfurruñamiento de Lamartine y de una desesperación pasajera de Julia Charles. Después de la explosión de alegría del 25 de Diciembre de 1816, hubo «algo», no se qué, que contrarió a Lamartine, que le inspiró palabras y cartas (o una carta) duras. Se adivina poco más o menos lo que fué, por los textos. Lamartine ha hablado de frialdad; Julia habla de coacción. Vigilada, observada por lo menos, o creyéndose observada, ha parecido, ante testigos, fría o distraída a Lamartine; no disponiendo de tiempo suficiente, no ha podido escribirle tan a menudo como deseaba, y obligada a veces a escribirle delante de testigos (o testigo), sus cartas acusan toda la violencia que una presencia importuna comunica siempre. En suma, como ocurre necesariamente en tales circunstancias, la mujer que encontró Lamartine en París, a fines de Diciembre de 1816, no era la misma que conoció en Aix dos meses antes. Esto sucede siempre que se ha conocido a una mujer, lejos de los suyos y se la vuelve a encontrar «en su marco», en su casa, en medio de su mundo. No hay nadie que no haya observado esto. Hay una buena comedia de Pedro Wolff sobre este asunto: *El marco*. Es precisamente lo que explica que el aludido disentiimiento se haya producido *tan pronto*. Se hallan en el colmo de la felicidad el 25. El 2 del mes siguiente están enfadados. Es precisamente por lo dicho. Lamartine no se ha acostumbrado todavía a ver a Julia en un nuevo marco. Añadió a esto que cometió la tontería de dejarla leer unos versos escritos para otra mujer. ¡Cuántas cosas en estos cinco días que ex-

plican muy bien la revolución sentimental del 2 de Enero!

Más adelante, conmovido por las cartas del 2 de Enero y las que hubieron de seguir, Lamartine ha vuelto, se ha habituado al *marco* y ha permanecido al lado de Julia todo el tiempo que ha podido, hasta fines de Abril.

Tal es el episodio del 2 de Enero, según yo me lo imagino.

¿Y qué es lo que imagino también respecto a toda la novela, desde fines de Agosto de 1816 hasta el 18 de Diciembre de 1817? Lo que sigue:

Tres hipótesis.

Primera: Lamartine y Julia Charles se encontraron en Aix a fines de Agosto de 1816. Se agradaron por extremo. Hablaron mucho de filosofía religiosa y de alto sentimentalismo. Hiciéronse amantes después de un largo paseo nocturno en barca por el lago de Bourget. Llamada por su marido enfermo, Julia marchó a París a fines de Octubre. Antes de dejar a su amante, le explicó que no podrían ser en París lo que habían sido en Aix, que ella volvía al yugo de los deberes un instante olvidados. Lamartine, picado tal vez, le contestó que le bastaba ser su hijo, como sin duda ella le había llamado ya por ser de más edad que él; y de aquí ese convencionalismo de amor filial y de amor materno que reina en las cartas de Mme. Charles; pero en unas cartas, notadlo, que representan de una parte *ocho días* de toda la historia de los dos amigos, de otra parte el estado de alma de Julia moribunda. Lamartine se reúne con Julia el 25 de Diciembre. Tras una gran alegría y un breve enfado, Lamartine y Julia han reanudado sus relaciones hasta fines de Abril.

Lamartine ha vuelto a Sain-Point. Prontamente recibe malas noticias de la salud de Julia. Se ha entristecido mucho. Ha escrito la *Inmortalidad*, el *Temple* y el *Aislamiento*. Ha estado en Aix adonde esperaba que Julia podría ir. Ha sabido que no iría. Ha escrito el *Lago*. Ha querido ir a París (o a Viroflay) para volver a ver a Julia, como se sabe por estas palabras de Julia: «No vengas; es mejor». Julia le ha disuadido, aún antes, sin duda, de la carta del 10 de Noviembre. No fué él. Ha sabido la muerte de ella, con detalles dados por Virieu y el doctor Allain. Ha escrito el *Crucifijo*. A partir de la muerte de su amiga, Lamartine, como era de «toda prudencia» y de toda corrección, no ha hablado o escrito de Mme. Charles sino como de una amiga completamente espiritual, y ha borrado de sus escritos todo lo que hubiera podido dar o sugerir otra idea.

Esta primera hipótesis está perfectamente de acuerdo con la mayor parte de los textos. Ninguno la contradice de un modo formal.

Segunda hipótesis, por la que tengo tal vez una secreta preferencia, Lamartine y Julia Charles *no fueron amantes* en Aix en Agosto-Octubre de 1816. Con esta hipótesis, lo del amor filial se explica mejor todavía que con la hipótesis precedente. Lamartine fué a París, haciendo prodigios de diplomacia, a fines de Diciembre de 1816, *para ser el amante de Julia Charles*. La encontró gozosa de verle; pero menos presurosa de lo que él hubiera querido para ceder a sus últimas instancias.

De aquí la tempestad del 2 de Enero. Julia Charles, perdida la cabeza, como se ha podido ver por los textos, llamó a Lamartine y le amó «bajo el concepto

que él quisiese».—Lo restante, como en la hipótesis precedente.

Esta segunda hipótesis se apoya en algunos textos de Julia Charles, que he subrayado diligentemente y hecho observar con atención por adelantado. Está absolutamente en contradicción con las dos estrofas del *Lago* primitivo, suprimidas luego. Pero es posible que Lamartine, amante de Julia en 1817, se representara como ya amante de ella en Setiembre u Octubre de 1816, y haya anticipado la fecha de su triunfo para el conjunto de su composición. El anacronismo sería venial.

Tercera hipótesis: Lamartine y Julia no fueron nunca amantes. Esta hipótesis no tiene en su favor sino los textos de las cartas de Lamartine a la señorita de Comenges, a la que no había de decir: «Sepa usted que soy el amante de Julia Charles»; y los textos posteriores a la muerte de Julia, los cuales debían ser todos respetuosos con la muerta, y, por consiguiente, de haber habido falta, falsos.

Esta hipótesis tiene en su contra: 1.º, las dos estrofas del *Lago* primitivo. He creído ahora mismo a Lamartine, capaz de presentarse como amante de Julia en una época en que no lo era; pero lo que no puedo hacer es suponerle capaz de decirse amante de ella sin haberlo sido *nunca*; 2.º, todo el texto de las cartas de Julia Charles, salvo algunos pasajes que permiten una ligera duda; 3.º, el hecho de que Lamartine modificase, después de la muerte de Julia, los escritos en que hablaba de ella para él y consigo a solas; 4.º, el hecho de haber destruído «por prudencia, las diez y nueve vigésimas probablemente de las cartas que recibiera de ella.

Esta tercera hipótesis tiene, pues, mucho en contra.

En su favor, como se ve por mi discusión con Seché, no tiene casi nada.

Y persisto en decir, no obstante que, en rigor, es posible que sea cierta.

He agotado el asunto; añadiré, sin embargo, que no hay que temer exagerar la importancia que tuvo en la vida intelectual de Lamartine el episodio de Elvira. Aquí los señores Donuvie y Seché están de acuerdo. El episodio de Elvira ha creado a Lamartine, con lo que entenderéis que lo que quiero decir es que comprendió lo que Lamartine contenía en sí, y que tal vez no hubiera nunca brotado, o por lo menos hubiese tardado en manifestarse. Elvira inspiró a Lamartine el *Aislamiento*, la *Inmortalidad*, el *Templo*, el *Lago*, la *Noche*, el *Valle*, el *Otoño*, todo lo más puro y más divino de las primeras *Meditaciones*. Le inspiró el incomparable e imperecedero *Crucifijo*. Todo esto lo han dicho, Lamartine, primeramente, otros después, y se halla confirmado con nueva precisión por los descubrimientos que se acaban de hacer.

Pero quiero, en este orden de ideas, llamar la atención sobre dos puntos. Las cartas de Julia Charles nos muestran que tal pasaje, particularmente bello, tal grito sublime del *Crucifijo*, es un pensamiento de Julia repensado magníficamente por Lamartine. Todos han admirado palpitantes estas tres estrofas:

¡Tú sabes, tú sabes morir! y tus divinas lágrimas
De aquella noche terrible en que lloraste en vano,
Bañaron las raíces del sagrado olivo
Desde la noche hasta la mañana.

Desde la cruz, al sonar tu mirada el gran misterio,
Viste a tu madre llorosa, y a la naturaleza de duelo;
Dejaste como nosotros tus amigos en la tierra
Y tu cuerpo en el sepulcro.

En nombre de esa muerte, que mi flaqueza obtenga
 Exhalar en tu seno el doloroso suspiro:
 Cuando llegue mi hora, acuérdate de la tuya,
 ¡Oh, tú, que sabes morir!

Ahora bien; en la terrible noche del 2 de Enero, en que Julia Charles lloró en vano, le escribió: «¡Ah, amigo mío! Te lo perdono todo; ¡pero cuánto sufro y qué horizonte tan negro cubre el porvenir ante mis ojos!... *En fin, sé morir.*» Es ostensible que esta frase penetró en el corazón de Lamartine como una flecha, y también en su imaginación, y la recordó dos años parafraseándola con una elocuencia sin igual.

Del mismo modo yo sé ahora, y vosotros también, de dónde procede el episodio de la *Confesión en Jocelyn*. Lo recordáis:

.....

Me amó él, a mí él; estas palabras son mi orgullo,
 Aún resuenan dulces al borde de mi tumba,
 Cualesquiera que sean los remordimientos de mi vida,
 Dios me mirará, porque así fuí amada.

.....

Toda mi felicidad pasada se alzó bajo mis pasos,
 Yo estreché mil veces su sombra entre mis brazos;
 Cada trozo de roca, del lago, de los precipicios
 Me aportaron horas de delicias.
 Este corazón que las buscaba no ha podido sostenerlas;
 Como se muere de dolor él muere de recuerdos.

.....

De todo me arrepiento, salvo de haberle amado,
 Y si ante Dios mi amor es culpable,
 Que en la eternidad me aniquile su venganza.
 Yo no puedo arrancarme del corazón, ni aún hoy,
 Al solo ser de aquí abajo que me ha hecho creer en él,
 Y en mis ojos moribundos su imagen es tan bella
 Que no comprendo ni el cielo mismo sin ella.

.....

Reconocidas, claro está, todas las diferencias de las dos situaciones; me parece seguro que hay en la confesión de Lorenza un recuerdo poco dudoso de la confesión de Julia.

El descubrimiento del señor Doumic es precioso. Dota a la literatura francesa de nuevas páginas admirables, y fija ante nuestros ojos esa figura de Elvira, que bajo los velos, aunque resplandecientes en que la había envuelto Lamartine, quedaba un poco confusa. El amor sopla donde quiere, cierto es, y todo amor sincero y hondo inspira un sentimiento en el que no puede dejar de haber una especie de respeto; pero, no obstante, no desagrada saber que la mujer que inspiró a Lamartine los más bellos cantos de amor que hayan oído los hombres, era una mujer de espíritu infinitamente selecto, de una extrema altura de corazón, al mismo tiempo que una amante apasionada y dolorosa. En adelante, Elvira, no sólo por Lamartine, sino por sí misma, será una grata imagen para todas las almas juveniles y tiernas que sueñan con el amor. Todo enamorado tendrá en adelante dos ídolos, su amada y después Elvira.

Guizot.

Todavía no conocemos por completo a Guizot amoroso. El porvenir, como por lo que se refiere a León Gambetta y a algunos otros, nos reserva en este punto sorpresas que, os lo puedo anunciar, serán singularmente agradables. Sin embargo, he aquí la puerta entreabierta. Ernesto Daudet, para su estudio respecto a la princesa Lieven, ha logrado examinar algunas cartas íntimas, porque, cuando se trata de Guizot, no se podría decir familiares de Guizot a la princesa. Como hay el propósito de publicarlas más adelante íntegramente (o casi, como siempre), no le han permitido copiarlas ni publicar muchas; pero le ha sido posible de todos modos transcribir e imprimir algunas, y aquí las tenemos, en su libro acerca de la princesa Lieven, y nos inspiran un deseo vivísimo de conocer las que permanecen, por poco tiempo, así lo espero, bajo llave.

Sabido es, y no lo recuerdo sino muy brevemente, lo que era la princesa Lieven. De una ilustre familia rusa, casada muy joven con el príncipe Lieven, embajadora en Londres, amante durante algún tiempo de Metternich, se divorció, perdió a dos de sus hijos bruscamente, y el mismo día fué separada de los otros; en 1835 vivía en París, muy activamente, ocupándose siempre en asuntos políticos y diplomáticos, dando reuniones, recibida en todas partes, y por lo demás languideciendo de tedio.

Sus enemigos la pintan como seca, casi dura, inteligente, ingeniosa y distinguida. Sus amigos no son, a la verdad, sino algo menos severos. Talleyrand dice de ella, con la brusquedad aristocrática que afectaba bastante a menudo: «Mucho talento natural, ninguna instrucción, escribe de una manera encantadora (confirmando las cartas que Daudet cita de ella), carácter imperioso. No bella, pero sí digna.» Sidney Ralph acentúa un poco más el retrato: «Una mujer alta, delgada, erguida, cuyo conjunto tiene un encanto incomparable. Su conversación se distingue por una concisión y precisión epigramática sin afectación, un lenguaje claro, breve, pero al mismo tiempo fácil y gracioso, picante, y a veces burlón, siempre la palabra adecuada, música de primer orden, pero tan ignorante de las cosas elementales que escandalizaría a un colegial, no gusta de la lectura. Sabe escribir mejor que nadie en el mundo. Esta por encima de toda pequeñez. Tiene un terror pánico del tedio. «En fin, la duquesa Decazes (cuando no se tiene el retrato de una mujer por otra mujer no se tiene nada) la describe así: «Cabeza achatada, carencia de seno, sus trajes cortados con mucho arte, disimulaban en parte su delgadez. Su espíritu era benévolo; pero se ejercía merced al ajeno, de lo que sabía sacar partido, haciéndose valer, gracias también a la facultad real de comprenderlo todo, de asimilárselo todo. Llena de prejuicios aristocráticos, era discreta y fiel a la amistad. Pero le pedía mucho.»

En suma, parece que tuvo más distinción que belleza y más talento que corazón. Siempre quedará en su pasivo el no haber querido casarse con Guizot y reído a carcajadas diciendo: «¡Oh! ¡Vedme anunciada: madame Guizot!» frase discretamente, pero muy clara.

mente confirmada por Guizot mismo: «Ella estaba orgullosa de su nombre y yo no hubiera querido casarme con una mujer sin darle el mío.» No, no parece que fuese muy tierno el corazón de la princesa Lieven; tal es el juicio unánime de sus contemporáneos.

Cierto es que esta es la ocasión de recordar el dicho de una dama a la que, en un momento de enojo, dijo alguien: «Según todos, usted no tiene corazón», y que respondió al punto: «Eso quiere decir, amigo mío, que no tengo corazón para todos.» A pesar de su orgullo, la princesa Lieven parece que tuvo corazón para Metternich y después para Guizot. Amó dos veces en la diplomacia por razones que no parece que tuviesen nada de diplomáticas. Aparte su orgullo aristocrático, el fondo de la princesa parece haber sido menos seco que su apariencia. Pero nada importa el continente. De lo que quiero hablar es de Guizot amoroso.

Pues bien; lo es de una manera exquisita, generosa y noble, que le hace muy simpático. Son, a la verdad, amores de anciano, y se me dirá el *turpe senex miles...* de no sé qué latín brutal; pero, de todos modos, si los amores de otoño no son agradables de considerar, sino cuando empezaron por ser amores de primavera, hay, sin embargo, cierta manera decorosa de amar, pasada la edad del amor, y precisamente esta manera es la que me parece que fué la de Francisco Guizot.

Tenía cincuenta años, y la princesa Lieven un poco más, no mucho más, cuando se conocieron y se amaron. Guizot era viudo, la princesa estaba separada; eran perfectamente libres. Sus amores, de cualquiera especie que fueran, no tuvieron nada de culpables. A Guizot le atrajo la melancolía y la tristeza de la princesa Lieven. Alude él al rostro doloroso y a los ojos

llenos de lágrimas que tenía la princesa, en medio de una fiesta, cuando los primeros encuentros de los dos. Parece que prontamente llegaron a tratarse con intimidad. Guizot pasaba horas en casa de la princesa, que no recibía a nadie más en ellas. No fueron tímidos y no se recataron. Sus relaciones fueron notoriamente públicas. En 1840, Thiers, ministro cuando Guizot era embajador en Londres, dijo en una comida a la princesa Lieven: «No se aburre allí, pero vaya usted con él, porque, si no, va a hacer la corte a las damas inglesas», y la princesa, al referírsele a Guizot, no muestra haberse ofendido.

Guizot la amó profundamente, con cierto respeto, con gran delicadeza y atenciones fraternales con un alma a la que sentía o creía sentir herida y mortificada. No hablaré del «tono habitual de esta correspondencia», puesto que no tengo de ella sino fragmentos. Este artículo es uno de esos que se comprende que hay que «rehacer» en los momentos mismos de escribirle. Mostraré solamente a Guizot bajo sus diversos aspectos de enamorado apasionado y tierno. He aquí, por de pronto, a Guizot, explicándose a sí mismo y haciendo el análisis de su carácter, como lo hacen siempre y como tal vez cometen el error de hacerlo los enamorados. La carta *tierna, orgullosa y espiritual* es de una complejidad deliciosa para el moralista. Todos los que hagan un retrato de Guizot deberán meditarla atentamente.

«Mis palabras le agradan. ¡Qué placer tendría usted si viviese (léase: *si usted pudiese*) realmente ver lo que tratan de pintar! Tiene usted razón; desde que el mundo existe se ha dicho mucho sobre esto; cada uno de los millones y millones de criaturas que han vivido bajo

nuestro sol ha elevado la voz y repetido lo mismo con su más dulce acento. ¿Qué importa la repetición? *Todo sentimiento verdadero es nuevo. Todo lo que sale realmente del fondo del corazón es dicho por primera vez* (1). Y además, usted conoce mi orgullo. En esto como en todo, la desigualdad es inmensa, la variedad es infinita. Esos sentimientos naturales, universales, que toda criatura ha conocido y expresado a otras criaturas, son lo que les hace el alma en que residen, siempre dulces y bellos; porque Dios los ha creado tales para uso de todos; pero incomparablemente más bellos en *los elegidos de Dios*, porque Dios tiene elegidos. No diga a nadie, no deje entrever nunca esto a nadie, amiga mía. Sí, *tengo la pretensión de decir a usted cosas que ninguna voz humana ha dicho nunca ni dirá nunca*. ¿Y qué son las cosas que le digo al lado de las que siento? Mi corazón es infinitamente más rico que mi lenguaje y mis emociones, al pensar en usted, infinitamente más nuevas, más inauditas que mis palabras. Deje, pues, este papel y penetre en mi corazón, lea lo que no le he escrito. Oiga lo que jamás le he dicho.»

El trozo es exquisito; empleo, desgraciadamente, la palabra propia, es un trozo; Guizot, escriba lo que escriba, «hace un trozo», pero en su variedad de tono, es exquisito. Dentro del mismo tono, pero más elocuente y casi lírico, y no se por qué digo casi, y con la ventaja para nosotros de contener un retrato de Guizot y un perfil de la princesa, la carta que sigue

(1) Esto no podía faltar, y como dice Flaubert, siempre que se da forma precisa a un pensamiento se hace un verso. Estas dos líneas de Guizot son un fin de estrofa:

Todo lo que realmente sale del fondo del alma
Es dicho por primera vez.

me parece una obra maestra de la lengua francesa y una de las más bellas efusiones de alma fuerte y apasionada que puedan ser: «... No me he equivocado respecto de usted. Es usted todo lo que he creído, todo lo que siempre creo. Hoy, como hace un año, mis satisfacción, mi deleitosa satisfacción, es pensar en todo lo que es usted, *en la elevación de su carácter, en la profundidad de su alma, en el superior atractivo de su espíritu, en el encanto de su trato...* Ha entrado usted, con un encanto infinito, en los últimos repliegues de mi alma. Usted me ha *convenido*, me ha agradado en todo lo más íntimo, más exigente, más insaciable que tengo. Se lo he demostrado como esto puede demostrarse siempre, muy por bajo de lo que es; pero, en fin, se lo he demostrado. Y al demostrárselo en las emociones, en las miradas, en las palabras de usted, *al verla renacer, y revivir, y desplegar ante mi ternura su bella naturaleza reanimada*, me he felicitado de que le daría, y a mi vez recibiría de usted, no toda la felicidad, pero sí una felicidad inmensa, una felicidad capaz de satisfacer a unas almas probadas por la vida, pero que, sin embargo, no han sucumbido a sus pruebas, que llevan la señal, la señal dolorosa de los golpes que han recibido y saben, no obstante, sentir y gustar con transporte las grandes, las verdaderas alegrías. He aquí lo que he creído, lo que me ha prometido. *No tengo deseos medianos. Yo no acojo sino las altas esperanzas. Sé prescindir de lo que me falta, pero no contentarme por bajo de mi ambición.* Y en nuestras relaciones, entre usted y yo, mi ambición ha sido mucho mayor que en todos los otros intereses en que pueda esparcirse mi vida. No sabría reducirla. No lamento ser así. Y además, así es. Puedo guiarme, pero no cambiarme.»

¡Qué tono! Es en verdad el tono de un romántico. La página podría ser de Chateaubriand. ¡Ah! es que cuando se está enamorado; siempre se es romántico.

La continuación de esta carta esencial no es ni menos bella, ni menos curiosa para el aficionado a psicologías. Podría titularse (esta continuación): *Cómo Guizot quería ser amado*. Es interesantísimo; se siente que es muy verdadero y sincero, y esto da a conocer al hombre hasta en su fondo íntimo, el cual me apresuro a decirlo, no es nada desagradable y muestra muy bien que se trata de *un hombre*. La palabra, al releer esta carta, me la recuerda siempre Raquel que fué a ver y a oír a Guizot en la Cámara y que al salir decía: «¡Ah! me gustaría representar la tragedia con ese hombre.» Tenía razón; había lo heroico en el tono y digámoslo también en el alma de Guizot:

«¿Cómo ha podido entrar en mi alma la idea de enviar a usted a Baden para desembarazarme de usted, para no sufrir el peso de sus debilidades y sus penas? Creo haberle ya dicho que usted ha pasado seguramente su vida con corazones muy secos y muy ligeros. Usted no puede llegar a creer en una verdadera afectación. Usted cae sin cesar en sus recuerdos de la frialdad y del egoísmo humano. Es para mí una decepción; había creído que, a pesar de su experiencia, le devolvería una confianza que está en su naturaleza, que le haría hallar en mí lo que usted no hubiera encontrado sino en usted misma. Soy muy orgulloso, ¿verdad? Mi orgullo no tiene nada que pueda mortificar a usted. *¿Qué me dice? ¿Que su espíritu está bien sometido a mi espíritu? ¿Acaso quiero yo la sumisión de usted? Yo desprecio la sumisión. Desprecio toda muestra, todo acto de inferioridad; no me complazco sino en la igualdad.*

Quiero vivir al nivel y en plena libertad con lo que amo. Quiero sentir a la vez su independencia y su unión conmigo, su dignidad y su abandono.» A Guizot le gusta muchísimo, esto se ve a cada instante, analizarse así, y sin duda la imagen de sí mismo que encuentra al final de sus análisis es siempre bastante lisonjera; Guizot no es, sin duda, como Rousseau, como Benjamín Constant a ratos, de los que gustan de despreciarse y que, por lo demás, hallan en esto como un rodeo y una vuelta de su orgullo; sin duda el orgullo de Guizot es directo y su satisfacción propia le llega sin rodeos; pero se ve bien que no se adula y que lo bueno que piensa de sí no deja de serlo por que lo piensa.

Ahora bien; Guizot acaba de percibir que no está él solo en el corazón de la princesa Lieven; que otros afectos anteriores, ya amores, ya piedades maternas, viven todavía en el alma de su amiga; y, como hombre de corazón justo, se concentra, se interroga y descubre y reconoce que lo mismo le ocurre a él, que no sabe olvidar, y se felicita de ello y se esfuerza en amar más a la princesa por esa conformidad de caracteres. Esta especie de proceso psicológico es curiosa de seguir, sirve para medir la profundidad de conciencia de Guizot y le honra, en suma, grandemente.

«... Cuando amo tomo siempre al pie de la letra lo que me dicen, y creo siempre en su duración. No tengo el instinto de lo que pasa. Sólo la reflexión me lo enseña... No quiero quitar nada a nadie, no quiero envidiar nada a nadie; *amo todos los sentimientos de usted*; sí, los amo y la amo a usted, a usted, por tenerlos solos. No sabe bien hasta qué punto el estado de su alma, el duelo de su alma y de su persona ha entrado en el afecto que le profeso. *Si hay en mí algo profundo,*

es mi aversión por la ligereza de corazón, por la prontitud del olvido, por esos sentimientos que al correr de nuestra nave caen al mar y se hunden con las criaturas de que son objeto. Esto lo detesto en mí, cuando lo encuentro, como en los demás. No sé cómo llegan a conciliarse algunos sentimientos que existen juntos en mi alma; hay aquí un misterio que no me explico en manera alguna, que me ha atormentado a menudo; pero Dios me es testigo de que existen juntos y que el uno no suprime al otro y que el recuerdo de las que he amado está en mí siempre vivo y siempre caro. Y cuando encuentro un corazón que no olvida, un corazón en que los muertos viven, al instante me siento penetrado de simpatía y de respeto hacia él. Sólo por esto ha tenido usted siempre para mí un atractivo inmenso... No tenga, nunca, en ningún caso, ni por un minuto, la menor duda respecto a mi inagotable, a mi infatigable simpatía por sus pesares. Aunque Dios no me hubiese condenado a sufrirlos yo también y a sufrirlos sin hablar casi nunca de ellos con usted y por usted, hallaría en mí, en mi disposición más íntima, el modo de comprenderla y de unirme a usted y de amarla más. Créalo bien, créalo siempre.»

Esto abunda mucho en el alma humana. Muy a menudo, casi siempre, los amores de las personas de cincuenta y aún las de cuarenta años son amores de viudos, amores de viuda a viudo y de viudo a viuda. Se ven casi siempre contrariados por recuerdos acosados por espectros celosos, por lo menos oscurecidos y ensombrecidos de tiempo en tiempo, por las reminiscencias del pasado, como los lagos o las praderas por la sombra de las nubes que pasan. Y nada hay tan peligroso como esto, y de esto nacen los terribles celos del

pasado, tanto más terribles cuanto que en su objeto hay algo indefinido. Ahora bien; en las almas elevadas estos mismos recuerdos y la fidelidad que los guarda, pueden tener un encanto, y esto es lo que Guizot, sin perjuicio de decir que no lo entiende, lo comprende muy bien; entre dos seres cuya vida empieza a declinar y que han vivido y sufrido, el amor no puede ser profundo y tranquilo, si no es la unión y el cambio de dos sentimientos recíprocamente *consoladores*. Y este matiz es muy delicado, y por haberlo maravillosamente comprendido hay que felicitar a Guizot, y es lo que e hace tan venerable como simpático.

Así es que lo que buscaba, en efecto, y encontró quizá, era un consuelo, y, aunque inconscientemente tal vez, también él se ofreció como un consuelo a la princesa. Y este papel, en que se complacían igualmente su espíritu y su corazón, le condujo tal vez poco a poco, tal vez en seguida, cosa que no puedo decir hoy, por no tener a la vista toda la correspondencia, a convertirse en una especie de director de conciencia de la princesa Lieven. Que en la categoría de las cartas docentes entre el amor, en parte, en grandísima parte, es una cosa paradójica y divertida a primera vista; pero no debe sorprender cuando se piensa en el carácter de Guizot y en la edad que tenía entonces. Un enamorado de cincuenta años y que, por añadidura, es padre, resulta bastante naturalmente paternal respecto a la que ama, y, sin tratarla de niña, no puede prescindir de tratarla como a la más querida de sus hijas, con una vigilancia atenta y tierna y una celosa solicitud en moldear, consolar y curar su alma. Un poco de esto vemos, al través de sensualismos que nos desagradan, en los libros de amor de Michelet. En todo caso, es un

hecho, las cartas de amor de Francisco Guizot son frecuentemente «cartas de dirección», «cartas espirituales», muy bellas y que figurarían muy bien entre las de Fenelón y Bossuet, y por encima de estas últimas. Sabido es, por lo demás, que Guizot fué el más católico de los pastores protestantes, y cuando se es pastor protestante de nacimiento, sobre todo cuando además se es un poco católico, ¿cómo no ser director de conciencia? He aquí algunos fragmentos de las instrucciones pastorales de Francisco Guizot.

«Su mayor defecto es no saber recrearse en lo que es perfecto. Defecto que me apura y me desconsuela. Cuando le veo rechazar con tan altivo desdén todo lo que es mediocre, o tonto, o frío, o insuficiente, o bastardo; todo lo que acusa, de cualquier modo que sea, las imperfecciones de este mundo, amo a usted diez veces más. Y luego, cuando la veo triste y enojada, quisiera que fuese usted más acomodaticia, menos difícil. Mienta; siga siendo lo que es, aunque padezca por ello; lo prefiero infinitamente. *Quisiera solamente*, por su bien mismo, que tuviese mayor afición a una ocupación cualquiera, lectura o escritura (ella no leía nunca) para el ejercicio solitario o desinteresado del pensamiento (como algunas mujeres, ella no pensaba más que cuando hablaba). No perdería usted nada y se encontraría mejor. Pero usted no gusta sino de las personas; necesita usted un alma en frente de la suya.»

Esta mezcla de ternuras, de miramientos y de verdades que hay empeño en decir o en deslizar entre dos caricias, es muy divertida, y también es de una delicadeza encantadora. Guizot conocía bien los defectos de su amiga, y no por eso la amaba menos. ¿No es este el verdadero amor? El verdadero amor no es ciego; el

verdadero amor es, tal vez, el que se quita su venda, y sin embargo, no desaparece. La princesa Lieven tenía, digamos la palabra cruda, que Guizot no dirá, un genio bastante malo. El mismo Guizot lo advierte, aunque la excusa, y no hay mano de sacerdote más firme y más suave a la vez para manejar un alma que la mano de este enamorado, digamos aquí, de este amigo: «Me pregunta usted si no me parece que tiene algo de mal carácter. *Sí, señora, algunas veces.* Hasta ha habido ocasiones en que ha estado a punto de molestarte. *Excepto de mi madre, yo no he soportado nunca el mal humor de nadie.* Cuando advertí el de usted, ya la amaba mucho. El afecto ha contenido a la sorpresa. Y luego, pronto ha reconocido la causa de sus enojos. No procede en usted de ningún defecto, de ningún desagradado de carácter, ni de suspicacias, ni de exigencias, ni de apego a las cosas pequeñas. Usted es por naturaleza muy dulce, muy igual; sus enojos no nacen nunca más que de la pena, de una pena honda; se indigna usted, se subleva, se apodera de usted por completo... El enojo es en usted una de las formas del dolor. Ame a usted demasiado, señora, para que esa forma no desaparezca ante la profunda simpatía que su dolor me inspira. Usted ha sufrido cruelmente, *pero déjeme que se lo diga:* yo estoy más avezado al dolor que usted, tanto al dolor moral como al dolor físico. Sus penalidades le han llegado tarde, en medio de una vida que fué constantemente fácil, agradable, brillante. Usted no había conocido ni la desgracia, ni la contrariedad; no soportó usted ninguna carga; sus emociones mismas, a pesar de la seriedad del carácter de usted, fueron bastante superficiales, y en vez de quebrantar su alma, un solo sentimiento, el último que llegaba, era en usted muy

poderoso y muy profundo. Cuando sufrió usted, experimentó esa inmensa sorpresa, esa protesta interior que acompaña a los primeros pesares, los pesares de la juventud, y como ya no tenía usted para sustraerse a ellos los recursos de la juventud, su movilidad, su facilidad de distraerse, su anhelo por gozar de la vida, aún desconocida, quedó usted bajo el imperio de esa expresión de sorpresa y de protesta. El dolor le llegó a usted tarde, y la encontró joven para sufrir. Y usted ha sufrido con la impaciencia, con la rudeza de la juventud. Yo he experimentado, experimento todavía al verla sufrir, *el sentimiento de un veterano cubierto de heridas, que ve las fatigas, los desfallecimientos, los sufrimientos de un bisoño al que quiere y cuida.*»

No creo que nunca el sentimiento paternal, mezclado castamente con el sentimiento amoroso, y *sustituyéndole* poco a poco, haya sido más delicadamente, más tiernamente y más firmemente también experimentado y expresado.

Y, en fin, el director de conciencia, singularmente experto, como se ha visto, y singularmente hábil, se convierte a veces, como ocurre siempre, en un predicador, y un predicador que pueda rivalizar, si gustáis, con los Massillon, con los Bossuet, y añadiré, para complacer a Stapfer y a la sombra de Guizot mismo, con los Monod. La página siguiente, que puede probar que el estar enamorado no deja de ser beneficioso para la literatura, incluso la religiosa, y que, como dijo Voltaire, las mujeres son buenas para todo, es tal vez la más bella que Guizot escribiera en toda su vida:

«Cuando le asalten crueles dolores, cuando no esté rodeada sino de muertos, haga un esfuerzo, tome impulso, salga de esas tumbas. De ellas han salido a qué-

llos, están en otra parte, nosotros estaremos donde están. Yo me he agotado mucho tiempo en saber dónde están. No recogía de mi trabajo sino tinieblas y ansiedad. Es que no podemos, no nos está permitido ver con claridad desde una orilla la otra. Si viésemos claro; si estuvieran allí ante nuestros ojos, llamándonos, esperándonos, ¿soportaríamos el permanecer donde estamos hasta que Dios lo ordene? ¿Llegaríamos hasta el final de nuestra tarea? Nos negaríamos a todo, lo abandonaríamos todo; arrojaríamos nuestra carga, nuestro deber y nos precipitaríamos a esa orilla donde los viéramos claramente. Dios no lo quiere, amiga mía; Dios quiere que permanezcamos donde nos ha puesto, mientras que aquí nos deje. Por eso nos niega esa luz cierta, viva, que nos atraería invenciblemente a otras regiones; por eso llena de obscuridad esa morada desconocida, a la que los que nos son queridos se llevarían toda nuestra alma. Pero la obscuridad no destruye lo que oculta; pero esa otra orilla a la que se nos han adelantado no deja de existir porque se extienda una nube sobre el río que nos separa de ella. Hay que renunciar a ver, hay que renunciar a comprender. Hay que creer en Dios. Desde que me he encerrado en la fe de Dios, desde que he arrojado a mis pies todas las pretensiones de mi inteligencia, y hasta las ambiciones prematuras de mi alma, avanzo en paz, aunque entre sombras, y he alcanzado la certeza al aceptar mi ignorancia. ¡Cómo quisiera dar a usted la misma seguridad, la misma paz! No renuncio, no quiero renunciar a la esperanza.»

Aunque nada haya más bello, y al mismo tiempo más cautivante que Guizot en este papel de amigo del alma y de médico del alma, no quisiera dejar al lector

bajo la impresión dominante de Guizot, director espiritual, hasta y sobre todo, en sus relaciones amorosas, y vuelvo a considerarle un instante en el desenfadado y en el diario de estas relaciones, y quiero terminar por Guizot, satisfecho y sonriente, por Guizot en el campo, acabado de llegar, contento de hallarse allí con sus hijos, como buen papá y complacido de mostrarse tal a su amiga, no pudiendo resistir al deseo de mostrarse con toda sencillez bajo tal aspecto; pero observadlo bien, con una delicadeza que revela la verdadera bondad de su corazón, acordándose de que la princesa no tiene hijos a su alrededor y hallando las palabras con las que, al hablar de su felicidad, se excusa de ella, y con las que trata de consolar los melancólicos celos que prevé. Debo decir que, por la continuación de la correspondencia, se ve que esta carta no fué del agrado de la princesa Lieven; pero creo que lo será del vuestro.

«Llegué aquí con malísimo tiempo, con la lluvia más copiosa y los caminos más sucios que se pueden imaginar. El valle está verde, lozano, lleno de flores, engalanado para recibir al sol que no llega. Así son las cosas. El sol falta al verdor o el verdor al sol. ¡Pero qué deleite cuando se encuentran juntos en alguna parte un momento! En todo, lo mismo con la naturaleza que en el alma, no hacemos más que entrever la perfección. Pero cuando se entrevé, ¿cómo es posible que pueda volver a caer el pensamiento? (No se trata aquí de frases. Pensad que el gusto de lo perfecto era uno de los sentimientos habituales o una de las pretensiones de la princesa Lieven.)

«Dormí muy poco en el coche. Me agradaba velar cuando todo el mundo dormía a mi alrededor, como si

estuviera algo menos de viaje y continuara algo más en París. ¡Qué inventivo y sutil es nuestro corazón para crearse unas ilusiones tan vanas y tan fugitivas que ni siquiera puede apoderarse de ellas el pensamiento, y que sin embargo placen! Mis hijos han dormido muy bien. Despertábanse para pedirme azúcar, cerezas. Duermen profundamente desde hace tres cuartos de hora, cansados del viaje, de su alegría. Se despertarán mañana cantando, como los pájaros del valle. *Yo quisiera enviarla, yo hubiera querido dejarle a uno de mis hijos.* ¡Ah! ¡Qué vanos deseos! Adiós, voy a acostarme, dormiré. Estoy fatigado, también usted se acuesta en estos momentos. Adiós, adiós. Duerma pues... Adiós.»

El amor amistoso de Guizot quincuagenario no hace sonreír. Es conmovedor y un poco imponente como todo Guizot. Recuerda los versos de *Ernani*.

¡Oh! mi amor no es como juguete de cristal
Que brilla y tiembla, ¡oh, no! es un amor severo,
Profundo, sólido, seguro, paternal, amistoso.
De madera de roble, como un sillón ducal.

¿Estaba completamente bien interesado? No quiero a la verdad responder ni sí ni no. Tengo algunas dudas, tomad estas palabras en su sentido preciso. Sin ninguna ironía, sinceramente, no estoy seguro.

La princesa Lieven murió en 1857, a los setenta y dos años. Guizot tenía setenta. Se sobrevivió, como es sabido, diez y siete años, contando la historia a sus nietos, ocupándose en cuestiones religiosas y dirigiendo dos academias. De los cincuenta a los setenta años recibió, y sobre todo dió, un tibio, acariciador, grave y melancólico rayo de otoño.

Merimée.

Yo celebré el centenario de Próspero Merimée, como en otro lugar dije que debía celebrarse, relejendo todas sus obras literarias y deteniéndome particularmente en sus *Cartas a una Desconocida* y en las *Respuestas de la Desconocida*. Es una conmemoración que le hubiera sido, a lo que creo, sumamente agradable.

Lleno de esta lectura, quisiera, como lo he hecho con Mirabeau, referir la historia de Merimée y de la Desconocida como escribiría una novela, siguiendo el orden cronológico y yendo desde el primer encuentro hasta la muerte del personaje principal.

Pero es imposible hacerlo exactamente en el estado actual de las publicaciones. Las *Cartas a una Desconocida* (2 vols., Michel Levy, 1876) y *La Pasión de un autor, respuestas a Próspero Merimée (Cartas de una Desconocida)* (Paul Ollendorf, 1889) se han publicado con un descuido increíble, y todas las fechas están confundidas con una especie de demencia.

Véanse unos ejemplos: Una carta, no fechada, de Próspero Merimée, está colocada por el editor entre una carta de «octubre de 1842» y una carta de «noviembre de 1842.» Ahora bien; en la aludida carta, Merimée dice a su amiga: «Si no me equivoco, nos hemos visto seis o siete veces en seis años, y adicionando los minutos podemos haber pasado tres o cuatro ho-

ras juntos, sin decirnos nada la mitad de ese tiempo.» Ahora bien; por toda la correspondencia se ve que las relaciones entre Merimée y la Desconocida comenzaron en 1840 o, lo más pronto, en 1839. La carta en cuestión debería ser, por lo tanto, de 1846 o 1845 lo más pronto. *A menos que* no haya que leerse *dos* en lugar de *diez*. Me inclinaría a esta hipótesis, porque me parece que 1845-1846, por lo menos seis años después de las primeras entrevistas, Merimée no hubiera podido decir, y esto se halla probado por la correspondencia misma: «Nos hemos visto cinco o seis veces...» y, «... podemos haber pasado tres o cuatro horas juntos.» Pero en fin, de una manera o de otra, hay un error.

Hay una carta, fechada ésta en París, el 14 de Septiembre de 1844. La siguiente, según los editores, sería del día inmediatamente posterior; porque también está fechada, y lo está en *Poitiers, 15 de Septiembre de 1844*. Así, pues, en 1844, Merimée habría estado el 14 de Septiembre en París y al día siguiente en Poitiers. ¡No sé qué medio de locomoción pudo emplear!

Pero hay más. La carta de Poitiers, del 15 de Septiembre de 1844, contiene lo que sigue: «En cuanto a mí, he llevado una vida aburrida hasta no poder más desde mi salida de París. Como Ulises, he visto muchas costumbres y poblaciones y muchos hombres. Las unas y los otros me han parecido feísimos. Además he sufrido algunos accesos de fiebre que me han asombrado y entristecido, mostrándome cómo declino.» Así, pues, en cuarenta y siete horas y cincuenta minutos a lo sumo, Merimée fué de París a Poitiers, llevó una vida aburrida, vió muchas costumbres, muchas poblaciones y muchos hombres, los estudió lo bastante para

parecerle feos y tuvo varios accesos de fiebre. Aquí debe de haber un error.

El editor no ha confundido, como creo recordar que lo he dicho, el nombramiento de Merimée para la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y su nombramiento para la Academia francesa. Merimée fué elegido miembro libre de la Academia de Inscripciones el 17 de Noviembre de 1843, en la vacante del marqués Fortia de Urban. Fué elegido de la Academia francesa el 14 de Marzo de 1844. Con este motivo, M. Etienne, que le recibió, y en un desdichado discurso en que le trató como a un muchacho, le dijo: «Las dos Academias, casi a la vez (quiere decir casi al mismo tiempo) os han admitido en su seno.»

Ahora bien; las fechas de las cartas de Merimée a la Desconocida por lo que se refiere a la elección de la Academia de Inscripciones concuerdan bien y deben de ser exactas. 16 de Noviembre de 1843 (sería la víspera): «... ¿Cree usted que la Academia me ocupa mucho? Advierto que, pienso hoy en ella por primera vez. No tengo ninguna probabilidad de salir. ¿Sabe usted algún sortilegio para que mi nombre salga de la urna?» Y el editor no dice que se trate de la Academia francesa. Muy bien.

22 de Noviembre de 1843: «¿Cuándo nos pelearemos? No olvide que el viernes es mi día de recepción. *He abrazado a una treintena de colegas desde hace cuatro días, principalmente a los que, teniendo su promesa, me han faltado a la palabra.*» Y el editor pone esta nota: «Con ocasión de su nombramiento para la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.» Está bien; del 17 al 22 de Noviembre han transcurrido cinco días, y Merimée no cuenta el primero o no cuenta

el de su carta, si escribió por la mañana. Perfectamente.

Pero no entiendo nada de lo que significa la fecha del 6 de *Septiembre de 1844* que el editor pone en la carta siguiente o que creyó leer en el encabezamiento de la carta siguiente: «... Hago en este momento el oficio más bajo y más aburrido. El de solicitante para la Academia de Inscripciones. Me ocurren las escenas más ridículas y a menudo me entran ganas de reirme de mí mismo, que reprimo para no chocar con la gravedad de los académicos a quienes voy a ver. Un poco a ciegas me he embarcado en este asunto...» Aquí no hay confusión entre las dos candidaturas de las dos Academias, no; lo que hay es un contrasentido, tratárase de la una o de la otra. En Septiembre de 1844 Merimée no solicitaba para ninguna Academia, puesto que era de las dos. La fecha es puramente falsa. Hay en el texto «Academia de Inscripciones». Pues bien; hay que leer quizá Septiembre de 1843. El marqués Fortia de Urban murió el 4 de Agosto. A partir del 4 de Septiembre Merimée podía y debía estar haciendo visitas para solicitar la vacante. Ya está rectificado esto. Sí, pero queda aún que esta carta no se halla en su puesto en el volumen y lo embarulla todo, y hace creer que Merimée fué de la Academia francesa antes de ser de la Academia de Inscripciones, etc., etc.

Y ahora refrámonos a las cartas fechadas en esta edición en Agosto, Septiembre y Octubre de 1843. Las hay de París: «París, Septiembre de 1843; París, Septiembre de 1843; pero hay una de San Lupiciano, 15 de Agosto de 1843»; hay una de Aviñón, 29 de Septiembre; otra de Tolón, 2 de Octubre. Así, pues, habría realizado su campaña académica entre dos viajes,

de vuelta de la cumbre del Jura, en donde estaba el 15 de Agosto, es decir, lo más pronto, a partir del 22 de Agosto hasta el 20 de Septiembre, puesto que el 29 está en Aviñón. Es posible, pero es poco probable. Lo es tanto menos cuanto que, en su carta de Tolón del 2 de Octubre, habla de largas correrías realizadas en el Condado, visitando «Carpentras, Orange, Cavaillon. Apt y otros lugares». Si está el 2 de Octubre en Tolón, como casi ha necesitado el tiempo transcurrido del 29 de Septiembre al 2 de Octubre para ir de Aviñón a Tolón, hay que poner sus largas correrías en el Condado después del 29 de Septiembre, y retrasan su salida de París hasta el 15 de Septiembre por lo menos, reduciendo el tiempo de su campaña académica al espacio que va del 22 de Agosto al 15 de Septiembre, lo que es muy corto.

Añadid entre paréntesis que la carta del «2 de Octubre, Tolón» lleva esa fecha como posterior en tres días a la del «29 de Septiembre, Aviñón», y empieza así: «He estado mucho tiempo sin escribirle, mi querida amiga...» Os digo que esto es absolutamente un barullo y que no hay una fecha segura. Se necesitaría, con los manuscritos en mano, recomenzar toda la clasificación.

Pero particularmente en lo que respecta a la Academia francesa el editor lo ha confundido todo. Por de pronto, he aquí una fruslería, pero que hay que recoger. Merimée escribe «el 12 de Marzo de 1844»: «Cien visitas que hacer... Pruebas que corregir... Casi tengo ya agotadas las fuerzas y la paciencia... Afortunadamente, esto concluye el jueves próximo. El jueves, a la una, habré vuelto a ser un bípedo ordinario...» El editor pone esta nota: «Su elección para la Academia

francesa, que se verificó el 14, *dos días después*. Parece que hubo de ser el jueves 15, puesto que Merimée dice en la página siguiente: «*Jueves 15 de Marzo de 1844*. Esto me agrada mucho...» Hablaba, el 12 de Marzo, del jueves siguiente como del día de su elección, y a ese jueves siguiente le llama 15 de Marzo. Hay, pues, un error ya en su fecha del 12 de Marzo, ya en su fecha del jueves 15, ya en la nota del editor, y la culpa siempre será de éste... Examinó, en presencia y con ayuda del diligente señor Puigard, los registros de la Academia francesa. Próspero Merimée fué elegido el *jueves 14 de Marzo*. Se equivocó o le han hecho equivocarse respecto al día del mes, poniendo esta fecha: «jueves 15».

Pero he aquí algo más grave, porque ha dado origen a una anécdota que ha circulado profusamente y que es falsa en parte, en gran parte. Se ha dicho que Merimée, en el acto de su recepción en la Academia francesa y al levantarse para pronunciar su discurso de entrada, envió, discretamente, con la punta de los dedos, un beso a su Desconocida.

Fúndase esto en su carta, fechada, en la adición que tenemos a la vista, el 26 de Marzo de 1844, y que contiene estas palabras: «Adiós; mucho me ha alegrado verla. Me costó trabajo descubrirla escondida bajo el sombrero de su vecina. Otra niñada. ¿Vió usted lo que la envié? ¡En plena Academia! Pero usted nunca quiere ver nada.»

Y también esto se funda en una carta de la Desconocida, fechada vagamente, en la edición que tenemos a la vista: «Marzo de 1844», y que contiene estas palabras: «Clare que vi lo que me envió en plena Academia» y naturalmente mi primer movimiento fué

ocultarme tras el complaciente sombrero de mi próxima vecina tan asustada yo que temo que todo el mundo viera la cosa y sobre todo a la que iba destinada. ¿Cómo se le ocurrió una cosa tan peligrosa y comprometedora? ¡Y cuánto le agradecí que lo hiciese y pensara en mí en aquel momento!»

Por de pronto estas fechas de «26 de Marzo de 1844» y de «Marzo de 1884» no se refieren a nada de esto, porque Marimée, a fines de Marzo de 1844, llevaba ya ocho días de académico y no debía *entrar* en la Academia y hablar en ella hasta pasados once meses.

Además, conocemos por esta misma correspondencia el estado de alma y el estado fisiológico de Merimée en su discurso de recepción, poco conforme con la audacia y la impertinencia de un beso enviado; y tenemos por añadidura un hecho que *hace imposible* el famoso gesto.

En su discurso de recepción, Merimée, como casi todos los recipiendarios, tenía el color de su traje; estaba verde. Estaba muy cohibido y emocionado, *y además, la Desconocida asistía, pero sin que él lo supiese.*

Carta de Merimée, ésta muy exactamente fechada: París, 7 de Febrero de 1845: «Todo pasó mejor de lo que yo esperaba. Tuve un raro aplomo. No se si el público quedó contento de mí; yo lo quedé de él.»

Carta de la Desconocida, *de la misma fecha*: «Mi más calurosa enhorabuena. Ya es usted un perfecto académico. *Estuve en su recepción; pero no quise advertirselo, porque me dijo usted que estaría nervioso si pensaba que le miraba un amigo.* Pero el acto resultó admirablemente. ¿Qué podía usted temer? Y ahora en marcha para un buen paseo.»

Respuesta de Merimée a la carta anterior (8 de Fe-

brero de 1845): «Puesto que no le he parecido demasiado ridículo, todo está bien. *No me hubiera alegrado el saberla allí, viendo mi traje de color de estragón y mi aspecto de ídem. ¿Por qué no mañana? De otro modo, habría que esperar al miércoles próximo y no tendré paciencia. Tenemos mucho que hablar. Hubiera perdido todo mi aplomo de haber sabido que estaba usted allí.*»

Luego las fechas de «26 de Marzo de 1844» y «Marzo de 1844» no se refieren a nada y la historia del beso académico no tiene ninguna relación con la recepción de Merimée.

¿Pero dónde diablos hay que colocar esta historia del beso bajo la cúpula? No lo se. Ciertamente en alguna sesión de entrada en la Academia francesa en la que Merimée estuviese encargado del discurso de contestación. Quizá en la sesión de ingreso de Juan Jacobo Ampère, el 18 de Mayo de 1884. Pero no lo sé.

Digo que ciertamente en alguna recepción de la Academia en que Merimée estuviese encargado del discurso de contestación, porque en la carta en que Merimée habla del beso, en la carta fechada por los editores en 26 de Marzo de 1844, leo: «Temo que el discurso le haya parecido un poco largo. Supongo que donde estaba usted no haría tanto frío como en mi sitio. Todavía estoy tiritando. Hubiéramos debido dar un paseíto juntos después de la ceremonia. Ya pudo ver la terrible tos que tengo. Antes de la sesión el *orador* me rogó mucho que le dijese en qué parte de la sala estaba la persona a la que envió billetes. ¿Le ha parecido a usted mejor de uniforme que de frac?...»

Se ven las cosas. El *orador* quiere decir recipiendario, a quien Merimée le rogó que enviase billetes a la

Desconocida y el cual, curioso, quería ver a la persona por la que Marimée se interesaba. Trátase, no hay duda, de una sesión de ingreso en la que actuaba Merimée. Si es la de Juan Jacobo Ampère, es la del 18 de Mayo de 1848 en la que Merimée actuó de director en calidad de canciller, en sustitución del director titulado Lebrun, imposibilitado de asistir, como Merimée lo hizo constar en su discurso. Este discurso de Merimée no es «demasiado largo» y es muy agradable. La Desconocida tuvo razón al contestar: «Su discurso no me pareció nada largo y me gustó muchísimo.»

Pero repito una vez más que no se a qué sesión se refiere la historia del beso; sólo sé que no se refiere a la sesión en que Merimée ingresó en la Academia, y que las fechas «26 de Marzo de 1844» y «Marzo de 1844» nada tienen que ver en este asunto.

No se puede uno fiar en modo alguno de esas ediciones hechas deprisa y sin cuidado, para pretender trazar el historial exacto de las relaciones de Merimée con la Desconocida, y he renegado a menudo de esos editores poco celosos (1). Sin embargo, sorteando trampas y lazos, rectificando (aproximadamente) las fechas

(1) Añadase que frecuentemente se advierte también que el texto ha sido mal leído. Un sólo ejemplo por el momento; ya se encontrarán otros luego. Léese en una carta de Merimée. — Aviñón, 29 Septiembre (1843) — «Yo he hecho el mochuelo a mi ministro. Pero como no *leen*, puedo decir impunemente todas las tonterías posibles.» Hay que leer «a mis ministros», puesto que *hacer el mochuelo* significa jugar uno solo contra varias personas y en sentido figurado escribirse uno sólo con varias personas; y Merimée, como se ve por toda esta correspondencia, tenía asuntos, en su calidad de inspector de Bellas Artes, con varios ministros, lo que explica el «no *leen*.»

a todas luces erróneas, aceptando lo verosímil y apartando lo manifiestamente falso, aventurándose lo menos posible, y prescindiendo de una multitud de puntos, he aquí como puede imaginarse uno el proceso de tales relaciones.

No, hay, pues que aceptar todo lo que sigue, y no lo doy sino a beneficio de un severo inventario que podrá intervenir más adelante.

Fué en 1840, o un poco antes, como me inclino a creer, cuando Merimée *conoció a la Desconocida*. Ya he citado una carta de Merimée que da esa fecha como probable. Confírmalo una frase de una carta de la Desconocida: «No me es desagradable, en 1854, recordar que en 1840 la palabra *tenderly*, adquirió un puesto preponderante en nuestro lenguaje mutuo.»

Pongamos, pues, 1840. Merimée tenía treinta y siete años. Puede suponerse que ella tenía un poco más o un poco menos de veinte, mas bien un poco menos. Merimée le dijo en los comienzos que le inspiraba ella los sentimientos que le inspiraría una sobrina de catorce años. Preciso era, por lo tanto, que fuese verdaderamente joven. Era francesa, de padres franceses, puesto que habla de su hermano que sirve en el ejército francés; pero nació y se educó en Inglaterra; habla amenudo de Inglaterra como de su país natal.

Era alta, esbelta, de finas formas; tenía un maravilloso pelo negro, negros ojos admirables y un rostro radioso. He aquí todo lo que se sabe de su persona física.

Como carácter, parece que fué muy altiva, alto timorata, por lo menos en los comienzos de las relaciones, en que se muestra escandalizada de que Merimée le hable de una cena en compañía de bailarinas de la

ópera; muy suspicaz, y, en suma, de caracter, si no difícil, por lo menos seguramente poco manejable. Lo dice ella con toda claridad, y en toda su correspondencia, a lo menos durante algunos años, lo confirma: «Le conjuro a que no me provoque tan a menudo. ¿No le he dicho que no tengo buen genio?» «Compadezco al infelizmente que haya de casarse conmigo. ¡Dios! Mucho temo que su suerte no sea muy envidiable. Las mujeres dotadas de una naturaleza idéntica a la mía no deberían casarse. Cometan una falta. Yo me pregunto por qué la cometo.»

Sobre todo es *independiente* y, aparte la ley moral y la ley religiosa, no podía evidentemente soportar ningún yugo ni regla alguna. «Pienso que he nacido con viento del Este, por lo extremadamente tornadiza que soy por naturaleza.»

Y por lo hechos se ve bien que había en ella un fondo «bohemio», decente y hasta virtuosamente bohemio, elegante y graciosamente bohemio, pero bohemio, en fin. Es una zíngara recatada. Se la ve sin cesar emprender un viaje largo o corto, viajar, volver de un viaje, disponerse a un viaje, preparar un viaje, pensar un viaje. Su domicilio es París; pero allí mismo está como en campamento volante. Desde Londres, escribe en 1868 (?), envejeciendo ya seguramente: «¡Oh! ¡Cómo todo esto me hace suspirar aún más por mi apacible y alegre apeadero de París, y mi vida («donde mí vida» sin duda) medio bohemia me es por completo deliciosa. Que los demás luchen si quieren y «lleguen» (acaba de hablar del *struggle for life* inglés) hasta donde no haya más límites que alcanzar; en cuanto a mí, me gustaría más unos cuantos buenos amigos probados y una existencia libre.»

La existencia libre fué evidentemente su ideal perpetuo, el cual, por lo demás, realizara casi. Estuvo enamorada a la vez de Merimée y de la existencia libre, y he aquí precisamente por que... Pero es inútil adelantarse.

Era sumamente inteligente, escribía muy bien, con algunos descuidos, pero sin ningún exotismo, y con una imaginación que hace pensar a veces en Enrique Heine, y un sentido de las frases sarcásticas, o por lo menos picantes que es completamente de París. Era muy instruída; se educó en Inglaterra, pasó por lo menos un año en Hamburgo en su adolescencia y su juventud en París, y hablaba los tres idiomas con la mayor facilidad. Conocía más que sumariamente tres de las cinco grandes literaturas europeas.

Tenía un excelente espíritu crítico. Gustaba poco de hablar a Merimée de sus obras; pero cuando le hizo alguna advertencia, tuvo razón. Asombrole la última obra de Merimée, *Lokis*, y le suplicó, en el fondo, que no la publicase, o por lo menos, que la atenuara, la suavizara y *humanizara* lo más posible. No hubiese tal vez escrito las obras de Jorge Elliot; pero descubrió muy bien lo que constituye el fondo de la obra de Jorge Elliot, ¿y en dónde lo encontró? En Shakespeare, cosa que no veo que se le haya ocurrido a nadie: «... Me ocupo en releer trozos de Shakespeare. ¿Cómo ha sido posible a un hombre tener una visión tan profunda del interior de la naturaleza humana como la que demuestra cada una de sus frases? Hay un verso de Julio César que me ha acosado todo el día; es un verso de Antonio a los «amigos romanos compatriotas»: el mal que hace el hombre, le sobrevive». Sí, esto es lo peor. Si pudiéramos guardar para nosotros solos nuestros pecados favoritos; si pudiéramos dejar-

los vivir con nosotros y ser decorosamente enterrados con nosotros, sería lo mejor; pero saber que cuando nos llegue la muerte, esa única cosa con la que podemos contar seguramente, cuando nos haya extinguido, cuando nos hayamos ido para no volver, continuarán nuestros pecados rodando por el mundo por su propia cuenta, sin que podamos nosotros detenerlos en su carrera y siendo responsables de su efectos, es un pensamiento que hace temblar. Así, pues, hemos aquí instalados, en el mundo, sin que lo hayamos pedido, pero obligados, no obstante, a desempeñar nuestro papel en la comedia como si nos agradase. El papel parece a veces infinito y mortalmente fatigoso; pero, para citar de nuevo a Shakespeare, la noche larga es la que jamás encuentra al día.»

En cuanto a Merimée, no hablaré de él, naturalmente, desde el punto de vista literario; pero, desde el punto de vista del carácter, hay que decir algo. Se revela en esta correspondencia, como ya lo observó Taine, extremadamente difícil, caprichoso, desconfiado, celoso, suspicaz, sobre todo, perpetuamente *pinchante*. La intención maliciosa, el dicho maligno, el epigrama ingenioso y casi siempre fino (no digo siempre), pero evidentemente destinado a provocar un enfado, es en lo que sobresale e insiste, aun en sus cartas más afectuosas y apasionadas. Leyendo esta correspondencia, sobre todo la primera mitad, diríase que «se esmera en desagradar.» A la verdad, es minuciosamente desagradable y sabiamente desesperante. Dicese uno a cada momento: «Tiene ingenio hasta en las uñas», y sorpréndese uno replicándose: «No lo tiene sino en ellas.» La réplica es exagerada, pero no carece de cierto fundamento y alguna excusa.

La pobre mujer, que ama hondamente a Merimée, primero porque es inteligente, después, porque es encantador, cuando lo quiere, luego, porque es bueno en el «fondo», cosa que no está probada, pero que es probable, puesto que preciso es que lo sea en el fondo, siéndolo tan poco en la forma, está verdaderamente abrumada. Veinte veces, cien veces le ha escrito: «No nos veamos más; no nos escribamos más. No vale la pena de verse sino para pelearse.» Esto es, generalmente, en muy buen estilo, lo que Molière ha dicho en estilo... unido.»

Por lo que veo, es para enojarme
Por lo que habéis querido traerme a casa.

y lo que Racine dijo en estilo decididamente execrable:

¿Os quejaréis sin cesar y vuestros besos
No serán más que efimeras bonanzas?

Cierto es que estas querellas se explican tal vez parcialmente por una razón que veremos más adelante; pero su causa esencial es dignidad, altivez, delicadeza por parte de la Desconocida; gusto innato de ser desagradable por parte de Merimée, mientras que fué joven. La cosa no ofrece ninguna duda. De 1832 a 1840, de Jorge Sand a la Desconocida, Merimée no parece haber cambiado sensiblemente. Sabido es el desagradable efecto que Merimée hizo a Jorge Sand tras unas relaciones de quince días.

El fondo de Merimée no era malo; pero era triste y amargo. Habla poco de sí en sus cartas, porque es hombre perfectamente educado y, cuando se es bien educado, lo es uno *hasta* con aquellos a quienes se ama. Por esto es tanto más interesante apreciar los ra-

ros pasajes en que habla de él. Escribe desde Avallón o desde Vezelay, pero la diferencia no es 'más que de un paseo a pie: «Cada vez estoy más contento de Vezelay. La vista es admirable. Y además, a veces me gusta estar sólo. En general soy de bastante mal compañía para mí mismo; pero cuando estoy triste, sin tener grandes motivos para estarlo, cuando esta tristeza no es cólera reconcentrada, entonces me complazco en una soledad completa. En esta disposición me hallaba los últimos días que he pasado en Vezelay. Paseábame o me tumbaba al borde de cierta azotea natural que un poeta podría muy bien llamar precipicio, y allí filosofaba sobre el *yo*, sobre la Providencia, en la hipótesis de que exista. Pensaba en usted también, y más agradablemente que en mí. Pero este pensamiento dejaba de ser alegre, porque en seguida me representaba lo feliz que sería viéndola a usted a mi lado en este ignorado rincón. Y luego todo terminaba con el consolador pensamiento de hallarse usted muy lejos, de que no era fácil vernos y de no estar seguro de que usted lo deseara de veras... He venido para ver a un tío anciano al que no conocía. No me agradan los parientes. Hay que ser familiar con personas a las que jamás se han visto, por ser hijos del mismo padre que la madre de uno. Mi tío, sin embargo, es un buen hombre, no demasiado provinciano, y tal vez le hallaría amable si tuviésemos dos ideas comunes.»

En otra carta, se pinta casi por completo con una sola frase: caritativo y poco sensible: «Es usted muy buena al censurarse por el relato patético que me ha hecho: antes bien, hubiera debido usted alegrarse de haberme hecho hacer una buena acción. *No hay nada que desprecie y deteste tanto como la humanidad en*

general; pero quisiera ser lo suficiente rico para apartar de mí todos los sufrimientos de los individuos.»

Así hechos los dos, se encontraron, pues, hacia 1840 en París. La fecha, (por lo menos de una de las primeras entrevistas decisivas) la dan estas palabras de Merimée: «Tal vez este espejo turco le será más agradable (que ciertas babuchas turcas pedidas por ella y que él no podía enviarle), porque me hace usted el efecto de ser más coqueta aún que en el año de gracia de 1840. Era en el mes de Diciembre y llevaba usted unas medias rayadas de seda; esto es todo lo que recuerdo.»

Estaba ella por aquella época en una situación que es difícil definir con precisión, ya señorita de compañía de una dama de cierta edad, ya «pariente pobre» al lado de una parienta rica, a la que acompañaba en París y en sus viajes a Inglaterra. Empezaron —generalmente se empieza así y lo repentino, si existe, es muy raro— por no sentir amor. Hallábanse, sencillamente, muy interesantes. Muy probablemente, pasados unos meses, pero en todo caso después de cambiadas cuatro cartas, y se ve que no se escriben a menudo y que, sin duda, no debieron de escribirse en seguida, Merimée le dice: «Su natural prudencia entra por mucho, sin duda, en su resistencia a verme. Tranquilícese, no me enamoraré de usted. Esto hubiera podido ocurrir hace algunos años. Ahora soy demasiado viejo (ya he dicho que tenía treinta y siete años, y ella, según todos los indicios, unos veinte) y *he sido demasiado desgraciado*. Ya no podría enamorarme, porque mis ilusiones me han procurado muchos *desengaños* (1) en

(1) En español, en el original, aunque sin la ñ, de que carece el alfabeto francés, y subrayada la palabra.— (N. DEL T.)

amor. Iba a enamorarme cuando me marché a España. Es una de las bellas acciones de mi vida. La persona que motivó mi viaje no ha sabido nunca nada. Si me hubiese quedado, tal vez hubiera hecho una gran tontería: la de ofrecer a una mujer digna de toda la felicidad que se pueda gozar en la tierra, ofrecerle, digo, a cambio de las pérdidas de todas las cosas que le eran queridas, una ternura que yo mismo comprendía que era muy inferior al sacrificio que ella hubiese hecho quizá. Recuerde usted mi moral: «el amor hace que se excuse todo; pero es preciso estar bien seguro de que hay amor.» Esté convencida de que este precepto es más riguroso que todos los de sus amigos metodistas. Conclusión: me encantará ver a usted. Tal vez adquiera usted un verdadero amigo, y yo tal vez encuentre en usted lo que busco desde hace tiempo: una mujer de la que no esté enamorado y en la que pueda tener confianza.»

Y le ofrece, muy graciosamente, con una dulzura melancólica, porque está enfermo, ser su «amigo femenino.» Ella acepta, protestando contra lo que hay de satánico, a su entender, en estas palabras: «El amor hace que se excuse todo, pero es preciso estar bien seguro de que hay amor.» «¡Ah!, exclama ella, ¿cómo puede usted escribir tales palabras, o cómo, una vez escritas, puede haber tenido el valor de enviármelas, impregnadas como están del demonio de la duda y de la desconfianza, de miedos, de angustias, de inquietudes, de agonías, de desesperaciones y tentaciones?»

En el fondo, ella le admira, está muy cerca de amarle, como toda mujer que admira, y tiene miedo de él. Esto se ve en todas las líneas, por aquella época, y

además ella lo dice: «Me dice usted que me verá o no, según lo que yo elija; créame cuando le afirmo que he elegido ya y decidido resueltamente que es mejor no vernos. ¿Por qué no le he de confesar la verdad de una vez? *Tengo miedo de usted.* ¿Está usted ya contento? ¿Siente usted la vanidad de un pavo real? ¿Experimenta una grata satisfacción que le corre por las venas y le esponja? Todo esto puede resultar de mi cándida confesión y no dudo de que así sea. Bien, pues que le haga buen provecho.»

Le admira ella, le compadece por sus sufrimientos físicos, sin que parezca creer en sus sufrimientos morales, y siente por él algo así como una amistad temerosa e inquieta. También él la admira, notadlo, y la respeta evidentemente más de lo que nunca respetó a una mujer: «...Usted, que goza de la singular felicidad de vivir en un medio irreprochable, y *de una naturaleza tan refinada que es para mí un pequeño resumen de toda una civilización.*»— De otra parte le halaga dar miedo a la muchacha, y, como buen estratega, trata de tranquilizarla con toda suerte de cosas, y en particular precisamente con lo que la asusta. «Se burla usted cuando dice tan graciosamente que le doy miedo. Sabe usted que soy feo y de humor vivo y caprichoso, siempre distraído y a menudo molesto y malo cuando sufro. ¿Qué hay aquí que no sea tranquilizador?» A lo que la Desconocida hubo de responder *in petto*: «Sí, es tranquilizador cuando no se ama, porque eso os promete que probablemente no se amará; pero es terriblemente espantoso si se ama ya, y, como dice Marivaux, «he aquí precisamente lo que me ocurre; o lo que temo que esté muy próximo de ocurrirme.»

En esto se hallaban, en una amistad nubosa que se

preguntaba lo que llegaría a ser, cuando hubo un incidente muy importante, seguido de una ruptura bastante larga. En Londres, donde se encontraba cuando se escribieron las cartas que acabo de extractar, la Desconocida tuvo un novio, sin entusiasmo por parte de ella, pero, en fin, tuvo un novio o se lo hicieron tener. Continuó escribiendo a Merimée como si tal cosa, charlando lindamente, melancólicamente a veces, con más abandono que antes, como verdadero «amigo femenino», y exclamando de repente en medio de una carta: «¡Ah! Se me olvidaba que estoy comprometida... ¡Dios mío! Estoy comprometida. Lo cierto es que me había olvidado por completo de mi novio.»

Pero Merimée no estaba contento. Hablaba de quemar todas las cartas de la infiel, si así podemos hablar, lenguaje que él no empleó. En fin, sin recriminaciones que hubieran sido injustas y ridículas no estaba contento: «Le he hablado ya de mis principios. No me permiten seguir en relaciones con una señora a la que conocí de señorita, con una viuda a la que conocí casada. He observado que cuando cambia el estado civil de una mujer las relaciones cambian también y siempre por lo peor. En suma, que, con razón o sin ella, no puedo sufrir que mis amigas se casen. Así, pues, si se casa usted, olvidémonos.»

¿Es por estar furioso, y es evidente que lo estaba, por lo que marchó a Inglaterra precisamente en estas circunstancias, queriendo dar un gran golpe para que se rompiera la boda de la Desconocida? Todo me lo hace creer. Llega a Londres bruscamente y de improviso, como lo prueban estas palabras de la Desconocida: «¿Está usted realmente aquí, actualmente en Londres? ¿Es posible que nos cobije a los dos este mis-

mo cielo sin sol, esta misma lúgubre atmósfera? ¡Ah! ¿Era prudente venir? El hombre propone y Dios dispone. En cualquier momento, después de las cinco, me encontrará usted.»

Preciso es reconocer que la jugada salió bien, porque ella quedó sorprendida y rendida. Da una cita, se abandona. A los cinco días, si las fechas son exactas, lo que no creo nunca, queda ya perdidamente enamorada de Merimée. Carta lírica, le ama, le adora, ha roto con su novio, es toda de aquél. «Hay dichas tan grandes que Satanás no puede perdonarlas, y sin embargo, no vienen de Dios... Mi castigo ha consistido primeramente en la desgracia de la ausencia de usted (él ha vuelto a marcharse después de dos o tres entrevistas.) ¿Parará en esto? Las palabras no sabrían decir lo que le echo de menos... No me hable de mi presunta boda *que he roto*, el único acto recomendable quizá de toda mi vida... Y sin embargo, por todo lo que el mundo pudiera darme, no querría olvidar la indecible felicidad de los días que acaban de transcurrir. . Suspiro por la mano fresca y compasiva. *Tuya siempre.*

Es una carta de una mujer muy enamorada. Podría creerse que en la fecha de esta carta la Desconocida ha llegado a ser la amante de Merimée. Pero a pesar del tono y del tuteo de la última línea, no lo creo y creo que no deba creerse, por las razones que se verán más adelante. Pero lo cierto es que, en este momento, la Desconocida está perdidamente enamorada de Merimée y de manera que jamás ha de amar sino a él en el mundo. «Tuya siempre.»

Y con todo esto se casó con otro. Así son las cosas. Se casó con el hombre a quien estaba anteriormente

prometida, es probable, pero no lo sé. Se casó y estuvo unos dos años sin escribirse con Merimée. Ruptura completa.

Casi no se sabe nada acerca de su boda. Gusta evidentemente de no hablar de ella en sus cartas de más adelante. Sólo dice una vez que «ha observado una fidelidad absoluta, material y moral» respecto a su marido; otra vez, que ha atravesado *sana y salva* las fases del matrimonio y la viudez, esos cambios en el *legal status* de la mujer, que, como le dijo Merimée, no dejan nunca de afectarla desastrosamente», y se pregunta si a Merimée le parecerá así en el caso de ella.»

Aproximadamente por la misma época, a lo que parece, tuvo una herencia que la constituyó una situación de absoluta independencia. La herencia parece que fué bastante importante, puesto que se trata de un anciano «y no muy anciano», dice ella imprudentemente, y «que la conocía desde niña», dice con mayor prudencia, que «le ha dejado toda su fortuna»; y puesto que habla, en lo que vuelve a hallarse su afición a la vida libre y ligero *bohemismo*, de viajar mucho y ver toda clase de países.

Probablemente, casi en seguida de enviudar, la Desconocida, que, evidentemente, no dejó de amar a Merimée, le escribió, con su manera desenfadada y brusca que es verdaderamente encantadora: «¿Le agradará a usted tener de nuevo noticias mías, querido amigo? Me respondo yo misma a esta pregunta y le escribo... Le enviaré desde Inglaterra un *protocolo* reglamentando en cierto modo nuestras relaciones futuras. ¿No le parece la idea razonable? Mucho me complace la perspectiva de recibir pronto noticias de usted, y tal vez de volverle a ver; pero ya hablaremos de esto...» La últi-

ma frase es insinuante: «¿Debo firmar Mariquita?» Era proponer a Merimée el reanudar la novela precisamente en la página en que se interrumpió, en lo que no se siguió leyendo.

Merimée está un poco frío, sumamente amable, con cierta coquetería y deseo de agradar, pero un poco frío. Habla de su pelo gris, y, puesto que no se le cree, envía una muestra justificativa. Deja a la Desconocida, a la que no llama Mariquita, el cuidado de «decidir el protocolo de que habla». Termina con una galantería a la belleza que él admiraba.

El estado de alma de la Desconocida por esta época aproximadamente, en todo caso antes de que las entrevistas y las relaciones se haya reanudado, es muy curioso de examinar. La Desconocida está en Suiza, en un pueblecito de las montañas, muy solitario y muy tranquilo. Pero ella no está nada tranquila. Merimée le escribe cartas, que evidentemente no poseemos todas, pero de las que tenemos algunas en que, manifiestamente, discute el protocolo, en que deja entrever deseos que van más allá de lo que la Desconocida se ha propuesto, en que habla, con bastante poca claridad, de pan moreno y pan blanco, con lo que quiere expresar sin duda figuradamente la amistad y el amor. Muéstrase por lo demás incisivo y habla sin cesar casi, no sólo de coquetería, sino de sinceridad y de «embustaría». La pobre mujer concluye por declararar su angustia y al mismo tiempo su amor en aquella carta admirable tan citada en su tiempo, pero que, sin duda, está muy lejos de vuestros recuerdos: «Mientras que se divierte usted en Avignon, yo me dedico a llevar la vida más tranquila (vais a ver) y la más estudiosa en este minúsculo pueblo suizo, perdido entre las monta-

ñas y los lagos, por los que me paseo, nado y remo para hacer ejercicio y no volverme loca a fuerza de estudiar. Trato de aprender el griego y leo al mismo tiempo la traducción de Homero por Pope. Con el tiempo, si la tranquilidad de mi vida continúa, podré llegar a algo. No me da usted noticias muy precisas sobre sus probabilidades de llegar a ser uno de los inmortales. Es la única especie de inmortalidad que le deseo ahora. Verle ser académico me produciría muchísimo placer y vanidad; perderle de esta vida (*sic?*) sería, lo creo, matarme, o, peor aún, dejarme viva, extinguida en mí la luz de la vida. Sabía yo seguramente que usted entendería bien mi expresión y que comprendería que con *esencia* quería decir amistad. Pero aquí, en este lugar tranquilo, tan alejado de la falsía del mundo, tan cercano del divino cielo donde la verdad brilla en las nubes que tengo encima y se refleja debajo en el cristal del agua; aquí donde las nubes tocan las cumbres de las montañas tan elevadas sobre las ilusiones de la tierra; aquí donde el aire mismo sopla la verdad en su frescor puro no contaminado por ningún contacto con la tierra ni las cosas terrestres», aquí cierta fuerza interior, más poderosa que yo misma, me obliga a escribirle cosas que sé que la han de encolerizar, a las que me contestará con palabras desdeñosas y cínicas que tendrían por efecto herirme. Pero aun sabiendo esto y quizá porque lo se, la verdad que hay a mi alrededor en las nubes, en el aire y en el cristal del agua me obliga a hablar. No es solamente la amistad lo que siento, sino un amor tan fuerte, que todas las buenas resoluciones que tome se quiebran como un cristal bajo el hielo. Así no veo más que un medio de terminar el conflicto, las medidas a medias son inúti-

les: es preciso que rompa por todo. Si le escribo le digo cuánto me prometí no pensar siquiera; y peor sería si le viese. Me ha contado usted la historia del pan moreno y del pan blanco en los momentos mismos en que se me haría un bien ayudándome a ver las cosas claramente. Tal vez no sea este precisamente el efecto que esperaba usted de su historia, pero es el único que haya habido en realidad. No debemos volvernos a ver y yo no debo escribirle más. Lo único que me resta darle son mis oraciones; de usted son para todo lo que sea bueno y bendito. Adiós.»

En resumen: le amo. Tengo miedo de usted y de mí. Rompamos.

No rompieron, por supuesto. Merimée contestó con una carta de burla mezclada con un grano de resignación también irónica, y la Desconocida le replicó (aquí el texto de las cartas confirma las fechas) con un: Es usted incorregible. Seamos amigos como antes. Y se marchó a Italia.

A la vuelta, estando los dos en París, comenzó el drama. Lo fué verdaderamente con los intermedios cómicos que admite el drama moderno; pero lo fué verdaderamente. Me parece que duró unos tres años o dos y medio, desde el final de 1842 hasta 1845. Durante este período se vieron a menudo, pasearon por los bosques, por todos los alrededores de París, por Saint-Germain, Saint-Cloud, Versailles, a veces por los museos de París, y particularmente por el Louvre, riñendo de viva voz durante todos sus paseos, y por cartas al día siguiente y al otro de todas sus entrevistas.

¿Por qué? Primeramente porque Merimée era impertinente, casi malo, y la Desconocida muy altiva y muy

suspica. Y esto bastaría. Después, porque —henos aquí en un punto en el que he de insistir mucho, pesadamente, por lo que pido perdón, pero que es preciso hacerlo para ver claro y hasta también, a la verdad, para disculpar un poco a Merimée—; después, porque me parece, y casi lo aseguraría, que la Desconocida no era la amante de Merimée, y Merimée quería que lo fuese, y ella no quiso serlo nunca. Volveré sobre este *nunca*, que tal vez no es cierto sino por el período 1840-1846 y que tal vez lo sea en absoluto.

Merimée quería que la Desconocida fuese su amante porque la amaba, lo cual, para un hombre, por lo menos, es una razón; lo quería también porque ser la amante de un hombre liga a una mujer, por poco que sea de esencia fina, muy fuertemente, muy profundamente; esta es la teoría del clavo de oro de Sainte-Beuve, que, aunque presuntuosamente expresada, es muy justa; la quería sobre todo porque tenía como un terror de ser engañado y mientras que la mujer amada se negase a entregársele por completo, estaba persuadido de que se burlaba de él. Así, pues, quería que la Desconocida fuese su amante.

Ella, evidentemente, no lo quiso, nunca lo quiso, por lo menos de 1840 a 1845. Tal vez quería que Merimée se casara con ella, lo que hay que convenir que era un deseo legítimo. Pero a Merimée le parecía esto una manera de ser también engañado y se negaba enérgicamente. Quizá ella, y esto es lo que más creo, aunque amaba profundamente a Merimée, amaba todavía más su independencia. Porque no hay duda de que ella era de genio muy independiente.

Por estas razones se amaban, no podían entenderse, y se pelearon y atormentaron espantosamente durante

cinco años, comprendiendo el período de 1840-1842, sobre todo durante tres años: 1842-1845.

Ahora hay que probar que él quiso, que ella no quiso y que no fué; lo que me parece que se desprende de los textos.

Por de pronto, de 1840 a 1845, y creo que hasta el fin, no se vieron nunca en sus casas, ni él en la de ella, ni ella en la de él, y eran, a partir por lo menos desde principios de 1842, muy dueños de sus acciones ambos. Veíanse como enamorados de diez y seis años que viven respectivamente en casa de sus padres. Citábanse en los museos y en el campo. Esto empieza a indicar que la Desconocida no quería que se encerrasen a solas. Primer punto, mucho más significativo, pénsadlo, de lo que parece a primera vista.

Después, leamos: *Nada*, para la vista más ejercitada, indica que Merimée y la Desconocida fuesen amantes. Ahora bien, ya sabéis que esto se transparenta siempre y que no engaña. El clavo de oro atraviesa.

Nada, si no es el tuteo (único en toda la correspondencia) de 1840 en Londres. Como único no tiene otra significación que la de una figura retórica; es un simple rasgo lírico, que el tono de la carta (lo recordáis) explica suficientemente.

Nada, si no es el «*amor mío*» de las últimas cartas, de las cartas de después de 1850, bastante raro por lo demás y que se reconocerá que no es una prueba muy decisiva.

Nada, si no es (y esto me hace reflexionar mucho más, pero no tiene consistencia contra las pruebas contrarias), si no es este pasaje de una carta de 1842 (probablemente), de una carta muy próxima a la que he citado por entero, de una «carta de la montaña», de

una carta referente a la crisis que precedió al periodo 1842-1845: «El exámen de sí mismo puede ser a veces útil; seguramente lo es, pero creo firmemente que en ningún caso hay provecho en una estéril mirada retrospectiva. Ningún pesar ni remordimiento puede destruir lo pasado; el recuerdo de todo acto está escrito y sellado y cerrado para siempre. ¿Por qué gastar la fuerza del presente en inútiles quejas, en votos fútiles hasta el extremo sobre lo que hubiere podido ser?»— Esto, en verdad, parece la frase de una mujer que ha llegado hasta los últimos compromisos; pero también es muy obscuro; puede aplicarse a un compromiso simplemente moral; puede significar sencillamente: «Se lo he dicho: Le amo y le abracé en 1840.

Y en fin, a vosotros incumbe contrapesar esto con las pruebas contrarias que siguen.

En 1842 (muy probablemente) Merimée urdió una pequeña comedia muy agradable. Envió su palco de los Italianos a la Desconocida, rogándola que llevase a su hermano con ella, invitándose él y recomendando a la Desconocida «que inventara alguna historia para explicar la presencia de él en el palco.» La cosa salió bien. Escribela él unos días después: «Aprecio, como debo, la condescendencia con que me ha mostrado usted su cara durante dos horas, y debo a la verdad decir que la he admirado mucho, así como el pelo de usted, *que jamás vi de tan cerca*. En cuanto a su afirmación de no haberme negado lo que la he pedido, sufrirá usted algunos millares de años de purgatorio por tan bella mentira.»— Muy bien; Merimée no fué el amante de la Desconocida en Londres en 1840 ni después de quedar viuda, porque nunca le vió el pelo tan cerca como detrás de ella en el palco del teatro, y le

ha pedido lo que sabéis y ella se lo ha negado, y se lo dice con gracia, completamente en el tono del más elegante siglo XVIII.

En una fecha desconocida Merimée escribe a su amiga: No quiere usted venir a verme; «si no me equivoco, nos hemos visto seis o siete veces en seis años, y, adicionando los minutos, podemos haber pasado tres o cuatro horas juntos, de las que la mitad sin decirnos nada. Sin embargo nos conocemos bastante para que me estime usted algo, y me lo probó el jueves. Nos conocemos más aún de lo que acostumbran las gentes que se ven con frecuencia, desde que hablamos bastante libremente por cartas. Convenga en que es poco halagador para mi amor propio el que me trate usted así al cabo de seis años. Pero como no puedo combatir sus resoluciones, será de ésta lo que usted quiera...»

He dicho que no sé cómo localizar esta carta, que es de 1846, si la palabra *seis años* es exacta, a condición de que las relaciones empezaran en 1840, de lo que, después de todo, no estoy absolutamente seguro; y no se explica lo que dice en 1846. En esta fecha, Merimée había visto a la Desconocida más de seis o siete veces... Pero ya no se trata de esto. Lo cierto es que en una época en que Merimée llevaba mucho tiempo de escribirse con la Desconocida, no era evidentemente su amante ni mucho menos.

En 1843 (tal vez, pero en todo caso en lo más fuerte del periodo de los paseos y de las disputas, en la época que llamaremos, si quereis, de Versalles) Merimée escribe: «En cuanto a las amenazas, crea que me son muy sensibles. Sin embargo, aunque las temo mucho, no puedo dejar de decirle todo lo que pienso. *Nada me sería tan fácil como hacerla promesas; pero me siento*

incapaz de cumplirlas. Conténtese, pues, con su manera de ser pasada, o bien, dejemos de vernos. Debo también decirle que la insistencia y la especie de encarnizamiento que emplea usted en contrariarme con esas FRIVOLIDADES me las hacen más gratas y me hacen dadas una nueva importancia. Es la única prueba que pudiera usted darme de los sentimientos que puede usted tener por mí. Si hay que verla para resistir a las tentaciones más inocentes, es una tarea de santo superior a mis fuerzas. Sin duda me complacería mucho ver a usted; pero la condición de transformarme en estatua, como aquel rey de las «Mil y una noches», me es insostenible»— «Por fin, nos hacemos claros», como dice Nietzsche. El pasaje no puede ser más luminoso. En los paseos de Versalles la Desconocida rechaza toda caricia de Merimée, y ya sabemos perfectamente por qué está siempre él enojado.

Por la misma época, tal vez un poco más adelante: «Me prometió usted indicarme un día (de entrevista), pero se le olvidó, o lo que sería peor, ha creído usted *indecoroso* hacerlo. Esta *constante preocupación de usted* es nuestro constante motivo de enfado.»

1843 también, quizá en Diciembre: «Nos hemos separado por un movimiento de cólera; pero esta noche, reflexionando con calma, no lamento nada de lo que la he dicho, si no es tal vez la vivacidad de algunas palabras, por las que la pido perdón... Hubiéramos debido ver antes hasta qué punto nuestros sentimientos eran contrarios en todo y sobre todo... Espero que atribuirá usted a la fuerza de las cosas el pesar que haya podido ocasionarle. Nunca he sido con usted lo que hubiera querido ser, o más bien, tal como tenía el proyecto de aparecer ante sus ojos. (¿Hay que tradu-

cir? ¿Jamás pude guardar a su lado el respeto y la reserva que me había prometido observar? Así lo creo.) Tal vez no llegará usted a ver en nuestra locura sino su lado bueno, a no recordar sino unos (*sic*) momentos felices que hemos hallado juntos. En cuanto a mí, no tengo que hacerle el menor reproche. Usted ha querido conciliar dos cosas incompatibles. (¿Hay que comprender: el amor que me tenía usted y el respeto que tiene usted de sí misma? Así lo creo.) ¿No debo agradecerle el haber procurado por mí lo imposible?»

Un poco más adelante, si la fecha es exacta (5 de Febrero de 1844,) te xto más claro y cada vez más claro: «Confieso que no comprando ni una palabra de lo que dice usted cuando habla de su obediencia que le hace desmerecer en todo y no le da el mérito de nada. Lo contrario podría sostenerse mejor, a lo que me parece; pero no hay de parte de usted ni demérito ni mérito. Recuerde un momento con franqueza lo que es usted para mí. Usted acepta esos paseos que son mi vida; pero *ese hielo constante que me desespera cada vez más, ese placer de cálculo, o, prefiero creerlo, de instinto, que tiene usted en hacerme desear lo que me niega obstinadamente*, todo esto puede excusar mi dureza; pero, si hay un demérito de parte de usted, es seguramente *esa preferencia que da usted a su orgullo sobre lo que hay de ternura en usted.*»— Esta vez es bastante claro.

Más claro todavía; Septiembre de 1844, si la fecha es exacta: «Nos hemos separado el otro día igualmente descontentos uno de otro... Es evidente que ya no podemos estar juntos sin reñir horriblemente. Ambos queremos lo imposible: usted, que yo sea una estatua; yo, que no sea usted una... Yo cedo hartó a menudó a

momentos de cólera absurda. Tanto valdría enfadarse porque el hielo es frío.»

Y esto explica muy bien las alternativas de amabilidad y de frialdad de la Desconocida, que Merimée, tal vez sinceramente, tal vez por jugar con fuego, atribuye a coquetería: «Nunca se halla usted más cerca de causarme un desagrado que cuando acaba de ser buena y graciosa conmigo... El otro día tan indiferente estaba usted al despedirme como cuando me saludó al llegar. No era esta la penúltima vez. Es un fenómeno muy curioso que el agua que ha hervido se hiela más fácilmente que el agua fría. Usted ilustra esta química.» Esto quiere decir que todo acto de bondad y de dulzura de la Desconocida enardece a Merimée, quien se hace apremiante y al que hay que enfriar, o solamente que todo acto de ternura y de semi abandono de la Desconocida le hacen temer que anime demasiado a Merimée y le persuade de que debe apretar el freno un poco de antemano. Este juego de báscula es elemental.

Evidentemente el fondo de las cosas es que la Desconocida adoraba a Merimée y al mismo tiempo no podía admitir «*the basseness of being in love.*» Esa mujer era compleja pero, después de todo, no era complacida.

En fin, os pido perdón por aportar esta última prueba un poco tópica, un poco *shocking* también quizá, pero que no traspasa, a lo que creo, los límites del decoro, porque no es de las que «van arrastrando el pensamiento sobre objetos torpes.» Digamos de una vez que se trata de ligas. En Octubre de 1853, si la fecha es exacta, Merimée, que estaba en España, escribe a la Desconocida: «... ¿Quiere usted ligas o botones? Si

se llevan todavía, dígame lo que necesita, pero no pierda tiempo en contestarme.»

A la Desconocida le hizo mucha gracia y le regocijó en extremo esta proposición. Contestó en 30 de Octubre de 1853: «De todas maneras, tráigame los pañuelos; no necesito botones (parece que ya no se llevaban). En cuanto al ofrecimiento de las ligas, *sepa, ¡oh sabio!* que ese artículo no lo lleva ya ninguna mujer que posea la más ligera consideración por la forma de su pierna.»

Merimée insiste: «Le llevaré unas ligas, ya que no quiere botones. No sin trabajo las he descubierto. La civilización hace tan rápidos progresos, que el elástico ha reemplazado en casi todas las piernas las *ligas* (1) clásicas de los tiempos pasados. Cuando pedí a las camareras de aquí que me indicasen una tienda, se santiguaron con indignación, diciéndome que ya no llevaban semejantes antiguallas, buenas para el pueblo.»

La Desconocida replica: «¡Qué absurdo está usted con lo de las ligas! Las camareras tenían razón de indignarse porque llevara usted semejantes cosas como recuerdo...»

No hay que pretender el deducir conclusiones de esta menuda anécdota. Sin embargo, de ordinario, cuando se es el amante de una mujer, se sabe si lleva ligas, y cuando se sabe que no las usa, no se piensa en enviárselas. La ignorancia de Merimée en este respecto es general y particular. Es general e ignora que, ya en 1853, las mujeres de cierta clase han renunciado a las ligas, y de esta ignorancia general la Desconocida se burla graciosamente: «Sepa, *¡oh sabio!*...»; y con ale-

(1) En castellano, en el original.

gría, porque en el fondo está muy satisfecha de que Merimée no se halle más al corriente de los usos femeninos un poco íntimos» Pero esta ignorancia es particular también y se aplica a la Desconocida, se aplica particularmente a la Desconocida, y la Desconocida no parece asombrarse de ello. No le dice con las perífrasis y los eufemismos necesarios—: «Bien sabe que yo no las llevo.» De su texto se desprende más bien esto: «Que no sepa que yo no las llevo, es natural; pero que ignore que ya no se llevan, es divertido y le honra...»

Aquí es donde quisiera estar bien seguro de las fechas. En 1853, hace trece o catorce años que Merimée y la Desconocida se conocen.

Me inclinaré, por lo tanto, a creer que Merimée y la Desconocida no fueron nunca amantes.

—Lo que nos es en absoluto indiferente, me diréis.

—A mí también, en tesis general. Para una buena biografía basta saber que el señor tal y la señora euál eran íntimos y que ésta tenía gran influencia sobre aquél; la forma y el grado de sus relaciones afectuosas son indiferentes para la historia. Pero aquí hay una excepción a la regla. Como Merimée fué muy duro con la Desconocida; como se pelearon y se martirizaron un poco durante tres o cuatro años, se trata de saber si Merimée fué malo, porque tal era su carácter, o si lo fué porque eran «cruel» con él y porque se creía víctima de una coqueta; y desde este punto la cuestión de las «realidades del amor» o de la ausencia de estas realidades se hace importante. Ahora bién; yo creo que Merimée fué tan desagradable, porque no querían amarle como él quería que le amasen.

Sea como fuere, y os dejo a vuestras propias reflexiones, en 1845, y aquí, como es una fecha «en grueso», podemos fiarnos de ella, en 1845 la calma renace, o más bien, nace, porque nunca existió antes; en fin, la calma se establece y la correspondencia se hace sencillamente amistosa y afectuosa. Podéis deducir de esto las dos cosas más opuestas; podéis deducir: sea que la Desconocida ha cedido y que Merimée ya no tiene razón para estar irritado; sea que Merimée se ha resignado a no ser más que el amigo de la Desconocida. Me inclino, como se ha visto, por esta segunda hipótesis, pero no pienso estar seguro, porque no quiero que me digan lo que la marquesa de Lassay a su marido: «¿Cómo haces para estar seguro de esas cosas?»

El caso es que a partir de 1845 reinan la calma, la amistad dulce y firme, y la confianza, y que apenas hay en el diálogo algunos tiquis miquis, y éstos completamente amistosos. Pero observad que hablo de amistad, no de ternura. El tono es suave, amable, abandonado con elegancia; la solicitud es viva y apasionadamente alarmada en los días que puede haber peligro (1848, 1851); pero es, en suma, la conversación de dos amigos muy inteligentes, muy distinguidos, muy informados, llenos de mutua confianza, de más edad el uno, y que hablan con dulzura, poniendo el uno un poco de deferencia y el otro un poco de autoridad paternal, de sus lecturas, de sus viajes, de sus sentimientos, de su estado de alma y ya de sus recuerdos. La ternura vendrá más adelante, notad esto, cuando sean completamente viejos.

Hay que observar además que, de 1846 a 1848, la correspondencia es mucho más rara, ya que las cartas se hayan perdido, ya que haya habido algún enfria-

miento; pero nada en el tono de las cartas que tenemos a la vista confirma esta segunda hipótesis.

De 1850 a 1870, y cada vez más a medida que nos aproximamos al término, nos encontramos en el período de dulce serenidad y de honda y deliciosa ternura. Lo entiendo, por lo menos, de parte de la Desconocida. Las cartas de Merimée son corteses, amables, amistosas, y nada más.

Su frialdad natural ha vuelto. Habla de su salud y da noticias de la corte, noticias políticas y noticias literarias. Por lo demás, de vez en cuando dice que ama. En 1848 (fecha casi confirmada por el texto) decía: «Amo a usted cada día más, a lo que creo.» La palabra amor es muy rara en las cartas de 1850 a 1870.

Por parte de la Desconocida se nota que esta palabra, literalmente la misma, es sincera. Su amor es de verdad amor, y aumenta sin cesar. (Le supongo una treintena de años, notad este punto, en 1850.) Evidentemente, ha influido en ella «esa inquietud rara y esa melancolía enfermiza» que observó en él casi desde el principio. O más bien, desde el momento que ha comprendido que esa melancolía era enfermiza, gustó de ella, como todas las mujeres de carácter elevado y corazón tierno; y desde que ostensiblemente no «la llena él de reproches», sino que sólo le dirige algunos epigramas, se acomoda a su carácter. Ha habido entre ambos un «contrato» que no he podido descubrir, pero que muy probablemente ha puesto término a las hostilidades declaradas. «Dígame si he guardado bien el contrato que hemos hecho hace tiempo. No me lo dice usted, por lo menos en el papel (1). Debe formularse

(1) Hay que leer sin duda: «No me lo diga usted», con arreglo a lo que sigue.

una pregunta de este género y debe ser contestada de una manera distinta: con la mano en la mano, el corazón sobre el corazón, con ojos francos que miren la respuesta antes de que los labios hayan podido articularla.»

Este pacto debía de ser un convenio de felicidad recíproca; porque más adelante la Desconocida felicita a menudo a Merimée por su «felicidad» y «lealtad.» Y puede que Merimée cumpliera el juramento, porque las *cartas a otra desconocida* no son sino galantería, apenas *flirt*, y caen de lleno en el tono de las simples relaciones sociales. Por parte de la Desconocida la confianza es absoluta, a pesar de algunos epigramas que son pura chanza; y el abandono y la *gratitud amorosa*, el sentimiento más profundo y más voluptuoso que experimentan las mujeres, son completos y exquisitos: «Gracias, amigo mío; creo que los años que pasan no disminuyen nuestra amistad.»— «Muy bien sabe usted que toda la ternura de mi ser es para usted y para usted sólo; pero aunque se cuide de hacérmelo repetir, no me es desagradable, en el año 1854, acordarme de que en 1840 la palabra *tenderly*, adquirió un puesto predominante en nuestro mutuo lenguaje. ¡Ah amor mío! usted me ha amado mucho, en las alegrías y en las penas, bajo el sol y bajo los cielos cubiertos de nubes; usted tenía por divisa: «leal y sincero», y por fe una fidelidad constante. Pocas mujeres pueden exigir tanto, ninguna podría pedir más.»— ¿Donde cree usted que he pasado la mañana? En Versalles adonde he realizado una peregrinación inmemorial (1). He ido sola; porque no cuento los cientos de visitantes domin-

(1) ?—Hay que leer sin duda *in memoriam* (en conmemoración).

gueros; éstos no pueden hacerme sino más solitarios los lugares; ninguno conoce nuestros lugares habituales, nuestros bosquecillos, llenos de sombras hoy (es en Diciembre), entregado al viento y desolado, nuestro rincón de la galería por donde se pasa sin ser visto. Me preguntará por qué he ido a ver la flor del estío y el vivo verdor transformados en hielo de invierno. Sí, ¿por qué en verdad? Algún espíritu de inquietud parecía impulsarme; me sentía obligada a ir a ver muerto lo que no debíamos volver nunca a ver vivo. ¿Y que cree usted que he hallado en el sitio? Una raíz retoñante que ha atravesado el duro suelo de nuestro bosquecillo y la clara luz del sol derramándose al través de la ventana, en otro tiempo casi cerrada, de nuestro sombrío rincón de nuestra galería. ¿Qué es lo que esto simboliza y predice? ¡oh amor mío! lo que significa es que la luz y la vida deberían significar siempre la verdad, no la falsía, el bien, no el mal, la confianza, no la sospecha. ¿Querrá usted convenir en esto, no aplastar el retoño y no obscurecer la luz? Nuestras cartas van seguramente a cruzarse. Tengo curiosidad por saber si usted también en estos días pasados ha dado un pensamiento a Versalles y a la rara ilusión del tiempo que allí hemos vivido.»

¿Veíanse durante este período más íntimamente y más libremente que en los tiempos de los paseos suburbanos, que en los tiempos de Versalles? No mucho más, por lo que parece. Por de pronto siempre andan, ella y él, por montes y por valles: «No sabía a donde escribir a usted, y por eso no la he escrito. Lleva usted una vida tan vagabunda que no se sabe donde pillarla». —«...La incertidumbre del lugar en que se encuentra usted es un gran fastidio. Siempre anda usted

viajando y no se sabe nunca dónde encontrarla.» Sin embargo, cuando Merimée no está ni en Fontainebleau, ni en Saint-Cloud, ni en Compiègne, ni en Biarritz, ni en España, ni en Cannes; cuando la Desconocida no está ni en D..., ni en S..., ni en P..., ni en ninguna otra letra del alfabeto, y cuando por milagro una estancia de Merimée en París coincide con una parada de la Desconocida en la capital de Francia, es seguro que por fin se ven en un lugar cerrado y cubierto. Parece cierto que Merimée no va nunca a casa de la Desconocida; pero la Desconocida va algunas veces a casa de Merimée. Merimée escribe en 1858 (fecha confirmada por el texto): «He acusado a usted mucho de haberme cogido un libro (es mi única propiedad) que he buscado como una aguja y que al fin he encontrado esta mañana en un rincón, donde lo escondí yo mismo para que estuviese seguro.» En otra carta: «...Nunca he criado más que gatos, que no me han dado satisfacciones, excepto el último, que ha tenido la honra de conocer a usted.» En otra: «He pensado mucho en tener un gato parecido al difunto Matifas, al que tanto le gustaba usted...» En otro lugar la Desconocida alude al lagarto familiar de Merimée y que a ella no le agradaba.

Los postreros días del otoño de esta pasión fueron tristes y dulces, llenos de inquietudes melancólicas, de confianza y de enterrecimientos, entremezclados con algunos pesares. Merimée era siempre el mismo: valedudinario, agotado y sin poder resistir a sus manías de viejo mundano, arrastrándose por los castillos imperiales, organizando representaciones, escribiendo charadas, o en Cannes, yendo a Niza a almorzar o comer con alguna princesa rusa entre dos crisis de asma,

abreviando así la lista de sus días, que desde hacía tiempo estaban contados. La Desconocida asiste a la caída de las hojas en casa de su amigo, y en la suya con triste sonrisa en la que se guarda todavía el buen humor y mucho de aquel *humour* que siempre tuvo y que fué evidentemente uno de sus encantos. En 1860 —ella tiene unos cuarenta años, él cerca de sesenta—: «Me parece, querido, que nos hacemos viejos, que descendemos gentilmente juntos la colina usted y yo. Ciertamente es que esta palabra de «juntos» basta para quitar al hecho todo lo que pueda tener de cruel, pero el hecho es un tema demasiado real. ¡Qué poco reñimos ahora! (Este pesar es adorable). ¡Qué apacibles y tranquilos nos hemos vuelto! Usted me habla mucho menos del esplendor de mis ojos; pero, en vez de esto, me escribe diagnósticos de su médico, remedios con los que espera curarle de sus palpitaciones, de sus insomnios, de su falta de apetito. Y yo, para no quedarme atrás, le digo que se me debilita la vista; y ya no grito con acentos frenéticos y vibrantes de pasión que voy a adular mi conciencia por amor a usted y porque me es imposible negarle lo que sea. En vez de esto le hablo tranquilamente de mi cura en Hamburgo y de lo que me beneficia el uso de las aguas minerales. ¡Cómo cambian los tiempos!»

De la misma época, un poco más adelante: «Se ha hecho usted tan discreto, que me cuesta trabajo reconocer en usted al amigo de los días tempestuosos en que nuestra suprema delicia era atormentarnos mutuamente de la manera más pueril. Tal vez mi afecto hacia usted renazca si vuelve a ser menos discreto.»

Como siempre, estos pensamientos otoñales giran a manera de examen de conciencia, y la Desconocida, al

evocar su pasado, se dice que, después de todo, si no ha tenido en la vida todo lo que deseara, tiene alrededor de los cincuenta (la carta es ciertamente de 1869 o 1870), la satisfacción de decirse que no ha faltado a ningún deber y que ha sido una amiga segura, buena y consoladora: «A Dios gracias, puedo derramar sobre mi alma el bálsamo consolador (ha tomado mucho el giro irónico de Merimée) de decirme honradamente que mientras que tuve un marido le fui fiel, tanto desde el punto de vista de la letra como del espíritu, y que me comporté con él, por todos conceptos, lo mejor que pude. Y es un recuerdo agradable, albergado en un rincón de mi espíritu, que, cuando llegó su hora, mi marido me llamase aún «el mejor amigo» que hubiese tenido nunca. Yo dije a usted un día que me juzgaba capaz de ser un buen amigo. ¿He probado la verdad de mis palabras?»

Por lo demás, bien sabe ella que, ya por su culpa y muy probablemente por la de los dos, ya por la de Merimée, su amistad no ha sido todo lo que hubiera podido ser y no ha dado lo que contenía. Eran ambos demasiado independientes, demasiado viajeros, demasiado incapaces de practicar el precepto de La Fontaine: «Sed siempre el uno para el otro un mundo siempre bello... Sedlo todo vosotros; no contad para nada lo demás.» La Desconocida «se subalternizaba», como decía Merimée, incesantemente en casas de parientes y amigos, enamorándose de sus pequeñuelas, de las que Merimée estaba celoso; Merimée se subalternizaba más todavía y no podía renunciar a su vida de mundano libre, es decir, esclavo de mil ligaduras, ni, tal vez, a la multiplicidad de sus amistades femeninas. La Desconocida reflexiona sobre todo esto y da curso a

sus reflexiones en una carta completamente del fin que es un examen de conciencia para dos, y que es quizá una tardía proposición discreta de concluir con aquella vida que no es sino una serie de separaciones y de fundar por fin un hogar... No sé bien; pero seguramente la carta es muy curiosa como indicación de estado de alma. Una de los dos palomas viajeras, por lo menos, se arrepiente al fin del genio inquieto y se pregunta si ambas no se han equivocado, lo que no deja de ser probable. Y además el fragmento, cualquiera que sea el pensamiento secreto, es selecto:

*... ¿Sabe usted que empiezo a creer que hemos tenido, usted y yo, un exceso de papel, tinta y plumas en nuestra vida mutua? Un día, hace ya mucho tiempo, una amistad fundada sobre esas tres cosas no le parecía a usted constituir sino un excesivo experimento. Como experimento debo confesar que ha salido bien; pero me abruma un poco la idea de que hubiéramos podido ser tan buenos y leales amigos sin esos tres objetos, *con menos cartas y menos separaciones*. ¿Qué piensa usted? ¿No se extremece de horror en su miedo de una compañía demasiado íntima, por el tedio y la saciedad que aporta? Tal vez se le haya ocurrido exclamar: «¡Jamás! ¡Está loca!» No es más que una idea, como le he dicho; pero sólo el hecho de que me abruma prueba que pertenece a otro mundo de espíritus, que es el fantasma errante de una posibilidad perdida y muerta. *Déjele pasar sin hacerle daño.*»

Nada me quitará la idea de que la Desconocida, aunque muy independiente, pensó siempre en casarse con Merimée y que Merimée no quiso nunca avenirse a ello; que, *en consecuencia*, la Desconocida no quiso ser nunca más que la amiga de Merimée y hasta qué pun-

to, porque todavía hay grados en estas cosas, comprenderéis que me faltan datos para decirlo; —y que una amistad amorosa— cada vez más tierna por parte de la mujer, cada vez más tibia, sin llegar al enfriamiento absoluto, sin embargo, por parte del hombre, se estableció entre ambos desde 1846 aproximadamente y duró veinticinco años, lo que es una bellísima cosa.

Murieron separados como habían vivido. La última carta (probablemente) de la Desconocida está fechada en un país desconocido y llena de presentimientos siniestros. El último billete de Merimée es de Cannes y fué escrito el mismo día de su muerte. La historia de Merimée y de la Desconocida es la historia de una larguísima y bellísima separación amorosa.

* * *

Y ahora es preciso saber bien que no hay nada menos auténtico que el libro titulado *La Pasión de un autor*. He relatado toda esta historia teniendo las cartas por tan reales como lo son las de Merimée, con el propósito de dar más vida a toda esta historia y «restaurarla» como se hace con un monumento antiguo; pero aun así es necesario que esté advertido el lector. Añadiré que sólo por sus cartas, las cuales son perfectamente auténticas, el carácter de Merimée se muestra tal como acabo de pintarlo. Sin eso no hubiese querido escribir este artículo.

Sainte-Beuve.

Hay una novela, dolorosa y dramática, cuyas huellas se siguen en las *Cartas de Víctor Hugo a Sainte-Beuve*, que por fin se publicaron (1896). Es muy cautivante esta novela, tanto más cuanto que es preciso reconstituirla a medida que se la lee, puesto que no se tienen de ella sino páginas sueltas. No ignoráis el placer que hay en escuchar a un señor que está en su teléfono. Por sus preguntas y sus respuestas se suponen las preguntas y respuestas de su interlocutor, al que no se oye. Es muy entretenido. No se es pasivo, como en una conversación ordinaria en la que uno está de tercero; en ésta se es activo y se toma cierta parte. Se colabora, se busca, se tantea, se descifra. Desde el tiempo en que hacía versiones latinas no he experimentado placer más vivo.

Ahora bien; leer las cartas de Víctor Hugo a Sainte-Beuve, es asistir a una conversación telefónica. Tenemos las cartas de Hugo, no tenemos las cartas de Sainte-Beuve. A cada carta de Hugo hay que suponer la correspondiente carta de Sainte-Beuve.

Añadid a esto que Víctor Hugo, al tratar de asuntos muy delicados, con una reserva púdica, laudabilísima, que tal vez no usaríamos en nuestros días, habla por lo general con alusiones o reticencias, lo que redobla la dificultad, y por consiguiente, el placer.

Reconstruyamos pues, con las cartas de Víctor

Hugo la novela de Víctor Hugo y de Sainte-Beuve de 1827 a 1833.

Las primeras relaciones entre Víctor Hugo y Sainte-Beuve, como las últimas, por lo demás, fueron relaciones de poeta con crítico. En Febrero de 1827 Hugo, poeta de veinticinco años, muestra a Sainte-Beuve, crítico de veintitrés, fragmentos de *Cromwell*. A los quince días consolidábase entre ambos una amistad muy fuerte, pronto vehemente, como se verá bastante, a lo menos por parte de Hugo, y establecíase el trato íntimo.

Vese en efecto por las cartas de 1828 que Sainte-Beuve se había hecho familiar de la casita de la calle de Nuestra Señora de los Campos.

«Había adquirido, escribe Hugo a Sainte-Beuve, que está de viaje, la grata costumbre de verle a menudo... Su ausencia me dejaba un gran vacío. Me despoblaba casi la calle de Nuestra Señora de los Campos. Las dos cartas de usted, muy buenas y muy bellas, han llegado a traernos algo de su vida, de su amena conversación, de la poesía del corazón y del espíritu de usted...»

Era deliciosa la casa de Hugo en aquella época. Era una academia familiar «que hacía no desearse otra».

Reuníanse allí Lamartine, Boulanger, Deveria, David, Rabbe, Sainte-Beuve, todos jóvenes, teniendo ya todos tanto talento como el que siempre habían de tener, todos en plena fiebre de producción y de grandes esperanzas, todos grandes artistas y grandes poetas; porque no hay que olvidar, para inteligencia de lo que va a seguir, que en aquella época Sainte-Beuve no era un simple crítico. Era a la vez crítico, poeta y novelista, y se ocupaba mucho más en *José Delorme* y *Voluptuosidad* que en los artículos del *Globo*.

En la dicha época (1828) debe ponerse, en mi opinión la «seducción» (en seguida veréis en qué sentido entiendo esta palabra estúpida) de Mme. Hugo por Sainte-Beuve. Porque observo que en 1829 y en la primera mitad de 1830, Sainte-Beuve viaja mucho. Es probable que sienta la necesidad de sacudirse y aturdirse; va a todas partes; al Rhin, a Alemania, a Rouen, a la Mancha, lo que nunca ha estado mucho en su caracter. Es probable que desee cambiar de ambientes, desarraigarse. Es probable que *le hayan* dicho: «¡Viaje!» A todos nos han dicho: «¡Viajad!» en cierto momento de nuestra vida. Es una palabra bastante desagradable de oír.

Pongo, pues, en 1828 la «seducción» de Mme. Hugo. Porque Sainte-Beuve estuvo enamorado de Mme. Hugo; pero ésta fué «seducida» por aquél; esto es cierto. Las cartas de Víctor Hugo no permiten la duda en este respecto. Dice en cierto momento (1833): «*Yo era el herido.*» Dice en otro pasaje (1831): «Porque, mire, no se lo diría sino a usted *solo* (subrayado en el texto); ya no soy feliz. He adquirido *la certeza de la posibilidad de que quien tiene todo mi amor deje de amarme.*» Descartada la exageración del dolor, queda que Hugo vió a su mujer desligarse un instante de él, sufrir el ascendiente del amigo de la casa. Esto no es dudoso, y todo lo que veremos por lo que sigue lo confirma evidentemente.

¿Pero hasta dónde llegó la «seducción»? Esto es lo que no sabremos *nunca*, ni siquiera cuando se publique el *Libro de amor* de Sainte-Beuve. No lo sabremos nunca, porque Víctor-Hugo no lo ha dicho, porque Mme. Hugo no lo ha dicho, y porque Sainte-Beuve lo dice unas mil veces, pero es terriblemente sospechoso.

Este viejo fatuo, de una fealdad inverosímil, tenía tal empeño en que las nuevas generaciones se convenciesen de que no hubo en su tiempo mujer alguna que le resistiese, que acabó él mismo por creérselo. He aquí uno que no gustaba del placer secreto, algo astuto, pero delicado, después de todo, de los recuerdos misteriosos incubado celosamente en la soledad. Necesitaba que se supieran detalladamente todos sus asuntillos. Y como se había hecho bastante libertino, es muy posible, es muy probable que diese, casi inconscientemente, a sus amores de veintitrés años, el carácter y el color de sus amores de cincuenta. ¡Ah! ¡De qué manera nos ocurre menoscabar nuestros recuerdos con sólo evocarlos; y cómo, a veces, mancillamos nuestros amores juveniles, nada más que con pensar en ellos cuando se nos ha pasado la edad de los mismos!

No llevemos las manos a esos sagrados restos.

El las llevaba siempre y eran unas manos algo pesadas.

Por estas razones, no sabremos nunca hasta dónde llegó la seducción de la mujer de Hugo por el joven Sainte-Beuve.

Pero fué seducida, ahora véis cómo entiendo la palabra; amó y no supo ocultarlo. He aquí lo sabido, y lo que, por lo demás, no daña en modo alguno a su memoria.

Víctor Hugo no lo advirtió al principio. En los momentos en que, probablemente, era más vivo el sentimiento en Mme. Hugo, en los momentos en que, según mis suposiciones, juzgó ella prudente hacer que viajase Sainte-Beuve, era cuando Víctor Hugo escribía a Sainte-Beuve unas cartas en las que se ve lo profunda que era la amistad que le profesaba (Mayo de 1830).

«Si supiera cuánto les hemos echado de menos en estos últimos tiempos, cuánto ha sido nuestro vacío y nuestra tristeza, hasta en familia, cómo vivimos hasta en medio de nuestros hijos, cómo nos faltaban a cada momento los consejos, las atenciones de usted, su conversación de las veladas y siempre su compañía, no se le ocurriría la mala idea de dejarnos así, de abandonarnos. Por lo menos este viaje tendrá de bueno el que no intente otro, y Normandía le salvará de Grecia».

Por aquella época escribía para Boulanger y Sainte-Beuve la deliciosa composición (*Hojas de otoño*):

Amigos míos, Rouen la ciudad de las calles viejas,
Rouen os retiene...

.....
Amigos, mis dos amigos, mi pintor y mi poeta,
Me faltáis y mi alma inquieta
Os solicita aquí.

.....
Adiós sobre todos esas almas y esos corazones tan elevados
Que siempre han tenido para mis males y defectos
Tan tierna piedad.

Adiós toda la alegría que a ellos va unida;
Porque los dos, oh encanto, tan diversos de genio,
Tienen la misma amistad.

.....
Marchad, hermanos gemelos, el artista con el apóstol...
El apóstol es Sainte-Beuve. ¡Buen apóstol!
El uno nos pinta el universo que nos explica el otro.

Porque para dicha nuestra,
Cada uno de vosotros tiene en la tierra la parte que le re-
A ti, pintor, el mundo, a ti poeta, el alma; [clama:
A los dos el Señor.

¡Ay! En Mayo de 1830 Hugo apremiaba a Sainte-Beuve para que abreviase el viaje. Pero después le apremiará para que emprenda uno y todo lo lejos posible.

A fines de 1830 fué cuando Víctor Hugo comprendió. Sainte-Beuve estaba en París. Muy evidentemente seguía enamorado, y continuaba amado y... rechazado a la vez, y se sentía desgraciadísimo; y se expresaba en el seno de Víctor Hugo mismo, ¡y Víctor Hugo le consolaba! Pues bien; no es risible; es muy conmovedor y perfectamente noble, por lo menos de una parte. Lo vergonzoso, en estas cosas, por la parte de un marido, es comprender demasiado pronto, y comprender antes de que haya nada. En 1830 Víctor Hugo no vió todavía más que una cosa; que Sainte-Beuve era desgraciado, y le escribió esta exquisita carta (4 de Noviembre de 1830):

«Acabo de leer su artículo respecto a usted mismo y he llorado. Por favor le ruego, amigo mío, que no se abata así. Piense en sus amigos, en uno sobre todo, en el que esto escribe. Usted sabe lo que es usted para él, la confianza que en usted tiene, tanto en cuanto a lo pasado como en cuanto a lo futuro. Sabe usted que envenenada la felicidad de usted, se envenena para siempre la de él, porque *necesita saber que es usted feliz*. No se desanime. No menosprecie lo grande que hay en usted, su talento, su vida, su virtud. Piense que usted *nos* pertenece, y que hay aquí dos corazones de los que es usted la más constante y la más grata preocupación.

«Su mejor amigo,

Víctor.»

«Venga a vernos.»

«Venga a vernos» indica que Sainte-Beuve no se atrevía ya a ir, o que se le había ordenado que no fuese.

Entre este 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre siguiente fué cuando Víctor Hugo vió claro. ¿Cómo?

¿Enterado por quién? No se sabe. Tal vez se le escapó alguna palabra a Sainte-Beuve. Quizá me inclino a suponerlo, asombrado de la ausencia de Sainte-Beuve, Hugo interrogó a su mujer, la cual, apremiada, concluyó por responder: «Pues bien; soy yo quien no quiero que venga», irreparables palabras que muchas mujeres han dicho, más o menos acosadas por preguntas; palabras que no deberían decir nunca, porque en estos casos es cuando hay que saber defenderse, pero es difícil, lo reconozco, en tales circunstancias, no concluir por flaquear. Bien sabéis cuántas escenas de último acto se han hecho con semejantes palabras.

Hubo evidentemente explicaciones tempestuosas, ya de viva voz, ya por cartas, entre Sainte-Beuve y Hugo. Todo esto se coloca entre el 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre.

En 8 de Diciembre... ¡Ah! ¡Qué conmovedora es esta carta y cuántos diversos dolores contiene! Choca, sin duda, en el círculo de Hugo, que Sainte-Beuve haya desaparecido. Hugo, el pobre y generoso joven, casi heroico, a fe mía, disimula su herida y contesta con afectada *ligereza*: «¡Oh! Sainte-Beuve es un poco *inconstante*.» Esto se lo cuentan a Sainte-Beuve, ¡y es él quien se queja! Sí, se queja de que Víctor Hugo haya hablado de él *ligeramente* y le haya acusado de *inconstancia*, puesto que Hugo le contesta:

¿Puede creer que hablo de usted *ligeramente*? He podido decir *inconstante* en asuntos de arte u otras miserias; pero no en asuntos de corazón. No enterremos nuestra amistad; conservémosla casta y santa como ha sido siempre. *Seamos indulgentes el uno con el otro, mi querido amigo. Yo tengo mi herida; usted tiene la suya.* (Son admirables estas palabras.) Pasará el dolo-

roso quebrantamiento. Todo lo cicatrizará el tiempo; esperemos que un día no hallaremos en todo esto sino motivos para querernos más. Mi mujer ha leído la carta de usted. Venga a verme a menudo. Escribame siempre. Piense *que después de todo (subrayado en el texto), no tiene usted mejor amigo que yo.*»

«Venga a verme a menudo.» Insiste, insistió mucho tiempo. Creyó, lo que es de un buen corazón, que era posible. A los quince días, no parece creer tanto en semejante posibilidad; pero por lo menos, que se escriban, nada de ruptura. Sainte-Beuve le escribió una carta en que le recordaba sus buenos tiempos de la amistad sin envenenamiento. Respuesta (24 de Diciembre): «Hace usted bien en escribirme, querido amigo, hace usted bien *por todos nosotros. Leemos juntas las cartas de usted* mi mujer y yo, y hablamos de usted con profunda amistad. Los tiempos que usted me recuerda están llenos de dulzura. ¿Cree que no vuelvan nunca? Por mi parte, siempre me será grato verle y escribirle. No hay en la vida sino dos o tres realidades, y la amistad es una. *Pero* (es decir, en cuanto a vernos, es difícil) escribámonos a menudo. Son nuestros corazones los que continúan viéndonos. Nada se ha roto.»

Y en 2 de Enero de 1831, como Sainte-Beuve enviáse unos juguetes a los niños, Víctor Hugo aprovecha al punto la ocasión para rogar a Sainte-Beuve que reaparezca: «Ha sido usted muy amable con mis pequeños, mi querido Sainte-Beuve. Mi mujer y yo necesitamos darle las gracias. Venga, pues, a comer con nosotros pasado mañana, *1830 ha pasado.*»

Pocas cosas conozco más conmovedoras y más exquisitas que este: «*1830 ha pasado.*»

¿Fué a comer? No lo sé; pero se ve que continuó absteniéndose mucho todavía durante los primeros años de 1831. Porque Hugo sufre en extremo con esta ruptura. Decididamente, de los tres él fué quien mejor quiso, y tal vez el que más quiso. No puede habituarse a no ver ya a Sainte-Beuve (13 de Marzo): «... Tengo tantas cosas que decirle, tantas penas, *que usted me causa*, que contarle, tantos ruegos que hacerle, amigo, desde lo más hondo de mi corazón, a usted, Sainte-Beuve, a quien quiero más que a mí mismo, tengo tanta necesidad de que me diga que me sigue queriendo para creerlo, que habré de ir una de estas mañanas a buscarle para hablar largamente, profundamente, afectuosamente de todas estas cosas con usted...»

No se equivocaba; Sainte-Beuve no le quería ya, lo que quiere decir, tal vez, que no amaba ya (en aquel momento) a Mme. Hugo. Porque a esta última carta Sainte-Beuve contestó con reproches y muy duros, como váis a ver. Víctor Hugo quedó confundido. «Esperó varios días» antes de contestar y por fin (18 de Marzo) escribió:

«... No hubiera creído que lo ocurrido entre nosotros, *lo que sólo es conocido en el mundo por nosotros dos* (subrayado en el texto) (el perdón evidentemente, si hubo motivo para perdón, o la explicación leal y afectuosa), pudiera olvidarse nunca, sobre todo por usted, Sainte-Beuve, el Sainte-Beuve que he conocido. ¡Oh! Sí, muy cambiado está usted. Usted debe acordarse de lo que ha pasado entre nosotros, en la ocasión más dolorosa de mi vida, *en un momento en que tuve que elegir entre ella y usted*. Recuerde lo que le he dicho, *lo que le he ofrecido, lo que le he propuesto*

(subrayado en el texto), usted lo sabe, *con la firme resolución* (subrayado en el texto) de cumplir mi promesa y de *hacer lo que usted quisiera* (subrayado en el texto); recuerde esto y piense que acaba de escribirme que en este asunto he carecido de «abandono», de «confianza», de «FRANQUEZA» con usted. He aquí lo que usted ha podido escribirme, apenas pasados tres meses. Le perdono desde ahora. Tal vez llegue un día en que usted no se lo perdone.»

Sainte-Beuve se disculpó, fué insinuante. Hugo se conmovió. Le invitó a comer. Siempre invitaba a comer. Obtuvo al fin lo que con una resolución tan noble, tan conmovedora y tan irrazonable, había ambicionado durante tanto tiempo. Sainte Beuve reapareció en la casa y la frecuentó como en la pasada.

¡Ah! ¡Qué bonito acto para los que no consideran la vida sino como una comedia! ¿Cómo no comprendió Hugo que aquello no era posible? Porque no era hombre de teatro, porque no era psicólogo, porque tenía demasiado buen corazón para ser moralista, que aquello era absolutamente imposible; la experiencia se lo enseñó, la realidad le obligó a comprenderlo, la enojosa realidad. Aquella vida no era llevadera. Todo el mundo estaba violento, como sobre espinas, como sobre ascuas en casa de Hugo. *Todo el mundo* en casa de Hugo, deseaba que el señor de Sainte-Beuve se marchase a Lieja. Hay que reconocer que lo mismo era que se fuese a Lieja a cualquier otro punto. Carta del 6 de Julio, noble, conmovedora y generosa, como todas las demás, pero regalo del moralista, como vais a ver:

«Lo que he de escribirle, mi querido amigo, me causa una pena profunda, pero preciso es, sin embargo,

que se lo escriba. Su marcha a Lieja me hubiera dispensado de hacerlo, y *por esto es por lo que a veces le he parecido desear una cosa* que en cualquier otro tiempo habría sido para mí una verdadera desgracia... su alejamiento. Puesto que no se va usted, preciso es... (¿que le eche? sí; pero dicho más amablemente, Víctor Hugo es hombre de estilo), es preciso, amigo mío, que descargue mi corazón en el de usted, *aunque fuese por última vez*. No puedo soportar más tiempo un estado *que se prolongaría indefinidamente con la estancia de usted en París* (he aquí lo que se llama un feliz empleo de la paráfrasis). No sé si ha hecho usted como yo la amarga reflexión de que este ensayo de tres meses de una semi-intimidad, mal reanudada y mal zurcida, no nos ha salido bien. No es esta, amigo mío, nuestra antigua e irreparable amistad. *Cuando no está usted presente, siento en el fondo de mi corazón que le quiero como antes*; cuando está usted, es un tormento. Ya no tenemos libertad en nuestro trato. Ya no somos los dos hermanos que éramos. Ya no hay intimidad; hay algo entre nosotros... Todo me atormenta ahora. *La obligación misma que me ha impuesto una persona que no debo nombrar aquí de hallarme siempre presente cuando viene usted*, me dice sin cesar y muy cruelmente que no somos ya los amigos de antes... Cesemos, pues, de vernos (¡por fin!) ¿Se ha citatrizado la herida de usted? No lo sé; pero lo que sé es que la mía no lo está. Le parecerá a veces que yo no soy el mismo. (Escuchad lo que es de una admirable belleza). *Es que ahora sufro con usted*. Esto me irrita, contra usted primeramente, mi pobre y siempre querido amigo, y luego *contra otra, de quien es quizá también el deseo que le expreso en esta carta*... Perdone todas estas ideas sin ilación. Esta

carta me ha hecho sufrir mucho, amigo mío. Quémela, que nadie pueda nunca releerla, ni siquiera usted. (No la quemó. Era demasiado artista para hacerlo. Comprendió perfectamente que era una obra maestra, y una obra maestra como no hay ocasión de encontrar todos los días. La conservó. No puedo acusarle por ello). Adiós.

Su amigo y hermano,

Víctor.»

«He dado a leer esta carta a la única persona que debía leerla antes que usted.»

Esta vez Sainte-Beuve era puesto en la puerta noblemente, grandemente, patéticamente, con lágrimas; pero era puesto en la puerta, y por los dos. Esto prueba que en semejantes circunstancias hay que empezar por donde Víctor Hugo terminó.

Pero prueba también que Víctor Hugo era de un corazón magnánimo, lleno de flaquezas que son venerables y de elevados sentimientos que son bellísimos. Dije lo contrario. Dije que no era bueno, que no sabía perdonar. Acaba de darme un buen mentís. Es que yo ¡ay! no hablaba del Hugo de 1830, sino del Hugo quincuagenario. Dos cosas agriaron a Víctor Hugo, de las que una sola hubiera bastado para agriarle: la vida literaria y la vida política. Pero esto es una razón más para acudir a la época en que era todavía bueno, generoso, ingenuo, y por extremo simpático, a la época en que podría decir de sí con candor, pero con justicia:

Querer todo de la vida: amor, poder, gloria,
Ser fuerte, ser altivo, ser sublime y creer

En toda pureza.

«¡Oh tiempos de ensueño y de fuerza y de gracia!»
Nunca duran mucho tan hermosos tiempos.

Con las cartas de Víctor Hugo a Sainte-Beuve (1827-1834), la *Correspondencia inédita de Sainte-Beuve* con Justo Olivier y la mujer de éste, el *Libro de amor de Sainte-Beuve*, comentado por M. G. Michant y el *Sainte-Beuve, su espíritu, sus ideas, sus costumbres*, de León Seché (2 vol.), tenemos al fin (1905) casi todos los documentos que necesitamos para escribir un estudio completo acerca de Sainte-Beuve amoroso, es decir, del alma de Sainte-Beuve, que fué un alma bastante fea, pero muy interesante de estudiar minuciosamente.

Sainte-Beuve, huérfano de padre, educado por una madre que, por lo que él mismo dice, no tuvo nunca la «comprensión de los anhelos de él», ni «condescendencia» con tales anhelos, y que parece haber sido una mujer sensata, recta y práctica, tuvo una infancia laboriosa y triste, cruzada ya, según nos confiesa, por deseos amorosos.

De joven, estudiante en París, era, no solamente matemático, como estaba de moda entonces, sino verdaderamente triste y naturalmente sombrío. Era y lo fué siempre, para parodiar un verso de Musset, «una pequeña alma inmortalmente triste.»

Muy feo, y a causa de esto tímido con las mujeres; porque los feos adelantan a veces mucho en la vida antes de saber que los hombres feos tienen prodigiosos éxitos femeninos, tál vez afligido, si hemos de creer un pasaje de *Voluptuosidad*, por un defecto orgánico que aumentaba esa timidez sensata; devorado, no obstante, de deseos, si seguimos dando crédito a *Voluptuosidad*, hasta hallarse en un estado casi enfermizo; después de haber sentido pasiones no satisfechas y sin haber ins-

pirado ninguna —frase suya, formal y repetida: «No he tenido nunca más que un buen éxito de mujer: Adela—», fué cuando encontró a los veintitrés años, en 1827, a Mme. Víctor Hugo, que tenía veintiséis.

Según todos los testimonios contemporáneos que concuerdan perfectamente, a pesar de sus aparentes contradicciones, las cuales no son sino diferencias de grado, era ella bellísima, muy distinguida, indolente y no muy despierta. «A cierta edad, conténtase una muy bien con la belleza sin talento en la persona amada y con el genio sin el buen sentido en la admirada; he conocido esto.»

Tenía ella ese contraste que podía ser encantador, de viveza y hasta de atrevimiento en la fisonomía y en la mirada y de pereza y timidez en el fondo de su carácter y de sus actos. Tuvo ella una infancia adormecida y espectante, según la finísima descripción que nos hace Sainte-Beuve en su *Libro de amor*, que nada habían turbado, ni excitado, ni animado. Amó a Víctor Hugo o se dejó amar por él, de diez y seis a diez y nueve años, y se casó con él a los veinticinco, con ternura y agradecimiento.

Sainte-Beuve y ella se vieron durante dos años casi a diario, sin otro sentimiento que el de una afectuosa amistad o el de una simple costumbre. Hablaban, charlaban, pensaban juntos. Ni intimidad ni coquetería. Sainte-Beuve cree deber advertirnos que la mujer de Hugo le recibía a veces sin haberse peinado aún. Lo dice elegantemente:

À veces un vapor en que su alma se baña
La envuelve al despertar y, todo el día,
Persiste, y hasta la noche prolonga un abandono
En el que nada han cambiado sus gracias de ayer.

A lo sumo, como toda mujer, tal vez sin excepción alguna, la mujer de Hugo decía a veces el famoso: «Soy feliz... y me aburro». Pero era como confidencia.

Yo entro sin embargo, y usted, bella y sin levantarse,
Me dice que me siente; hablamos; empiezo
A abrirle mi corazón, mi tristeza, mi vacío inmenso,
Mi juventud ya devorada a medias.
Y usted me responde con palabras de amistad.

.....
Y cuando usted ha agotado el relato
De sus dichas, añade, triste
Y dirigiendo las negras pupilas al cielo:
«¡Ah! No hay ser en la tierra
Que se pueda considerar más feliz que yo;
Pero en ciertos momentos y sin saber por qué,
Me acometen accesos de suspiros y lágrimas,
Y cuanto más bello es el mundo, más verde el follaje,
Más azul el cielo, más puro el aire, más florido el prado,
Cuanto más me ama mi esposo
Y más alegres están mis hijos,
Y más ligera la brisa, que no osa suspirar,
Tanto más siento esa necesidad de llorar.»

Fué en 1828, a fines de año muy probablemente, cuando Sainte-Beuve empezó a amar, o, como ocurre, comprendió que amaba desde hacía mucho tiempo. Ha fijado aproximadamente la fecha en dos años después de «la primera entrevista» y muy precisamente fija la escena, de la que hace un cuadro bastante bonito:

Tu belleza, descuidadamente, la reflejaste
Un momento en el espejo; en pie, deshiciste
El pelo con tu mano:
Yo fui a salir entonces; pero dijiste: «Quédese.»
Y tu pelo, que llovía bajo tus manos,
Exhalaba hasta mí sus perfumes.
Armada así con el peine, se la hubiese tomado
Por una joven inmortal con su casco negro.
Tal me pareciste...

Podría creerse (¿y quién no lo creería en verdad?) que se trataba de una escena de coquetería por parte de la mujer de Hugo, como pudiera haberla urdido cualquiera mujer ligera para llamar la atención o fijar las incertidumbres de los contemplativos. Nada de esto. «Desde aquel día» Sainte-Beuve deseó a madame Hugo, pero ella «durante seis meses», y henos aquí a mediados de 1829, no le amó más que antes. Dijo: «Quédese», y se soltó el pelo sin intención. Lo inverosímil es a menudo cierto y aquí lo es. Hubo siempre, cosa que no contribuye en poco a hacer obscura esta historia, algo «de lo que no se sabe qué» y algo «de lo que no se sabe por qué» en Mme. Hugo.

Esos seis meses fueron para Sainte-Beuve de inquietud y para Mme. Hugo de tranquilidad persistente. El enervamiento de Sainte-Beuve durante aquel tiempo era extremo. Viajaba. Ocupábase en la publicación de *Consuelos*, cuya primera composición es una declaración de amor, discreta todavía, a Mme. Hugo. Tal vez hablara con palabras veladas de su pasión con sus amigos, porque aun cuando Beranger fuese muy perspicaz sin necesidad de insinuaciones, me parece, sin embargo, su frase sobre *Consuelos* la de un hombre advertido. «... Si le perdono ese girón de culto (cristiano) puesto sobre su fe deísta, es porque me parece que lo ha tomado usted, por amorosa condescendencia, de alguna belleza tiernamente cristiana.» Esto es singularmente preciso para una simple hipótesis.

Trataba de aturdirse. Espaciaba sus visitas.

Por miedo de exacerbar mi mal evitaba verla.

Ensayaba otros amores:

Un loco ardor.

Me arrastra fuera de ti en busca de cura.

Pero al fin comprendió ella:

 Mi secreto comienza a deslizarse en tu seno.

Ella comprendió y se asombró, pero se alegró luego:

 Y tu asombro seguido de tanta alegría.

Y ella tuvo una crisis de pasión ardiente y trágica (siempre si se ha de creer a Sainte-Beuve, y también hay que tener en cuenta la fraseología convencional de la época), pero seguramente muy grave y profunda:

Tu despertar sobresaltada, tranquila y apacible mujer...

Tu grito rudo, el rayo estallando en tu sueño,

La amargura del filtro y el dolor del puñal,

Tu pobre corazón ulcerado por celosas sospechas;

El incendio desenfrenado errante por tus venas;

La desaparición del sueño para ti...

Puede ponerse en Junio o Julio de 1829 esta crisis del amor recíproco, violento y además combatido por ambas partes, en que «el rostro asiduo» de Sainte-Beuve era «la delicia de los ojos» de Mme. Hugo (no os ríais; ha habido cosas más raras en el mundo, y la ingenua fatuidad de Sainte-Beuve es sólo un poco complaciente), en que Sainte-Beuve enrojecía al pensar que el marido solicitaba «su derecho y su parte en la belleza» de la amiga y que la amiga resistía «a sus brazos de hierro», etc., etc.

En esto, gran viaje de Sainte-Beuve a las márgenes del Rin. ¿Por qué? Quizá por una razón totalmente independiente de sus amores. Quizá con la intención de distraerse al cambiar de ambiente. Quizá porque *le* han dicho las palabras de la mujer acosada: «Aléjese. Reaccionemos en el alejamiento y en la ausencia.»

Por lo demás, plena amistad de los tres. Víctor Hugo, evidentemente no sospecha nada. De esta épo-

ca son sus cartas más llenas de confianza y de profunda amistad, sus cartas, medio escritas por él y medio dictadas, porque está mal de la vista, a su mujer misma. Y en esta época también es cuando Sainte-Beuve se muestra más solícito con Víctor Hugo, lo que es más natural aún. Sainte-Beuve tomó parte en la batalla de *Hernani* (Febrero de 1830) y contribuyó a organizar la victoria.

Continuaba, no obstante, viajando mucho y haciendo muchos proyectos de viajes. Pensó en ir a Grecia con Lamartine, que iba allí como encargado de negocios (Mayo de 1830). Escribió por entonces a su amigo el abate Barbe: «No sé si iré a Grecia... En las circunstancias en que estoy desde hace años, iría gustoso al fin del mundo para buscar otro yo (es decir para cambiar de *yo*, como la continuación lo indica. Evitemos la anfibología). Pero *coelum, non animum vifant.*» (Se huye del país que se habita; no se huye de uno mismo). Por el mismo mes, o un poco antes, estaba en Rouen o en Honfleur, con Guttinger, puesto que Hugo le escribía: «Usted conoce toda mi pereza, amigo mío; pero me parece que no conoce usted toda mi amistad cuando supone que aceptaré su dispensa de escribirle... Espero que no volverá a ocurrírsele la mala idea de dejarnos, de desertar así. Esta es una buena prueba, y Normandía nos salvará de Grecia» (16 de Mayo de 1830).

En suma, amor violento de Sainte-Beuve por la mujer de Hugo; esfuerzos de Sainte-Beuve para aturdirse y distraerse arrastrando de cielo en cielo su cadena y sus enojos; amor taciturno y siempre amenazado de la mujer de Hugo por Sainte-Beuve; relaciones perfectamente castas entre ambos; ignorancia, confianza

y vivo afecto en Víctor Hugo: he aquí la situación en 1829-1830.

Esto duró un año por lo menos, de Julio de 1829 a Noviembre de 1830. Era la época (aproximadamente, no tenemos más que la fecha del año) en que, lleno de una melancolía en que no faltaba la hiel y en que los apenaban, Sainte-Beuve decía a Justo Olivier: «¡Oh! Victor Hugo es un hombre al que no atormentan estas cosas. Tiene continuamente los grandes y delicados goces que la procura su talento. ¡Es tan hermoso, tan perfecto lo que hace! Es tan abundante. Es un hombre feliz, lleno (excelente psicología, por lo demás). Vive contento en su familia. Es alegre, tal vez demasiado alegre. Es un hombre dichoso...»

Las cosas iban a cambiar terriblemente. Desde principios del año, Sainte-Beuve escribía a Mme. Hugo versos de amor y, pensando en ella, la novela de *Arturo*, de los cuales escritos se debe conjeturar casi con seguridad que se amaban vivamente, *celosamente ambos*, pero lo más castamente del mundo. Pero se amaban, y esto había de hacerse visible incluso para el marido. En Septiembre de 1830, Hugo no sabía nada aún. El 17 de Septiembre anunciaba a Pavía el nacimiento de su hija Adela, ahijada de Sainte-Beuve, de la manera siguiente: «Mi mujer ha dado a luz felizmente, poco después de la metralla y el cañoneo, una niña de boca chiquitita, cuyo padrino es Sainte-Beuve, a la que llamamos Adela y hemos bautizado el domingo...» Es padre feliz, esposo feliz y amigo feliz. Mientras tanto, Sainte-Beuve escribe versos en los que saluda a Adela, su hija espiritual, *únicamente* espiritual.

Pura y teniendo, sin embargo, algo de mí.»

y escribe, el mismo día 17 de Septiembre al mismo Pavía la bellísima carta romántica, pero evidentemente sincera, que se conoce: «Amigo mío, ruegue por mí y quíerame un poco; porque sufro horribles dolores de alma. Toda mi poesía rechazada, todo mi amor sin salida se agrían y me devoran. Me he vuelto malo, ¡oh! ¡qué pronto se hace uno malo, *cuando es odiado. Yo no soy odiado*, o, por lo menos, me importan poco los que me odian. Pero mi mal y mi delito, es *no ser amado* como quisiera serlo, como anhelaría serlo, amando. Este es el secreto de toda mi loca existencia, sin ilación, sin orden, sin cuidado del porvenir. Desde muy niño, ya no ansiaba en la vida sino una felicidad, el amor; y no lo he logrado, ni siquiera sentido plenamente... Poesía, ¡adiós! ¡Pero cómo te amaría si vinieras! ¿Vendrás acaso cuando ya esté viejo y calvo, cuando tenga los dedos enmohecidos para la lira, la voz cascada para el canto y los ojos sin la llama del amor...?»

Y esto quiere decir en vil prosa, pero muy honrada, que la mujer de Hugo, distraída por su embarazo y que iba a estarlo más todavía por su maternidad, habíase enfriado mucho con Sainte-Beuve, el cual sentía que se le escapaba.

El 4 de Noviembre de 1830 Víctor Hugo, según mi parecer, ignora todavía; otros opinan que empieza a sospechar. Con motivo del artículo de Sainte-Beuve acerca de «José Delorme», es decir, de sí mismo, escrito en el mismo tono poco más o menos que el de la carta de Pavía que se acaba de leer, Víctor Hugo le consuela de este modo: «Por favor le ruego, amigo mío, que no se abata así. Piense en sus amigos; en uno sobre todo, en el que esto escribe. Usted sabe lo que es

usted para él, *la confianza que en usted tiene, tanto en cuanto a lo pasado como en cuanto a lo futuro*. Sabe usted que, *envenenada la felicidad de usted, se envenena para siempre la de él, porque necesita saber que es usted feliz*. No se desanime. No menosprecie lo grande que hay en usted, su talento, su vida, *su virtud*. *Piense que usted nos pertenece y que hay aquí dos corazones de los que es usted la más constante y la más grata preocupación*. Su mejor amigo, V.—*Venga a vernos.*»

Los que ven en esta carta la prueba de que Hugo estaba advertido subrayan: «la confianza que en usted tiene, tanto en cuanto a lo pasado como en cuanto a lo futuro», lo que me parece demasiado vago como prueba, y yo subrayo casi todo lo demás como prueba de que Víctor Hugo no sabía nada de lo que ocurría. Esta carta es para mí la más absolutamente confiada del mundo, así como la más conmovedora. Es la carta de un hombre que cree tener un amigo absolutamente leal y que está a cien leguas de creer que su casa y él tengan nada que ver en las desgracias y penas de tal amigo. Sin esto, la carta de Hugo no sería solamente conmovedora, sería arcangélica, y no sería solamente arcangélica, digamos la palabra, sería tonta. Las cartas de más adelante y de una época en que Hugo sigue no creyendo en la culpabilidad de su mujer, pero en que sabe que hay amor, son de un tono algo diferente.

De Noviembre a Diciembre fué cuando Hugo supo algo, probablemente en los primeros días de Diciembre. ¿Qué pasó en los primeros días de Diciembre? Pasó *seguramente* que Sainte-Beuve *no fué a ver a Hugo*; como ya en 4 de Noviembre, según la *postdata* de Hugo, parece que no iba. Pasó *seguramente* que Hugo dijo a alguien que lo repitió a Sainte-Beuve:

«¿Sainte-Beuve? No le veo ya. Es un poco inconstante.» Y pasó *seguramente* que Sainte-Beuve se quejó a Hugo —¡quejábase él!— de aquella palabra. He aquí lo que pasó *seguramente*.

Y hubo *probablemente* escenas de recriminaciones por las que Hugo sospechó la verdad; —y *tal vez*, al fin obtuvo la confesión más o menos explícita de Sainte-Beuve: «Un día, dice Seché, en que hablaba a uno de los ejecutores testamentarios de Sainte-Beuve, me dijo que Víctor Hugo, asombrado de no ver a Sainte-Beuve, fué a casa de éste una mañana a pedirle explicaciones y que Sainte-Beuve, tras una cierta vacilación y puesto entre la espada y la pared, concluyó por confesarle que estaba enamorado de su mujer, lo que, lejos de enojar a Hugo, le hizo prorrumpir en carcajadas.»

Seché no cree una palabra de esta anécdota, porque la pone antes de la carta de Hugo del 9 de Noviembre. ¿Pero por qué la pone allí, puesto que no sabe la fecha? Puesta después de la carta del 9 de Noviembre y antes de la del 8 de Diciembre que vamos a ver, no es nada inverosímil. Yo la había supuesto sin saber nada, en un artículo que escribí acerca de la correspondencia de Hugo en 1896. Sainte-Beuve, fríamente recibido en Noviembre de 1830 por Mme. Hugo, que está muy entretenida con Adelita, deja de ir a casa de Hugo; ésta se asombra y se queja; se queja con alguien que se lo cuenta a Sainte-Beuve, el cual se enfada más que nunca. Hugo va a verle y se lo dice. Apremiado, Sainte-Beuve concluye por confesar: «Vale más que no vea a su mujer, porque temo enamorarme de ella.» Hugo se echa a reír. Sainte-Beuve, aquel día u otro, y para enmendar lo que se le ha escapado declarar, dice

a Hugo: «Además, usted ha hablado mal de mí, ligeramente, acusándome de inconstancia...» Y hay una petición de explicaciones de Víctor Hugo a su mujer, la cual responde algo como esto: «Quizá. No sé. De todos modos, tal vez tenga razón en no volver por aquí.» Y Hugo abre los ojos. Y a todo esto, sí, a todo esto responde; y es todo esto, sí, todo esto, o poco menos, nos revela la carta capital de Víctor Hugor (8 de Diciembre), la cual recoge dos cosas; de una parte, los reproches de Sainte-Beuve respecto a los dichos «ligeros» de Hugo; de otra parte, un asunto mucho más grave, del que no habla sino por alusiones.

«¿Puede creer que yo hablo de usted ligeramente? Puedo llamarle inconstante en asuntos de arte o de otras miserias, pero no en los asuntos de corazón. No enterremos nuestra amistad; conservémosla *casta y santa*, como ha sido siempre. Seamos indulgentes uno con otro, amigo mío. *Yo tengo mi herida; usted tiene la suya. El quebrantamiento doloroso pasará.* El tiempo lo cicatrizará todo. Esperemos que un día no hallaremos en todo esto sino razones para querernos más. Mi mujer ha leído la carta de usted. Venga a verme *a menudo*; escíbame *siempre* (lo que quiere decir para los que saben escribir y leer: venga poco, pero no deje de escribirme). Piense que, *después de todo* (1), no tiene usted mayor amigo que yo.»

Pasada esta crisis, que me parece haber sido la más fuerte de toda esta aventura, vino lo que llamaré el ensayo leal de Víctor Hugo, es decir, una tentativa de Víctor Hugo para que la amistad subsistiese a pesar de todo, y de otra parte vino lo que se puede llamar los

(1) Subrayado en el texto.

amores secretos de la mujer de Hugo y de Sainte-Beuve, de cualquiera naturaleza que fuesen; y el ensayo leal duró, con dificultades y sacudidas muy naturales, hasta 1834, y los amores secretos duraron desde principios de 1831 hasta 1837.

Hugo, a fines de Diciembre de 1830 (24 de Diciembre) escribió a Sainte-Beuve una carta que puede resumirse así: «No nos veamos más, sea, pero escribámonos.» El 2 de Enero de 1831 le escribía —y sigo resumiendo—: «1830 ha pasado. Venga a comer.» El 13 de Marzo, desconsolado por el apartamiento persistente de Sainte-Beuve, le escribía: «Tengo tantas cosas que decirle, tantas penas, *causadas por usted*, que contarle, tantos ruegos que hacerle, amigo mío..., tengo tanta necesidad de que me diga que me quiere para creerlo, que habré de ir una de estas mañanas a su casa para hablar largamente...»

Sainte-Beuve, cosa que no le censuro, se resistía al ensayo leal, queriendo evidentemente no ver a Hugo, y no ver a la mujer de Hugo sino fuera de su casa, o en casa cuando el marido no estuviese en ella. Pero como estaba en una posición falsa, se defendía horriblemente mal. Se defendía con recriminaciones, como lo prueba la siguiente carta de Hugo; decía que en la escena o en las escenas de los primeros días de Diciembre de 1830 Hugo había carecido de franqueza, de confianza y de qué sé yo qué más. Víctor Hugo estaba estupefacto ante semejante bajeza de alma: 18 de Marzo de 1831: «... No creía que lo ocurrido entre nosotros, *lo que no es conocido sino por nosotros dos solos en el mundo* (1), pudiera ser nunca olvidado, sobre todo por

(1) Subrayado en el texto.

usted, Sainte-Beuve, el Sainte-Beuve que he conocido. ¡Oh, sí! Mucho ha cambiado usted. Usted debe acordarse de lo que ha pasado entre nosotros en la ocasión más dolorosa de mi vida, en un momento en que tuve que elegir entre ella y usted (lo que no está claro, sin duda, pero que me parece menos inexplicable que a otros, y lo que, en mi entender, quiere decir: cuando accedí a que no viniera usted, en consideración a la tranquilidad de ella). Recuerde lo que le dije, lo que le ofrecí, lo que le propuse, usted lo sabe, con la firme resolución de cumplir mi promesa y hacer lo que usted quisiera (más obscuro, pero, sin duda, un *modus vivendi* razonable y aceptable que Hugo proponía, sometía a la conciencia de Sainte-Beuve, diciéndole: «y lo que lealmente acepte usted, lo querré yo»). Recuérdelo y piense que acaba usted de escribirme que con este asunto he carecido con usted de «abandono», de «confianza», de «franqueza». He aquí lo que usted ha podido escribir pasados apenas tres meses (lo que pone hacia el 15 de Diciembre la fecha de la proposición del ensayo leal). Le perdono desde luego. Tal vez llegue un día en que no se lo perdone usted.»

Sainte-Beuve volvió. Frecuentó la casa de Hugo, sin perjuicio de ver fuera a la mujer. Pero, en su confianza, en su generosidad y, sobre todo, en su seria ignorancia de lo que pasaba, Hugo había contado demasiado con Sainte-Beuve, con Mme. Hugo y consigo mismo. Las visitas de Sainte-Beuve a casa de Hugo constituían ya un suplicio para todo el mundo. El 6 de Julio comprendió Hugo que cuando Sainte-Beuve no quería volver era Sainte-Beuve quien tenía razón, y le escribió la carta siguiente:

«Lo que tengo que escribirle, querido amigo, me

causa una pena profunda; pero preciso es, sin embargo, que se lo escriba. Su viaje a Lieja me hubiera dispensado de hacerlo, y por esto es por lo que le ha parecido desear una cosa que en otro tiempo hubiera sido para mí una verdadera desgracia su alejamiento. Puesto que no se va usted, y confieso que sus razones pueden ser buenas (Víctor Hugo no sabía las verdaderas), preciso es, amigo mío, que descargue mi corazón en el de usted, aunque fuese por última vez. No puedo soportar más tiempo una situación que se prolongaría indefinidamente con la estancia de usted en París. No sé si usted ha tenido el mismo amargo pensamiento que yo; pero este ensayo de tres meses de media intimidad (Abril, Mayo y Junio, Sainte-Beuve había vuelto poco después de la carta del 18 de Marzo), mal reanudada y mal zurcida, no nos ha resultado bien. No es esta nuestra antigua e irreparable amistad. Cuando no está usted presente, siento en el fondo de mi corazón que le quiero como antes; cuando está usted, *es un tormento*. Ya no somos libres el uno con el otro. Ya no somos los dos hermanos que éramos. Ya no tenemos nuestra intimidad; hay algo entre nosotros. Esto es horrible de advertir, cuando estamos juntos, en la misma habitación, en el mismo sofá, cuando pueden tocarse nuestras manos. A doscientas leguas uno de otro, parece que son las doscientas leguas las que nos separan. Por esto le decía que se fuera. ¿No comprende usted bien todo esto, Sainte Beuve? ¿Dónde están nuestra confianza, nuestra mutua expansión, nuestra libertad de ir y venir, nuestras inagotables charlas sin violencias? Ya no hay nada de esto. Todo me atormenta ahora. *La obligación misma que me ha impuesto una persona, que no debo nombrar aquí, de estar siempre*

presente cuando está usted, me dice sin cesar y muy cruelmente que ya no somos los amigos de antes. *Hay algo ausente en la presencia de usted, mi pobre amigo, que me la hace más insoportable que su ausencia.* A lo menos el vacío sería más completo. Dejemos, pues, de vernos, créame usted, por algún tiempo, a fin de no dejar de querernos. ¿Está cicatrizada su herida? No lo sé. Lo que sé es que la mía no lo está. *Cada vez que le veo a usted sangra.* A veces debe parecerle que no soy el mismo. Es que sufro con usted ahora. Esto me irrita contra mí ante todo y sobre todo y después contra usted, mi pobre y siempre querido amigo, *y, en fin, contra otra persona cuyo es tal vez el deseo que le expreso a usted con esta carta.* De todos estos sufrimientos del corazón siempre se escapa algo al exterior, haga lo que haga, y esto nos hace a *todos* desgraciados, más desgraciados que antes de habernos vuelto a ver. Dejemos, pues, de vernos en este momento, a fin de volvernos a ver un día y para toda la vida. La distancia entre nuestros barrios, el verano, las excursiones al campo, el que nunca se me encuentra en casa, son pretextos suficientes para las gentes. En cuanto a nosotros, sabremos a qué atenernos: nos seguiremos queriendo, nos escribiremos, ¿verdad? Cuando nos encontremos en alguna parte será un contento; nos estrecharemos la mano con mayor afecto y efusión que aquí. ¿Qué dice usted de todo esto? Escribame unas líneas. Perdone todas estas ideas sin ilación. Esta carta me ha hecho sufrir mucho. Quémela. Que nadie pueda nunca releerla. Ni siquiera usted. Adiós. Su amigo, su hermano, VÍCTOR. — He dado a leer esta carta a la única persona que debía leerla antes que usted.»

Esta carta, sobre la belleza literaria y sobre la be-

lleza moral en la que no insisto, prueban que a principios de Julio de 1831 la mujer de Hugo o había vuelto a pensamientos y propósitos de austeridad, o, con el designio de ver a Sainte-Beuve en secreto, había persuadido a su marido de que no quería ver a aquél de ninguna manera y hacía que le pusieran en la puerta, a causa de que las entrevistas de tres, tan divertidas para otras mujeres, le eran penosas, ya en sí mismas, ya por el estado nervioso en que ponían a su marido.

El ensayo leal no fué, sin embargo, abandonado en seguida y de un modo absoluto. A la carta del 6 de Julio, Sainte-Beuve contestó, evidentemente, a vuelta de correo, porque Hugo le escribía el 7 de Julio esta carta emocionante que prueba que si Hugo no conocía tal vez su desgracia en toda su extensión, la conocía en lo esencial y sufría hasta el punto de enfermar. El hombre «feliz», el hombre «alegre» de 1830 estaba muy lejos: «Recibo su carta, amigo mío, y me desconsiela. Tiene usted razón en todo (va a leerse la carta de Sainte-Beuve, como si se la tuviera a la vista, entre las siguientes líneas de Hugo), tiene usted razón en todo. *Su conducta ha sido leal y perfecta; usted no ha herido ni debido herir a nadie; todo está en mi pobre y desdichado cerebro*, amigo mío. Quiero a usted en este momento más que nunca, me odio sin la menor exageración (léase: me odio, dicho sea sin la menor exageración), me odio por estar loco y enfermo hasta tal punto. El día en que quiera usted mi vida para servirse, la tendrá usted, *y será poco sacrificar*. Porque, mire, no le diría esto sino a usted, ya no soy feliz. *He adquirido la certeza de la posibilidad de que la que tiene todo mi amor dejase de amarme*. En vano me digo todo lo que usted me dice y que ese mismo pensamiento es

una locura; basta con esa gota de veneno para envenar toda mi vida. Sí, compadézcame, soy desgraciado. Ya no sé en qué situación estoy con los dos seres que más quiero en el mundo. Usted es uno de ellos. Compadézcame, escríbame. Quírame. Hace tres meses que sufría más que nunca. Comprenda que, en mi estado, verle todos los días, removía sin cesar todas estas fatales ideas en mi herida. Nunca nada de esto saldrá al exterior; usted sólo sabrá algo de ello. Usted es siempre (¿verdad que lo quiere?) el primero y el mejor de mis amigos. He aquí un aspecto, sin embargo, bajo el que todavía no me conoce usted. ¡Qué loco debo parecerle y cuánto debo afligirle! Escríbame que me tiene siempre el mismo afecto. Esto me hará bien, y viviré con la esperanza del día feliz en que nos volvamos a ver.»

Lo que prueba una vez más que de Marzo de 1831 a Septiembre de 1831, habían pasado muchas cosas entre la mujer de Hugo y Sainte-Beuve, las cuales, en todo caso, eran de carácter grave, y que esta es la época de la crisis, o de una de las crisis más importantes de esta pasión, son las tergiversaciones de Sainte-Beuve del lado de Bélgica, tergiversaciones que conocemos por unas cartas de Sainte-Beuve, recientemente descubiertas (1905) por Oscar Grejon.

Sainte-Beuve estaba en Bruselas en 1831, hablando con los literatos belgas, admirando la ciudad, diciéndose que podía vivirse y trabajar allí como en otras partes, y pensaba en hacer que le diesen una cátedra de literatura francesa en la Universidad de Lieja.

El 23 de Abril Carlos Rogier escribía a Sainte-Beuve para darle cuenta de las gestiones que había hecho con tal objeto.

En *Mayo*, Sainte-Beuve, de vuelta en París, no solamente desea ir a Lieja, sino que muestra en este asunto una impaciencia que acusa al enamorado rechazado y exasperado; porque escribe a Rogier *el 4 de Mayo*: «Tendría, sin embargo, el vivo deseo de una pronta resolución. Si se me permitiera abrir inmediatamente en la Universidad de Lieja y antes de que termine el año escolástico (*sic*) un curso de literatura francesa, con la certeza de un nombramiento ministerial después de mi naturalización...»

Tiene, pues, el 4 de Mayo de 1831 un vehementísimo deseo de ir a Lieja.

En 16 de Mayo no lo tiene menos: «... Quisiera saber, antes de ponerme en camino, que el asunto está hecho... Acabo de pasar unos días en Juilly, en casa del señor de Lamennais, donde he gustado la calma y un alejamiento cada vez mayor hacia París y a la vida que allí se lleva.»

Ahora bien, el 31 de Mayo, este candidato tan vehemente, tan ansioso, tan incapaz de permanecer tranquilo, tan lanzado hacia Lieja..., ES NOMBRADO. Es nombrado; Rogier se lo escribe; y no se va a Bélgica; y permanece en París; y enmudece con sus amigos de Bélgica, y no les da ya señales de vida.

Por fin, *el 4 de Septiembre*, escribe a Lesbroussart, y su carta indica que ha ocurrido un gran acontecimiento en su vida, de la que ha cambiado toda la dirección: «... Desde la carta que tuve la honra de escribirle, le he debido parecer muy lento, ya en ir con ustedes, ya en informarles de los motivos de mi tardanza. Los graves acontecimientos que agitaban su país, y en los que, como recién llegado, me hubiese hallado tan inútil, me han parecido una excusa suficiente, y he

pensado, con razón a lo que creo, que mi ausencia y mi tardanza serían completamente inadvertidas. Pero, mientras tanto, *circunstancias de indole completamente privada y personal, que al principio me habían hecho desear vivamente la estancia y un empleo honroso en ese bello país, han cambiado más felizmente que las cosas públicas para todos nosotros.* He reanudado mi vida solitaria e independiente de aquí. He comprendido que me apenaría mucho marcharme. Usted, poeta y hombre de independencia, comprenderá mejor que nadie estas razones, a las que, como ya he tenido la honra de indicarle, se agregan *algunos recientes motivos más precisos y completamente individuales.*»

Así, pues, en Mayo Sainte Beuve quería marcharse. A principios de Julio dice a Víctor Hugo: «Ya no me voy». En Septiembre dice a sus amigos de Bélgica que no se marchará nunca. Hubo entre Sainte-Beuve y Mme. Hugo algo decisivo entre fines de Mayo y principios de Julio de 1831.

De todos modos, entre Hugo y Sainte-Beuve, el ensayo leal atenuado, rodeado de precauciones, no consistente ya sino en verse de cuando en cuando y como en alerta, duró todavía, cosa asombrosa, hasta 1834. En 1833, en 22 de Agosto de 1833, Hugo escribía aún a Sainte-Beuve que le quería tal vez más que antes de sus querellas, y daba de esto una explicación alambicada, significando aproximadamente que quien recibe la injuria la perdona más fácilmente; pero que no se perdonan nunca las injurias que se han inferido.

En 1834 rompieron definitivamente. ¿Por qué? En el fondo, a causa de lo que les dividía y que ninguno de los dos podría olvidar; ocasionalmente, y también por añadidura, a causa de malos procedimientos lite-

rarios. En Enero de 1834 Sainte-Beuve publicó acerca del *Mirabeau* de Víctor Hugo un artículo muy elogioso, pero en el que había reservas. Hugo se quejó, y hay que reconocerlo que sin delicadeza, haciendo intervenir un nombre que no debía ser pronunciado: «He hablado (en este artículo) mi pobre amigo —y somos dos a quienes ha hecho tal efecto— inmensos elogios, fórmulas magníficas; pero en el fondo, y esto me contrista, poca benevolencia.»

¿Hay que creer lo que dice a este respecto Troubat (es decir Sainte-Beuve), que Víctor Hugo inventó lo de la desaprobación de su mujer, y que ésta afirmó no haber censurado nada; y hay que asociarse a la ruda indignación de Sainte-Beuve expresada en su retrato del «hombre grosero»: «... Si quiere que le hagas un favor es capaz de mentar en la conversación el nombre de su mujer por poco que sospeche que estás un poco enamorado de ella...»?

Cuando se tiene un sentido sereno, hay que ver las cosas como debieron de ocurrir. Es muy sencillo. Todo el mundo ha exagerado y nadie ha mentado. Así suceden casi siempre las cosas. Hugo lee a su mujer el artículo de Sainte-Beuve: «No es suave.» La mujer distraída y con indiferente equiescencia (y es muy de su carácter): «No». Hugo a Sainte-Beuve: «Ha sido usted malévolo. Bien lo ha comprendido. Mi mujer también. Mi mujer todavía más que yo.» Sainte-Beuve a la mujer de Hugo (cuando están solos): «¿Es verdad que le ha disgustado mi artículo? ¿A mí? Nada de eso. Me lo ha dicho él. Se lo ha figurado. Ya le conoce.» Apostaría que no hubo más que ésto, y es una escena de todos los días. Pero los poetas y las personas nerviosas lo aumentan todo.

El caso fué que en 1.º de Abril de 1834 Hugo escribía a Sainte-Beuve: «Hay tantos odios y tantas cobardes persecuciones que compartir hoy conmigo, que comprendo muy bien que hasta las amistades más probadas renuncien y se desaten. Adiós, pues, amigo mío; enterraremos cada uno por nuestra parte lo que estaba ya muerto en usted y lo que su carta ha matado en mí. Adiós.—V.»

Lo que quiere decir: «Desde hace tres años, a pesar de mis esfuerzos sobrehumanos, he dejado de sentir el afecto que nos unía. No podría negar, si fuera más sincero de lo que es nadie y más clarividente respecto al fondo de mí mismo, que veía un poco en usted a un amigo literario y un hermano de armas. Ya no es usted ni esto. Escribe usted en la *Revue des Deux Mondes* que pega a mis dramas. Personalmente, escribe usted artículos que no me son favorables sino a medias. Se ha pasado usted al enemigo. No veo por qué me había de violentarme para quererle.»

Y Sainte-Beuve, que parece haber provocado esta decisión última, hubo de sentirse aliviado, porque recobraba desde entonces su libertad de crítico y su libertad también respecto a Mme. Hugo. El ensayo leal estaba definitivamente terminado.

Sí, pero en todo esto, ¿dónde se pone la escena de violencias materiales de que Hugo habla en unos versos que no fueron conocidos hasta después que murió? Para decirlo claro, ¿cuándo Hugo arrojó a la escalera a Sainte-Beuve?

No he olvidado tu mirada monstruosa,
El día en que te eché de mi casa, canalla,
Y, empujándote por la espalda, en la escalera,
Te dije: «No vuelvas a entrar aquí.»

Estos versos son de 1843, probablemente, de la época en que se anunciaba la publicación o más bien la impresión del *Libro de Amor*. ¿Pero y la fecha de la escena misma? Nada hay para precisarla en los documentos. Es muy difícil ponerla de 1831 a 1834. Todas las cartas de Víctor Hugo a Sainte Beuve pertenecientes a este período, aún las más rudas, indican un estado de ánimo que no tiene nada de violento e indican también que Víctor Hugo no creyó nunca en una relaciones culpables de su mujer con Sainte-Beuve. Habría, pues, que poner esta escena entre 1834 y 1837. Pero en esta época Sainte-Beuve no iba nunca a casa de Hugo. La crónica escandalosa dice que sí, pero sin ninguna prueba. Y la composición indicaría más bien que en una época en que a Sainte-Beuve le *estaba permitido* entrar en casa de Hugo, Hugo sorprendió algo que le desagradara y de aquí la escena violenta. Nada puedo afirmar, pero es poco probable, casi inverosímil que los hechos ocurriesen entre 1834 y 1837. En el fondo, tengo la impresión de que no hubo tal escena. No hay que abusar del argumento: «Se sabría»; pero se me antoja que una escena semejante hubiese traspirado, y también que Sainte-Beuve no hubiera podido volver más adelante, varias veces, cuando su candidatura académica, a casa de Hugo, de haber sido expulsado tan ignominiosamente. Es posible —aunque los detalles dados por Hugo son muy precisos— que Hugo condensara en una escena de la mayor violencia mil escenas de desagrado y de resistencia y de «*compelle exire*» a las que se alude en la famosa carta del 6 de Julio de 1831 y que condujeran poco a poco a la ruptura. Esto sería el procedimiento de *aglomeración*. En fin, no sé nada de esto.

De todos modos, el caso es que el 1.º de Abril de 1834 Sainte-Beuve y Hugo estaban reñidos. Durante este tiempo, es decir, de 1831 a 1834, Sainte-Beuve y la mujer de Hugo estaban muy enamorados y se veían a solas tan a menudo como podían.

Voy en seguida a la cuestión candente para decir sin rodeos todo lo que pienso de ella y no tener que insistir. ¿La mujer de Hugo y Sainte-Beuve fueron amantes en el sentido preciso y completo de la palabra? Respondo: es infinitamente probable, pero no es completamente seguro. Estas cosas no pueden afirmarse como ciertas sino cuando hubo publicidad, o sorpresa en flagrante delito o confesión de la mujer. Hugo fué el amante de Mme. Drouet; es indiscutible: hubo publicidad. Fué el amante de Mme. Biard; es indiscutible: hubo sorpresa en flagrante delito. ¿Sainte-Beuve fué el amante de la mujer de Hugo? Lo sospecho un poco; pero no es seguro. No confesó, no hubo publicidad, no hubo sorpresa en flagrante delito, o, por lo menos, no lo sabemos.

¿Qué es lo que prueba las relaciones absolutamente íntimas? El *Libro de amor* solamente, sólo él. Pero el *Libro de amor* es sospechoso. Es sospechoso porque las afirmaciones de un viejo fatuo como Sainte-Beuve son siempre sospechosas. Es sospechoso porque fué escrito durante los amores de Sainte Beuve y la mujer de Hugo, sí; pero arreglado —¿hasta qué punto?— mucho más adelante, seis años después de rotos los lazos. Y esto constituye una enorme diferencia. A los seis años, los recuerdos, ayudados por la imaginación y el amor propio, pueden deformar singularmente la realidad.

Es sospechoso porque es un libro de venganza, de

venganza contra Hugo y de venganza contra la mujer de Hugo, a la que Sainte-Beuve «odiaba» —lo ha dicho en sus *Cuadernos*— cuando se preparaba a imprimir este libro.

Es sospechoso, en fin, porque me parece que fué arreglado y dispuesto en su última forma para alguien y con un propósito. ¿Para quién? Para la señora de Arboville. ¿Con qué propósito? Con el de mostrarle que Sainte-Beuve había inspirado amor, un amor apasionado y un amor sensual, a una principalísima dama y que se podía, sin menoscabo y sin avergonzarse, imitar a esta dama principalísima. El cálculo es horriblemente vulgar. Sí; pero con muchas mujeres resultaría bien; además, de alma, Sainte-Beuve es perfectamente vulgar. Seché ha observado, perspicaz y justamente, que Sainte-Beuve no comprendió nunca que había diferencia entre la sociedad de 1830 y la sociedad de mediados del siglo XVIII y entre las mujeres de las dos épocas. Fué, pues, pensando en Mme. d'Arboville cómo Sainte-Beuve dió los últimos toques, y sin duda los más vivos, al *Libro de amor*, y pudo deslizarse demasiado en representarse como un amante absolutamente dichoso. En todo caso, hubo de evitar cuidadosamente el representarse como un amante desgraciado, lo que siempre es, y más para las mujeres tales como Sainte-Beuve se las representaba, un papel ridículo y una situación que inspira una piedad mezclada con una suave alegría.

Y en definitiva su cálculo era un poco tonto; porque enseñar a una mujer un libro en el que revela muy crudamente sus amores con otra, es inspirarle el propósito de no prestarse a aparecer desnuda a su vez en el volumen siguiente. Pero en fin, tal como conocemos

al hombre, semejante cálculo pudo hacerlo Sainte-Beuve.

No me chocaría que en el *Libro de amor* pusiera, aquí y allí, algo que no se ajusta a la verdad absoluta.

Quedan las confidencias a sus amigos que tomamos de las cartas que nos han llegado. Evidentemente son casi formales. Vese por ellas y por las respuestas de los amigos de Sainte-Beuve que éstos dos por lo menos, Gutttinger y Pavía, no dudaban de la intimidad entre Sainte-Beuve y la mujer de Hugo. Pero también son vagas —se me dirá que no faltaba más sino que fueran precisas— y un poco contradictorias. Aquí Sainte-Beuve habla del collar que le retiene en París, «los dos brazos de una mujer amada y amante». (Sea usted poeta para que sus mejores versos sirvan a un señor para expresar el amor que le tiene su mujer de usted. ¡Dios mío qué comedia es el mundo! Esta es una de las setecientas sesenta farsas con que se entretiene el Eterno, dicen los Vedas). A veces habla de un «sacrificio doloroso» que su amor mismo le impone. De todo lo que dijo en prosa de estos amores, no se puede deducir nada absolutamente preciso.

La frase más formal —y para mí casi decisiva, debo decirlo— es la del cuaderno último: «En amor, no he tenido más que un triunfo: Adela. Soy el hombre más rehusado en amor y que más se ha rehusado en amistad». Y cuando Sainte-Beuve habla de triunfo en amor, no se puede creer que signifique un medio triunfo. ¡Y aun así!

En fin, tengo por casi cierto que Sainte-Beuve fué el amante de la mujer de Hugo, pero quiero mantener el *casi*.

Por lo demás, me asombra que se discuta tanto. Si

se trata del establecimiento de un hecho, hay que confesar que este hecho es casi insignificante en la historia universal. Y si se trata de la moralidad de la mujer de Hugo, es indudable que fué culpable. Nada importa que fuese completa o incompletamente la amante de Sainte-Beuve. Desde el momento en que jugó un doble juego, rogando a su marido que no recibiese más a Sainte-Beuve y viendo a Sainte-Beuve en secreto; desde el momento en que tuvo trato asiduo con Sainte-Beuve durante cinco o seis años, sin que Hugo supiese nada o no lo sospechara sino vagamente, *engañó a su marido*; poco importa y, en mi sentir, no importa nada el saber hasta dónde pudo llevar ella su confianza y su abandono. La cuestión de que estoy hablando desde hace una hora, por hábito e imitación, es, por lo tanto, perfectamente ociosa.

Dejémosla, pues, y relatemos sumariamente los amores, *de cualquiera especie precisa que fueran*, de Sainte-Beuve con la mujer de Hugo.

Desde fines de 1830 hasta Julio de 1831, la mujer de Hugo y Sainte-Beuve se amaban libremente, puesto que Sainte-Beuve entraba en casa de Hugo y la consigna que dió la mujer de Hugo a su marido respecto a hallarse siempre presente cuando estuviera Sainte-Beuve no debió de ser observada con gran rigor. Tal vez, pero no se sabe, había ya citas secretas fuera de la casa.

A partir del 6 de Julio cesan las visitas de Sainte-Beuve a casa de Hugo y casi inmediatamente empiezan las citas misteriosas, puesto que de ellas se trata en el soneto del 1.º de Septiembre: «¿Qué viene ella a decirme?» En Octubre, paseos matinales en Bievre, en la finca de los Bertin, o por los alrededores, «mientras que está aún acostado el peligroso testigo».

Durante el invierno de 1831-1832, no encuentro nada preciso que señalar. Pero el verano de 1832 fué, a lo que parece, la temporada de pleno amor, irritado, contrariado y tanto más vehemente y arrebatado. Sainte-Beuve es llamado lejos de París; se queda para verla y respirar el aire que ella respira. Espía, acecha en las calles por donde ella puede pasar para tener la probabilidad de «verla una vez más.» El marido también espía y acecha, o por lo menos, Sainte-Beuve se lo imagina; pero no triunfará:

El celoso ronda en vano como un ladrón armado;
Más paciente que él, yo espero y venceré.

Estimo que fué en Agosto de 1832 cuando el amante venció en efecto, o, por lo menos, tuvo singulares ventajas. El 12 de Agosto de 1832 escribía:

¿Quién soy y qué he hecho para ser amado por ti,
Para ser tan amado; para tener de tu fe
Prendas tan secretas, tan grandes testimonios?
¡Oh, sí! ¿Soy yo, sin alhagadoras ilusiones,
Soy yo el que ayer, entre tus manos convulsas
Apretando en tus rodillas la frente,
Murmurabas: «es el; es el tesoro querido?»
Así en mi pelo hablaban tus labios;
Oigo todavía su acento; siento aún su presión.

.....

A este verano de 1832 se refieren las confidencias más características del *Libro de amor*. Cita «en un cuarto pequeño y discreto» al que va la mujer de Hugo, o, a falta de ella, llevan a la ahijadita de Sainte-Beuve, Adela, a la que quiere mucho (composición XVI, 22 de Agosto de 1832). Cita en iglesias (tal vez otra fe-

cha: la composición XXIII no está fechada). Celos de la mujer de Hugo respecto al trabajo y a las horas de estudio de Sainte-Beuve, etc.

A esta época, sin duda, hay que referir el soneto: «*Si alguna censura, ¡ay!...*» Si tuviéramos la fecha de este soneto, sabríamos la época precisa... ¿cómo se ha de decir esto? en que los amores de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo, de cualquiera especie, repito, que fuesen, empezaron a parecer culpables, incluso a los dos amigos. Pero Sainte-Beuve no ha querido dar esta fecha. La composición XXIV no está fechada. Por su colocación ordinal entre las otras, puede conjeturarse, y a esta hipótesis me atengo, que es de fines de 1832. Hela aquí como recuerdo y también porque es la más bella desde el punto de vista literario, como por otra parte la más hondamente inmoral de toda la obra. Las hay más indelicadas; no la hay más inmoral.

Si alguna censura, ¡ay!, se desliza en el origen
De estos amores en que dos corazones han sucumbido,
En que dos seres, perdidos por un beso,
Sobre el seno uno de otro han bendecido la ruina;
Si el mundo, escarneciendo toda felicidad adivinada,
No ve sino sentidos perturbados y frágil olvido;
Si el ángel, velándose en amplio pliegue,
Se niega a escuchar a la pareja que se inclina,
Acerca, amiga mía, acerca aún tu frente,
Estrecha con más fuerza nuestras manos para los años fu-
La falta desaparece en su constancia misma, [tueros,
Cuando la fidelidad, triunfando hasta el fin,
Luce sobre arrugas y blancos cabellos queridos,
El Tiempo, divino anciano, honra y blanquea todo.

Es por la misma época, según todas las trazas, en todo caso antes de 1833, cuando Sainte-Beuve se felicita plenamente de sus amores, comparándose ridículamente con Júpiter, que se oculta con Juno en el seno de una nube, dando gracias al dios Sueño por ador-

narle, a él, Sainte Beuve, «con una nueva gracia», etcétera, etc. Es, de otra parte, la época en que los lazos de amistad *literaria* entre Sainte-Beuve y Hugo son más estrechos, y en que Víctor Hugo, por lo menos, escribe a Sainte-Beuve en el tono de la más completa confianza y de la afección más cordial. Carta de Víctor Hugo a Sainte-Beuve del 21 de Septiembre de 1832: «... Todos nos encontramos muy bien. Mi mujer hace dos leguas a pie todos los días (estaban en el campo) y engorda visiblemente...»

Estamos en 1833. Esta fecha es por extremo importante, porque es el año en que, tras una fidelidad de once, Víctor Hugo empezó a engañar a su mujer, lo que, desde el punto de vista literario, y también desde el de las relaciones de la mujer de Hugo con Sainte-Beuve, tuvo toda suerte de consecuencias.

En Enero de 1833 se enamoró Víctor Hugo de Julieta Drovuet, y el 17 de Febrero, según sus propios recuerdos, el 19, según los cálculos rectificativos de León Seché, pasó a ser el amante de ella. Desde entonces —punto de vista literario— Víctor Hugo tuvo una inspiración poética más; y un parisiense de 1833, al enterarse del caso, dijo con una satisfacción en que las preocupaciones morales no entraban para nada: «Muy bien, muy bien. Víctor Hugo va a hacer, por fin, versos de amor»; y desde entonces —punto de vista anecdótico—, Sainte-Beuve y la mujer de Hugo quedaron materialmente y moralmente libres.

Lo fueron moralmente, si algo puede relevar a una mujer de su juramento de fidelidad y a un amigo de sus deberes de amistad, lo que es dudoso; pero lo fueron sin duda materialmente. Víctor Hugo, arrastrado por su nueva pasión, descuidaba el hogar doméstico,

pretextando ensayos o representaciones de sus obras para volver tarde o no volver; entrevistas con directores de provincias para ausentarse durante varios días. El «celoso guardián» había desertado. Los dos amantes o amigos estaban libres, sin más vigilante que su conciencia, cuya vigilancia ignoro hasta qué punto la ejercía. Parece que la mujer de Hugo conoció en seguida o casi los extravíos de su marido y que los perdonó. En 25 de Julio, Víctor Hugo escribía a Pavía: «Antes era inocente, ahora soy indulgente; es un gran progreso, Dios lo sabe. Tengo a mi lado una buena y querida amiga, un ángel, que lo sabe también, a la que usted quiere como a mí y que me perdona y me ama.» Escribía en verso (*Cantos del Crepúsculo*):

La que, cuando al mal, pensativo me entrego,
Es la sola que puede castigarme y me perdona,
La de mis propios yerros me consuela y me absuelve.

«Se perdona mientras que se ama», —ha dicho La Rochefoucauld— y tal vez hay que añadir: «Sobre todo mientras que se ama a otro.»

«Durante este tiempo, —dice Michaut—, Sainte-Beuve cantaba su victoria.» Me parece que ya habría empezado a cantarla. Pero la proclamaba más que nunca (siempre suponiendo que de 1834 a 1845 Sainte-Beuve no añadiera nada al *Libro de amor*, cosa de la que no puedo responder). Cantaba la habitación a que iba su castellana en una casa de la calle de San Antonio, resto del antiguo palacio de San Pablo, representaba a «la castellana» misma en éxtasis ante él; hablaba de «su sueño calmado» y dando a entender que obtenía lo que en otro tiempo ni siquiera se atreviese a esperar obtener.

1834 señaló los comienzos del ocaso de esta pasión.

Es de observar que, ya coincidencia, lo que es perfectamente posible, ya razones para que fuera así, y esto lo veremos más adelante, la pasión de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo parece haberse entibiado en el tiempo mismo de la ruptura definitiva entre Sainte-Beuve y Víctor Hugo. Víctor Hugo y Sainte-Beuve rompieron definitivamente (salvo algunas relaciones puramente oficiales que tuvieron más adelante) a principios de Abril de 1834. Ahora bien, la composición de Sainte-Beuve sobre el «otoño del amor» está fechada en 1.º de Septiembre, y con arreglo al orden seguido por Sainte-Beuve en la disposición de sus composiciones hay que leer: 1.º de Septiembre de 1834, y ya en la XXX, que, según este mismo orden, debe de ser de Julio o de Agosto, comienza a apuntar la melancolía de un amor que se siente declinar, todas las composiciones que por el orden de colocación se refieren al segundo semestre de 1834 están llenas de un desencanto ya amargo.

1835 fué (tal vez) más feliz. Los dos amigos tuvieron por lo menos el placer de verse, muy libremente y muy lejos del marido, en las bodas de Víctor Pavía (Agosto de 1835). Hicieron acompañados del padre y la hija de la mujer de Hugo (Leopoldina) un rápido viaje a Nantes, volvieron a Augers, o más bien, a las Rangeardières, propiedad de Víctor Pavía, y no se separaron hasta mitad de camino de París, y Sainte-Beuve declara que jamás «hizo más versos» que en aquel tiempo. Pero nada preciso sabemos respecto al estado de alma de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo durante este viaje. Todo lo que se sabe por las composiciones, en adelante sin fechas, del *Libro de amor*, es que los «pesados y tristes sueños» de la melancolía

—como dice Enrique Heine—, se sucedieron a las brillantes de la victoria.

En 1836 las cosas reanudan para nosotros su precisión. Notemos por de pronto que en el mes de Noviembre de 1835 hubo una segunda ruptura o más bien una agravación de la ruptura entre Hugo y Sainte-Beuve, a causa del artículo bastante mortificante o por lo menos bastante picante de Sainte-Beuve sobre los *Cantos del Crepúsculo* (*Revue des Deux Mondes* del 1.º de Noviembre de 1835). Retengamos esto. Después, si se ha de creer una frase de *Mme. de Pontivy*, novela breve de Sainte-Beuve sobre la que hemos de volver, sería en 1836 cuando Sainte Beuve empezó a comprender decididamente ya que no era amado. ¿Será verdad, dice en *Mme. de Pontivy*, que «cinco años, como se ha dicho, sea el plazo más largo asignado por la naturaleza a una pasión a la que nada contraría pero que muere por sí misma»? Y Michaut nos hace observar muy ingeniosamente que «la primera composición del *Libro de amor* cuya fecha conocemos es de 1830, las últimas son de 1836 (no de 1837) y muestran el temor de la ruptura entrevista. El límite (de los cinco años) conviene pues a las relaciones de la mujer de Hugo y Sainte-Beuve; en 1830 conocieron su amor recíproco y en 1836, como se ve, se esfuerza él en retener la pasión próxima a extinguirse.

El razonamiento es muy justo. Pero le llevaría a otras fechas. Fué en 1829 cuando Sainte-Beuve y la mujer de Hugo empezaron a amarse; fué ya en 1834, si conjeturo bien, cuando Sainte-Beuve empieza a prever el declinamiento del amor, y he aquí nuestros cinco años, y el que haya composiciones en el *Libro de amor* que lleguen hasta la fecha de 1837, como no hacen más

que llorar por un amor que se siente muerto, la cosa no destruye en nada el razonamiento.

Luego es 1836, puesto que *Mme. de Pontivy* apareció en Marzo de 1837, cuando Sainte-Beuve, inquieto, como se ha visto, desde 1834, está persuadido de que el amor de la mujer de Hugo expira y trata de «reanimarlo» (lo ha escrito él) con un relato amoroso lleno de tiernas quejas. Dicho de otra manera, *Mme. de Pontivy* es la manifestación en prosa de las quejas amorosas que, según todas las trazas, Sainte-Beuve venía expresando en verso desde 1834 y que aún no podía publicar; y la frase de esta novela, citada antes, indica que el cansancio amoroso empezó desde 1834, o todo lo más, desde 1835.

En todo caso, lo más tarde en los primeros meses de 1837, Sainte-Beuve, al escribir *Mme. de Pontivy*, hacía la *exposición* siguiente de su situación psicológica. Murçay ha amado a Mme. de Pontivy. Por mucho tiempo sus amores fueron ignorados por aquellos mismos, por más tiempo todavía, fueron castos. Llegó el día que Mme. de Pontivy, queriendo que Murçay fuese completamente dichoso feliz se entregó a él. Más adelante se hizo absorbente, imperiosa. Perteneciente a una camarilla de la que su marido era el jefe, no admitía que Murçay tuviese libertad de opinión e independencia respecto a la camarilla y su jefe. Además, ella era apasionada y él tierno, melancólico y nebuloso. Disputaron. Hubo reproches, recriminaciones, rupturas y arreglos.

Por fin se conocieron mejor, consintieron en admitir las diferencias de sus caracteres y de sus espíritus, y se unieron con un amor inmortal.

Y esta última parte es lo que Sainte-Beuve *quisiera*

que sucediese. Todo lo demás es la historia del pasado y la manifestación del presente; esto es, su esperanza de lo futuro. El mismo Sainte Beuve lo declara netamente en una carta de más adelante a Vinet: «Esta novela no ha sido escrita sino con miras a una sola persona, para que lea y acepte y comparta los sentimientos... No me choca que personas serias y que se sirven interesarse por mí, hayan percibido aquí (habla evidentemente de la última parte) lo débil y lo falso.»

Luego (por el momento me atengo solamente a los hechos) en 1834, probablemente, fueron las primeras tormentas; en 1835 hubo frialdades y reacciones, en 1836 apartamiento por parte de ella, a principios de 1837 (lo más tarde) ruptura, si bien Sainte-Beuve abriga aún alguna esperanza de reconciliación.

Y las últimas composiciones del *Libro de amor*, fechadas en 1837, confirman plenamente esta última situación, como *Mme. de Pontivy* confirma, por lo demás, todo el *Libro de amor*. En las últimas composiciones del *Libro de amor* se lanza, entre otros, el famoso grito: «¡Dejadme! ¡Todo ha huído!» En 1837 fué el final, o, por mejor decir, el definitivo final de los amores de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo.

Y ahora, ¿cuáles fueron las razones de semejante ruptura? Muy difíciles son de desentrañar; para conocerlas, habría que conocer el carácter de la mujer de Hugo, y después de todo, lo ignoramos casi. No tenemos, pues, otros datos que los muy abundantes, a la verdad, que nos da Sainte-Beuve. Pero son sospechosos como todos los que da un amante abandonado. Yo no digo que Sainte-Beuve mienta. *Es demasiado buen psicólogo para mentir*. La claridad con que se desentrañan las cosas y el placer que se experimenta al ver-

las tan claras impide que se las falsee. Si esto os parece paradójico, es que desconocéis la psicología del psicólogo. Además, la *concordancia perfecta* de los datos generales dados por el *Libro de amor*, por las *cartas* a los amigos (Guttinguer, Pavía, Vinet, los Olivier) y *Mme. de Pontivy* es una prueba importantísima de la sinceridad y hasta de la verdad de estos datos.

Pero digo: de la sinceridad y de la verdad, no de la exactitud. Y Sainte-Beuve pudo ver mal, es decir, no ver hasta el fondo. Cuando una mujer le deja a uno, aunque sea el mayor psicólogo del mundo, nunca se sabe exactamente por qué.

Hechas estas reservas, con las que debilito por adelantado, deliberadamente, cuanto voy a decir, he aquí las razones probables del enfriamiento de la mujer de Hugo respecto al joven Sainte-Beuve, y no inserto yo ninguna de estas razones: todas las ha dado, en un sitio o en otro, el mismo Sainte-Beuve, aunque insista más en una que en otra.

1.^a La saciedad propiamente dicha, los «cinco años», que, contando los dos en que amaran sin saberlo y los dos o tres en que se desligaron insensiblemente, suman nueve (1828-1837). Nueve años en amor es mucho, no para las almas superiores, pero sí para las almas medianas. Muy pocos enamorados pueden decir (en un sentido que no es completamente el de Ovidio):

Ne memini numeros sustinuisse novem.

Y en *Mme. de Pontivy*, y también, lo que es muy notable, en el *Libro de amor*, Sainte-Beuve ha marcado muy precisamente esta razón, la simple fuerza del tiempo, el simple efecto del desgaste:

Pero tú, después de seis años, cansada de amar demasia-
Sin otra que la de ser preciso que todo pase, [do,
 Tú, por la que no ha cesado de arder mi corazón,
 Tú, corridas las cortinas, en este mismo sitio,
 Con estos mismos soles de rayos soberanos,
 Permaneces, como entonces, acostada, ¡oh amiga mía!
 Soñando vagamente; doliente, lo temo,
 Doliente, pero del cuerpo... o tal vez dormida.

El caso es que Sainte-Beuve y la mujer de Hugo se conocieron y trataron nueve años; lo que basta para dejarse.

2.^a La saciedad resultante de una pasión violenta. Esta frase de La Bruyère: «No hay otra razón para no amarse que la de haberse amado demasiado.» Ahora bien, la pasión de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo parece que fué violenta. Recuérdese el «grito extraviado», los «seis meses de tormentos», y aparte la exageración romántica, es cierto que aquella pasión fué vivísima. Estas pasiones se gastan bastante pronto por su ardor mismo. Es un hecho de experiencia que no es preciso analizar.

3.^a Sainte-Beuve era enojoso. No ha insistido en esto, como puede suponerse, pero lo ha indicado. Ha dicho, cosa que sabíamos aunque no lo hubiese dicho, que era tierno, concentrado y melancólico. Tradúzcase esto por llorón y quejumbroso. La mayor parte de las mujeres se causan pronto de estos caracteres. Son atraídas por los melancólicos, sí, pero son retenidas por los alegres. Como son sentimentales y compasivas, la desgracia entrevista las atrae; pero como son niñas que necesitan que las diviertan constantemente, la desgracia indefinidamente ostentada las aburre y acaba por horripilarlas. Repito que Sainte-Beuve, con parsimonia pero con precisión, ha indicado perfectamente

esto en los comienzos de *Mme. de Pontivy*. No dudo de que Sainte-Beuve, que tenía talento, pero ninguna alegría, aburriese a la mujer de Hugo.

4.^a La mujer de Hugo fué celosa, con ese género de celos que irritan al amor, pero que lo cansan y acaban por enterrarlo. Fué celosa de *algo* que tenía más imperio que ella sobre Sainte-Beuve; a saber, el trabajo y los estudios de éste. Siendo el amor en las mujeres —como en los hombres, y aquí el amor femenino y masculino se parecen; pero más en las mujeres que en los hombres— un deseo de posesión y de absorción, le es insoportable a una mujer que ama, a menos que sea completamente generosa y por extremo inteligente, que el hombre al que ama trabaje y no se consagre por entero a ella. Ahora bien, Sainte-Beuve trabajaba, y trabajaba no solamente para ganarse la vida, lo que las mujeres, haciendo un esfuerzo sobre sí mismas, llegan a perdonar; sino que trabajaba con gusto y con pasión, y esto es lo que no perdona una mujer a su vez apasionada. Esto por lo menos la irrita. La mujer de Hugo veía una rival en la Biblioteca real. También esto se halla muy bien indicado en el *Libro de amor*. La cosa no asombrará a ningún hombre que haya amado, que haya sido amado y que haya frecuentado las Bibliotecas. En el fondo, la mujer que ve que el hombre a quien ama trabaja un poco más de lo que sea estrictamente necesario, deduce siempre lo siguiente: «Luego yo no soy para él más que una distracción y este gran amor no es más que un devaneo.» Y, en realidad, ¿quién puede decir que está en absoluto equivocada?

5.^a Es posible que la mujer de Hugo fuese demasiado ardiente para lo que Sainte-Beuve podía soportar de ardor. El famoso último poema del *Libro de amor*,

el famoso: «Insensato, ¿que has hecho?» es más alambicado y casi tan obscuro como un poema de Mauricio Scève; pero el último verso está claro y el soneto mismo se halla comentado por otras composiciones sobre las que eharemos una ojeada. He aquí el famoso soneto:

Insensato, ¿qué has hecho? Al ver el mal sagrado
 Devorar todo mi corazón y quemarme como a ella,
 Quise, sin tocar a la llama eterna,
 Disminuir no obstante el fuego.
 Quise en el altar ardiente
 Encender un rayo para la ausencia fiel (?)
 Y moderar la potencia.

De la lámpara vigilante y que luce en la grada (?)
 Quise de Dido, o de Fedra o de Elena,
 Hacer, mi amada Laura, una reina más dulce,
 Más dulce también para ella y para el vencedor;
 Sonriente, placiéndose en las tristezas ligeras,
 Cantando su melodía en el fondo de los días severos, (?)
 Quería el matiz y marchité el ardor.

Antes de comentar esto, aclarémoslo con otras composiciones del *Libro de amor*. He aquí una en que Sainte-Beuve *hace hablar* a su amiga, lo que es sumamente interesante, porque en todo esto no tenemos ni una sola palabra directa de la mujer de Hugo:

Amigo, si sintieses una parte
 Del mal de mi alma,
 Si vieses mejor mi ansia,
 ¡Cómo me compadecerías!
 ¡Cómo hallarías en seguida
 Las poderosas palabras que necesito,
 Esas palabras de embriagador recuerdo,
 Que, de un corazón celeso de ser amado,
 Van al corazón de repente desarmado
 Y convencen cuando se quiere creer!

Quejas bastante precisas, a las que Sainte-Beuve contestaba con una precisión, también, que la da mayor a las quejas mismas.

Lamento, amiga mía, que mi naturaleza sea así;
 Pero ella, y la suerte tanto tiempo sombría
 Me han dado poca alegría y pocas esperanzas.
 Cuando de tu corazón, por el que cruzó una duda,
 Asoma a tus ojos una nube heladora,
 Vuelvo a mi antiguo sufrimiento.

Todo mi anhelo se retira y mis palabras huyen:
 Falta la fuente; el oro que para sí había lucido
 No es más que arena en mí; nada tengo que te agrade;
 Lo sé, y antes que me transporte en el que mienta,
 Como huérfano resignado que no tuvo mañana ni flor,
 Retorno a mi desgracia.

Si traducimos todo esto en prosa, creemos ver que de un amor ardiente, apasionado, lírico, romántico, un poco salvaje, de que era objeto, Sainte-Beuve quiso hacer un amor elegíaco, un amor tranquilo y dulce, de poco ruido y de voz baja y sin brillanteces, más conforme con su naturaleza; que, casi (y estoy muy tentado de creerlo) quiso transformar en fraternal amistad el amor de una mujer de treinta y cuatro años descuidada por su marido, que esto dañó terriblemente las cosas y que en definitiva, sin ruidos también, terminó todo. *Inimica recessit.*

Todo esto es dudoso. Todo esto debe contener algo cierto, pero debe de ser exagerado y estar arreglado para el efecto final. Sainte-Beuve, más o menos conscientemente, quiere tener el buen papel en la última página, y no dice, pero quiere que se diga: «Fué amante delicado, mientras que ella tenía algo grosero en su pasión. «He aquí el fondo del estado de alma de Sainte-Beuve.

En cuanto al fondo de las cosas, no debe hallarse

aquí. Que la mujer de Hugo sintiera por Sainte-Beuve un ardor vehementísimo, no es imposible. Pero cuando una mujer tiene una de esas pasiones, no se desprende ni aún de un amigo más tranquilo y menos fulgurante. Aferrase a él con todo su ser y le retiene con todas sus fuerzas. Ahora bien, es indudable que la mujer de Hugo fué la que se separó de Sainte-Beuve. Luego, tenido todo en cuenta, cualquiera que pudiese ser la verdad circunstancial y momentánea en lo que nos dice Sainte-Beuve, su amada no podía ser tan fulgurante ni hallarse tan ligada a su presa.

Si la mujer de Hugo hubiera dejado a Sainte-Beuve por otro, todo lo que nos dice Sainte-Beuve en este punto sería muy verosímil, de una verosimilitud equivalente a la verdad; pero —y para esto sirven y preciso es, sin duda, que sirvan esas oleadas de luz indiscreta que penetran toda una época, como lo harían los rayos X— es muy probable, a pesar de lo que oigo murmurar a mi alrededor, que la mujer de Hugo, después de Sainte-Beuve, no tuvo ningún amigo. Por lo tanto, la razón fundada en los ardores de la mujer de Hugo y la tibieza de Sainte-Beuve es, en mi parecer, falsa. Tal vez se ajustaría a uno o dos incidentes de sus relaciones; pero es todo lo que puedo admitir. El soneto: «Dañé el ardor», hubo de ser una impresión de 1834, por ejemplo, dada como impresión final y conclusión.

6.^a Las razones por las que la mujer de Hugo se separó de Sainte-Beuve hubieron de ser, sobre todo, aquellas en las que más insiste Sainte-Beuve en *Madame Pontivy*. El sentimiento y por añadidura la clara inteligencia de la «solidaridad conyugal», como ha dicho muy bien Michaut, la apartó poco a poco de un

hombre que se pasó al enemigo y no hacía ya la propaganda del «gran almacén romántico», como dijo irreverentemente Alfredo de Musset. Es muy de notar, que a medida que Víctor Hugo rompe con Sainte-Beuve, la mujer de aquél, más lentamente, algo después, se desliga a su vez, y puede conjeturarse que, en parte, por las mismas razones. *Más o menos conscientemente*, la mujer de Hugo hubo de decirse: «Después de todo, quien perjudica a mi marido me perjudica a mí. Independiente, sea; pero podría ejercer su independencia con quienes no fuesen sus amigos de diez años. Si los celos de Sainte-Beuve respecto a mi marido pueden halagarme, su indiferencia respecto a intereses que son los de mi marido y los míos me parece ingratitud.» Es un razonamiento de burguesa el que atribuyo a la mujer de Hugo; pero es que, empiezo por creer que la mujer de Hugo fué en el fondo una burguesa, y, además, que tampoco una gran dama razonaría de una manera muy diferente.

El caso es que a principios de 1834, por el artículo *Mirabeau*, Víctor Hugo se enoja con Sainte-Beuve y en el transcurso de 1834 la mujer de Hugo comienza, a lo que me parece a retirarse; y que a fines de 1835, por el artículo *Cantos del Crepúsculo*, el enojo de Hugo con Sainte-Beuve llega hasta el punto de querer batirse con él; y que en el transcurso de 1836 la mujer de Hugo rompe con Sainte-Beuve y éste exclama: «Todo ha huído.»

7.^a Y voy más lejos que a considerar esa «solidaridad conyugal» tan perfectamente natural, por lo demás; y voy, sin estar seguro de las cosas, puesto que repito que el carácter de la mujer de Hugo me es imperfectamente conocido, a presentar a esta dama por

hipótesis, pero por hipótesis bastante racional, bajo un mejor aspecto. Tengo la convicción moral de que para explicar la ruptura de la mujer de Hugo con Sainte-Beuve, hay que explicarla sobre todo por una vuelta de aquélla a su marido, y a su vez hay que explicar esto por las infidelidades de Hugo. Naturalmente no estoy seguro; pero así veo las cosas hasta el punto de que me parecen naturales.

En 1833 pasa Víctor Hugo a ser el amante de madame Drovet, cosa de la que en seguida se entera la mujer de aquél, y perdona, como Hugo se lo dice a Pavía en el mes de Julio de 1833. Por el momento, sin duda, perdona porque ama a otro; pero a este otro, desde el año siguiente, le ama menos, y a los dos años deja de amarle, aunque Hugo continúa amando a Mme. Drovet, y a fines de 1835 Víctor Hugo proclama a la faz del universo que «de sus propios yerros ella le consuela y le absuelve.» ¿No véis que la infidelidad de Hugo ha sido un elemento de aproximación entre su mujer y él?

Hay mujeres que aman al infiel, no precisamente a causa de su infidelidad, sino en primer término porque prueba que es amable al agradar a otras; después porque pide perdón de una manera conmovedora; en fin, y sobre todo, porque su corazón siente una dulzura infinita por haber perdonado. Se perdona porque se ama; pero también se ama porque se perdona. Esto no es nada sutil; es la naturaleza misma.

Y observad que la mujer de Hugo parece haber sido de tales mujeres, cosa en ningún modo merecedora de censura o mofa. Sin duda, no hay que razonar en 1835 como en 1845, ni respecto de una mujer de treinta y dos años como de una de cuarenta y dos. Y también es

que la mujer de Hugo tenía ya, en 1835, algo de la mujer que había de ser en 1845. Ahora bien, en 1845, cuando Hugo fué sorprendido con Mme. Biard, la mujer de aquél no pensó sino en salvarle y prodigó sus buenos oficios para sacarle del compromiso. La mujer de Hugo, si no en 1833, por lo menos hacia 1835, por lo menos en la época de los *Cantos del Crepúsculo*, hubo de saborear el perdón que concedía indefinidamente a su marido, saborear su propia grandeza de alma, hasta que esta grandeza de alma y dulzura de corazón se convirtiese y fundiese en amor por su marido.

—Pero estas cosas no son posibles sino cuando ya se ama, y muy profundamente.

—Exactamente. Pero es que yo opino que la mujer de Hugo, como la mayor parte de las mujeres casadas que tienen un amante o un amigo, no amó nunca más que a su marido.

Esto es lo que no comprendió Sainte-Beuve, o lo comprendió; porque es difícil figurarse que Sainte-Beuve no comprendiese algo, pero que no le dió la suficiente importancia. En suma, ¿no observáis que faltó a todos sus deberes de amante de una mujer casada, a todos sin excepción?

No divirtió a su amiga, que, como toda mujer y sobre todo como mujer de un marido algo solemne, necesitaba que la divirtiesen.

Fué elegíaco, es decir, como murmuraba Musset, fué un «gruñón sombrío y misterioso».

No fué el esclavo de su amiga, no se dejó absorber por ella y se reservó momentos para el trabajo y el estudio.

Le habló mal de su marido, lo que decididamente es

no saber los elementos de su oficio. Habló antes de 1833 del «guardián celoso» y después de 1833 de aquel hombre que se pasaba las noches fuera de su casa y se dejaba «seducir por una Friné». Es este un género de consuelo que las mujeres no aceptan nunca y que las irrita en extremo. Primera regla: no hay que hablar nunca del marido.

En fin *se cansó de hacer los encargos del marido*. Los hizo mucho tiempo, hasta 1832, más adelante, los siguió haciendo un poco; pero al fin se cansó de hacerlos. Cuando un amante o un amigo se muestra rehacio en hacer los encargos del marido, puede contar con una pronta liquidación. Precisamente los que, por instinto o por propósito firme, quieren romper, emplean ese medio.

No hay error de amante casada en el que Sainte-Beuve no cayera plenamente 1837 se comprende muy bien.

Sábese que más adelante Sainte-Beuve y la mujer de Hugo fueron muy buenos viejos amigos; pero me parece que de 1837 a 1851 no se vieron. En 1851 cuando el destierro de Víctor Hugo, su mujer fué a ver a Sainte-Beuve para rogarle que interpusiera su influencia a favor de aquél; y Sainte-Beuve, que no era un vil personaje, no tuvo inconveniente en prometerlo y en cumplir su promesa. De aquí unas relaciones amistosas entre la mujer de Hugo y Sainte-Beuve durante todo el curso del Imperio, siempre que aquélla iba a París, cosa muy natural y perfectamente digna. Sainte-Beuve, después de haberla amado mucho, y después «odiado» —lo ha escrito en sus notas— lo que por lo demás es también un modo de amar, la quiso hasta el final con esta dulce amistad que no es sino una forma

del recuerdo. Escribía a Baudelaire en 1866: «Es usted muy amable al hablar de mí algunas veces con Madame Hugo. Es la única amiga constante que he tenido en este mundo. Las otras no me perdonaron nunca el haberme separado de ellas en un cierto momento...» La mujer de Hugo murió en Bruselas el 27 de Agosto de 1868, aproximadamente un año antes que Sainte-Beuve.

Sainte-Beuve, después de haber sido abandonado por la mujer de Hugo, siguió amando frecuentemente; pero no tuvo ya, según dijo él con absoluta claridad y significativa insistencia, ningún triunfo femenino. Amó a la mujer de Justo Olivier con una amistad muy respetuosa y como un poco tímida, en la que se mezcla aún alguna galantería y discreto deseo de agradar, como siempre en Sainte-Beuve. Unas palabras solamente acerca de esta amistad amorosa. ¿Sabéis adónde hay que ir a buscar la *confesión* de Sainte-Beuve respecto a la mujer de Olivier? No en sus cartas a los Olivier; en su artículo acerca de Mme. Necker (1851). La declaración retroactiva, si así puedo expresarme, es de una discreción y de un tono exquisitos: Rousseau escribió: «Id a Vevey, visitad el país y decid si la naturaleza no ha hecho ese bello país para una *Julia*, para una *Clara* y para un *Saint-Preux*; pero no las busquéis allí». Y yo diré: Sí, buscadlos, sino a las Julia y a los Saint-Preux, por lo menos a mujeres del tipo de Clara; entiendo por esto cierto género de espíritu mezcla de seriedad y de alegría, natural y trabajado a la vez, muy capaz de razonamiento, de estudio, hasta de dialéctica, vivo, sin embargo, bastante imprevisto y no del todo desprovisto de atractivos y encantos». Madame Olivier no escribió o dijo a Sainte-Beuve a este

propósito: «Tengo la fatuidad de haber comprendido y el placer de decirle que es usted un amigo encantador», no era digna de vivir.

Hubo en Lausane, en 1837, un vago proyecto de matrimonio. «Pero, escribía más adelante a Olivier, como no se hubieran casado conmigo sino para venir a París, no soy tan tonto.» Lo que no quiere decir más sino que no amaba a la que le habían propuesto.

En 1840 se enamoró vivamente de la menor de las hijas del general Pelletier, pidió su mano, no le fué concedida, lacrimó un poco e hizo versos. Habituábase a transformar sus sufrimientos en literatura y a hacer cancioncillas de sus grandes dolores.

Pensó en 1846 en casarse con la hija de Mme. Desbordes-Valmore, a la que empezó por amar paternalmente, dejándose luego arrastrar a quererla de otro modo. Pero ni esta pasión parece que fuera muy viva ni muy firme el propósito.

Con Jorge Sand no tuvo nunca sino relaciones de amistad a veces enfriadas por las maneras «bohémias» de aquélla y de su afición al socialismo y a los socialistas; siempre persistentes, sin embargo, y fundadas en un sentimiento de «director» a «dirigida» que le era grato a Sainte-Beuve e incluso a Jorge Sand, aun cuando la dirigida era todo lo indisplinada posible y al director le irritase un poco no ser escuchado sino cada diez años. Por lo demás nunca la faltó, en los momentos un poco difíciles, el apoyo de Sainte-Beuve a su antigua amiga.

Pero el gran amor de Sainte-Beuve maduro fué, de 1844, si no me equivoco, a 1849, la señora de Arboville, mujer muy pura, muy distinguida, de un alma encantadora y exquisita. Con ella, Sainte-Beuve no en-

contró nada de «ardor» y sí el «matiz», y hasta mucho más de lo que hubiera deseado. Para ella escribió Sainte-Beuve esa colección y mezcla de cartas y de notas que tituló el *Clavo de oro*. La pintó como compuesta deliciosamente «de buen sentido, de ligereza, de coquetería y de virtud», como tal vez «más altiva que tierna y más gloriosa que apasionada (me parece que no lo fué nada), como en fin «de la familia de las Recamier y de las Maintenon», familia «que él siempre odia», lo que no le impidió, cosa que le sorprendió, «el haberse dejado cautivar.»

A propósito de esta encantadora y riente mujer estableció y desarrolló Sainte-Beuve la teoría del *Clavo de oro*, que huele, desde cien leguas, a siglo XVIII, al cual, después de todo, perteneció siempre Sainte-Beuve: «...¿Es posible la amistad sincera, fuerte, durable entre un hombre y una mujer? Sí, creo que puede ser, pero con una *condición*; es preciso que no haya habido siempre amistad pura y simple; es necesario que por un momento, todo lo breve, todo lo fugitivo que gustéis, haya hablado la pasión, haya habido abandono, debilidad... Poseer hacia la edad de treinta y cinco a cuarenta años, y *aunque no fuese más que por una sola vez*, a una mujer a la que se conoce desde hace largo tiempo y a la que se ama, es lo que llamo plantar juntos el clavo de oro de la amistad.»

Hay un «alma de verdad» —como dice Spencer—, o, por mejor decir, en la especie, un «átomo de verdad» en esta doctrina. Observad bien que por parte del hombre el deseo de poseer una mujer no prueba nada relativamente a sus sentimientos, no es signo de nada, no dice en modo alguno ni que ama con amistad, ni que ama con amor, ni siquiera, en verdad, que de-

sea. En cambio, por parte de la mujer, el abandono es signo de una confianza absoluta respecto al hombre. No indica sino esto, pero es algo. El hombre bien acogido por una mujer, pero a quien esta mujer se niega, puede siempre decir: «Comprendo muy bien: no tiene confianza en mí.» Y hay amistades, un poco exigentes en realidad, que necesitan una confianza absoluta y que esté probada como plena y entera.

Y así es como lo entiende Sainte-Beuve, puesto que habla «de una sola vez, un solo momento», una sola vez, en efecto, un solo momento basta para establecer como indudable esta confianza absoluta de que hablamos.

Pero se puede querer con una amistad muy profunda, muy inalterable, sin probar su confianza de esa manera, y añadido que *sin tener siquiera confianza* Sainte-Beuve razona en amistad femenina, como, en si en amistad masculina, razonase así: «No creeré en la amistad de un hombre sino cuando haya cometido un crimen y me haya confiado el secreto, del que pudiera yo abusar. Esto es confianza. Estoy seguro de la amistad de tal hombre.» Exagero muy poco; no exagero sino de falta a crimen.

Lo cierto es que indiscutiblemente el abandono de una mujer a un hombre es la más alta muestra de confianza que pueda darle; pero la amistad probada, no no por un acto en cierto modo violento, sino por mil actos delicados y encantadores, puede existir entre hombre y mujer. En suma, la amistad es: «Siempre estoy pensando en usted.» Hay medios dulces de probar esto.

Sainte-Beuve, después de la muerte de la señora de Arbouville, Sainte-Beuve envejeciendo y viejo tuvo,

según se dice, amores vulgares, que, por no merecer en modo alguno el nombre de amor, no nos conciernen.

Tuvo una franca y viva amistad por la princesa Matilde, amistad que se vió muy perturbada más bien que absolutamente rota por su actitud de senador de la oposición, actitud que no puedo atribuir, dados los antecedentes de Sainte-Beuve, sino a una comezón un poco senil de popularidad.

Tuvo un afecto paternal y amable a la señora de Tombey, mujer bellísima, muy seductora, muy distinguida, muy discreta, digna de la más confiante amistad. Decía él en una comida de Magy: «No he conservado más que tres mujeres: la Poesía, la princesa, y la señora de Tombey.» La corona de violetas enviada por la señora de Tombey fué la depositada en el féretro de él con exclusión de todas las demás. Convenía (no sé si lo había él encargado) que el hombre que había amado, que había adorado tanto a las mujeres, fuese coronado en su muerte por una dulce y leal mano femenina.

Las relaciones de la mujer de Hugo con Sainte-Beuve ejercieron una inmensa influencia sobre éste. Por haberle amado, habló de las mujeres con tanta penetración, seguridad, fineza, e incluso, hasta cierto punto, con tanta delicadeza.

La *filoginia* de Sainte-Beuve no careció para él de ciertos inconvenientes. Le condujo a admirar con exceso y hasta con algo ridículo producciones bastante medianas con tal de que procediesen de manos blancas. Pero se necesita haber amado para comprender y sentir a los poetas y a los novelistas. Y no basta, sin duda, alguna, con haber amado; pero no bastaría tampoco por sí sola la más alta y poderosa inteligencia. La mu-

jer de Hugo y también, aunque en menor grado, la de Arbouville, no dejan de ser un poco, y más que un poco, los autores de las *Causeries du Lundi* (1).

* * *

Algunas de las cartas de Sainte-Beuve a Víctor Hugo y a la mujer de éste se han publicado en la *Revue de Paris* (15 de Diciembre de 1904, 1.º de Enero, 15 de Enero, 15 de Febrero de 1905), acompañadas de un comentario continuo de Gustavo Simón. Empiezo—como poco más o menos terminaré, pues hasta tal punto es débil y algo ridículo— por prescindir en absoluto del comentario y no considerar sino los documentos, es decir, los textos de Sainte-Beuve.

Confirman en absoluto lo dicho anteriormente, de lo que no me jacto en modo alguno; porque, cuando se tiene a la vista la correspondencia de uno de los dos interlocutores, no es difícil suponer el sentido de las cartas del otro. Y como teníamos las cartas de Víctor Hugo a Sainte-Beuve, no era sencillo, a Seché, a Michaut y a mí, figurarnos las correspondientes cartas de Sainte-Beuve. Es, ya lo he dicho, como cuando se escucha a alguien hablar por teléfono.

Las cartas de Sainte-Beuve confirman, pues, plenamente mi anterior artículo; y pueden completarlos. Así, pues, leámoslas y saquemos de ellas todo lo interesante o instructivo que nos parezcan contener.

1827.—La lectura de *Cromwell* a los habituales del «Cenáculo» se dió el 12 de Febrero. Al día siguiente, Sainte-Beuve escribió una larga carta crítica, de ex-

(1) *Charlas o conversaciones del lunes*: la obra de mayor enjundia y amplitud de Sainte-Beuve.—(N. DEL T.)

tremo interés, que hay que leer por entero, que habrá de ocupar su puesto en las futuras ediciones de los *Primeros Lunes*, y que casi se resume en esta fórmula final, muy justa, aparte la cortesía obligatoria: «Usted se había propuesto alcanzar un doble fin, Corneille de una parte y Molière de otra. Corneille ha sido alcanzado; pero no Molière.»

1828.—Cartas de Inglaterra. Todas de consideraciones artísticas y literarias.

1829.—Cartas del Este de Francia y de las orillas del Rin a Hugo y a su mujer. Las cartas a Hugo pueden resumirse así: «Me aburro, en resumidas cuentas, viajando, y lo único que me es grato en el mundo es usted y Mme. Hugo.» La carta a la mujer de Hugo puede resumirse así: «He sido un estúpido al dejar a usted para viajar. No me hallo a gusto sino en casa de usted.» Es muy respetuosa. ¿Por qué, ya al final, hay una laguna o un corte del editor, y una línea de puntos después de estas palabras: «Usted que es la razón misma, dé algunos buenos consejos a Guttingner con mil recuerdos míos»? No concedo, por lo demás, ninguna importancia casi a esta cuestión. Si Sainte-Beuve y la mujer de Hugo fueron amantes, no lo eran, seguramente, en esa fecha.

1830.—Prepárase la batalla de *Hernani*. La casa de los Hugo está invadida por una horda de jóvenes románticos que la hacen inhabitable para Sainte-Beuve. Está furioso. «... No haré el artículo *Hernani* en la *Revue* (*Revue de Paris*, director Veron)... Le diré a usted la verdadera razón... Estoy abrumado con *Hernani*. No sé más que una cosa; que es una obra admirable. Porqué, cómo, no lo sé... En verdad, al ver lo que ocurre desde hace tiempo, su vida de usted para

siempre presa de todos, su tranquilidad perdida, los odios crecientes, las antiguas y nobles amistades que se van, los tontos o los locos que las reemplazan, al ver en la frente de usted unas arrugas y una sombra que no proceden solamente de la elaboración de los grandes pensamientos, no puedo por menos de afligirme, echar de menos el pasado, saludar a usted con un ademán e irme a ocultar no sé dónde. Bonaparte cónsul me era más simpático que Napoleón emperador. Me es imposible ahora pensar cinco minutos en *Hernani* sin que me asalten todas estas tristes ideas, sin pensar... en las sucias gentes que tiene usted que ver, a las que tendrá usted que estrechar la mano... ¿Y su mujer? ¿Y aquella cuyo nombre no debería resonar en la lira de usted sino cuando se escucharan los cantos de rodillas, aquella expuesta diariamente a las miradas profanas, distribuyendo billetes a más de ochenta jóvenes apenas conocidos de ayer, la familiaridad casta y encantadora, verdadero galardón de la amistad, para siempre desflorada por la turbamulta; la palabra abnegación prostituida, lo útil apreciado ante todo, sobreponiéndose a todo las combinaciones materiales?

Interpretación muy fácil: en Febrero de 1830, Sainte-Beuve estaba enamorado de la mujer de Hugo, puesto que estaba celoso de los que la rodeaban y furioso por no poder ya acapararla por privilegio y monopolio.

En Mayo.—Sainte-Beuve ha huído a Normandía. Cartas melancólicas de Sainte-Beuve al matrimonio Hugo. La carta a la mujer es de un enamorado triste, inquieto relativamente ante lo futuro. Siente que la mujer de Hugo se le escapa en esa nueva vida de glo-

ria ruidosa. «... ¿Piensa usted alguna vez en los que ya no la ven tan a menudo y en los que desde hace quince días no la ven nada? Yo me hago estas preguntas un poco tímidamente; quisiera que tuviera usted algunos pesares y que le pareciese que le falta algo. Esto es muy egoísta, ¿verdad? Pero perdónemelo; ¡dudo tanto, no de mi amistad hacia usted, no de su bondad para conmigo, sino de mi utilidad, de mi valor cerca de usted! He sido tan nulo, tan culpable en estos últimos tiempos, tan neciamente irregular y caprichoso, me he preocupado tanto de mí mismo en presencia de usted, que concibo que he debido de perder mucho en su concepto; censúreme, acúseme por mi carácter, por mi cabeza, por mi poca fuerza en querer y hacer; pero le ruego que no crea en frialdad alguna, en ningún alejamiento de mi afecto; antes bien, *se ha acrecentado aún*, si esto es posible; jamás puede disminuir. Aunque no la volviese a ver, aunque me arrojaran para siempre a cientos de lenguas de usted, sin escribirle siquiera, no por eso dejaría de ser el mismo para usted en mi corazón, y el pensar en usted sería siempre mi consuelo, mi mejor acción. Perdóneme, señora, que me exprese con esta sinceridad de expansión; pero, ¿cuándo había de hacerlo sino ahora que empieza para usted una nueva vida y que yo sufro al pensar que tal vez no obtuviese en ella el mismo lugar que en la precedente...?»

En París, de Mayo a Julio de 1830.—Melancolía creciente y algo más. Amargura, y profunda, en el alma de Sainte-Beuve. ¿Qué ha pasado? Nada, me parece; pero la intimidad es menor por el hecho de que no viviendo ya próximos, sino alejados y en mundos bastante diferentes, los Hugo y Sainte-Beuve, cuando

se hallan los tres juntos tienen pocas cosas que decirse, y hay «frialdades», frialdades de conversación que dejaron su huella. Sainte-Beuve escribe el 31 de Mayo a Víctor Hugo: «Mi querido Víctor, quiero escribirle, porque ayer estábamos tan tristes, tan fríos, nos separamos tan mal que todo esto me ha hecho mucho daño: he pensado que no podemos vernos a menudo de esa manera, puesto que no puedo verle siempre. ¿Qué tenemos, en efecto, que decirnos, que contarnos? Nada, porque no podemos tener la comunidad de antes. Advierto que he pedido con insistencia esos versos para mí; ¿pero por qué me han de importar esos versos más que otros? Los quisiera todos. Quisiera a usted y a su mujer en todo momento y sin fin. (Delira un poco. Puede sorprender que desde este momento no empezara a sospechar Víctor Hugo. Tal vez fuera así, pero todo indica más bien lo contrario durante seis meses todavía...) Crea usted, porque la verdadera amistad es celosa también; crea usted que ya no veré a nadie en adelante como he visto a ustedes, que, ausentes, ningún lazo les reemplazará, y que sólo no pensaré día y noche, sino en ustedes.»

El mismo tono, más violento, en la carta del 6 de Julio. Sainte-Beuve no va casi a casa de Hugo. ¿Por qué? Según él, porque se encuentra en un estado de salvaje tristeza: «Tengo malos, espantosos pensamientos, odios, celos, misantropía. Ya no puedo llorar. Cuando se está así es preciso esconderse, tratar de apaciguarse, dejar que se deposite la hiel sin remover demasiado el vaso...»

En Septiembre, una carta de Sainte-Beuve a la mujer de Hugo. Sainte-Beuve está ciertamente menos triste, a pesar de algunas palabras de melancolía. Se ex-

cosa de no ir a casa de los Hugo por mil asuntos literarios y políticos.

Luego viene, *en Noviembre*, aquel artículo autobiográfico de Sainte-Beuve en *El Globo* sobre *José Delorme* y la carta deliciosamente consoladora y acariiciadora de Víctor Hugo a Sainte-Beuve con tal motivo.

En Diciembre de 1830.—Es el mes de la gran crisis, como se sabe. Las cartas de Sainte-Beuve, de esta época, confirman todo el *trazado* que yo había hecho de esta crisis. Yo dije: «Hubo por esta época *probablemente* 'escenas de recriminaciones al través de las cuales Hugo sospechó el amor de Sainte-Beuve por la mujer de aquél, y *tal vez* hubo una confesión más o menos explícita por parte de Sainte-Beuve.» La cosa indicada como muy probable por la carta de Hugo del 8 de Diciembre está demostrada cierta por la carta de Sainte-Beuve del 8 del mismo Diciembre, que he aquí casi entera:

«No puedo más, amigo mío. Si viera usted cómo se suceden mis días y mis noches y de qué pasiones contradictorias soy presa, se compadecería de quien le ha ofendido y me desearía muerto sin censurarme nunca y guardando sobre mí un eterno silencio. Ya me arrepiento de lo que hago en este momento, y esta idea de escribirle me parece tan insensata como lo demás, pues de tal manera llego a estrellarme por todas partes contra lo imposible; pero en fin, he empezado y continúo. Si supiera usted, ¡ay! lo que experimento cada vez que oigo pronunciar el nombre de usted, cada vez que sé alguna noticia de ustedes; si supiera cómo todos los días pasados, en sus menores detalles, nuestros paseos por la llanura, nuestras visitas a las monjas y todos mis sueños de vida apacible y bendita al lado de uste-

des; si supiera cómo todo esto se desencadena en mí, en el fondo de mi corazón, en mis vigili­as, y el suplicio de condenado que sufro sin descanso, desde las tres o cuatro de la mañana hasta el día; mi corazón se encierra entonces y nada aparece de él hasta que llega la noche a removerlo todo en aquel abismo. Hay en mí desesperaciones, rabias, deseos de matar a ustedes, de asesinarlos; perdonenme estos terribles impulsos. Pero piense usted el que tantos pensamientos llenan el vacío que deja una amistad así. ¡Oh! ¡Para siempre perdidos! Ya no puedo ir a verle; ya no volveré a poner los pies en su casa, es imposible; pero no es indiferencia. ¡Ah! no pronuncie usted, le suplico ruegue a su mujer no pronuncie jamás esa palabra de *inconstancia* que me llega por todas partes...

Esto es muy importante. Según la carta de Hugo en contestación a ésta (8 de Diciembre), se había creído que Hugo pronunció la palabra *inconstancia*. Según la carta de Sainte-Beuve, la pronunciaron Hugo y su mujer, lo que, por lo demás, es muy natural. La mujer de Hugo hubo de decir: «No viene ya; no es nada fiel a sus amistades.» Se comprende que las palabras de la mujer de Hugo, y referidas a Sainte-Beuve, hubieron de serle crueles, tanto más cuanto que se abstenía de ir a casa de ella por el mismo amor que la profesaba, y no podía explicarla los motivos. Reanudem­os la lectura de la carta de Sainte-Beuve del 8 de Diciembre:

«... Inconstante con usted... ¿puede usted decirlo? ¡Ah!, ¿lo ha olvidado usted ya? ¿Es por querer poco por lo que nuestra amistad cesa? ¿No es un exceso más bien lo que la ha matado? Ya la he explicado mi inconstancia en idea y de qué procede; debe usted estar

convencido; procede de esa persecución eterna del corazón al través de todo, hacia un solo y mismo objeto que sea en amor capaz de llenar (*¿de llenarle? frase, por lo demás, muy oscura, algo explicada por lo que sigue*). Este cariño Dios es testigo de que lo he buscado únicamente en usted, en la doble amistad de usted y de su mujer, y que no he empezado *a alarmarme y a estremecerme sino cuando creí ver el fatal engaño de mi imaginación y mi corazón*. Si termino, pues, bruscamente y si dejo de verle es porque las amistades como era la nuestra, no tienen término medio; vive no se las mata. *¿Qué había de hacer en adelante en su hogar cuando he merecido la desconfianza de usted, cuando la sospecha se ha deslizado entre nosotros, cuando la vigilancia de usted es inquieta y cuando su mujer no puede ya rozar mi mirada sin haber consultado la de usted? Preciso es retirarse entonces, y es un deber abstenerse. Usted ha tenido la bondad de rogarme que siga acudiendo como en lo pasado; pero esto es por su parte compasión e indulgencia con una flaqueza que pensaba usted aliviar con esa muestra de atención; no puedo consertirlo; sería para mí un tormento excesivo el que experimentase usted aunque no fuese más que alguna violencia... Y además, tal vez un día, amigo mío, cuando ya no tenga nada en el mundo, ni nada a que atender, ni amor de mujer que esperar, ni error de sistema que sufrir, cuando sea viejo y ustedes lo sean, ¿quién sabe? Si vuelvo a la piedad, a la religión casta y austera, a la práctica de las virtudes, quizá, amigo mío, me permita usted, entonces, tras alguna expiación que me imponga, ir a terminar mis días bajo su techo, y me haya devuelto la suficiente confianza para dejarme solo algunas veces con la que únicamen-*

te es digna de usted, pero cuyos merecimientos jamás he desconocido, se lo juro. Adiós.»

Esta carta tiene oscuridades, pero también tiene claridades que no dejan nada que desear. Evidentemente, como Seché, Michaut y yo estábamos seguros, hubo, en los primeros días de Diciembre, una explicación decisiva entre Hugo y Sainte-Beuve, y una confesión de éste, confirmada muy claramente en esta carta. Evidentemente también, en Diciembre de 1830, Sainte-Beuve no quería volver a casa de Víctor Hugo, donde era inquietante y estaba inquieto; y si el *Libro de amor* dice la verdad, y las fechas son exactas, no ver a la mujer de Hugo sino lejos de su marido. A esta carta responde la conmovedora y venerable de Hugo del 8 de Diciembre, anteriormente reproducida: «Yo tengo mi herida, usted la suya... Venga a verme a menudo. Sígame escribiendo.»

Nueva carta de Sainte-Beuve, del 23 de Diciembre, más tranquila, tan triste y tan formal en cuanto a la intención, por parte de Sainte-Beuve, de no volver a casa de Hugo. Carta de Hugo del 24, muy breve pero muy cordial y que quiere decir: «Sea. Pero sigamos escribiéndonos.» Luego la preciadísima carta de Víctor Hugo, del primero de Enero de 1831: «Venga a comer con nosotros pasado mañana. 1830 ha pasado.»

En 1831.—El primer semestre de 1831 le conocíamos desde luego por la carta de Hugo, del 18 de Marzo, en que se muestra confundido ante lo que le escribe Sainte-Beuve de haber faltado a la confianza y la franqueza, y *suponíamos* una carta de Sainte-Beuve, hacia el 15 de Marzo, bastante fea. Ahora conocemos esta carta y la hallamos, en efecto, fea y odiosa. Vedla casi entera:

«... Mi afecto por usted y por cuanto le concierne, mi admiración por su talento son en mí sentimientos invariables. Pero decirle que este afecto es el mismo que fué... sería mentirle y aunque se lo repitiese veinte veces no lo creería usted. Le admiro y le admiraré siempre como la mayor cosa literaria de la época en Francia: y cuanto más reflexione, más motivos legítimos de admiración he de encontrar; pero el objeto está fuera de mí; pero el sentimiento no es ya en mí instintivo y tan esencial como la vida. Esto es triste, pero fatal; se equivocaría usted si viera usted sencillamente en ello la influencia de ciertas ideas que me han inculcado desde hace algunos meses (San Simonismo. Relaciones con Leroux). Estas ideas pueden influir en algo; pero su acción sobre mí no ha sido sino consecutiva a un hecho moral, que harto hemos resentido, yo por lo menos. En las misteriosas tinieblas de ese enojoso accidente habría que buscar todas las respuestas a las preguntas que pudiera usted dirigirme respecto a mis actuales sentimientos con usted. Por culpable que yo haya sido con usted y se lo haya debido de parecer, he creído, amigo mío, que usted mismo había cometido conmigo algunas deficiencias, por falta de abandono, de confianza, de franqueza. No es mi propósito reconocer estas tristezas. Pero ahí está todo el mal. La conducta de usted a los ojos del universo, si la mostrara, sería irreprochable; ha sido digna, firme y noble, yo no la he encontrado, ni mucho menos, tan tierna, tan buena, tan rara, tan única como podía serlo en el estado de amistad única en que vivíamos. Desde entonces, ya no soy de su familia, de su hogar; ya no puedo serlo; después de muchas penalidades, he llegado a un estado *intelectual* y de amistad externa respec-

to a usted. Ya no soy un miembro de su ser, una función de su vida. Crea que mi corazón ha sufrido mucho y sufre aún. ¿Pero qué hacer para volver a lo que era con usted y por lo que suspirara eternamente? Tan cierto es esto que en todo lo que usted me escribe y en todo lo que yo le escribo, no nos atrevemos ni a mentar siquiera el sujeto verdadero y tan adorable de toda esta discusión...»

No insisto sobre la increíble injusticia de los sentimientos de Sainte-Beuve por esta época, injusticia que no puede explicarse sino por una especie de aberración.

A la carta digna, triste y todavía profundamente afectuosa con la que Hugo contestó y que se conoce (18 de Marzo), Sainte Beuve replicó, *el 3 de Abril*, con ésta, menos detestable que la precedente, tal vez, y no sé, menos odiosa y más *gazmoña*, en todo caso miserablemente enrevesada: «He necesitado varios días antes de contestarle, amigo mío; su carta me ha parecido muy severa (él es a quien le parecen severas las cartas de Hugo), y me ha preguntado si la mía merecía una respuesta tan triste para mí. Pero me ha resignado, y tal cual es acepto su carta entera y cordialmente. Entre amigos como hemos sido, pueden ser recibidas sin vergüenza las palabras severas; y todos los ímpetus de amor propio que suscitaban en mi corazón y que le confieso haber sido violentos se hallan hoy completamente apaciguados por un sentimiento de arrepentimiento que le ruego que reciba a su vez con clemencia y generosidad. No tuve en lo más mínimo el pensamiento de ofenderle en mi carta; la expresión de ella me pareció triste y dolorosa; pero *sin acritud* (¡ah! ¿cuál sería la de su corazón cuando la que puso en su carta no le pareció serlo?). Le dije sinceramente qué

era lo que me dolía; no se hable más de ello entre nosotros, amigo mío; porque lo es usted siempre, no «a mi pesar», se lo juro; ¿cómo ha podido usted creer que yo quería dejar de serlo?... Un ruego solamente. Si usted sabe, ahora, y si usted cree que hay entre nosotros como causa de apartamiento, *otra cosa distinta de las ideas sansimonianas*, insista menos en ello al hablar conmigo, se lo suplico; si yo lo creyese, iría a verle para probarle que acepto su perdón. Pero temo siempre que esas desdichadas ideas que ocultan otra cosa para mí me impacienten y remuevan las tristes discusiones de que me avergüenzo.»

A lo que el buen Hugo contesto con una efusión de amistad y de *gratitud* e invitó a comer a Sainte-Beuve. En verdad, bien sé, que Víctor Hugo tenía un poco de interés en esto; porque al través de todas las quejas, trátase siempre en los pasajes que suprimo, de artículos que escribir en alabanza de los libros de Hugo; pero no es menos cierto, que Víctor Hugo es en esta época la bondad misma.

Epoca en la que empieza la ejecución de lo que he llamado el ensayo leal (frecuentar Sainte-Beuve la casa de Hugo como en lo pasado, pero estando Hugo presente siempre en estas visitas), ensayo leal que fué propuesto el 1.º de Enero de 1831. Sainte-Beuve volvió a casa de Hugo. Ya se sabe que este régimen no pudo durar. Se sabe por la carta de despedida de Víctor Hugo del 6 de Julio. Lo que no se conocía y se deseaba mucho conocer, es la respuesta de Sainte-Beuve a esa carta del 6 de Julio, es el efecto que produjo en Sainte-Beuve el ruego que le hacía Hugo de no volver a su casa. Todo esto lo sabemos ahora. A la carta del 6 de Julio contestó Sainte-Beuve:

«Mi querido amigo: hallo su carta al volver; me aturde y me trastorna. La releo y pregunto a este papel *si dice la verdad* y si no dice otra cosa. (¿Sino quiere dar a entender otra cosa de lo que dice?) Repaso mi conducta durante estos tres meses (fechas concordantes: la ejecución del ensayo leal comenzó en la primera quincena de Abril) para ver en qué he podido mortificarle y reabrir un pasado que deseaba abolir. He sido para usted el de antes, y le creí también el mismo. A veces tenía algunas dudas respecto a lo que podía quedar en usted de tristeza y de irreparable; pero atribuía su aire más sombrío a la edad, a la vida más avanzada, y su silencio a lo mucho que ya nos habíamos dicho en tanto tiempo de conocernos a fondo. En cuanto a la otra persona, que evitaré también nombrar —aunque siga siendo para mí el objeto de una afeción invencible e imperecedera— no creo haberla podido mortificar con ninguna alusión a un tiempo desvanecido. *Nunca la he vuelto a ver sola*. Cuando usted no estaba (tenía yo razón en mi hipótesis al sospechar que la consigna dada por la mujer de Hugo a su marido de hallarse siempre presente cuando estuviera Sainte-Beuve, no había sido observada con gran rigor), cuando usted no estaba, había siempre testigos, y mi interés no se manifestaba nunca sino con preguntas relativas a la salud y al estado físico. Lamento que mi marcha (a Lieja) no se halla realizado a tiempo de evitar su dolorosa insinuación; pero las razones de mi retraso me las han sugerido, se lo aseguro, casi todos mis otros amigos; si yo tuviese secretos, si hubiera separaciones personales que me costaran el dejar París, y cuyo pensamiento entrase en mis aplazamientos, usted, sin duda, usted y su casa, entrarían en ello; sin

duda me era duro dejarles, precisamente en los momentos en que creía haberlos recobrado; pero en el caso de que usted me hubiera supuesto algún otro pensamiento más secreto, más afectivo todavía, me parece que la hubiera sido fácil, sin muchos esfuerzos, hallar la clave y aplicarla en otro lugar. (Sainte-Beuve, ya para consolarse, ya para curarse, ya para aturdirse, ya para inspirar celos a la mujer de Hugo, y por consiguiente, más amor con arreglo al procedimiento clásico, tuvo algunos devaneos amorosos por esta época. Hay rastros de ellos en el *Libro de amor*). Por añadidura, amigo mío.... (Veinte líneas de un espantoso galimatías que se puede resumir así: no se forja quimeras y desconfía de su abultada imaginación). Adiós, soy de usted como siempre y tanto como siempre, con aflicción y sin amargura, sometido a lo que usted haya decidido.»

A esta carta contestó Víctor Hugo con la que conocéis, la del 7 de Julio, en la que pide perdón; demuestra que lo que le atormenta no es el amor a su mujer de Sainte-Beuve, sino el que ha creído descubrir en su mujer por Sainte-Beuve, se declara loco, tal vez, pero muy desgraciado.

A lo que Sainte Beuve, el día siguiente 8, contesta con esta carta que me vedo considerar como péfida, pero que es muy fría, y en la que toma un papel de «director» que quizá no es precisamente el que le conviene y un tono superior, bajo [las modestias que son «de estilo», que no se halla quizá lleno de tacto:

«Su nueva carta me colma a la vez de aflicción y de reconocimiento. No solamente no le censuro por lo que pasa, sino que le quiero como nunca. Trate, amigo mío, trate de dominar la desdichada y negra sospecha

que le ha nacido; sé hasta qué punto semejante herida es dolorosa, púdica, y cómo se avergüenza una de que la toque aun la mano más delicada y compasiva. ¿Pero por qué no habló usted antes?... Permítame que le diga: ¿está usted seguro, bajo la influencia de esa fatal imaginación, de no aportar en sus relaciones con la criatura tan débil y tan grata algo excesivo que la espante y contraiga sin usted quererlo, el corazón de ella, de suerte que usted mismo, con sus sospechas, la suma en el estado moral que reflejan tales sospechas y se las haga más ardientes?... No lo diré yo; sea clemente, sea bueno —porque lo es usted, a Dios gracias; pero le diré que sea bueno de la manera vulgar, fácil en las cosas pequeñas; he pensado siempre, que una mujer esposa de un hombre de talento se parecía a Semelé; la clemencia de Dios consiste en despojarse de sus rayos, en atenuar sus relámpagos; donde cree jugar y lucir solamente, hiere a menudo y consume...»

Las cartas de fines de 1831 no son más que literatura. Sainte-Beuve y Hugo no se ven ya sino en el café. Es el momento (después de Septiembre) en que, según el *Libro de amor*, Sainte-Beuve y la mujer de Hugo empiezan a tener citas y entrevistas secretas.

En 1832.—Continuación de las cartas literarias. Entre otras, es de retener la que tiene relación con Alfredo de Vigny. Por la carta de Hugo del 13 de Noviembre, Ernesto Dupuy había supuesto que Sainte-Beuve se había burlado de Vigny con Víctor Hugo y excitado a éste con aquél, y yo era por completo de este parecer. Está comprobado. La carta de Víctor Hugo en la que se lee: «el caballero es en efecto fabuloso» es una respuesta a una carta de Sainte-Beuve, del mismo día, 13 de Noviembre, en que se dice: «... Cuento

(para *El rey se divierte*) con las hermosas veladas de *Hernani* y más serenas. He sabido que está usted enterado de las miserias de un gentilhomme de nuestro conocimiento. Un hombre que ha llegado a esto no hará ya más que sátiras, pero su entusiasmo y su genio poético han muerto (hasta y solamente como profecía, la cosa no es feliz). Los genios fecundos se hallan al abrigo de estas miserias que llamaré sórdidas.» Respecto al mismo hombre y al mismo asunto, o sobre un asunto conexo, diez líneas, el 14 de Noviembre, a propósito de las cuales habrá de ejercitarse la sagacidad de los rebuscadores: «A propósito del gentilhomme; ha vuelto a casa de Buloz ayer, insistiendo todavía en su nota, que Buloz ha rechazado definitivamente. Prometió solamente una palabra en la crónica. Llegué anoche a la *Revue* cuando estaban componiendo la nota y arreglé la frase, por temor de que su pluma no se torciese (*sic*) demasiado a la derecha o a la izquierda. Esto le evitará tal vez un disgusto que teme mucho. En cuanto al gentilhomme, se ha matado moralmente para mí, y necesitaría terribles expiaciones semejante conducta y una palingenesia completa (1) para que me volviese a ver en su santuario, o para que su nombre figurase en nada que yo firme» (2). Hay que recoger una frase

(1) Muy divertido. Es una alusión a las palabras «expiación y «palingenesia», muy de moda a la sazón, y a la idea de palingenesia, muy en boga.

(2) He aquí todo lo que sé de esta historieta. Si se reduce, como es bastante probable, a lo que yo sé, hemos ido un poco lejos Ernesto Dupuy y yo en nuestras severidades con Sainte-Beuve en este punto. No habría una grave malignidad por parte de Sainte-Beuve, sino simplemente una ligereza, un sobresalto de la suspicacia de Vigny, una reparación dada a éste por aquél y unas bromas maliciosas, pero no muy malignas, cambiadas entre Hugo y Sainte-Beuve a

graciosamente epigramática respecto a Chateaubriand: «14 de Noviembre... He aquí Ampère (Juan Jacobo)

costa de Vigny. Vedlo: En la *Crónica* de la *Revue des Deux Mondes* de 1.º de Noviembre de 1832 alguien (evidentemente Sainte-Beuve) escribió: «Victor Hugo es infatigable. Ayer nos daba las *Hojas de otoño*. Mañana nos dará *El Rey se divierte*, drama del que habla ya todo el público de nuestros teatros; hoy nos dará *Nuestra Señora de París*, aumentada con tres nuevos capítulos que bastarían casi para hacer un libro... A los treinta años escasos, se ha creado en nuestra literatura dramática un puesto único e inmenso. *Drama, novela, poesía, todo procede hoy de este escritor*, que es tan gran prosista como gran poeta; espíritu singular y perseverante que doblega el público a su antojo y concluye por dominaros a vuestro pesar, aunque no queráis.» Y aquí, Vigny, que era un pavo real, y cuyo *Chatterton* estaba en camino, se enoja, se queja: «¡Yo proceder de Victor Hugo!» y se congestiona y va y vuelve a ver a Buloz para hacer que se inserte una protesta suya (Carta de Sainte-Beuve a Hugo del 14 de Noviembre de 1832). Buloz se niega, promete solamente unas palabras en la *Crónica*. Estas palabras fueron escritas por Buloz y «arregladas» por Sainte-Beuve, y aparecieron en la *Crónica* de la Revista del 15 de Noviembre: «... Hay también, nos lo aseguran, un drama de Alfredo de Vigny, cuyo asunto es todavía un misterio. Esperamos que el poeta na tardará en darlo. Hay impaciencia por ver de nuevo en el teatro a un talento del que *la Mariscala d'Ancre* reveló la verdad y los recursos dramáticos. En la novela histórica, en la novela sátira, en el poema, en los diversos géneros a que sucesivamente se ha consagrado, Alfredo de Vigney ha sabido ser nuevo y original; no lo ha sido menos en el drama. El público selecto ansía el desarrollo de esta rama que le promete tan nobles frutos. (Hasta aquí es probablemente de Buloz: lo que sigue es seguramente de Sainte-Beuve). Y a este propósito, puesto que la ocasión se presenta, hagamos observar que cuando, recientemente, se escapó a la *Revista* al hablar de los escritores que proceden de otro gran escritor, no hay que decir que los maestros en todos géneros no entraban en nuestro pensamiento. El gran escritor de que se trataba sería el primero, estamos seguros en rechazar semejante pretensión. Los Lamartine, los Vi-

que me ruega, de parte de Mme. Recamier, que suplique a usted un palco (siempre para *El Rey se divierte*). Ha asistido a *Hernani*, y no quisiera faltar al *Rey se divierte*... Mme. Recamier tiene por usted y tuvo por *Hernani* en particular una admiración que Chateaubriand compartió mucho, a causa del amor del viejo.

En 1833, hasta Agosto.—Continuación de las cartas de literatura y de asuntos literarios. Es el momento en que Sainte-Beuve, de una parte, es pródigo en atenciones con Hugo, y de otra (según el *Libro de amor* y la correspondencia de Sainte-Beuve con sus amigos), se halla en el apogeo y en lo candente de sus amores secretos con la mujer de Hugo (1832-1833).

En Agosto de 1833 hubo un altercado muy borrasco entre Hugo y Sainte-Beuve. Hugo se queja de haber oído que aquél ha hablado de él fríamente. Lo cual, a juzgar por la respuesta de Sainte-Beuve, debía de ser cierto, porque Sainte-Beuve, a las afectuosas quejas de Hugo, contesta con palabras más que frías, con alusiones de mal gusto a las debilidades recientes entonces de Víctor Hugo (madame Drouet), con aquel tono de superioridad en que cae bastante a menudo y que es propiamente, si no el de un grosero, por lo menos el de un pedante:

«... Los acontecimientos ocurridos y que debían haber hecho desaparecer lo que quedaba de nubes negras, el absoluto silencio de usted sobre el fondo mismo y la separación de nuestra amistad, me han confirmado cada vez más en la idea, contra la que luchaba, de que

gny, los Merimée, los Barbier, los Dumas no proceden sino de su propia dirección; su pensamiento no pertenece sino a ellos, así como el instrumento con que se expresan.»

era cosa terminada en esta vida, que seguiríamos siendo amigos como tantos otros, como esos de los que usted ha dicho: «¿Y qué importa? Amigos, enemigos, todo pasa.» Dado esto (¡triste cosa!), no quedaría más que observar los miramientos y apariencias correctas con una benevolencia lejana. Por desgracia la literatura infectada por sus piratas, se halla entre nosotros, y mil tontas noticias tienen probabilidades de naufragar entre nuestras Azores y vuestras Américas, y recíprocamente. Siempre tendré con usted, créalo, a menos de perturbación insensata, todos los respetuosos miramientos que se deben a un talento tan poderoso en un hombre al que se ha querido y alabado mucho, *los miramientos que se deben a él mismo en él*. Todo lo que me parezca verdaderamente glorioso en usted, bueno en usted y en los suyos, no tendrá nunca testigo más complaciente que yo. En medio de sus distracciones de trabajo, de sus cuidados familiares, y *en esa otra atmósfera más o menos pura que tiene sin duda sus diversas influencias*, lo que le pido por favor es *el mayor olvido y el mayor silencio que sea posible en lo que me respecta*. En cuanto a esa amistad ideal, religiosa y desinteresada, independiente del tiempo y del espacio, de la vida y de la palabra, y cuya huella conserva aún su carta, *creo que ya es hora de confesarse sensatamente que ha cesado de reinar*, porque todas las cosas que tienen un lado humano, por falta de práctica, caen a la larga en desuso; no tengo yo la culpa, se lo aseguro, de esta caída; *si supiera en este momento cómo volverla a levantar más que con palabras ficticias, lo haría*. En estos términos, por lo menos, quedo y quedaré su abnegado amigo.»

Evidentemente Sainte-Beuve quería romper. La in-

agotable e infatigable bondad de Víctor Hugo lo impedirá todavía durante siete meses.

En 1834.—Asunto Mirabeau. El *Mirabeau* de Víctor Hugo tratado con poco cariño por Sainte-Beuve. Queja de Hugo, etc. Respuesta de Sainte-Beuve (6 de Febrero). Declara que sus severidades con el *Mirabeau* son más que una crítica de la obra una «protesta» de carácter completamente general contra la «manera» que se usa en 1830 —«Lerminiar, Michelet»— de «construir los grandes hombres», que por lo demás sigue siempre queriendo a Víctor Hugo con todo su corazón. Hugo contestó con una carta amabilísima todavía.

¿Qué ocurrió de Febrero a fin de Marzo? No se sabe. Aquí nos sería muy útil una carta de Sainte-Beuve. Hubo por lo menos una, pero ya no existe. En todo caso, el disentimiento fué tan vivo que el mismo Víctor Hugo es el que dice esta vez: «Ha terminado» (carta del 1.º de Abril).

Se ve bien que la historia de las relaciones entre Hugo y Sainte-Beuve queda exactamente después de la publicación de las cartas de Sainte-Beuve, tal como se había supuesto después de la publicación de las cartas de Víctor Hugo y con arreglo a ellas. Sainte-Beuve aparece sencillamente algo más sombrío, no mucho; la bondad de Víctor Hugo brilla un poco más, no mucho más tampoco. Nada hay que cambiar.

En cuanto a las relaciones de Sainte-Beuve con la mujer de Hugo, ¿qué nos enseña esta publicación? Literalmente *nada*. Esta publicación contiene doce cartas de Sainte-Beuve a la mujer de Hugo. Todas son cartas *ostensibles* y escritas formalmente como tales; y las tres primeras son *anteriores a 1831* (1829-1830), y

las otras nueve *son de 1858 a 1867*. No pueden, pues, decirnos nada del tiempo en que Víctor Hugo estaba celoso de Sainte-Beuve, y éste de aquél, del tiempo de los amores verdaderos o supuestos de Sainte-Beuve y de la mujer de Hugo, del tiempo aludido por el *Libro de amor* (1831-1837). La cuestión sigue, pues, después de la publicación de las cartas de Sainte-Beuve y hasta nuevo descubrimiento, exactamente como estaba antes.

El comentario que acompaña a estas cartas en la *Revue de Paris* es, por confesión misma del autor, un «alegato» en favor de la mujer de Hugo. El abogado, para defenderla, acusa a dos personajes: Hugo y Sainte-Beuve. Acusa a Víctor Hugo de haber cometido la grave falta de enseñar a su mujer las cartas de Sainte-Beuve a Hugo y de Hugo a Sainte-Beuve. Esto podía turbar y excitar la imaginación de la mujer de Hugo. Es una falta de tacto increíble y una falta conyugal enorme. ¿Cómo no ve el abogado que el matrimonio Hugo, hasta 1831, tal vez hasta 1833, estaba tan unido que acostumbraba a enseñarse todas las cartas recibidas; que, por consiguiente, Hugo no podía, sin riesgo de perturbar y de intrigar mucho más gravemente a su mujer, ocultarle las cartas que recibía de Sainte-Beuve y, por lo tanto, las respuestas que le enviaba? Yo veo así las cosas: hasta 1831, Hugo enseña a su mujer las cartas que recibe, y ella a su marido las que ella misma recibe. A partir de 1831, si el *Libro de amor* dice la verdad, la mujer de Hugo oculta a su marido las cartas que recibe clandestinamente de Sainte-Beuve. Pero hasta 1833 Hugo sigue enseñando a su mujer todas las cartas que recibe. A partir de 1833, es probable que dejase de hacerlo. Pero hasta en lo más fuerte de la crisis, conservó el hábito de

no ocultar su correspondencia a su mujer. Así, pues, preciso era que le enseñase la que procedía de Sainte-Beuve. En todo caso, el acto censurado a Víctor Hugo es un acto de tierna y digna confianza conyugal, que no se podría reprochar con justicia a ningún marido.

En cuanto a Sainte-Beuve, he aquí lo que piensa el abogado. Sainte-Beuve no fué nunca el amante de la mujer de Hugo. Pero siempre *quiso dar a entender que lo era*. De aquí sus confidencias a sus amigos Pavía y Guttinguer, que todas son mentiras; de aquí sus confidencias a un hombre casi desconocido por él, Fonteney, a quien dice que Víctor Hugo es un «miserable, celoso por orgullo», que «encierra» a su mujer; de aquí, en fin, el *Libro de amor* que es mentira de cabo a rabo.

Esto es hacer a Sainte-Beuve muy innoble. Yo no tengo, como es sabido, un gran flaco por el carácter de Sainte-Beuve; pero me parece excesiva y un poco inverosímil la afirmación de que todo el *Libro de amor* sea un asunto de melodrama. He dicho y repito que el *Libro de amor* es sospechoso, y que de 1833-1837 a 1845, fecha de su impresión, hubo de ser un poco corregido, un poco arreglado en cierto sentido; pero llegar hasta considerarle como una pura y simple novela, no creo que pueda hacerse sin que se sea a la vez algo novelesco. Es esta una pura hipótesis contra la que protesta el carácter de Sainte-Beuve, hombre bastante malo, pero muy respetuoso y muy amante de la verdad, hasta consigo mismo. Y además, ¿qué se ha de hacer con la frase íntima, con la frase escrita para él, la frase del cuaderno secreto: «Nunca he tenido más que un triunfo femenino: Adela», declaración que, precisamente por ser modesta y, por parte de Sainte-

Beuve, bastante lamentable, suena a verdadera? Nunca he dicho, nunca diré que el *Libro de amor* sea libro histórico, pero siempre diré que debe de contener un fondo de verdad, un alma de verdad, como dice Spencer. Nunca he dicho, nunca diré que Sainte-Beuve fuese amante de la mujer de Hugo, pero siempre diré que es bastante probable que lo fuera.

¿Y qué es lo que piensa el abogado de la mujer de Hugo? Piensa que hubo relaciones secretas, un trato secreto entre Sainte-Beuve y la mujer de Hugo, de 1833 a 1836 aproximadamente; pero que este trato fué absolutamente casto (citas en iglesias, paseos) y que al comprometerse la mujer de Hugo no tenía más que un fin: consolar a Sainte-Beuve, calmarle y atraerle a la virtud. No hubo más que imprudencia o más bien incorrección, motivada por bondad de alma y de piedad. Tal es la tesis.

Prescinde por de contado del *Libro de amor*, mentira todo él, y de lo que, sin embargo, tiene alguna importancia, de las palabras tan graves de Víctor Hugo: «Mi mujer no me ama ya» (*He adquirido la certeza de que era posible que la que tiene todo mi amor dejase de amarme*). Ahora bien; no se puede ni prescindir de semejante frase acompañada de otras muchas, ni de tomar al pie de la letra las palabras de Sainte-Beuve: «no he tenido más triunfo que Adela», ni reputar por completamente falso el *Libro de amor*.

Si el *Libro de amor* fuese completamente falso, no estaría circunstanciado, sería vago, no podría dejar de ser vago. Ahora bien, se halla detallado con precisión y como escrito al día. Es un diario. En esto estriba su fondo de verdad. No tendría en modo alguno el carácter de un diario si fuese un simple producto de la ima-

ginación. Además, al igual de los poemas de Tíbulo (con algo menos de talento, lo confieso), contiene tantas quejas y confesiones de derrota como cantos de victoria. Este es un sello de autenticidad. Si el *Libro de amor* fuese una pura invención, no se vería en él primeramente un enamorado tímido, después un amante triunfador, luego un amante abandonado que llora y ruge. Que el *Libro de amor* se escribió al día de 1830 a 1837, no ofrece para mí ninguna duda. Y esto le da cierto grado, por lo menos de autenticidad.

En resumen, una mujer, por confesión propia de su abogado, ha amado a un joven que la adoraba —el marido lo advirtió, hasta el punto de enloquecer un poco de celos, de inquietud y de ansiedad—; ella concedió durante dos o tres años citas secretas a dicho joven, recatándose cuidadosamente del marido —el joven contó sus amores, dando todos los detalles muy minuciosamente, y no ocultando ni que fué feliz, ni que más adelante fué abandonado—. ¿No fueron amantes esa mujer y ese hombre? Respondo, como siempre he dicho: es muy posible que no lo fuesen, pero no es probable.

¿En qué punto nos hallamos, pues, con la publicación de las cartas de Sainte-Beuve a Hugo y a la mujer de éste? Exactamente en el mismo punto que antes.

Por todos conceptos: porque uno de los problemas de la cuestión era saber cuál había sido la *causa precisa* de la ruptura definitiva entre Sainte Beuve y Hugo (1.º de Abril de 1834). No se tenía acerca de este particular más documento que la carta de Hugo de 1.º de Abril, carta de la que no se podría saber su sentido preciso sino poseyendo la anterior y correspondiente carta de Sainte-Beuve; esa carta que «mataba

en Hugo lo que ya estaba muerto en Sainte-Beuve». Yo esperaba esta carta. No existe ya. De este lado también sufre una decepción la curiosidad, por lo demás malsana.

Y repito: sumamente interesantes en sí mismas, presentando a Sainte-Beuve tal como le conocíamos, aunque un poco más desagradable, las cartas de Sainte-Beuve, recientemente publicadas, dejan toda la cuestión matemáticamente donde estaba.

Jorge Sand y Musset.

Se les llama «los Amantes de Venecia», porque fueron amantes en varios lugares, menos en Venecia; pero no importa.

Félix Decori, debidamente autorizado por Aucante, que tenía la autorización de la misma Jorge Sand, ha publicado la *Correspondencia* íntegra relativa a dichos amantes, es decir todo lo que resta de la correspondencia, porque hubo evidentemente cartas destruídas en el mismo tiempo de recibirse, o después.

Esta correspondencia fué mostrada a tantas gentes, extractada por tantas personas y tan ampliamente citada por tantos autores, que no nos enseña muchas cosas nuevas. De otra parte, incluso respecto al episodio de 1834, no se sabrá la verdad con toda precisión hasta que las cartas de Jorge Sand a Pagello, cartas que son, a lo que parece, cincuenta, no se hayan dado a luz, cosa que, a decir verdad, ateniéndome a lo que me dicen, es bastante difícil.

Sin embargo, la publicación de la correspondencia de Musset y Jorge Sand: 1.º, precisa ya ciertos puntos, uno sobre todo al que me parece que Jorge Sand atribuía una importancia inmensa; 2.º, permite apreciar la exactitud de la novela *Ella y El*, de Jorge Sand, y la novela *El y Ella*, de Pablo de Musset.

Por estas dos razones, y añádase el grandísimo interés artístico, debe tenerse en cuenta para la historia y merece retener un momento nuestra ateneión.

Puesto que esta correspondencia precisa la historia de las relaciones entre Alfredo de Musset y Jorge Sand, empezaré por relatar esas relaciones con arreglo a este documento, desentrañando como mejor pueda los puntos oscuros.

Y también, puesto que esta correspondencia es como la comprobación de *Ella y El* y de *El y Ella*, la referiré a *Ella y El* y a *El y Ella*—y a algunos otros escritos—y sacaré las conclusiones que me parezcan deducirse de esta labor.

I

Jorge Sand y Alfredo de Musset se conocieron en la primavera de 1833.

Jorge Sand por esta época no había tenido otros amantes, a lo que parece, que Julio Sandeau y, por muy breve tiempo, Merimée; Musset no había tenido sino amores de cenas y mascaradas. Ella tenía veintinueve años; él veintitrés. Ella había publicado *Indiana* y *Valentina*; trabajaba en *Lelia*; estaba ya en plena celebridad. Musset había publicado todas sus *primeras poesías*, incluso *Namouna*; trabajaba en *Rolla*; estaba ya en plena gloria.—Ambos creyeron al principio no profesarse sino una simple amistad literaria. Comunicábanse sus trabajos. Leyendo *Indiana*, Musset enviaba a Jorge Sand versos inspirados por aquella lectura; comunicábale un fragmento de *Rolla*; ella le mandaba un fragmento (o una primera redacción) de *Lelia*.—Con la lectura de esta novela, Musset, no sin razón, se exaltaba, y pensaba muy bien que era la primera obra genial de Jorge Sand. Se lo

decía un poco brutalmente: «Hay en *Lelia* veintenas de páginas que van derechamente al corazón, francamente, vigorosamente, tan bellas como las de René y de Lara. *Es usted Jorge Sand. De otro modo hubiera usted sido la señora tal que escribe libros. He aquí un insolente cumplido. No sé hacer otros. El público se los hará.*»

Vino el amor. Seguramente, Musset fué el que se enamoró primero. No se poseen las cartas de Jorge Sand a Musset en 1833; pero las de Musset prueban sin discusión que se enamoró el primero, que vaciló en declararlo, que lo declaró enrojeciéndose, que fué durante algún tiempo rechazado, que se desesperó.

Y luego la correspondencia cesa. Desde Julio (probablemente) de 1833 hasta Marzo de 1834, no tenemos ni una carta de Jorge Sand ni una carta de Musset. Los amores de París, los amores de Fontainebleau, tan copiosamente y minuciosamente descritos en *Ella y El* y en *El y Ella* no pueden ser comprobados por la *Correspondencia*. Esta laguna es desesperante.

Puede suponerse que Jorge Sand y Musset empezaron sus amores por Julio de 1833, luego pasaron un mes (todo lo más) en Fontainebleau, o, con mayor exactitud, en Franchart. Este es el lugar que Musset recuerda más adelante en una carta a Jorge Sand.

¿Qué más? Septiembre probablemente; porque en *El y Ella*, Pablo de Musset que, en una cuestión de fechas, no tiene motivo alguno para alterar la verdad, dice que les hicieron volver a París los primeros fríos.

¿Cómo llegaron a ser amantes? De creer a Jorge Sand, fué por parte de Musset, juventud y deseo; por parte de aquélla, debilidad y bondad. «Sin tu juventud

y la debilidad que tus lágrimas me causaron, una mañana, hubiéramos seguido siendo hermano y hermana.»

Es posible. Sin embargo, ni la juventud ni las lágrimas de un hombre enternecen a una mujer que no ama. En fin, es posible. Yo preferiría que Jorge Sand hubiera llegado a ser la amante de Musset por amarle; pero no se trata de lo que yo prefiera. Seamos historiadores.

¿De qué naturaleza fueron las relaciones amorosas de Musset y de Jorge Sand? Naturalmente, no se sabe. Parece, sin embargo, que Jorge Sand, a pesar de su eterna necesidad de amor, fué bastante fría de temperamento, lo que no es nada incompatible. Como preguntaran a Sainte-Beuve su opinión acerca de Luisa Callet, fingiendo creer que a nadie podía interrogarse por el talento literario de aquélla, contestó: ¿Luisa Callet? ¡Ah! Es un mal asunto.» Parece, y recordad una frase de Merimée que corre por el mundo, que lo mismo se hubiera podido decir de Jorge Sand. Pero no obstante, bien se comprende que no hay verdad precisa en este punto, no siendo una mujer con uno lo que es con otro; y esto es precisamente lo que Musset sospechó a mediados de 1834.—En todo caso, Musset le censuró por no ser la amante que había soñado. Jorge Sand escribió en su carta del 15-17 de Abril de 1834: «... Tienes razón, nuestro amor era un incesto; pero no lo sabíamos. Nos abrazábamos inocentemente y sinceramente. Pues bien; ¿tenemos un solo recuerdo de esos abrazos, que no sea casto y santo? Me has censurado en un día de fiebre y de delirio el no haber sabido darte nunca los placeres del amor. Lloré entonces, y ahora me alegro mucho de que haya algo de verdad en

esa queja. Mucho me alegro de que esos placeres hayan sido más austeros, más recatados que los que encuentras en otras partes; *por lo menos* (¡Ah!, qué frase tan femenina) *no te acordarás de mí en los brazos de otras mujeres*. Pero cuando estés solo, cuando tengas necesidad de rezar y de llorar, pensarás en tu Jorge, en tu verdadero camarada, en tu enfermero, en tu amigo, en algo mejor que todo eso. Porque el sentimiento que nos une está formado por tantas cosas, que no puede compararse con ningún otro. El mundo nunca comprenderá nada de esto.»

No tiene razón. No hay nada que se comprenda más fácilmente que lo que ella dice aquí. Era una buenísima mujer, siempre sedienta de amor, que no sabía dar la voluptuosidad, pero que hacía dichoso a quien no estuviese perturbado. Esto no es muy difícil de comprender.

Sea como fuere, así vivieron, con alternativas de embriaguez y de querellas, como todos los amantes, en suma, persuadidos de que podrían hacer un largo viaje juntos, lo que prueba que se hacían mutuas ilusiones —y esto mismo prueba que se amaban—, hasta los últimos meses de 1833.

Partieron en Noviembre, con la cándida idea de que no hay invierno en Italia.

¿Es verdad, como dice Pablo de Musset (no en *El y Ella*, sino en la *Biografía* de Alfredo), que Jorge Sand pidió a la señora de Musset el permiso de llevarse a su hijo, jurándole que tendría para el joven una afeción y cuidados maternos? Sería interesante saberlo. Me inclino a no creerlo; pero sería interesante saberlo, porque, de ser verdad, aumentaría las responsabilidades en que Jorge Sand incurrió más adelante. Pero, en

fin, nada se sabe. Pablo de Musset es muy sospechoso, y no hay en la *Correspondencia* ninguna alusión a tal hecho. Lo único que se sabe es que la señora de Musset conocía a Jorge Sand de vista.

Es lamentable que Jorge Sand suprimiera toda carta suya anterior a Venecia. Decori dice, un poco ingenuamente: «La primera carta de Jorge Sand (de las conservadas) está fechada en Venecia. No me han entregado ninguna de las que pudo escribir precedentemente. Ninguna fué copiada ni siquiera vista por Aucante. Jorge Sand tenía especial empeño en justificarse por haber sido la amante de Pagello cuando todavía lo fuera de Musset. Por esto no dió importancia a las cartas que escribió al último en los comienzos de sus relaciones.»

Pues bien; si juzgó sin interés sus cartas relativas o pudiendo serlo a los comienzos y a los amores de París en 1833, y a los amores de Fontainebleau y a los preparativos del viaje a Italia, no tuvo razón; y si juzgó que no interesaban para su justificación ante la posteridad, no solamente sus cartas a partir de Venecia, sino todas las que hubo de escribir a Musset desde Junio de 1833, es tonta. ¿No pensó que en presencia de esta laguna, de esta supresión, podríamos sospechar que no quiso entregarnos unas cartas que contradijesen a lo que se dice en *Ella y El* y al bello papel que se asigna ella en este libro? Esta supresión es estúpida; pero preciso es resignarnos.

Así, pues, Jorge Sand y Alfredo de Musset marchan a Italia en Noviembre de 1833. El viaje se ve animado un instante por el encuentro de Stendhal, que también va a Italia y que hace mil locuras divertidas. De Diciembre, Enero, Febrero, no hay cartas

ni de Musset ni de Jorge Sand, lo que se comprende. Aquí no hay supresión. Como vivían juntos no se escribían. Pablo de Musset, en su biografía de Alfredo, habla de algunas cartas, muy raras, escritas por éste a su familia, de Génova, de Florencia, de Bolonia, de Ferrara y de Venecia, y de las que parece indicar que no contenían ni una palabra referente a Jorge Sand. La correspondencia de Musset con su familia cesó; dice Pablo, a mediados de Febrero. Esta interrupción duró hasta principios de Abril o fines de Marzo («seis semanas», dice Pablo de Musset). Precisamente en este fin de Marzo es cuando se reanuda lo que tenemos de la correspondencia de Musset y Jorge Sand.

Así, pues, no hay ningún documento escrito respecto a la vida de los dos amantes en Diciembre de 1833, ni en Enero, Febrero y Marzo de 1834. Nada, si no es *Ella y El* y *El y Ella*, es decir, recuerdos escritos treinta años después, y tan interesados por una y otra parte, que carecen de un real valor histórico.

¿Qué sucedió? He aquí lo que puede conjeturarse por las alusiones contenidas en las cartas posteriores.

Musset era absolutamente insoportable. Era neurótico, caprichoso, desordenado, arrebatado, bohemio incorregible. Era infiel a su amante, cuyo amor tranquilo, y quizá un poco reservado, no era de su gusto. Un hombre, en fin, embriagado con su viaje a Italia, pero desesperado por no hacerlo solo.

Las relaciones entre ambos cesaron. Jorge Sand dejó de ser la amante de Musset. Esto es seguro. Diez pasajes de las cartas de Jorge Sand, no contradichos por Musset, lo prueban en absoluto.

¿Pero *cuándo* cesaron las relaciones? Si se quiere, es importante saberlo, porque parece que *la infidelidad*

tras la ruptura, si así puede decirse, es 'más o menos grave, según que los amantes hayan roto desde un tiempo más o menos largo. Quisiérase, pues, que la ruptura entre Jorge Sand y Musset se hubiera producido en Génova, o en Bolonia, o en Ferrara. Es lo cierto, según la *Correspondencia*, que fué en Venecia, es decir, muy poco antes de la intervención del doctor Pagello en el diálogo.

He aquí lo que dice la misma Jorge Sand respecto a los hechos:

Carta de 1834, sin fecha: «... Hijo mío, no quiero re- criminar; pero preciso es que te acuerdes, ya que olvi- das tan fácilmente los hechos, por no decir las faltas. Nunca te he dicho esto; nunca me he quejado de ha- ber sido arrebatada a mis hijos, a mis amigos, a mi trabajo, a mis afecciones y a mis deberes, para ser conducida a trescientas leguas y abandonada con pa- labras ofensivas y crueles, sin otro motivo que unas tercianas, y sumida en la profunda tristeza que me producía tu indiferencia. Nunca me quejé, te oculté mis lágrimas, y aquellas palabras fueron pronuncia- das cierta noche, que no olvidaré jamás, *en el Palacio Danieli*: «Jorge, me engañé; te pido perdón; pero no te amo.» Si no hubiese estado enferma, si no me hu- bieran tenido que sangrar al día siguiente, me hubiese ido. Pero tú no tenías dinero, no sabía si querías aceptarlo de mí, y no quería, no podía dejarte solo en país extranjero, sin entender la lengua y sin un suel- do. *La puerta de nuestras habitaciones se cerró entre nosotros* y allí tratamos (*en Venecia, en el palacio Da- nieli*) de volver a nuestra vida de buenos compañeros como antes aquí. Pero esto no era ya posible. Te abu- rrías. No sé lo que hacías por las noches, y un día me

dijiste que temías... (cuatro palabras borradas con la pluma. Cualquiera las restablecerá con toda facilidad). Estábamos tristes. Yo te decía: «vámonos, te llevaré hasta Marsella», y tú contestabas: «sí, es lo mejor; pero quisiera trabajar un poco aquí, ya que estamos.» Pedro venía a verme y asistirme; a ti no se te ocurría tener celos, y ciertamente a mí no se me ocurría amarle. Pero aunque le hubiera amado desde aquel momento, aunque hubiera sido suya desde entonces, ¿quieres decirme qué cuentas tenía que darte, a ti que me llamabas el aburrimiento personificado, la soñadora, la tonta, la monja, qué sé yo qué más? Me habías mortificado y ofendido, y también te lo había dicho: «No nos amamos ya; no nos hemos amado...»

Tal es el documento más preciso sobre los amores de Italia. Lo resume una frase que precede a las líneas que acabo de citar: «¿Con qué derecho me interrogas respecto a Venecia? ¿Acaso era tuya en Venecia?»

Este documento arroja una luz suficiente sobre *todo* el período italiano de los amores de Jorge Sand y Musset. Musset era cuanto he dicho: era insoportable; era enervante; impedía trabajar a Jorge Sand, cosa que ésta no dice, pero que se puede asegurar, por poco que se le conozca, y todo hombre que no dejaba trabajar a Jorge Sand sus ocho horas al día la exasperaba y, en fin, la insultaba.

Puede conceptuarse que él le daba las escenas de celos que ella hubiera podido darle; porque hay en *El y Ella* historias de infidelidades de *Jorge Sand*, infidelidades que se cometieron en Florencia, y esto es, muy probablemente, un eco de las conversaciones entre Alfredo de Musset y su hermano.

El caso fué que hubo muchas escenas y que, en una

última y decisiva, se pronunciaron las palabras irreparables: «Ya no te amo. Y yo no te he amado nunca.»

Pero sobre todo, este documento es de una importancia considerable, relativamente a la fecha. ¿En cuál fué la ruptura? *En el Palacio Danieli*, es decir, en *Venecia*, a mediados de Febrero de 1834, en que ya Jorge Sand conocía al doctor Pagello. Y no se trata aquí de recuerdos lejanos, de recuerdos de treinta años. La carta de Jorge Sand que contiene estos datos es del mismo año, 1834.

He aquí, pues, a Alfredo de Musset y a Jorge Sand en el pie de simples amigos. Jorge Sand enferma, Musset pasea y refunfuña, el Dr. Pagello asiste a Jorge Sand.

En esto, es Alfredo de Musset el que cae enfermo con una fiebre cerebral, y Jorge Sand y Pagello le asisten, y Jorge Sand y Pagello se hacen amantes.

¿Cuándo? Aquí Jorge Sand es menos explícita. Se esfuerza en que se crea que no fué la amante de Pagello en cuanto la conoció, porque la conoció cuando cayó enferma, y entonces no había roto aún con Alfredo de Musset; lo dice así y tenemos indicios para creerla: «*No amé a Pedro desde el primer día...*» Pero reconoce que dijo a Alfredo de Musset, en *Venecia*, «que le amaba tal vez, que era su secreto, y que no siendo ya de Alfredo, podía serlo de Pagello, sin dar cuentas a Alfredo.» Añade: «no te permití en *Venecia* preguntarme el menor detalle, si nos habíamos besado tal día en los ojos o en la frente, y te prohibo entrar en una fase de mi vida en que tenía el derecho de recobrar los velos del pudor frente a ti... No debes arrancarme esos velos, en los que tengo, respecto a Pedro y respecto a mí misma, el deber de permanecer envuelta.»

Puede deducirse de estas líneas, sin solicitarlas en lo más mínimo, que Jorge Sand llegó a ser la amante de Pagello durante la enfermedad de Musset, o sea hacia fines de Febrero; que Musset, en cuanto se halló convaleciente, interpeló a Jorge Sand, quien le respondió: «Nada nos une ya», respuesta con la que Musset tuvo que contentarse, aunque nada contento, como puede suponerse, originándose una situación violenta.

Detengámonos aquí un momento. No hubo *compartazgo*. Jorge Sand no fué nunca la amante de Pagello mientras que lo era de Musset, como más adelante no fué nunca la amante de Musset mientras que continuó siendo la de Pagello. Tiene ella empeño en que conste así, y seguramente tiene razón. Pero preciso es reconocer que Pagello sustituyó muy prontamente a Musset. El interregno no fué suficiente o convenientemente largo. El razonamiento de Jorge Sand era éste: «El deber de una mujer es no tener más de un amante a la vez», y añadía: «Yo no he tenido dos amantes a la vez; luego he cumplido con mi deber.» Así es, poco más o menos; pero hubiera estado bien el que la viudez hubiese durado algún tiempo más.

Por añadidura, Jorge Sand se olvida de una regla bastante importante del deber en esta clase de asuntos, si en los asuntos de esta clase puede haber deberes. Cuando se comete una tontería, hay que soportar las consecuencias hasta los límites naturales y racionales de esta tontería. Se lleva a una mujer de viaje. No se obliga uno por esto a conservarla toda la vida; pero hay como un convenio tácito de que no se la abandonará hasta volverla al lugar de donde se la sacó y de que se la protegerá lealmente, aunque fuese

intolerable, durante todo ese tiempo. Había un contrato de fidelidad y apoyo recíproco para todo el viaje de Italia entre Jorge Sand y Musset. El que Musset lo hubiera ciertamente violado no era una razón para que Jorge Sand lo rompiera. Es lo cierto que Jorge Sand careció en estas circunstancias de alguna grandeza de alma. Sin duda, cuidó bien de Musset, materialmente; pero no hubiera estado de más que le hubiese atendido también un poco moralmente. No es esto por completo lo que hizo. Hay que pensar que Pagello era muy seductor.

Una vez convaleciente, Musset, como he dicho, estorbaba y hubo empeño en convencerle de que el aire de Francia le sentaría bien. Esto era, además, verdad. Así, pues, había que conducirlo a Francia. Pero digo *conducirlo* y no *enviarlo*. Enviarlo era peligroso. Estaba muy débil de cuerpo y de espíritu y los viajes en aquella época eran por extremo largos, penosos y no sin peligro. Aquí también, el deber de Jorge Sand estaba muy claro. Debía llevar «a su pobre niño», como ella dice (y en estas circunstancias el término era muy justo), a París o, por lo menos, a Francia, a su madre o a su hermano, o escribir a éste para que fuese a buscarle a medio camino; en fin, no mandarle solo. Este último partido, dado el estado físico y moral de Alfredo de Musset, era sencillamente cruel. Pues bien, nada. No se ve que ni siquiera escribiese una palabra a la madre de Musset o a Pablo, o más bien se ve perfectamente que no lo hizo. ¿Tenía en hacerle algún reparo? Sea. Pues entonces debía acompañarle.

Tan es así, que lo pensó y se lo propuso a Musset *seis semanas antes*. Entre su enfermedad y la de Musset, o quizá durante la enfermedad misma de ella, de-

cía a Musset, como lo declara en la carta que he citado: «Marchemos, te llevaré hasta Marsella.» Pero esto era seis semanas antes. En la fecha de que hablamos, fin de Marzo, las cosas han cambiado, evidentemente por la intervención de Pagello. Ya no se piensa más que en mandar a Musset a sus queridos estudios. Jorge Sand, a fines de Marzo, no piensa evidentemente en otra cosa. Este Pagello debía de ser muy seductor.

Jorge Sand, además de lo que he dicho a propósito de su paso demasiado rápido de Musset a Pagello, se olvidó aquí de una cosa importante, cosa de la que, por lo demás, se olvidan más fácilmente las mujeres: se olvidó de su edad. Tenía ella treinta años y Musset veintitrés. En estas condiciones, la mujer es el hombre. Era ella «fuerte como un caballo», como ella dice, y Musset, siempre delicado, acababa de estar muy gravemente enfermo. En estas condiciones, la mujer es el hombre. Jorge Sand, como todos los somos cuando se trata de no reconocer nuestros yerros, es admirable cuando dice: «Nunca me he quejado de haber sido arrebatada a mis hijos, a mi trabajo, a mis amigos, a mis afectos y a mis deberes, para ser conducida a trescientas leguas...» Es verdad, esta mujer de treinta años, que se queja de haber sido arrebatada por un joven de veintitrés, es divertida, cuando, de haber una especie de raptó, fué ella la que le raptó a él. Pongamos que se raptaran mutuamente. Pero, dadas la edad y la salud de ella, y la edad y la salud de él, era ella la que debía acompañarle; era cruel enviarle solo, cualesquiera que fuesen sus yerros.

¿Faltaba el dinero? No, porque ella le mandó acompañado de un criado. No hubiera costado más (Musset estaba sin blanca) acompañarle ella.

¿Quería Jorge Sand quedarse para trabajar? Algo había de esto, preciso es decirlo para ser justo. Tenía en preparación varios excelentes trabajos, para los que Italia le era necesaria. Pero esta consideración no debía triunfar sobre el deber que era evidente, y el cual, a la verdad, no hubo de pesar mucho. ¡Ah, qué seductor era Pagello!

El caso fué que convencieron a Musset de que era útil y *bello* que se marchara. Estas almas de poetas no están completamente hechas como las otras; y además Musset se hallaba debilitado por su reciente enfermedad. Le apuntaron un papel que le pareció sublime. Unir él mismo y bendecir a los nuevos amantes, parecerle Jorge Sand angélica y Pagallo encantador, decirles: «Usted es digna de ella, ella es digna de usted», y marcharse llevándose en su corazón el recuerdo de ambos.

Esto era muy hábil, porque tenía un gran aire y salvaba el amor propio de Musset, y de las dos sugerencias, la primera era para el poeta y la segunda para el hombre, que se parecía a todos los hombres.

Pasó, a lo que parece, una semana, unos días por lo menos, con estos sentimientos, que los nuevos amantes mantuvieron con celo y, ¡qué queréis!, no, tal vez, sin compartirlos un poco, y se marchó.

Al principio, es lo cierto que se sintió casi alegre. Se comprende muy bien. El viaje, el movimiento, un país nuevo —cosa muy importante: no volvió por el mismo camino que había venido; si esto fué calculado, el cálculo era bueno, quiero decir, justo y también caritativo—, la sensación más o menos consciente, también «de verse desembarazado de todo aquello», de volver a su país y a sus amigos, y de salir de un sueño

que, por su culpa, pero, en fin, así era, fué a menudo una pesadilla; el hecho de hacer solo en parte aquel viaje a Italia, que había anhelado y que tuvo la tontería de hacerlo acompañado: todo esto produjo en él, por lo menos, un estado de alivio.

Pide perdón a Jorge Sand, en lo que, después de tono, tiene razón; le dice que la sigue amando, pero que está «tranquilo», y repite dos veces que está tranquilo: hasta bendice a Pagello («¡ah el buen muchacho!»), y, en resumidas cuentas, tiene razón, porque Pagello le cuidó bien; y corre alegremente por las calles de Ginebra comprándose un bonito chaleco y un hermoso libro. (Creo que hay algo de bravata en todo esto, pero hay algo más. Sería bravata si la carta no respirase más que alegría; pero como en ella hay otra cosa, preciso es considerar toda la carta como suficientemente sincera.)

Y luego los Alpes le serenaron: «Era la primera vez que los eternos espectros de los Alpes se alzaban ante mí con su pujanza y con su calma. Iba solo en el cabriolé; no sé cómo expresar lo que experimenté.» (Comparad con el *Recuerdo de los Alpes*: «Fatigado, quebrantado, vencido por el tedio...»)

No duró semejante estado de alma. En el fondo era voluntario y, por lo tanto, ficticio. En cuanto Musset estuvo en París, recayó en una profunda tristeza y en un estado enfermizo muy grave. La biografía de Alfredo de Musset se halla en parte absolutamente *contradicha*, en parte *confirmada* por las cartas de Alfredo de Musset. Pablo de Musset nos muestra a su hermano imponiéndose una reclusión absoluta, permaneciendo todo el día en su cuarto y no saliendo de él sino por la noche para jugar al ajedrez en familia. Ahora

bien; en su carta del 19 de Abril, es decir, a los ocho días de haber llegado a París, puesto que estaba en Ginebra el 5 de Abril, y además él mismo dice que llegó a París el 12, Alfredo de Musset escribe a Jorge Sand, que ya estaba en casa de ésta, «que se ha lanzado de lleno a su antigua vida», que ha organizado «anteayer» (el 17 de Abril) «una orgía» con Dalton y que cenó, abominablemente triste por lo demás, al lado de una bailarina de la Opera. (Miente quizá.)

De otra parte, la *Biografía* concuerda con esta carta y las siguientes, mostrándonos a Musset contristado y deprimido profundamente, pensando siempre en Italia, esperando con impaciencia las cartas de allí, enviando algunas con versos —muy exacto—, en suma, en un estado físico y moral lamentable. En efecto; Musset habla de su carta del 19 de Abril de una fiebre sorda que le acomete todas las noches, de una tendencia que tiene «a enfermar», de la imposibilidad en que se encuentra de trabajar, de las «lágrimas que acuden en cuanto ha reflexionado un cuarto de hora». Es la neurastenia muy claramente caracterizada.

Y ya, notadlo —¿hay que asombrarse?—, le punzan los celos. Leed bien, si os place. Dice también: «Ama a Pagello». Es el papel que le han sugerido y que se ha impuesto; pero leed bien, si os place: «Me dices que vas a aislarte y a pensar en mí. ¿Qué quieres que me ocurra al leer semejantes palabras? Dime, más bien, que te has entregado al hombre que amas. Háblame de sus alegrías. *No me digas esto*. Dime sencillamente que amas y que eres amada.» «*No, no me digas esto*», es una frase de pasión y de celos que honraría a Shakespeare. Digamos mejor: es un grito del corazón mismo, de desgarrador acento y que estremece.

Veo más literatura en su carta del 1.º de Mayo. Adviértelo él mismo cuando dice: «Te he escrito tristemente la última vez, quizá cobardemente.» Esto significa precisamente que la carta anterior era sincera y que ésta lo es un poco menos.

Musset escribió en alguna parte (véase la *Biografía* por Pablo de Musset): «Empecé por entregarme a una exaltación ridícula. Escribí cartas al estilo de Rousseau » Esta definición puede aplicarse a la carta del 1.º de Mayo: «Piensa en esto; yo no tengo más que a ti; lo he negado todo, he blasfemado de todo, he dudado de todo, menos de ti. Dime, ¿tendrás ese valor? Siempre que alce la cabeza en la tempestad, como un piloto espantado, ¿encontraré siempre mi estrella, la única estrella de la noche?...» Aboga en contra de él y en favor de Jorge Sand, y aboga bien.

Cosa divertida, dice en justificación de ella, precisamente lo que ella dirá más adelante, y que ya hemos citado. Ella fué *sincera*, se lo *advirtió*, luego no le *engañó*: «Aunque todas mis sospechas fueran ciertas, ¿en qué me habrías engañado? ¿No estaba advertido? ¿Me decías acaso que me amabas? ¿Tenía yo algún derecho? ¿Me engañaste alguna vez cuando me amabas? (A la verdad, esto hubiera sido un poco fuerte; pero, en fin, parece que ocurre.) ¿De qué te puedo acusar durante los siete meses que te he visto todos los días? ¿Y quién es el miserable cobarde que llama pérfida a la mujer que le estima lo bastante para advertirle de que ha llegado el final? La mentira, eso es lo que aborrezco...»

Al través de todo esto, que acusa un poco de esfuerzo, se perciben dos sentimientos verdaderos (o más verdaderos) de una manera muy sensible: recuerdos voluptuosos y un poco de rencor.

Recuerdos voluptuosos: «... No insistas más sobre unas palabras irrazonables que te dije y que tú me recuerdas en tu última carta. Los placeres que he experimentado en tus brazos eran más castos, cierto es; pero no digas que eran menores que en otras partes. Es preciso conocerme como yo me conozco para hablar de esto. (Cierto que sólo él puede saberlo...) Acuérdate de una estrofa de *Namouna* (1). Había en tus brazos un momento cuyo recuerdo me ha impedido hasta hoy, y me impedirá aún mucho tiempo, acercarme a otra mujer.»

Muy bien. Esto es elástico. Parecía que su amante era poco capaz de proporcionar la voluptuosidad cuando estaba a su lado; y la recuerda como embriagadora en cuanto se ha separado de ella. Pero notemos este punto: le vuelven los recuerdos voluptuosos.

Un poco de rencor: «Tendré, sin embargo, otras queridas... la primera mujer a la que amé será joven... no podré tener ninguna confianza en una mujer *hecha*. El haberte encontrado es una razón para no querer buscar.» El epigrama de estas últimas palabras es, sin duda, perfectamente involuntario; pero la idea, tomándola en conjunto, es clarísima como forma de resentimiento. A Musset le desagradaba que Jorge Sand fuese tan dueña de sí y se dominase a voluntad, con la decisión y la seguridad de una mujer «hecha».

Luego Musset, en 1.º de Mayo de 1834, desempeña todavía —o reanuda— su papel de magnánimo; pero echa de menos las caricias de Jorge Sand y la censura. La ama y la odia. Luego la ama. Es la definición misma del enamorado. Pero esto podrá agriarse.

(1) ¿Cuál? Muy ciertamente para mí la 45.^a del Canto I.

Bien comprende que se agría; porque, analizándose con la penetración de casi todos los hombres de letras, dice claramente el 10 de Mayo: «Dícese que el tiempo lo cura todo. Yo estaba cien veces más fuerte el día de mi llegada que ahora.» Lo cual nada tiene de particular, porque «la ausencia disminuye las pasiones pequeñas y aumenta las grandes, como el viento apaga las bujías y aviva el fuego»; porque, cuando el amor es fuerte, es mayor en el recuerdo que en la sensación, porque Musset «cristaliza», para hablar como Stendhal, es decir, realiza sobre el sentimiento el trabajo de la imaginación; si el recuerdo del amor es tan vehemente, es porque todo recuerdo se compone de una parte de memoria y de tres partes de imaginación.

Esto marcha en un *crescendo* de arrepentimiento, de desesperación, de ternura y de exaltación, expresado todo en cartas declamatorias a veces, pero a menudo admirables, y que Musset es verdaderamente modesto al compararlas con la *Nueva Eloísa*, hasta Julio de 1834. En Julio de 1834, Musset está más perdidamente enamorado de Jorge Sand que nunca. ¿Y Jorge Sand mientras tanto? Jorge Sand era relativamente feliz, con lo que quiero decir que era más feliz que desgraciada. Tenía inquietudes que provenían de París y disgustos que procedían de Venecia. Estaba inquieta por su hijo, del que Boncoiran no le daba noticias; hallábase a menudo sin dinero, porque lo había gastado para el viaje de Alfredo de Musset y porque, por deficiencias del correo, no recibía el dinero que le enviaba Buloz.

Y en Venecia no todo era agradable. Pagello tenía una multitud de historias amorosas, cuyas consecuen-

cias sufría Jorge Sand, como la contera del bastón de Scapin caía sobre las costillas de Geronte. Había que reconciliarle con su antigua querida, que hablaba de matar a todo el mundo, y a la que él mismo quería matar; había que soportar bajo el mismo techo a cierta «semi hermana» muy sospechosa y que no era divertida sino a ratos. Era una especie de infierno de Bohemia la casa en que Pagello, el hermano de Page-llo, la semi hermana de Pagello y Jorge Sand vivían juntos, y a la que las antiguas amigas de Pagello acudían a dar escándalos. Jorge Sand refiere todo esto riendo, pero lo resume con cierta melancolía en los siguientes términos: «... Hasta después de tu marcha he hallado en su vida (de Pagello), en sus lazos mal rotos con sus antiguas amantes, situaciones ridículas y desagradables que me han hecho vacilar en considerarme como comprometida por ninguna clase de precedentes.»

De otra parte, es bastante feliz. Al principio amaba muchísimo a Pagello, sin que podamos saber por qué; pero el hecho es cierto. Lo que precede lo ha probado suficientemente; lo que sigue lo probará más todavía. Le amaba como amante. Después, como amigo, era excelente. Era tranquilo, afable, plácido, de genio igual. Después de Musset, era el cielo. La descansaba deliciosamente de Musset. Además la dejaba trabajar. Para quien conozca a Jorge Sand, esto lo dice todo. No era ni pesado ni molesto. Venía a las ocho de la noche y la dejaba trabajar todo el día. La dejaba hacer una escapatoria al Tirol y volver cuando gustase. En realidad, Jorge Sand trabajaba enormemente en Venecia. Rehizo *Lelia*, la única de sus obras, a lo que creo, que rehiciera; terminó *Andrés*; escribió todo

Santiago y las Cartas de un viajero. En medio de sus tribulaciones y angustias, el hecho es prodigioso. Pero lo que aquí nos importa es lo que todo esto tiene de relativo en el estado moral de Jorge Sand. Este estado moral, gracias a tal trabajo, le era absolutamente necesario, no estaba lejos de ser excelente. Compréndese que Jorge Sand, de Abril a fines de Julio de 1834, respira al fin y a plenos pulmones, y descansa con delicia, a razón de diez horas diarias de trabajo. Hay felicidades negativas que son exquisitas. Verse desembarazada de Musset enamorado era una de primer orden.

¿Pero le amaba todavía? *De Abril de 1834 a Agosto de 1834*, ¿le amó? En conjunto, por de pronto, presto a atenuar y agrupar un poco, más adelante, contesto que no. Sus cartas de Venecia son maternales, fraternales, filiales y, si se quiere, algo «incestuosas», para hablar como ella; pero no son verdaderamente amorosas. La primera carta, un poco extensa, de Jorge Sand (15-17 de Abril) es de una mujer afectuosa, ciertamente, pero que quiere sentar, como base de las relaciones futuras, que hubo un error, que habían nacido para ser amigos, muy abnegados y firmes, pero no amantes. Después la carta se convierte en una carta de amigo: lista de encargos, charlar alegre y grato, historia de un estornino, todo muy amablemente referido. Cuando un hombre recibe una carta así, se dice: «He aquí una mujer que me ama, pero que está enamorada de otro.»

¿Habéis leído la *Cruz de Berny*? ¡Qué linda frase de Mme. de Girardin! Hace hablar a una mujer que es amada por tres hombres, pongamos Alberto, Arturo y Edmundo; y esta mujer dice: «Cuando conocí bien a

Alberto me dije: «Le amo, pero esto no es amor.» Cuando conocí bien a Arturo (poeta exaltado, cuya exaltación es contagiosa), me dije: «Esto es amor, pero no le amo.» Cuando conocí bien a Edmundo, me dije: «No solamente es esto amor, sino que le amo.» Pues bien; Jorge Sand halló a estos tres hombres en solo Musset, antes de Pagello, era amor, pero no amaba a Musset; bajo el reinado de Pagello ama a Musset, pero no es amor; después del reinado de Pagello, amaré a Musset, y será amor; pero lo será demasiado tarde.

De Abril a Agosto de 1834, lo que siente por Musset es piedad, una bondad compasiva e inquieta. Le suplica que cuide de su salud, que no es fuerte todavía, que se guarde del vino y de las mujeres. Poco después le dice que ame, que vuelva a la vida amando a una mujer; porque le conoce y sabe que no se podrá tener la seguridad de la curación de Musset, sino cuando está enamorado; y además, también, inconscientemente, confusamente, quisiera verle amar a otra para estar segura de que no ha de volver a su pasión, que teme, y aquí hay todavía un poco de amor, puesto que si teme aún a Musset, es que se teme a sí misma; pero sería sutilizar un poco al ver demasiado en esto.

Habla de Pagello sin ambages, y en realidad, un poco cruelmente respecto a Musset; me trata como a una mujer de veinte años, y me corona de estrellas como a un alma virgen. «Yo no digo nada para destruir o para mantener este error; me dejo regenerar por esa afeción dulce y honrada. Por la primera vez de mi vida amo sin pasión.»

Hay una indelicadeza por línea en estas seis líneas. La hay para Pagello, la hay para Musset, a quien le dice muy graciosamente que tras él necesitaba ser re-

generada y ante el que se alude a las pasiones que precedieron a la que se tuvo por él; pero pasemos; lo que se trata de saber es si Jorge Sand ama a Musset en este momento. No; el amor inspira delicadeza, cuando se es inteligente (1).

A veces se la ve cansada del amor, de todo amor, y añorando —lo que, después de todo, era tal vez el fondo, siempre desconocido por ella, de su naturaleza—, maternidad, afección protectora, energía protectora de nodriza o de «enfermera». «Necesito sufrir por alguien. Necesito emplear este exceso de energía y de sensibilidad que hay en mí. Necesito alimentar esta maternal solicitud que se ha habituado a cuidar de un ser doliente y fatigado. ¡Oh! ¿Por qué no podré vivir entre vosotros dos y haceros felices sin pertenecer a ninguno? Así hubiera vivido diez años...»

Otras veces —y es lo más frecuente— hace disertaciones, casi insoportables, acerca del amor, de Dios, de la vida, de sus destinos humanos. Véase particularmente la que está contenida en la carta del 15 de Junio. No olvidéis la frase tan justa de Alfredo de Musset: «Le escribía cartas a lo Rousseau.» No cesaron ambos, sin perjuicio de los sentimientos verdaderos y sinceros, de pensar en la *Nueva Eloísa* y de desempeñar los papeles, el uno de Saint-Preux, y el otro de

(1) Es muy curioso esto. Al lado de este pasaje desdichado se encuentran las famosas líneas que Musset recogió cuidadosamente para ponerlas en *On ne badine pas avec l'amour* (No se juega con el amor): Podrás decir como yo: He sufrido mucho, me he equivocado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido y no un ser ficticio creado por mi orgullo y por mi tedio.» Lo que, por lo demás, es una frase admirable, pero no unas palabras de enamorada actual.

Julia. Sobre todo el papel de la sermoneadora Julia convenía admirablemente a Jorge Sand; estaba predestinada para él por el giro mismo de su espíritu, y a él se entregaba naturalmente de todo corazón.

Pero, volviendo a nuestro tema principal, ¿hay amor en las cartas de Jorge Sand a Musset procedentes de Venecia? En mi opinión, ni por asomo. Hasta creo que en este punto sería difícil hallar textos para contradecirme, por moldeables que sean los textos, y que si yo quisiera sostener la tesis contraria a la que sostengo en este momento, me vería un poco embarazado. Tal es mi impresión, y lo cierto decididamente es que, en Venecia, de Abril a Julio de 1834, Jorge Sand no estaba en modo alguno enamorada de Alfredo de Musset.

Lo estaba de Pagello. Con su inconsciencia habitual hace el elogio de éste a Musset de todo corazón; le muestra yendo, porque no tiene dinero, a hacer un ramo para ella a las tres de la mañana en los jardines apartados. Digo las tres de la mañana, porque es el 15 de Junio, y ella dice que él «se levantaba antes de amanecer». Pero puede haber aquí un error de hipérbole.

Añade que sería una criminal si hallase un motivo de queja contra él: «Sería yo un monstruo si encontrase un motivo de queja contra el amigo *a quien tú me has confiado*. Es un ángel de dulzura, de bondad y de abnegación.»

Por fin, decidida a volver a París, quiere absolutamente traérselo. Para esto hay dificultades, porque él no tiene dinero, no quiere pedirlo y no lo aceptaría de Jorge Sand. Pero Jorge Sand quiere traérselo, «le asusta un poco la pena que tendría él al verla marchar» y además «él se alegraría mucho de abrazar a Musset». Se lo traerá.

Le trajo, en efecto, y estuvo con él en París en los primeros días de Agosto de 1834. Esto es decisivo. Ella conocía a Pagello; le sabía inferior; no se mordía la lengua para decirlo: «Este es uno que no ha leído *Lelia*, y que si la hubiera leído, no hubiese comprendido nada; «en fin, sabía que era inferior. Y le trae a París. A costa de ella evidentemente, y cuando se encuentra en una situación difícil. Nada más significativo. En Julio-Agosto de 1834, Pagello es todavía una necesidad para Jorge Sand.

Apenas volvieron a verse Jorge Sand y Musset cuando se reanudó el drama, como todo el mundo hubiera podido preverlo. Las primeras palabras de Musset que conocemos son: «He contado demasiado con mis fuerzas al querer verte de nuevo y he recibido el último golpe.»

Son estos golpes de los que se paran huyendo, o que huyendo se evita recibirlos por segunda vez. Quiso huir. Se vieron a solas por última vez durante dos horas, que fueron castas y dolorosas, llenas de lágrimas, y se marchó él a Baden.

En Baden hubo momentos de calma y alegres, tal vez de *flirt*, como lo acusa *Una buena fortuna*; y como es cierto, porque no podía hallarse al lado de una mujer sin ser amable; pero hubo terribles días de celos, de amor furioso y de desesperación. Pensad que, al fin y al cabo, estaba desterrado por Pagello. Esto es duro. Pensad también que para un neurasténico la estancia en un balneario, donde no conoce a nadie, entre esa agitación sin objeto y esa trepidación tonta, al lado, también, de la felicidad, entrevista y envidiada de algunos, es un aumento de soledad y, por lo tanto, una terrible regresión del mal.

De aquí los admirables gritos de dolor y de amor, y éstos absolutamente sinceros, lanzados por Musset durante su estancia en Baden; de aquí, entre otras, la maravillosa carta de 1.º de Septiembre que todos conocéis, lo se, pero de la que, por mi placer particular, no puedo menos de copiar algunos pasajes. Hay aquí tanta belleza como en las *Noches*. En realidad, se trata de las *Noches* en prosa: «Ocho días hace que marché y todavía no te he escrito. Esperaba un momento de calma. No lo hay. Quería escribirte plácidamente, tranquilamente, una hermosa mañana, darte las gracias por el adiós que me has enviado... Quería hablarte solamente de mi amor, ¡oh, Jorge!, ¡qué amor! Jamás ha amado un hombre como yo te amo... No se ya si vivo, si como, si ando, si hablo, si respiro, se que amo... Mira, cuando me marché es porque no podía sufrir más; no había ya lugar para el sufrimiento en mi corazón. ¡Haberte tenido en mis brazos, oh mi cuerpo adorado! ¡Haberte estrechado contra esta herida amada!... ¡Ah, Jorge! tú has estado tranquila y has sido dichosa allí (en Venecia). *Tú no habías perdido nada*. ¿Pero sabes lo que es esperar un beso cinco meses? ¿Sabes lo que es esto para un pobre corazón que ha sentido durante cinco meses, día por día, hora por hora, abandonarle la vida, descender lentamente al frío de la tumba en la soledad (¿—en su soledad—?), caer copo a copo como la nieve, la muerte y el olvido? ¿sabes lo que es para un corazón angustiado, hasta dejar de latir, el dilatarse un momento y beber una gota de rocío vivificante? ¡Oh, Dios mío!; bien comprendía, bien sabía, que no debíamos volver a vernos. Ahora, ha terminado; yo me había dicho que era preciso revivir, que era preciso tener otro amor, olvidar

el tuyo, tener valor. Lo procuraba, lo intentaba por lo menos. Pero ahora, escucha, prefiero mi sufrimiento a la vida. Me has permitido amarte; aunque te retractaras no serviría de nada... ¿Qué es lo que voy a hacer, dímelo, aquí o allí? ¿Qué es lo que me importa de todos estos árboles, de todas estas montañas, de todos estos alemanes, que pasan sin comprenderme?... ¿Qué es esta habitación de hospedería? Dicen que este lugar es bello, que el panorama es delicioso, que el paseo es agradable, que las mujeres bailan... Todo esto no es la vida, es el rumor de la vida... Yo te ruego, no digas nada, escucha: todo esto no hará que te pongas tu traje de viaje, que tomes un caballo o un cochecillo y que vengas. Me dices que nos volveremos a ver; que no morirás sin abrazarme... Todo esto es bueno, ángel mío, todo esto es grato; Dios te lo pagará. Pero por más que mire a mi puerta, no vendrás a llamar a ella, ¿verdad? No tomarás un papelito y escribirás en él: «Ven». Hay entre nosotros no se qué frases, no se qué deberes, no se qué acontecimientos... Pues bien, todo esto es perfecto, no hay que negarlo; pero yo no puedo vivir sin ti. He aquí todo...»

Con esta carta, es decir, con esta y algunas otras, Jorge Sand se conmovió profundamente. Su carta del ... (sin fecha, escrita con lápiz) es de una mujer, a la que la piedad vuelve al amor, y que ha perdido por completo su calma habitual. «¡Ah, con qué gusto me arrojaría al río, si no fuera por mis hijos!» Esto y lo restante de la carta es de una mujer profundamente turbada y, por lo tanto, de una mujer que ama. Ya no es el tono de las cartas de Venecia.

Y además... y además ya no ama a Pagello. En Septiembre de 1834, Jorge Sand no amaba ya al doc-

tor Pedro Pagello. No diré, según la fórmula corriente, que esto dependía de diversas causas. Sin duda, el hecho de que Pagello hubiera sido sacado de su marco y puesto en otro, desventajoso para él, tuvo alguna participación en el cambio del corazón de Jorge Sand. Sabemos vagamente por dichos (*El y Ella, Ellos*, de Mme. Collet), sin la menor autenticidad por lo demás, que Pagello parecía en París muy ridículo, y no necesitamos tales testimonios para pensar que Pagello desentonó un poco en la sociedad de París, tan nueva para él y de la que no sabía nada, y que hizo sonreír un tanto. Esto, en rigor, pudo enfriar algo a Jorge Sand. Pero Jorge Sand me parece que no tuvo nunca el sentimiento de lo ridículo, cosa por la que ciertamente no trato de censurarle, y, después de todo, de lo que acabo de hablar de memoria, nada se puede deducir como explicación de la evolución psíquica de Jorge Sand.

Pero Pagello, al cambiar de país, había cambiado de carácter. Habíase hecho tan insoportable como Musset. Habíase tornado inquieto, suspicaz, celoso y regañón. Había permitido, cierto es, que Musset y Jorge Sand se vieses, y hasta que se despidieran a solas. Pero era celoso y se permitía lanzar sospechas y formular quejas. Había leído una frase, decía él, de una carta de Jorge Sand a Musset; toda esta carta, asegura Musset; y estaba furioso. Era una carta enviada por Jorge Sand a Musset el día de la marcha de éste a Baden. Pagello que, al leerla Musset delante de él, había sorprendido de rojo estas palabras: «*Preciso es que sea tuya*», y que por discreción no quiso leer más, aunque pudo hacerlo (*non volli legger (sic) di piu, e lo poteva*); Musset aseguraba que cuando leyó esta carta delante

de Pagello, éste no podía ver nada; de otra parte, que esta carta, puesta por la sirvienta de Musset en un sofá una noche, había desaparecido al día siguiente por la mañana, y que no reapareció hasta las diez y ocho horas; en fin, que el sobre había sido abierto y vuelto a cerrar. En los dos casos hubo indiscreción, y en ambos, indelicadeza. El caso es que Pagello promovía escenas.

Esta vez era demasiado. Pagello no había llenado poco a poco la medida como Musset; pero la había colmado de primera intención. ¿Cómo? ¿También él? Son, como se verá más adelante, palabras de la misma Jorge Sand. ¿También él celoso? ¿También él insoportable? Hay gentes, sin embargo, a las que no les está permitido ser celosas, a las que no les está permitido ser molestas. Pase la cosa por lo que respecta a Musset. ¡Pero Pagello! Si Pagello se pone a ser tan imposible como Musset... Por lo menos el otro tenía talento.

No se formulan estos razonamientos; pero son espontáneos en uno. Lo eran en el espíritu de Jorge Sand cuando escribía: «... Es que contigo medía las palabras. Para otros hubiesen, tal vez, significado otra cosa, no sé; se creía saber, por lo menos, que para *nosotros tres* manifestaban un amor del alma en que los sentidos no entraban para nada. Pues bien; he aquí que tú te extravías y *él también*, el que cuyo lenguaje italiano está lleno de imágenes y de protestas que parecerían exageradas si se las tradujese literalmente; él que, según los usos de su país, besa a sus amigos cas en la boca, y sin malicia alguna, el excelente muchacho; él que tutea a la bella Crescini sin haber intentado nunca ser su amante; en fin, él que hacía a Julia P. (ya se ha dicho que era su pseudo-hermana) versos y

romances llenos de *amore* y de *felicità*; él, después de haberme dicho tantas veces *il nostro amore per Alf.*, por haber leído no sé qué frase de la carta que te escribí el día de tu marcha, se imagina no sé qué. Todo lo mío le hiere y le irrita y, hay que decirlo, se va; tal vez se haya ido ya, y no le retendré yo...»

Hubo, pues, ruptura entre Pagello y Jorge Sand el 8 o el 10 de Septiembre, antes del 15, y por esto Musset volvió precipitadamente a fines del mismo mes. Creía a Pagello ya ido o a punto de irse, y se juzgaba echado de menos, es decir, amado. He aquí por qué escribía un poco al azar en la misma carta (del 15): «Si no hubieras roto con él...», y pensando que *él* no estaba quizá tan fuera de cuestión: «Tal vez te sorprenda y a *él* también que yo vuelva a París. Confieso que ya no estoy en el caso de guardar miramientos con nadie. Si sufre, que sufra ese veneciano que me ha enseñado a sufrir, le devuelvo la lección que me dió como maestro.»

Y como maestro a su vez, o comprendiendo que iba a serlo, Musset volvió a París a fines de Septiembre. ¿Estaba aún Pagello? Creo que no, pero no es seguro. El texto que lo hiciera creer es indeciso. Véase. Las palabras que subrayo son las que pudieran parecer anfibológicas: «Amor mío, ya estoy aquí... (en París). Accedes a que nos veamos, y figúrate si lo querré yo. Pero no temas de mí, la menor palabra, la menor cosa que pueda molestarte un instante... Fíate de mí, Jorge; Dios sabe que nunca te causaré un pesar... Ya no soy más sino lo que me hagas. ¿Sabes las palabras de Ruth a Noemi en la Biblia? No puedo decirte otra cosa. *Dejadme vivir vuestra vida; el país a que vayáis será mi patria; vuestros padres serán mis padres; donde*

muráis, moriré, y en la tierra que os reciba seré sepultada. Así, pues, una palabra. Dime la hora.»

El *plural* del pasaje subrayado podría hacer pensar que Musset quiere vivir, según el antiguo sueño, con Jorge Sand y Pagello. Pero, después de lo que ha dicho del último en la carta precedente, la cosa es muy inverosímil. El *plural* del pasaje subrayado podría hacer pensar que quiere vivir con Jorge Sand y con los hijos de ésta. Pero como, si Jorge Sand habla a menudo de sus hijos, él no habla nunca de ellos, esta segunda hipótesis es inverosímil. Y, en fin, he aquí casi ciertamente la interpretación verdadera, el pasaje que he subrayado es una cita. Son las palabras de Ruth misma, algo abreviadas (1), y por esto Musset ha escrito «*sepultada*». *Vosotros* (2) quiere decir *tú*, sencillamente, y hay que creer que cuando Musset escribía esta carta, y cuando Jorge Sand le había concedido el permiso de verla, la ruptura era definitiva, y Pagello se había marchado, con lo cual Jorge Sand no engañó a Pagello como no engañara antes a Musset. Sustituyó a Pagello con Musset como sustituyó a Musset con Pagello. Uno solo a la vez, era su regla.

Debían volver a ser amantes, porque *ambos* estaban, a lo que creo, más enamorados que nunca, mutuamente. Sería curioso saber si volvieron a serlo pronto o des-

(1) No me obliguéis a dejaros y a irme. Porque a cualquier lugar que vayáis, iré yo, y donde permanezcáis, permaneceré también. Vuestro pueblo será mi pueblo y vuestro Dios será mi Dios. La tierra en que muráis me verá morir y seré sepultada donde lo seáis. Que Dios me trate con todo su rigor si me separa lo que no sea la muerte.

(2) Téngase presente que el *vous* francés equivale, en singular, al usted o vos castellanos, y en plural, a ustedes o vosotros.—(N. DEL T.)

pués de «muchos misterios», como dice La Rochefoucauld. Me inclino a creer que lo volvieron a ser bastante pronto, pero no lo sé. Todas las cartas, a partir de la reconciliación total (que no fué la «reconciliación total y dulce» de Pascal) carecen de fecha. Este último legajo, Decori lo titula *globalmente, Invierno 1834-1835*. Es muy racional; pero ¿hay algo que autorice al editor a poner «invierno» en un sentido estricto y a colocar así la reconciliación total después del 21 de Diciembre de 1834? De fin de Septiembre a fin de Diciembre van tres meses. Esto me parece un poco largo. Hay indicios para que fuese más verosímil titular este legajo: «Otoño e invierno (simbólicamente, por lo demás, sería más justo) 1834 1835». Pero, en fin, no lo sé.

Lo que se sabe bien, en verdad, es que, en cuanto la reconciliación fué total, recomenzó la tempestad. Jorge Sand señaló esto muy precisamente en la inagotable carta (primera de la serie IV) que contiene toda la historia de los dos: «*Bien segura estaba* (son las primeras palabras, le conocía bien), bien segura estaba de que tales recriminaciones vendrían *desde el día siguiente* de la felicidad soñada y prometida y que me imputarías como un crimen lo que aceptaste como un derecho (las relaciones con Pagello). ¿Ya estamos así, Dios mío? Pues bien; no vayamos más lejos y déjame marchar.» Y a continuación entra en toda esa justificación, punto por punto, de su conducta, justificación que he examinado más arriba.

Musset pidió perdón; después cayó enfermo, y Jorge Sand se ofreció de todo corazón a ir a cuidarle. No olvidéis nunca que, a pesar de todas sus faltas, era la mejor mujer del mundo. Musset curó y volvió a ser ce-

loso, indiscreto, insolente y tiránicamente interrogador. Jorge Sand perdía la cabeza, y se ve que empezaba a sentirse también neurasténica. «¿Podemos ser felices? ¿Podemos amarnos? Tú has dicho que sí, y yo trato de creerlo; pero me parece que no hay continuidad en tus ideas y que al menor sufrimiento te indignas contra mí como contra un yugo. ¡Ay, niño mío!, nos amamos; es lo único seguro que hay entre nosotros... Pero ¿es posible nuestra vida juntos?...»

En otra carta: «Todo esto, velo, es un juego que jugamos; pero nuestro corazón y nuestra vida sirven de puertas, y esto no es todo lo agradable que parece. ¿Quieres que vayamos a levantarnos la tapa de los sesos juntos a Franchart? Pues hecho...»

En una palabra, la cosa se hacía de todo punto imposible. Era una vida hecha de mil muertes. Al fin (esto parece haber durado, por lo menos, diez y ocho meses! (1), no podían más, se hallaban rendidos, y Sainte-Beuve intervino. No era responsable de lo que ocurría, pero lo era un tanto, porque por él conoció Jorge Sand a Alfredo de Musset. Se encargó de hablar o de escribir terminantemente a Musset, al mismo tiempo que Jorge Sand se negaría, no menos terminantemente, a recibir a Musset. Al ruego de Musset, que quería ver a Jorge Sand antes de marchar, contestó Sainte-Beuve con una tarjeta, en que decía: «Mi querido amigo, he venido a verle para rogarle que no vea a la persona a la que he visto esta mañana tan afligida. Les he aconsejado mal al querer aproximarles, demasiado pronto por lo menos. Escríbele unas

(1) La carta *p. p. c.* de Sainte-Beuve está fechada, posteriormente, por Jorge Sand: «1836 o 37; creo que 36.»

líneas, bien, pero no la vea; les haría mucho daño a los dos. Perdóneme mi consejo en falso. Hasta pronto.» Y de otra parte, Jorge Sand escribía a Musset: «¡No, no!; basta... Te compadezco, te lo perdono todo; pero tenemos que separarnos. *Llegaría yo a ser mala.* Dices que esto sería mejor y que debería abofetearte cuando me ultrajas. Yo no se luchar... Sainte-Beuve tiene razón. Tu conducta es deplorable, imposible. ¡Dios mío! ¿en qué vida voy a dejarte? Siempre la embriaguez, el vino y las mujeres perdidas. Pero como no puedo hacer nada para preservarte de ello, preciso es prolongar esa vergüenza para mí y ese suplicio para ti. Mis lágrimas te irritan. ¡Y en medio de esto los locos celos con cualquier pretexto! Cuando más pierdes el derecho de ser celoso, más lo eres (lo cual quiere decir, sin duda, que Musset tenía otras queridas). Parece un castigo de Dios sobre tu pobre cabeza.»

Esta vez se terminó. Hablóse en París un poco del asunto. Y luego se dejó de hablar.

Jorge marchó a Berri, que era su lugar de cura. Chopín no debía aparecer hasta dos años después, creo yo.

Musset y Jorge Sand habían tenido una aventura en su fondo perfectamente vulgar, un poco miserable, ridícula más que un poco, en que las faltas se repitieron de tal suerte, que me abstengo en absoluto de inquirir de qué parte eran mayores; y había llegado el momento, que hartó retrasaron, de que cada cual se fuese por su lado.

Pero ambos tenían talento y fué lo contrario de la célebre frase de Flaubert: «En nuestros calderos rotos tocamos melodías que hacen bailar a los osos, cuando

quisiéramos conmover a las estrellas.» De su vulgar aventura, casi indigna de ser contada a los osos, sacaron melodías capaces de hacer palpitar al cielo.

II

Las principales obras en que se encuentra el eco de los amores de Musset y de Jorge Sand son *Las Noches*, *El Recuerdo*, *La Confesión de un hijo del siglo*, *La Historia de un mirlo blanco* (Alfredo de Musset) — *Lelia*, *Andrés*, *Las Cartas de un viajero*, *Ella y El* (Jorge Sand)— *El y Ella* (Pablo de Musset).

De las *Noches* no diré nada, porque se halla en todas las mentes, así como el *Recuerdo*. En *la Historia de un mirlo blanco* no hay, en suma, sino media página que se refiera muy precisamente a Jorge Sand: «Desde aquel instante trabajamos juntos. Mientras que yo componía mis poemas, ella emborronaba cuartillas. Recitábale mis versos en alta voz, lo que no le impedía en modo alguno continuar escribiendo. Daba a luz sus novelas con una facilidad casi igual a la mía, eligiendo siempre los asuntos más dramáticos, parricidios, asesinatos, raptos y hasta robos, cuidando siempre de paso de atacar al gobierno y pedir la emancipación de los mirlos hembras. En una palabra, ningún esfuerzo costaba a su espíritu, ninguna violencia a su pundonor. No le ocurría nunca borrar una línea, ni trazar un plan antes de ponerse a la obra.»

En *la Confesión de un hijo del siglo*, aceptando la hipótesis, exacta en suma, de que Musset quiso contar poéticamente sus amores con Jorge Sand, como había anunciado en su correspondencia que lo haría, Musset

da el buen papel a Jorge Sand y se queda él con el malo. Pinta, sobre todo, los tormentos y también las crueldades de los celos, primero de los celos retrospectivos que tan bien había conocido, después de los celos actuales. Pinta a «Octavio» como depravado por una primera traición de mujer y por el desenfreno a que se lanza para olvidar su desgracia; como incapaz de no recelar; como inquieto y malo; en último lugar, como capaz de abnegación, que consiste en dejar a la mujer que se ama, a la que se hace sufrir injustamente y a la que se comprende que se hará siempre sufrir.

Detalle curioso: el pasaje del *Libro de Ruth*, que se halla en la *Correspondencia* y que he citado, se encuentra también en la *Confesión de un hijo del siglo*. El pasaje que se halla en la *Correspondencia*: «Recuerdo que un día en el puente Real vi ahogarse a un hombre...» se encuentra también en la *Confesión*.

Los pasajes en que Musset pinta a «Octavio» como Jorge Sand nos muestra en la *Correspondencia*, que Alfredo de Musset era con ella, son muy numerosos. Fíjense, sobre todo, en éstos, perfectamente confirmativos de todo lo que nos ha hecho ver la *Correspondencia*: «Cuando más avanzaba más se desarrollaban en mí, a pesar de todos mis esfuerzos, los dos elementos de desgracia que el pasado me legara, ya unos celos furiosos llenos de reproches y de injurias, ya una alegría cruel, una ligereza afectada que ultrajaba bromeando a lo más caro que había en mí mismo. Así me perseguían sin descanso recuerdos inexorables; así Brígida, viéndose tratada alternativamente como una amante infiel o como una entretenida, caía poco a poco en una tristeza que asolaba nuestra vida entera...»

«Lector, esto duró *seis meses* (parece que abrevia, a menos que Jorge Sand, a la que se ha visto que no está segura de la fecha y que pone en la tarjeta de Sainte-Beuve «1836 o 1837», no se equivocara en estas dos fechas y haya que leer: 1835). Durante seis meses enteros, Brígida calumniada, expuesta a los insultos del mundo, tuvo que sufrir de mi parte todos los desdenes y todas las injurias que un libertino encolerizado y cruel puede prodigar a la ramera a quien paga. Al salir de estas escenas espantosas, en que mi espíritu se consumía entre tormentos y en que desgarraba a mi propio corazón, alternativamente acusando y mofándome, pero siempre ávido de sufrir y de volver a lo pasado; al salir de esto, un amor singular, una exaltación llevada hasta el exceso, me hacía tratar a mi amante como a un ídolo, como a una divinidad. Al cuarto de hora de haberla insultado, me ponía de rodillas; en cuanto no acusaba, pedía perdón; en cuanto no me mofaba, lloraba. Entonces un delirio inaudito, una fiebre de felicidad se apoderaba de mí; me mostraba embriagado de alegría; casi perdía la razón por la violencia de mis transportes.»

Hay que poner como paralelo o como réplica de las *Noches* las últimas páginas de la *Confesión*, que son las más bellas del mundo y son como el reverso de las *Noches*, como las *Noches* en el sentido de la bondad, de la dulzura reconquistada, de la serenidad penosamente alcanzada, pero recobrada al fin.

La historia del «vaso de Pagello» está en la *Confesión de un hijo del siglo*. Notadlo. Volveré sobre esto, a propósito de *El y Ella*.

No necesito decir que las *Cartas de un viajero*, las primeras sobre todo, están llenas del recuerdo de Mus-

set. No son amargas, sino todo lo contrario, y como se ve por la *Correspondencia*, conmovieron profundamente a Musset. No son amargas, en primer lugar porque Jorge Sand no tuvo jamás rencor, como se verá hasta en *Ella y El*; después porque se escribieron en 1834, en Venecia, después de la partida de Musset, antes de los *segundos amores de París*, cuando Jorge Sand había cometido faltas, y las de Musset no eran tantas como más adelante.

En *Andrés* no hay nada que se refiera de una manera precisa, circunstancial por lo menos, a los amores de Alfredo de Musset y Jorge Sand. Hay solamente esa situación general, muy grata en todo tiempo a Jorge Sand, de una mujer fuerte que ama a un joven más nervioso, más débil de carácter y de voluntad, y la pintura de un afecto en que se mezclan el amor propiamente dicho y el amor maternal. Acordaos de *Lucrecia Floriani* y de algunas otras.

En *Santiago*, escrito o terminado en Italia en 1834, no veo nada que recuerde a Alfredo de Musset ni a los amores de Venecia, si no es la tesis general tan famosa de que el amor constituye un *derecho*, ante el que todo debe doblegarse; si no es también, si se quiere, que Jorge Sand, rodeada de jóvenes, consideraba, aunque tenía treinta años, como viejo a un hombre de esta edad. A esto alude desenfadadamente Teófilo Gautier (en su crónica del 30 de Noviembre de 1840 al hablar de una obra de J. Lemoine y de Ennery): «... observábamos que Duriveau y Chambellan, presentados como valetudinarios y achacosos, tenían cuarenta años. Esto nos recordaba una novela de Jorge Sand, en que el protagonista, descrito como un viejo, es un hombre de veintinueve años al que abandona su mujer por de-

masiado centenario. Es *Santiago*, si nuestra memoria nos es fiel. Pronto veremos comedias en que jóvenes inocentes y puras sean sacrificadas por padres avarientos a Casandros menores de edad.» (Gautier tenía en 1846 treinta y cinco años.)

En *Lelia*, que fué escrita por primera vez antes y durante los *primeros amores de París*, antes de Junio de 1833; pero que fué arreglada y muy aumentada en Venecia en 1834, se trata mucho de Musset y de Jorge Sand. Casi no se habla más que de ellos. Lelia es lo que Jorge Sand, en sus momentos de ensueño idealista, hubiera querido ser Stenio es Musset muy verdadero, muy real, apenas un poco puesto en negro, casi histórico y documental.

Hay un retrato físico de Musset, muy valioso, que es preciso recoger: «¿Qué más puro y más suave que este niño? No he visto cara de una placidez más angélica, ni azul en los cielos que fuese más límpido y más celeste que el azul de sus ojos. No he oído voz más armoniosa y más dulce que la suya; las palabras que dice son como las notas gratas y melifluas que el viento confía a las cuerdas del arpa. Y luego, su andar lento, sus actitudes abandonadas y tristes, sus manos blancas y finas, su cuerpo grácil y esbelto, sus cabellos sedosos, su tinte cambiante como el cielo de otoño, el brillante carmín que asoma a sus mejillas en cuanto se le mira (1), la azulada palidez que una palabra pone en sus labios, todo esto es un poeta, es un hombre joven virgen...»

Hay una brevísima indicación sobre los sentimientos de Jorge Sand respecto a Musset en los comienzos

(1) Es Treumor que habla a Lelia.

de sus relaciones: «Trato de amar a un poeta, dice Lelia. Veo en él el sentimiento del ideal tal como lo concebí cuando era joven como él; pero temo descubrir en él esa necesidad de desposarse con la tierra y con sus vulgares intereses que, más o menos pronto, marchita el corazón del hombre y le arrebató su sueño de perfección...»

Hay un retrato de Musset orgiástico y libertino, con su debilidad física y su incorregible impertinencia e insolencia (quinta parte, XLVI).

Hay un *Musset en París*, en el mundo parisiense y en todos los mundos parisienses, algo como Musset corrompido por París; «... pero lo que le sedujo más fué hallar un mundo muy adecuado para su egoísmo y una raza completamente semejante, tanto por instinto como por gusto, a lo que él había llegado a ser por debilidad y desesperación. Quedóse maravillado al ver erigido en principio y practicado sistemáticamente, razonablemente, lo que hasta entonces había él realizado por celo y por delirio. Oyó a profesores justificar, desde lo alto de su filosofía, todos los caprichos, todos los malos deseos, todas las perversas fantasías, so pretexto de que el hombre no tiene más guía que su razón, ni más razón que su instinto... Stenio cesó, pues, de ser loco; hízose espiritual, elegante y frío. Frecuentó los salones y las tabernas, llevando a las tabernas los elegantes modales de un gran señor y a los salones la impertinencia de un depravado. A las prostitutas les pareció encantador; a las mujeres distinguidas, original. Siguió religiosamente las modas. Derrochó su ingenio en los *albums* y se inspiró todas las noches al recitar delante de trescientas personas; después de lo cual discutía acerca de la pasión y del

genio, de la ciencia, de la religión, de la política, de las artes, del magnetismo; y a media noche se iba a cenar con mujeres públicas...»

La historia de Stenio termina, como es sabido, con el suicidio del personaje, lo que es casi una verdad: puesto que Musset estuvo varias veces muy cerca del suicidio, de 1833 a 1836.

Es inútil decir que Musset se reconoció en Stenio. El mismo se llama con este nombre, varias veces, en la *Correspondencia*.

Llego por fin a *Ella y El* y a *El y Ella*.

Musset murió en 1857. En 1859 apareció *Ella y El*, es decir, la historia, puesta en novela, de los amores de Jorge Sand y Musset. Fué una desdichada idea por parte de Jorge Sand. Por repartidos que hubieran estado los yerros, bien debía comprender que los tenía. Quizá no los conocía. No haré chistes cómodos sobre la facilidad de las mujeres en olvidar sus faltas. Mujeres y hombres, todos somos lo mismo. Cuando los defectos están repartidos no pensamos más que en los de nuestro adversario, y cuando hemos sido solos los culpables, entonces no perdonamos la ofensa que hemos inferido. Fuese como quiera, Jorge Sand se juzgó perfectamente al abrigo de toda censura y refirió ingenuamente estas aventuras adjudicándose el buen papel, o más bien *viéndose en él*, lo que, en semejantes casos, es inevitable.

Salvo esta deliberada benevolencia respecto a la heroína, hay que saber y hay que decir que *Ella y El* es una narración muy verídica, o, por lo menos, muy aproximada a la verdad. Los recuerdos de Jorge Sand eran muy exactos, y no pecó sino por omisión; no dijo toda la verdad; pero no dijo nada que no fuera verdad.

Véase la carta de declaración de Lorenzo (Musset). No es la de Musset; pero tiene su espíritu y su estilo, y cuando se ha leído la *Correspondencia* se ve que el estado de alma de *Teresa* es exactamente el que hubo de tener Jorge Sand cuando recibió aquella carta: «A Teresa le afligió la carta profundamente. Le hizo el efecto de un rayo. *Su amor se parecía tan poco al de Lorenzo, que se imaginaba no amarle...* No había embriaguez en el corazón de Teresa, o, si la había, penetró gota a gota, tan lentamente que no lo advertía, y se juzgaba tan dueña de sí misma como el primer día... ¿Por qué me engañó? ¿Por qué me hizo creer que estaba tranquilo a mi lado...?», etc.

Todo esto es cierto. Léase la carta de Musset (número 8) anterior en quince días, en ocho días quizá—quisiérase tener las fechas, pero no se tienen— a la carta de declaración: «... Me conoce usted lo bastante para estar ahora segura de que jamás la palabra ridículo... saldrá de mis labios. En este concepto existe el mar Báltico entre usted y yo. Usted no puede dar sino el amor moral, y yo no puedo dárselo a nadie... Pero puedo ser, si me juzga usted digno de ello, no ya su amigo, sino una especie de camarada sin consecuencia y sin derechos; por consiguiente, sin celos y sin enfados...»

Luego la página de *Ella y El* es la verdad misma. De igual suerte, más adelante, las escenas de Venecia son mucho *menos* dramáticas y románticas de lo que fueron en realidad, pero son exactas. Jorge Sand y Paggello persuadieron a Musset de que tenía que alejarse y que era noble alejarse bendiciéndolos, ya recordáis, y hubo una escena grandiosa y solemne completamente del gusto de 1830. En la imaginación, ya enfriada,

pero en la memoria fiel de Jorge Sand, la cosa es así: «Si usted ama a Teresa, como creo, dice Lorenzo a Palmer (Pagello), haga, mi querido amigo, que Teresa le ame. No puedo tener celos, muy al contrario. Como yo la he hecho bastante desgraciada, y usted, estoy seguro, será excelente para ella, me quitará un remordimiento que no tengo empeño en conservar...» ¿Le ofendo acaso al hablar así? No es tal mi intención. Le tengo a usted amistad, estimación y hasta respeto, si usted quiere...» Palmer contesta: «... Ahórrese consejos o reproches que llegan demasiado tarde. Les creí hechos el uno para el otro; ahora estoy convencido de que la mayor felicidad y la única que pueden ustedes darse, es separarse. En cuanto a mis sentimientos personales por Teresa, no le reconozco el derecho de interrogarme, y en cuanto a lo que pudiera llegar a inspirarle, es, por lo que acaba usted de decir, una suposición que tampoco tiene usted el derecho de emitir delante de mí, y menos aún delante de ella. Es muy justo, respondió Lorenzo con displicencia, y comprendo muy bien lo que esto significa. Veo que ahora sería aquí un estorbo y creo que debo marcharme, para no estorbar a nadie.» Márchase, en efecto, a Florencia. Esta transmisión de poderes es mucho más tranquila y protocolaria de lo que fué en la realidad; pero es absolutamente exacta. No es un documento taquigráfico; pero es un documento analítico.

La famosa carta de la *Correspondencia*, la que he llamado carta inagotable, aquella en que Jorge se justifica de haber «engañado» a Musset o en la que más bien prueba que no le engañó, puesto que había roto con Musset, *antes* de las relaciones con Pagello, esta carta se encuentra en *Ella* y *El* bajo forma de

diálogo; Lorenzo dice: «... Diga, lo quiero, la verdad. Me moriré, lo siento, pero no quiero ser engañado. ¡Engañado!, exclama Teresa... ¿por qué emplea esa palabra? ¿Acaso le pertenezco? ¿Acaso, desde la primera noche que pasó usted fuera, en Génova, después de haberme dicho que era su tormento y su verdugo, no somos extraños mutuamente? ¿No hace de esto más de cuatro meses?... Si no comprende usted el sentimiento que me llevó a su lecho de agonía y que me retuvo hasta este día al lado de usted para terminar su curación con cuidados materiales, es que nunca ha comprendido nada de mi corazón...»

La única inexactitud es que Jorge Sand afirma aquí que entre la ruptura con Musset y las relaciones con Pegello transcurrieron cuatro meses, mientras que la *Correspondencia* prueba que en Venecia, y cuando ya Jorge Sand conocía a Pagello (digo *conocía*, solamente) se realizó la ruptura entre Jorge Sand y Musset.

La separación definitiva entre ambos, en Venecia, se refiere en *Ella y El* de una manera muy exacta. Conocidas son las alusiones que hace Musset en la *Correspondencia* a esa «última semana», tan feliz, tan grata, llena de *triple* amistad y *triple* confianza. *Ella y El*: «Teresa no tenía otro proyecto que el de ir adonde no fuese Lorenzo (nada de eufemismos); pero al verle tan resentido de la crisis de la víspera, hubo de prometerle ir a Florencia por una semana todavía... Esta semana fué tal vez la mejor de Lorenzo, generoso, cordial, confiado, sincero, estuvo en un estado de alma en el que nunca se había sentido, *ni aun durante los primeros ocho días de su unión con Teresa*. La ternura le había vencido, penetrado, puede decirse que invadido. No dejaba a sus dos amigos, paseando con ellos en

coche por las *Cascinas* a horas en que no va la muchedumbre, comiendo con ellos, sintiendo una alegría de niño en ir a comer al campo, dando el brazo a Teresa, alternativamente con Palmer, probando sus fuerzas al hacer con éste un poco de gimnasia...

Y os dejo que sonríais; yo no me ocupo en este momento sino en la cuestión de exactitud.

La primera carta de Musset después de su salida de Venecia, la *carta de Ginebra*, se halla casi transcrita en *Ella y El*. «Lorenzo» pide perdón, habla de la «enfermedad moral» que ha padecido durante su estancia en Italia: «¿No crees, Teresa, que, al rondarme esa terrible enfermedad física, de la que me has salvado por milagro, pude, tres o cuatro meses antes, hallarme bajo el golpe de una enfermedad moral que me quitaba la conciencia de mis palabras y mis actos?...» Habla del chaleco nuevo y del bonito libro. Añade que ha seguido a una linda muchacha. Esto es añadido, pero no es muy grave cuando se trata de Musset. Tanto más cuanto que se dice que «Lorenzo» no siguió a la muchacha sino unos minutos y perdió sus huellas por distracción. La inexactitud, aunque intencional sin embargo, es muy venial.

La manera con que, algo más adelante, hace Jorge Sand que «Lorenzo» hable de «Palmer» es muy exacta: «Estoy ahora orgulloso de mí mismo. Todos mis antiguos amigos juzgarían que fui un tonto o un cobarde por no haber matado en duelo a mi rival... Pero seguí, no obstante, la conducta que tú sabes con tanta resolución como alegría. Es que no soy un bruto... Háblame, pues, de Palmer y no temas lastimarme... Será mi consuelo y mi contento en las horas de tedio. Será también mi fuerza... Dime que eres feliz... Me diré que en par-

te es obra mía.» Este es perfectamente el tono con que Musset escribía a Jorge Sand en Mayo de 1834. La única torpeza de Jorge Sand era tomarlo al pie de la letra y hablar, en efecto, de Pagello a Musset. Jorge Sand siempre careció de psicología.

El final de *Ella y El* es completamente novelesco. Sin embargo, algo que en la novela ha parecido inverosímil a todos los lectores, es la verdad misma. Es el cambio de carácter de Palmer. Los lectores de *Ella y El* han creído que era una de las manifestaciones del defecto casi constante de Jorge Sand: hacer que sus personajes cambien de carácter cuando lo necesita. Pero no, es la verdad. El plácido Pagello se convirtió, como es sabido, en un cascarrabias en París.

De otra parte, las relaciones Pagello-Musset, antes de la marcha de éste a Baden, se hallan fielmente relatadas (en resumen): «... Lorenzo se esquivó al ver que era como intencionado en Palmer el dejarle solo con Teresa, aparentemente para vigilarlos o sorprenderlos. Se fué muy triste, diciéndose que Teresa no era tal vez muy dichosa, y algo contento también, a pesar suyo, por poder decirse que Palmer no estaba por encima de la naturaleza humana, como él se había imaginado y como Teresa se lo había pintado en sus cartas.»

Pasemos rápidamente por los ocho días que siguieron, *ocho días que hicieron, de hora en hora, decaer la heroica novela soñada con mayor o menor fuerza por aquellos tres desdichados amigos* (aquí la verdad es absoluta). La más ilusionada había sido Teresa (?), porque, después de previsiones y temores bastante cuerdos, se resolvió a ligar su vida (con Palmer), y porque cualesquiera que fuesen en adelante las injusticias de

Palmer, debía y quería ella cumplirle la palabra. *Palmer la libertó de repente, tras una serie de sospechas más injuriosas por el silencio que lo fueran por todos los insultos de Lorenzo.*

Ella y El es, pues, muy exacta en su conjunto; es histórica. Todo lo que con ella está confirmado por la *Correspondencia* permite creer que las cosas importantes y en las que el amor propio de Jorge Sand no está comprometido, que hay en la misma obra y que no están confirmadas por la *Correspondencia*, son verdaderas también o poco menos. Así, las escenas de Franchart, las alucinaciones de Musset en que éste se veía exteriormente fenómeno patológico muy conocido por lo demás y clásico. Compárese la *Noche de Diciembre*.

En general, salvo el papel demasiado bueno que Jorge Sand se asignó demasiado constantemente, puede uno fiarse de *Ella y El*. No es un servicio pequeño el que nos ha prestado aquí la publicación de la *Correspondencia*.

El y Ella es obra mucho menos histórica. No lo es casi. En *El y Ella* no están por de pronto los recuerdos de Musset. Los recuerdos de Musset, y recientes, se encuentran más bien en *La confesión de un hijo del siglo*. *El y Ella* es el eco de los rencores de Alfredo de Musset confiados a su hermano Pablo, y el eco también de los rencores de la familia de Musset, que tenía sus buenas razones para no querer a Jorge Sand (1). Musset, como se ve por *La Confesión de un hijo del siglo*, empezó, harto modestamente en mi opinión, por el remordimiento. Más adelante vinieron el resentimiento y la cólera. *Las Noches* son de 1835-1837. La calma, mezclada aún con algún rencor, no había de llegar sino más adelante. (*Recuerdo*, 1841.)

Llegáronle el resentimiento y la cólera: primeramente, porque continuó enamorado y porque había violentamente amado, y «porque no se tiene a menudo otra razón para dejar de amarse que el haberse amado con exceso» y porque «cuanto más se ama a una querida, más cerca se está de odiarla»; después (y esto es una poderosa razón para un hombre, más todavía, mucho más que para una mujer), porque había creído comprender que Pagello fué mucho más amado que él, más sensualmente, más voluptuosamente, en lo que creo que no se equivocaba; en fin (y esto es una poderosa razón para un hombre, todavía más, mucho más para un hombre que para una mujer) porque concluyó por pensar, en lo que no se equivocaba tal vez sino a medias, que en Venecia le habían burlado y había sido víctima de una comedia sentimental, «de una novela heroica», como dice Jorge Sand, que se representó ante él y en la que le hicieron representar el papel de engañado.

Sigamos la sucesión probable de sus sentimientos. En Venecia ve en Pagello a un enamorado platónico... casi platónico, que consolará a Jorge Sand del daño que Musset le ha hecho, que la adormecerá, que la mirará. Ciertamente se marchó con tales ideas y sentimientos. Jorge Sand se los mantuvo con toda su correspondencia de Venecia. Releedla desde este punto de vista.

Pero el que Jorge Sand se volviese a París con Pagello era harto significativo para que no naciesen en

(1) La señora Lardin de Musset dijo, según se asegura, refiriéndose al poeta: «No se mató, pero contrajo una enfermedad del corazón de la que murió joven.»—Es la tradición de la familia.

el corazón de Musset unos terribles celos sensuales. De aquí la pasión misma de Musset por Jorge Sand en 1835; es una pasión de celos sensuales. Es el «¡Ya no será mía la miserable!» de *Pablo Forestier*. Que el que no haya conocido esto... De aquí las preguntas, las interrogaciones, los interrogatorios furiosos e intolerables, de los que tanto se queja Jorge Sand. De aquí las continuas escenas de 1835. Nada hay más claro.

Y en fin, Musset volviendo siempre, enfermizamente, al pasado, reconstituyéndole, con su ardorosa imaginación, de su conformidad con su rencor, tal vez falsamente, pero de una manera, en todo caso, muy verosímil en un celoso, se empeña en que Jorge Sand le engañó por completo, es decir en que fué la querida de Pagello *antes* de su ruptura con Musset, lo que sería posible, puesto que es cierto que Jorge Sand *conoció* a Pagello antes de esa ruptura. Y Musset: primero, está sensualmente celoso, de lo que siempre le quedó algo; segundo, es el hombre que cree que le han burlado, cosa que le quedó siempre, y cosa que un hombre puede olvidar, pero que nunca perdona.

Ahora bien; todos estos recores los manifestó en sus conversaciones con Pablo de Musset, y con los recuerdos de estas conversaciones, sin contar su resentimiento personal, compuso su libro Pablo de Musset.

He aquí por qué, si se cree lo que Jorge Sand dice en su carta a Sainte-Beuve (20 de Enero de 1861), y no lo pongo en duda, Alfredo de Musset dijo a Papet: «Hay una cosa que exijo de usted: deme su palabra de honor de que jamás entregará usted nada (de esas cartas) a mi hermano.» Temía que éste sacase de ellas demasiado partido, en sentido desfavorable para Jorge Sand, o destruyese la parte desfavorable para Musset, etcé-

tera, por saber, y esto es un remordimiento que le honra, en qué disposición de espíritu había puesto él mismo a su hermano respecto a todo esto.

Para decirlo todo, aun aquello en lo que no creo en modo alguno, es posible también que hasta la lealtad de Pablo de Musset sea sospechosa. Sainte-Beuve (carta inédita hasta el 11 de Junio de 1904, comunicada al *Figaro* por Decori y publicada dicho día por este periódico) escribía a Jorge Sand el 30 de Enero de 1861: «... Conozco a fondo al «adversario», al que quiere aparecer como desempeñando el buen papel, y sé lo que el hermano decía de él *in extremis*...» Esto puede significar algo muy grave, una acusación terrible contra Pablo de Musset; pero Sainte-Beuve es un amigo de Jorge Sand; le ha irritado la publicación de *El y Ella*; quiera consolar a Jorge Sand, que está un poco asustada; su expresión ha ido tal vez más allá de su pensamiento; y, en fin, esto puede querer decir solamente: «Musset ha dicho que su hermano odiaba demasiado a Jorge Sand.» No estoy dispuesto a tener muy en cuenta esta carta, por lo menos insuficientemente explícita, de Sainte-Beuve.

Sea lo que fuere, *El y Ella* es sobre todo el eco de los rencores de Alfredo de Musset derramados durante veinte años en el corazón de Pablo. Examinemos el libro desde tal punto de vista. Pablo de Musset parece no haber sabido nada de Fontainebleau, de Franchart. No dice más que esto, que parece muy falso; porque quince días en el campo sin disputas... En fin, dice esto: «Nuestros enamorados pensaban pasar una semana en *Moret*. Permanecieron allí más de quince días, sin que se alzase entre ellos ninguna nube... sin un segundo de tedio o de cansancio de estar juntos... Sólo

la lluvia y los primeros fríos pudiera hacerles levantar el campo.» Es probable que Musset, que, por lo demás, contaba a Franchart en el número de sus buenos recuerdos (*Correspondencia-Recuerdo*), no dijese una palabra, si no de satisfacción, y sin insistir, acerca de esta estancia a Pablo.

Esta indica que en Italia hubo discusiones *literarias* entre Jorge Sand y Musset y menosprecio expresado por Musset a Jorge Sand como escritora. Muy verosímil; pero no hay una palabra relativa a esto en la *Correspondencia* (ni en *Ella y El*). Para no omitir nada, recordemos, sin embargo, que Jorge Sand escribía en un pasaje de la *Correspondencia*: «Me tratabas de tonta.»

Hay en *El y Ella* mención de infidelidades ligeras, o por lo menos aparentes, de Jorge Sand a Musset, *antes de Venecia*. Nada de esto, absolutamente nada, se lee en la *Correspondencia*. Es probable que, dándole vueltas a su imaginación, dijera Musset a su hermano: «Y aun antes de Pagello... En Florencia... Cierta joven que ella decía ser hijo de su joyero.» Es posible; pero no hay nada en la *Correspondencia*.

En cuanto a la historia de Venecia, sabido es que *Ella y El* y *El y Ella* están en completo desacuerdo. *El y Ella* está en desacuerdo también con la *Correspondencia*. En la *Correspondencia* Pagello interviene en la enfermedad de Jorge Sand, anterior a la de Musset. En *El y Ella* interviene al principio de la enfermedad de Musset y se convierte en seguida en amante de Jorge Sand. Musset contaría así las cosas a Pablo, no fijándose en Pagello sino al caer enfermo; o Pablo habrá contado así las cosas para hacerlas más dramáticas; o porque así las recordaba. No olvidad nunca

que *El y Ella*, como *Ella y El*, son recuerdos lejanos y que sólo la *Correspondencia* hace fe.

Dos episodios *parecen* completamente inventados por Musset, el episodio *del vaso* y el episodio *de la carta* —Musset, enfermo en la cama, se incorporó y vió que en la mesa que cenaban, apartados de él, Jorge Sand y Musset, no había más que un vaso—. Una carta emborronada por Jorge Sand y en la que se hablaba de *locura* espantó a Musset, haciéndole creer que Pagello y Jorge Sand querían hacerle enfermar. Musset corrió tras la carta hecha pedazos y arrojada por la ventana. Jorge Sand también. Se la llevó el viento; no volvió a verse... etc.

Estos dos episodios están, sin duda, exagerados, dramatizados, pero conviene saber que no son, completamente por lo menos, de la inventiva de Pablo de Musset. Ambos parece que tienen un fondo de verdad.

Del vaso, *La Correspondencia* no dice absolutamente nada; pero se alude muy claramente, se hace más que aludir al asunto en *La Confesión de un hijo del siglo*, lo que no se advirtió, me acuerdo ahora, ni en 1860. Ahora bien, la cosa es muy importante.

He aquí el pasaje de *La Confesión de un hijo del siglo*: «Una noche que Smith había comido con nosotros, me retiré temprano y los dejé solos. Al cerrar mi puerta vi que Brígida pedía te. Al día siguiente, al entrar en su habitación, me acerqué por casualidad a la mesa y al lado de la tetera no vi más que una taza. Nadie había entrado antes que yo, y por consiguiente, el criado no se había llevado nada del servicio de la víspera. Busqué a mi alrededor sobre los muebles, para ver si había otra taza, y me cercioré de que no. «¿Se marchó tarde Smith? pregunté a Brígida. —Estuvo hasta las

doce. —¿Te acostaste sola o te ayudó alguien? —Me acosté sola. Todos estaban durmiendo ya en la casa.» Continué buscando. Me temblaban las manos... Sostenía, sin embargo, la taza, e iba y venía por el cuarto. Por fin lancé una carcajada y tiré la taza al suelo. Se rompió en mil pedazos, que trituré a tacóns.

El episodio *del vaso* parece, pues, tener un fondo de verdad.

El episodio *de la carta* también. Este episodio es en *Él y Ella* toda una novela siniestra, en que Jorge Sand amenaza formalmente a Musset con hacer que le encierren mediante certificado de Pagello. Todo esto es imaginario. Pero hubo una historia de carta, y *se posee la carta*; no se ha perdido. He aquí a lo que la historia se reduce:

Musset ha estado muy mal la noche anterior. Por la mañana, Jorge Sand, en el primer pedazo de papel que encuentra, escribe con lápiz, en italiano, las palabras siguientes: «El pobre ha pasado muy mala noche. Creía ver fantasmas en torno de su cama y no hacía más que gritar: «Estoy loco, me vuelvo loco» (estas tres últimas palabras en francés en el texto). Temo mucho por su razón. Es preciso saber por el gondolero si ayer bebió vino de Chipre en la góndola. Si no estaba más que ébrio...»

Esta nota estaba muy verosímilmente escrita «para informar al médico, sin que lo advirtiese el enfermo y no se alarmase», como dice Decorì. Musset hizo un movimiento, y Jorge Sand se guardó el escrito. Aquél lo observó y lo pidió. Negóse ella, en lo que hizo muy mal, pues así alarmó al enfermo mucho más que si le hubiese dejado leer la nota. «No se la enseñó, sino mu-

cho después», dice Decori. ¿Cuándo? Sin duda durante los *segundos amores de París*, en 1834-1835.

Vese aquí muy claramente la génesis de las figuraciones de Musset con su hermano, y en fin de *Él y Ella*, que es el resultado de todo esto. Musset tuvo en Venecia raras sospechas, respecto al billete que le ocultaban. Hubo una escena. De vuelta en París, sigue pensando en ella y hondamente, puesto que escribe en su carta del 30 de Abril (1834): «... *Bien me acuerdo de aquella noche de la carta*. Pero, aunque todas mis sospechas fueran ciertas, ¿en qué me engañabas? ¿Acaso me decías que me amabas? ¿No estaba ya advertido? ¿Tenía yo ningún derecho? «Esto quiere decir, que en 30 de Abril de 1834 no ha visto aún la carta, y la considera como un billete de confidencias amorosas a Pagello.» «Aunque todas mis sospechas fuesen ciertas (aunque hubieras sido la querida de Pagello), ¿en qué me engañabas? Me habías advertido. Habías roto conmigo. No tenía ningún derecho. Nada hasta ahora de una maquinación que tendiese a encerrarle.»

Más adelante, supongo que en Diciembre de 1834, Jorge Sand le enseña la nota, en la que se habla de locura. La imaginación de Musset trabaja, y más adelante todavía, cuando ha roto con Jorge Sand, dice a su hermano: Hasta creo que me quisieron hacer pasar por loco. Hay una carta que no quería ella enseñarme, y que vi después, en que se trataba de esto.» Y Pablo de Musset, a los veinte años de oírlo, escribió toda la escena de violencias, de amenazas, de carta escondida, tirada, buscada, perdida, que podéis leer en *Él y Ella*.

He aquí la génesis de *Él y Ella*. Cuanto más lo pienso, más considero este libro como el eco de las conver-

saciones de Alfredo de Musset, irritado, con su hermano, que no trataba precisamente de calmarlo.

En mi opinión, no hay más que una mentira pura y simple en *Él y Ella*. Las cartas atribuidas a Jorge Sand, las cartas de «William Caze». Están hábilmente hechas, pero están evidentemente fabricadas. Son de un estilo brusco, entrecortado, que es todo lo contrario del estilo de Jorge Sand, hasta cuando se hallaba muy conmovida. Y de otra parte, sin ser de un notable mérito literario, son de un tono, de un estilo «a la *Religiosa portuguesa*», que me parece difícil que Pablo de Musset lo tuviese. Fueron del mismo Alfredo en un día de buen humor feroz, en que se divertiese en parodiar la manera de Jorge Sand y la suya propia, como hacía la caricatura de ambos, y la cosa no me sorprendería mucho. Reconozco que la hipótesis es un poco extravagante. «Es una visión», como dice madame de Sevigné. En fin, estas cartas azuzan mi curiosidad.

La mentira de Pablo de Musset consiste en decir, que son realmente unas cartas de «William Caze, que no le fueron devueltas, y se encontraron en un cajón de mesa. Es un hecho que Musset entregó a Papet todas las cartas que recibió de Jorge Sand. Esto lo da claramente a entender en su carta a Sainte-Beuve del 20 de Enero de 1867. Y lo dice terminantemente en su carta testamentaria a Aucante, del 10 de Marzo de 1864: «Usted conoce *todas* las cartas que me escribió Alfredo de Musset y *todas* las que recibió de mí.»

Salvo esto, hay que considerar *El y Ella* como *la manera que tenía Alfredo de Musset de figurarse, en 1840, sus antiguas relaciones con Jorge Sand.*

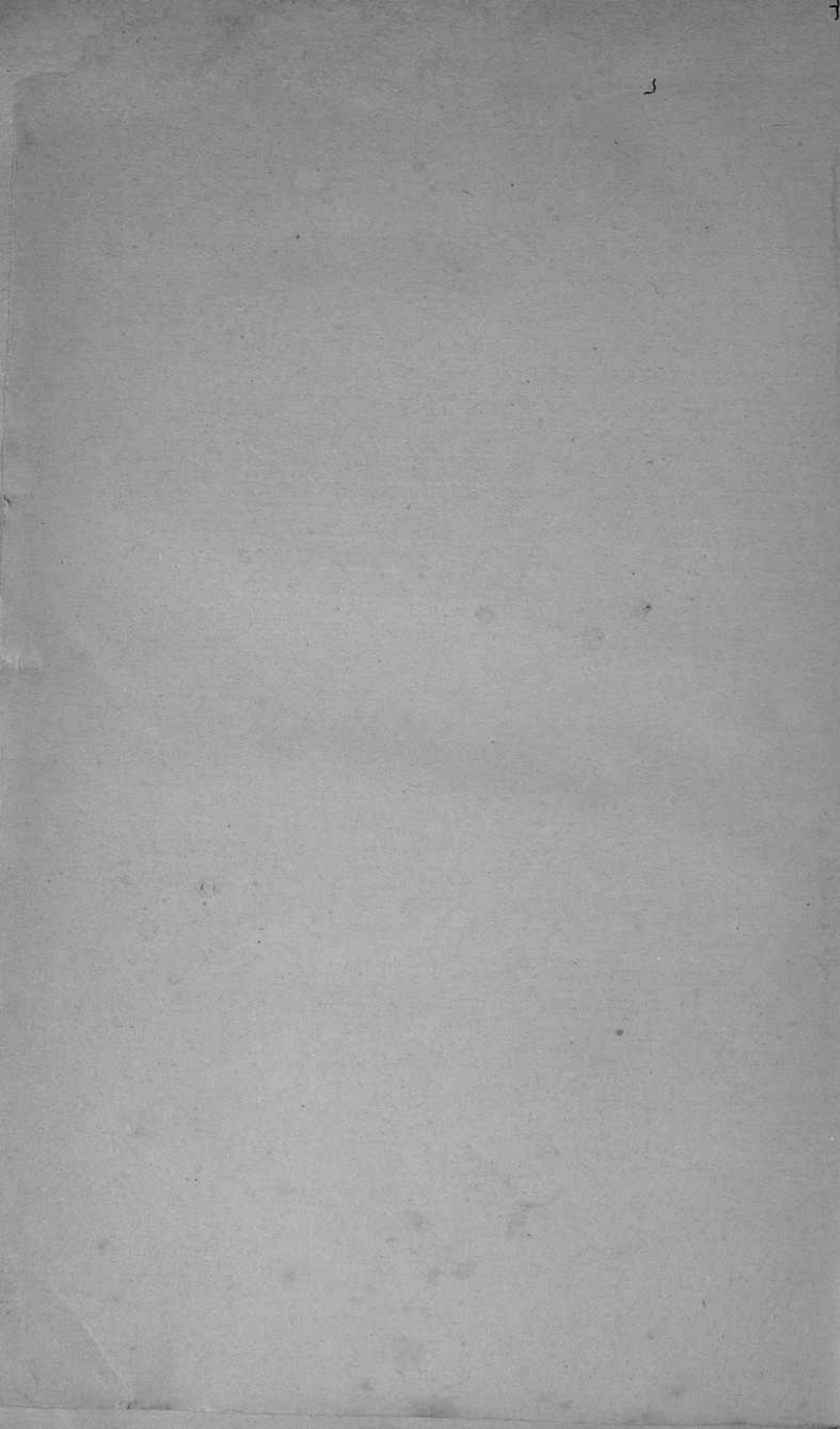
Resumamos: Jorge Sand y Musset tuvieron los dos

empeño en que esta *Correspondencia se conservase*. «... Se ofreció quemarlo todo, pero sin poder resolverse a hacerlo; comprendíase que había allí una gran parte del alma...» (Jorge Sand a Sainte-Beuve); Jorge Sand, muy particularmente, tuvo empeño en que esta *Correspondencia se publicase*. Ambos hicieron mal. Esta correspondencia, más que favorecerlos, les perjudica a los dos. «No escribáis nunca, o quemad siempre», tal es mi consejo a los enamorados. Para la historia literaria, la publicación de esta *Correspondencia* es muy útil, porque arroja muy nueva y bastante viva luz sobre las más importantes de las obras de Musset y sobre algunas de las obras de Jorge Sand.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Pascal.....	1
Voltaire.....	37
Cornelle.....	79
Mirabeau.....	131
Chateaubriand.....	157
Lamartine.....	211
Guizot.....	247
Merimée.....	263
Sainte-Beuve.....	305
Jorge Sand y Musset.....	391



- DERNA, tomos 1 a 264, formatos aplicados. el sistema de clasificación bibliográfica de cinal, 12 ptas.
- Gombiano.**—Historia general de la literatura, 6 ptas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 ptas.—Querida, 3 ptas.—René Maupérin, 3 ptas.—Germinia Lacerteux, 3 ptas.—La Elisa, 3 ptas.—La Faustine, 3 ptas.—La Clairon, 6 ptas.—La mujer en el siglo XVIII, 5 ptas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos 12 ptas.
- González.**—Derecho usual, 5 ptas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 ptas.
- Gosso.**—Padre e hijo. Estudio de dos temperamentos, 3 ptas.
- Grave.**—La sociedad futura, 8 ptas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps. Green.—Mannual del juez, 12 ptas.
- Guizot.**—A belardo y Eloisa, 7 ptas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de sociología, 9 ptas.—La sociología y la política, 4 ptas.
- Guyau.**—La educación y la herencia, 8 ptas.—La moral inglesa contemporánea, 12 ptas.
- Hallam.**—Historia de la pedagogía, 2 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
- Haussonville.**—La juventud de Lord Byron, 5 ptas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.
- Heine.**—Alemania, 6 ptas.—Memorias, 3 ptas.
- Hoffding.**—Psicología experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea, 8 ptas.—Reina de la España antigua, 7 ptas.
- Hunter.**—Sumario de derecho romano, 4 ptas.
- Huxley.**—La educación y las ciencias naturales, 6 ptas.
- Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 ptas.—Los aparecidos, 3 ptas.
- Ijta.**—Método de Derecho internacional, 9 p.
- Justi.**—Estudio de arte español, tomo I, 6 ptas; tomo II, 6 ptas.
- Kells Ingram.**—Historia de la economía política, 7 ptas.
- Kochs, Hirsch, Stekvis y Wilzburn.**—Estudios de Higiene general, 3 ptas.
- Korolenko.**—El desertor de Sajalín, 2,50 ptas.
- Krafft-Ebing.**—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 ptas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lagerlof.**—El esclavo de su finca, 3 ptas.
- Lagarrette.**—La guerra, 2 tomos, 14 ptas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 ptas.
- Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 ptas.
- Larcher y P. J. Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 ptas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El socialismo contemporáneo, 8 ptas.
- Lemcke.**—Estética, 8 ptas.
- Lemonnier.**—La carnicería (Sedán), 3 ptas.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 ptas.
- Lester-Ward.**—Factores psíquicos de la civilización, 7 ptas.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la literatura de los Estados Unidos, 8 ptas.
- Liéssé.**—El trabajo, 9 ptas.
- Lombroso.**—Medicina legal, 2 tomos, con multitud de grabados, 12 ptas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La escuela criminológica positivista, 7 ptas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 ptas.
- Lynch.**—Viaje al Condic, 4 ptas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—V memorias y cartas, 2 tomos, 14 ptas.—Dios jurídicos, 6 ptas.
- Mac-Donald.**—El criminal tipo, 3 ptas.
- Manduca.**—Procedimiento penal, 5 ptas.
- Marie.**—Misticismo y locura, 5 ptas.
- Marshall.**—Economía política, 3 tomos.
- Martens.**—Derecho internacional, 4 t.—La paz y la guerra, 8 ptas.
- Martin.**—La moral en China, 4 ptas.
- Mattirolo.**—Institución de Derecho civil 10 ptas.
- Max-Müller.**—Historia de las religiones.—La ciencia del lenguaje, 3 ptas.—Lógica comparada, 7 ptas.—Origen y desarrollo de la religión, 6 ptas.
- Menéndez y Pelayo.**—Vida de Núñez de Arce, 1 pta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 pta.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 ptas.
- Mercier.**—Lógica, 8 ptas.—Psicología, 2 tomos 12 ptas.—Ontología, 10 ptas.—Criteriología general o tratado de la certeza, 9 ptas.
- Merimée.**—Colomba, 3 ptas.—Mis perlas, 3 ptas.
- Merejkowsky.**—La muerte de los dioses, 3 ptas.
- Merkel.**—Derecho penal, 10 ptas.
- Meyer.**—Derecho administrativo, 4 ptas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 p.
- Molins.**—Vida de Bretón, 1 pta.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ptas.—Derecho penal romano, 2 tomos 13 ptas.
- Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 ptas.
- Mouton.**—El deber de castigar, 4 ptas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 ptas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 ptas.
- Nardi-Greco.**—Sociología jurídica, 9 ptas.
- Neera.**—Teresa, 3 ptas.
- Neumann.**—Derecho internacional público moderno, 8 ptas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La genealogía de la moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 ptas.—La gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.
- Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 ptas.
- Nourrisson.**—Maquiavelo, 3 ptas.
- Novicov.**—Los despilfarros de las sociedades modernas, 8 ptas.—El porvenir de la raza blanca, 4 ptas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 ptas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 ptas.
- Papini.**—I o trágico cotidiano y el piloto ciego, 3 ptas.—El crepúsculo de los filósofos, 3 ptas.
- Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 ptas.—Vida de Compoamor, 1 pta.—De Alarcón, 1 pta.
- Passarge.**—Vida de Ibsen, 1 pta.
- Pepin.**—La reforma de la magistratura, y Rawsson, El arte de juzgar, las dos obras en un volumen, 6 ptas.
- Perrot.**—El derecho público en Atenas, 4 ptas.
- Picón (J. O.).**—Vida de Ayala, 1 pta.
- Piepers.**—La reforma del Derecho, 2 tomos, 10 ptas.
- Potapenko.**—La novela de un hombre sensato, 2 ptas.
- Prévost-Paradol.**—Historia universal, 3 tomos, 16 ptas.
- Quinet.**—El espíritu nuevo, 5 ptas.
- Rawsson.**—El arte de juzgar, y Pepin, La reforma de la magistratura, ambas obras en un volumen, 6 ptas.
- Renán.**—Estudios de historia religiosa, 3 ptas.
- Ribbing.**—La higiene sexual, 3 ptas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 20 tomos, 140 ptas.
- Rocco.**—La sentencia civil, 4 ptas.
- Rogers.**—Sentido económico de la historia, 10 pesetas.
- Rod.**—El silencio, 3 ptas.
- Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 ptas.
- Roosevelt.**—Nueva-York, 4 ptas.
- Rossi.**—Sociología y psicología colectiva, 6 p.
- Rozan.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 ptas.

B.P. de Soria



61176334
DR 5077

- ... como voluntad y como... 3 vols., 50 ptas.—Eudemo... de mundología a arte de... vivir, 5 ptas.—Estudios de Historia filosófica, 4 ptas.—La nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre religión, estética y arqueología, 4 ptas.
- Schorn.—El pianista Listz, 7 ptas.
- Schuré.—Historia del drama musical, 5 ptas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 p.
- Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 ptas.
- Sieroszewski.—Yang-Hun-Tay, novela, 2 ptas.
- Sombart.—El socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 ptas.
- Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.
- Spencer.—La justicia, 7 ptas.—La moral, 7 pesetas.—La beneficencia, 4 ptas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, 2 tomos, 12 ptas.—El organismo social, 7 ptas.—El progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la sociología, 2 tomos, 12 ptas.—Las inducciones de la sociología y las instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas.—Psicología, tomo I, 6 pesetas; tomo II, 8 ptas.
- Squillace.—Las doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 ptas.—Problemas constitucionales de la sociología, 2 tomos, 12 ptas.
- Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 ptas.
- Starke.—La familia en las diferentes sociedades, 5 ptas.
- Stirner.—El único y su propiedad, 9 ptas.
- Stourm.—Los presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
- Strafforello.—Después de la muerte, 3 ptas.
- Stuart Mill.—Estudios sobre la religión, 4 ptas.
- Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 ptas.—La guerra según el Derecho Internacional, 4 ptas.—Las instituciones primitivas, 7 ptas.
- Supino.—Derecho mercantil, 2 tomos, 12 ptas.
- Sutner.—High-Life, 3 ptas.
- Taine.—Historia de la literatura inglesa, 5 tomos, 34 ptas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 ptas.—La pintura en los Países Bajos, 3 ptas.—Florencia, 3 ptas.—Venecia, 3 ptas.—Tito Livio, 4 ptas.
- Tanera: La guerra franco-alemana de 1870-1871, 4 ptas.
- Tarde.—Las transformaciones del Derecho 6 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Filosofía penal, 2 tomos, 14 ptas.
- Tochekhof.—Un duelo, 1 pta.
- Todd.—El gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 ptas.
- Tolstoy.—Los hambrientos, 3 ptas.—¿Qué hacer?, 3 ptas.—Lo que debe hacerse, 3 ptas.—Mi infancia, 3 ptas.—La sonata de Kreutzer, 3 ptas.—Marido y mujer, 3 ptas.—Dos gene-
- ...ones, 5 ptas.—El ahorcado, 3 ptas.—El príncipe Nekhli, 3 ptas.—En el Cáucaso, pesetas.—Los cosacos, 3 ptas.—Iván el imbecil, 3 ptas.—El canto del cisne, 3 ptas.—El camino de la vida, 3 ptas.—Placeres viciosos, 3 ptas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 ptas.—El trabajo, 3 ptas.
- Tougan-Baranowski.—Las crisis industriales en Inglaterra, 8 ptas.
- Turgueneff.—Humo, 3 ptas.—Nido de hidalgos, 3 ptas.—El judío, 3 ptas.—El rey Lear de la estepa, 3 ptas.—Un desesperado, 3 ptas.—Primer amor, 3 ptas.—Aguas primaverales, 3 ptas.—Demetrio Rudin, 3 ptas.—El reloj, 3 ptas.—La guillotina, 3 ptas.
- Uriel.—Historia de Chile, 8 ptas.
- Vaccaro.—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 ptas.
- Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
- Varios autores.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.
- Idem.—Novelas y caprichos, 3 ptas.—Ramillete de cuentos, 3 ptas.—Tesoro de cuentos, 3 ptas.—Cuentos escogidos, 3 ptas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos, 7 ptas.
- Virgili.—Manual de Estadística, 4 ptas.
- Vivants.—Derecho mercantil, 10 ptas.
- Voock.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 ptas.
- Wadleigh Chandler.—La novela picaresca en España, 4 ptas.
- Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 ptas.
- Wallace.—Rusia, 4 ptas.
- Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos o el país del placer, 5 ptas.
- White.—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 ptas.
- Witt.—Historia de Washington, 7 ptas.
- Wallszewski.—Historia de la literatura rusa, 9 ptas.
- Wentworth.—Historia de los Estados Unidos, 6 ptas.
- Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 ptas.
- Whitman.—La Alemania Imperial, 5 ptas.
- Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 ptas.
- Wilson.—El gobierno congresional, 5 ptas.
- Wundt.—Compendio de psicología, 9 ptas.—Hipnotismo y sugestión, 2 ptas.—Principios de filosofía, 9 ptas.
- Zham.—Biblia, ciencia y fe, 6 ptas.
- Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 pta.—Victor Hugo, 1 pta.—Balzac, 1 pta.—Daudet, 1 pta.—Sardou, 1 pta.—Dumas (hijo), 1 pta.—Flaubert, 1 pta.—Chateaubriand, 1 pta.—Goncourt, 1 pta.—Musset, 1 pta.—Teófilo Gautier, 1 pta.—Sainte-Beuve, 1 pta.—Stendhal, 1 pta.—Estudios literarios, 3 ptas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 ptas.—Nuevos estudios literarios, 3 ptas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 ptas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 ptas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Justi: Estudios de arte español, 6 ptas.—Tougan Baranowski: Las crisis industriales en Inglaterra, 8 ptas.—Deploige: El conflicto de la moral y de la sociología, 7 ptas.—Schorn: El pianista Listz, 7 ptas.—Audinot: Derecho internacional privado, 2 tomos, 12 ptas.—Papin y Ransson: La reforma de la magistratura y el arte de juzgar, 6 ptas.—Andreis: Los ahorcados, 3 ptas.—Tanera: La guerra franco alemana de 1870-1871, 4 ptas.—Justi: Estudios de arte español, 2 tomos, 12 ptas.—Krafft Ebing.—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.—Hume: Reinas de la España antigua, 7 pesetas.—Selva: Guía del buen decir, 8 ptas.—Lagorgette: La guerra, 2 tomos, 14 ptas.—Bryce: La opinión pública, 5 ptas.—Faguet: Los amores de literatos célebres, 8 ptas.—Spencer: Psicología, tomo I, 6 pesetas; tomo II, 8 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

Los 312 tomos que forman la colección completa de esta magnífica enciclopedia, en la cual va resumido el movimiento intelectual del mundo en los últimos veintiséis años, con un índice general de autores y materias clasificadas con todo detalle, magnífico volumen de 375 páginas a dos columnas, total 313 tomos, se venden por 600 ptas.

EMILIO FAGUET

LOS AMORES

DE

LITERATOS CÉLEBRES



PRECIO:

pesetas.

GA

ESPAÑA MODERNA

DR
5077